

*La
serpiente
peluda*

ANA ÁLVAREZ



Lectulandia

Cuando Leticia era una adolescente estaba enamorada de Oliver, el hermano de su mejor amiga. Para su enorme tristeza, tuvo que marcharse con su familia a otra ciudad, pero antes de despedirse prometió que cuando volviera sería una mujer guapa y segura de sí misma y que se casaría con él. Ya no sería más esa niña fea y torpe a la que en el colegio llamaban la Serpiente peluda.

Siete años después, Leticia vuelve convertida en una chica preciosa, aunque sigue siendo un tanto torpe... y el primer encuentro con el chico de sus sueños no puede ser más desastroso.

Oliver, es un hombre hosco, gruñón y un soltero empedernido reacio al compromiso. Sin embargo, se ve atrapado por el encanto de Leticia y su empeño en conquistarle, debatiéndose entre la obligación de sacarla de los muchos líos en los que se mete y lo que, en contra de sus deseos, poco a poco empieza a sentir por ella.

Lectulandia

Ana Álvarez

La serpiente peluda

ePub r1.0

Titivillus 13.02.2017

Título original: *La serpiente peluda*

Ana Álvarez, 2015

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para todas aquellas personas que han hecho posible que hoy esté a punto de publicar mi tercera novela: quien siempre creyó en mí, quien me metió en el cuerpo el gusanillo de publicar y me animó a mandarla, quienes me dieron la oportunidad, me apoyaron y me respaldaron en todo momento, y finalmente quienes ríen, lloran y se emocionan con mis historias.

Prólogo

Junio 2001

La habitación casi en penumbra apenas dejaba adivinar las dos siluetas tendidas en la cama, sobre la arrugada colcha de colores.

La tarde se había ido convirtiendo en noche y ambas amigas sabían que las horas que faltaban para la despedida se estaban agotando rápidamente.

Eva no podía evitar las lágrimas mientras escuchaba en el viejo equipo de música, que su hermano le había pasado después de sustituirlo por uno nuevo, los discos de moda, los favoritos de todas las adolescentes de trece años de cualquier generación, que hablaban de amores imposibles, separaciones, distancia y amistad.

Así se sentía ella, desgarrada y llorosa. Leticia, su amiga desde los seis años iba a marcharse al día siguiente a Zaragoza, donde habían destinado a su padre, militar de carrera. Toda la familia se trasladaría y ella temía que jamás volvería a ver a su amiga, por mucho que esta jurase lo contrario.

Eva había conocido a Leticia en primero, en el patio del colegio, recién llegada a Granada, sin amigos y con un aspecto físico poco agraciado, algo que no había mejorado con los años, sino al contrario.

Leticia se había caído en un charco del patio y a su alrededor se arremolinaba un gran grupo de chicos, burlándose de ella.

Eva, una chica rubia, guapa y con un buen corazón heredado de su madre, se había aventurado en el charco con su uniforme azul marino y sus botas de agua, y le había tendido la mano para ayudarla a salir. Y aquel apretón de manos había sellado una amistad firme e incondicional que había durado siete años.

Se habían hecho inseparables. Juntas habían caminado por la infancia y estaban entrando en la adolescencia y, con los años, Eva había comprendido que aquella niña débil, de quien todos se burlaban, era en realidad la más fuerte de aquella amistad. También pudo comprobar que aquella caída en el charco solo había sido la primera de las muchas ocasiones en que ella había tenido que recogerla del suelo.

Leticia era torpe y despistada, muy propensa a los accidentes y a todo tipo de situaciones embarazosas que la hacían quedar en ridículo, y Eva tenía que estar sacándola de apuros constantemente. A veces llegaba a pensar que era la que más sufría por aquellas situaciones. Leticia se levantaba, erguía la cabeza y seguía adelante sin que al parecer le importara ni el ridículo ni las burlas. En el instituto la llamaban la Serpiente peluda. «Serpiente» porque pasaba más tiempo en el suelo que en pie y «peluda» porque su padre, un anticuado y rígido militar, no le permitía depilarse, y el pelo negro y la piel morena la hacían padecer de una considerable cantidad de vello corporal que no siempre conseguía ocultar. Cuando podía usaba

pantalones para que no se vieran sus piernas de futbolista, como decía ella burlándose de sí misma. Más difícil le resultaba esconder el vello de los brazos y de las axilas en las clases de gimnasia cuando tenían que cambiarse en el vestuario, y sobre todo el fino bigote negro que poblaba su labio superior y las espesas cejas que daban a su cara morena y traviesa un aire duro.

Oliver, el hermano de Eva, un joven adolescente de diecisiete años, estúpido como solo puede serlo un chico de esa edad, resultón y mimado por las niñas, le había preguntado si era verdad lo que se decía en el colegio, que Leticia no se depilaba los sobacos.

Él era uno más de los que se burlaban de su amiga, que a su aspecto físico poco agraciado y a su torpeza, tenía que añadir un corrector dental que llevaba sin demasiados complejos, como todo lo demás.

Eva mandó al diablo a su hermano diciéndole que era un gilipollas y que si Leticia no se depilaba era porque su padre no la dejaba, no porque ella no quisiera. Él añadió cruel, que aunque lo hiciera eso no la volvería más bonita, que después de todo, el pelo le tapaba la fealdad. Eva le tiró a su hermano lo primero que pilló a mano, especialmente dolida porque sabía que Leticia estaba colada por aquel capullo desde hacía años.

Oliver era su ídolo, el amor imposible y romántico de sus once, doce y trece años. Eva se enfadaba con su amiga porque siempre lo defendía hiciera lo que hiciera. Por mucho que se burlara de ella, solía decir:

—Es normal que se burle, ahora soy muy fea. Pero cuando sea mayor y me ponga guapísima se enamorará de mí y me pedirá perdón, ya lo verás.

Eva no se sentía con el valor suficiente para decirle a su amiga que quizá de mayor su aspecto no fuera tan despampanante como ella pensaba. Sabía que de todas formas nada la convencería de que su aspecto no iba a cambiar drásticamente cuando creciera. Leticia era tozuda y nada ni nadie la hacía cambiar de opinión sobre nada. También era insistente y perseverante y conseguía todo lo que se proponía, aunque solo fuera porque poca gente podía aguantar el latazo que daba. Al único que no conseguía convencer era a su padre, igual de tozudo que ella.

Mientras todas estas imágenes cruzaban por su cabeza, Eva sentía las lágrimas de tristeza rodar por su cara. Aquella tarde era su despedida. Leticia se marcharía al día siguiente y ella tenía la espantosa sensación de que jamás volverían a verse. Sentía el apretón cálido de la mano de su amiga dándole ánimos.

—No llores, Eva.

Su voz sonaba firme y confortadora. Como siempre, ella era la más fuerte de las dos a pesar de ser la que tenía que marcharse y desarraigarse de su entorno.

—Esto no es una despedida, volveremos a vernos.

—¿Cuándo?

—En vacaciones.

—Tu padre no te dejará venir a verme.

—No, pero yo convenceré a tu madre para que te deje ir a ti a Zaragoza.

Eva sonrió. Si Leticia lo decía, sería así.

—Y nos escribiremos todas las semanas.

—Sí.

—Y además te prometo que algún día, cuando sea mayor, guapa e independiente, viviremos juntas como siempre hemos planeado.

—No será así... —dijo abatida—. Te olvidarás de estos planes, organizarás tu vida en Zaragoza y ya no querrás venir a vivir conmigo, ni volver a Granada.

—¡Claro que volveré a Granada! Nunca te podrás librar de mí. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque voy a casarme con tu hermano.

Eva sonrió entre lágrimas. Su amiga había dicho aquello firmemente convencida, pero ella dudaba de que Leticia consiguiera eso. Trató de disuadirla.

—No comprendo por qué te gusta Oliver, ¡si es el tío más antipático y borde del mundo! Y tiene toda la cara llena de granos.

—Eso se le pasará, como a mí me quitarán el aparato de los dientes. Entonces mi mandíbula se pondrá preciosa. Me lo ha dicho el dentista.

—Mi hermano siempre se está metiendo contigo.

—Es normal... ahora soy fea... y torpe. Cuando vuelva convertida en una chica guapísima se enamorará de mí. Entonces yo podré mirarle a los ojos y ya no me pondré nerviosa ni me caeré cuando me mire. Ahora, cuando lo hace, mis rodillas se aflojan, me vuelvo torpe y acabo en el suelo.

—Leti... te caes también cuando Oliver no te mira... cuando ni siquiera está delante.

—Ya lo sé; también superaré eso. Cuando vuelva a verle ya no me caeré, y podré mirarle a los ojos y decirle que es el amor de mi vida y que quiero tener diez hijos.

—¿Diez?

—Sí, diez. Esto de ser hija única es una lata.

—Tener un hermano también lo es... ¡No te digo nueve! No podría soportar a nueve como Oliver.

Leticia ignoró el comentario de su amiga y siguió hablando:

—Y entonces le confesaré...

—Que le quieres, ya lo has dicho.

—Y algo más...

—¿Qué?

—No sé si decírtelo, te vas a enfadar conmigo.

—Hoy nada puede hacer que me enfade contigo.

—¿Prometes que me guardarás el secreto y no se lo dirás a nadie?

—Lo prometo.

—¿Y que no me echarás un sermón ni me obligarás a hacer nada que yo no quiera?

—¡Que sí! ¡Venga dilo ya! Me tienes en ascuas.

—Tu hermano... ¿No ha perdido nada de ropa en los últimos meses?

—¿Algo de ropa? ¡Caramba, sí! Hay una camiseta de baloncesto que no encuentra. Hace algo más de un mes montó una bulla espantosa acusándonos a todos de habérsela quitado y perdido. Pero supongo que ya debe de haberla encontrado porque dejó de dar la lata.

—No ha podido encontrarla... la tengo yo.

Los ojos de Eva se agrandaron en la oscuridad.

—¿Tú? ¿Cómo que la tienes tú?

—Hice algo espantoso, lo sé. Yo la cogí de encima de su cama. Una tarde, cuando me marchaba a casa la puerta de su habitación estaba abierta y la camiseta que acababa de quitarse estaba tirada sobre la cama, arrugada y sucia. Con su olor... Entré solo para tocarla, para tocar algo que él hubiera llevado puesto, y de pronto, antes de que me diera cuenta la había cogido y guardado en mi mochila. Me dije que solo para tenerla una noche, para dormir con ella puesta. Que la devolvería al día siguiente... pero no fui capaz. Y menos cuando supe que tendría que marcharme lejos de Granada. Compréndelo, es lo único suyo que tengo, que tendré en mucho tiempo.

«¡Y que tendrás jamás!», pensó Eva, pero no fue capaz de decírselo a su amiga.

—No me delates, por favor. No me hagas devolverla.

—Claro que no. Se lo merece, por capullo. Pero espero que al menos la hayas lavado.

—Sí, claro. La aguanté dos o tres días, pero luego tuve que lavarla. Se ha convertido en mi pijama favorito.

Las sombras se instalaron en la habitación y el silencio se hizo espeso, terrible, apurando los últimos minutos que les quedaban de estar juntas en mucho tiempo. Después, cuando ya fue hora de marcharse, Leticia se levantó como cualquier otra tarde y sin permitir que su amiga la acompañase a la puerta se marchó como siempre..., como si fuera una día más, sin despedirse de los padres de Eva ni de Oliver. Como si no fuera a tardar muchos años en volver.

Capítulo 1

Siete años después.

El asa de plástico de la bolsa se le clavaba a Leticia en las manos mientras subía deprisa las escaleras que llevaban hacia su futura casa. Por fin, uno de sus sueños de niña iba a convertirse en realidad. Por fin, Eva y ella iban a compartir piso.

La última tarde que estuvieron juntas, Leticia había prometido a su amiga que algún día compartirían piso y no había parado hasta conseguirlo. Al fin iba a tener una casa y a echar raíces en algún sitio.

En sus veinte años de vida se había visto obligada a cambiar de ciudad, de casa y de amistades una y otra vez, debido a la carrera de su padre. A Zaragoza, donde vivieron dos años y medio, siguió Gerona y en la actualidad estaban preparando un traslado a la capital. Pero por fortuna, ella ya no iría con ellos. Por fin iba a verse libre de eso. Regresaría a Granada, una de las ciudades donde más le había gustado vivir, y se quedaría allí para siempre. Con Eva, su amiga incondicional de toda la vida.

Leticia era muy tozuda, en eso no había cambiado, aunque sí en otras muchas cosas, y todos los esfuerzos y decisiones de su vida habían ido encaminados a vivir en Granada y olvidarse de cambiar de residencia una y otra vez.

La amistad entre las dos niñas había continuado en la distancia. Se habían escrito y llamado por teléfono, y Eva había ido a visitarla en todas las ocasiones posibles, allí donde estuviera. Ella no había vuelto a Granada en siete años.

Había terminado el bachillerato con excelentes calificaciones en las asignaturas de ciencias y apenas simples aprobados en las demás, y había preparado rápidamente unas oposiciones a la Diputación de Granada que le permitieran mantenerse. Por supuesto, como todo lo que se le metía en la cabeza, las había aprobado sin ninguna dificultad.

Eva, un año mayor, había terminado magisterio y encontrado plaza en el colegio privado donde ambas realizaron sus estudios de primaria y donde se habían conocido. En este momento, habían alquilado un piso en la ciudad para vivir juntas. Leticia, además, iba a matricularse en la facultad de matemáticas para estudiar, tranquilamente y sin prisas, esta carrera. Una pasión que su familia no entendía.

Todo el mundo le preguntaba que para qué servían las matemáticas. Nadie comprendía su pasión por los números ni por el cálculo. Pero ahora era independiente, no tenía que darle explicaciones a nadie.

Había llegado a Granada tres días antes y se había instalado provisionalmente en casa de la madre de Eva, mientras terminaban de arreglar el piso que su amiga había alquilado para las dos.

Hacía dos días que estaba trabajando y el piso aún estaba vacío en espera de una buena limpieza, y de que ambas amigas eligieran unos cuantos muebles para poder instalarse.

Aquel mediodía, después de salir del trabajo y comer algo, se decidió a comenzar ella misma con la tarea, en vista de que Eva tenía clase. Compró abundante material de limpieza en el supermercado cercano y se propuso darle la sorpresa de que el piso estuviera reluciente cuando la viera aquella noche.

Cuando subía los dos pisos de escaleras, el dolor de las palmas de las manos era casi insoportable. Soltó las bolsas en el suelo y rebuscó en el bolsillo de los vaqueros viejos y gastados las llaves para abrir la puerta.

Ella no había visto el piso, solo sabía de él lo que su amiga le había contado. Abrió la puerta y entró en un corredor largo lleno de puertas a ambos lados. Con el pie le dio un suave empujón a la de entrada, cerrando a su espalda, y con la cadera izquierda empujó otra, la primera que encontró, imaginando que era la cocina. Se giró con el tiempo justo de comprobar que no era así, sino que se encontró dentro de un cuarto de baño de azulejos blancos y grises. Lanzó un grito al descubrir de espaldas a ella y de pie ante el inodoro, a un hombre alto y rubio vestido únicamente con unos vaqueros casi blancos de puro gastados y que obviamente estaba orinando.

Al sentir su grito, él se giró aún con el pene en la mano. La bolsa resbaló de los dedos de Leticia estrellándose contra el suelo. La botella de lejía reventó y salpicó las piernas de ambos esparciendo el penetrante olor a su alrededor.

Todo había transcurrido en cuestión de segundos.

—¡Qué demonios...! —gruñó él.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella tratando de apartar la mirada de su mano y mirarle a la cara.

Al darse cuenta, el chico cerró rápidamente la cremallera de los vaqueros y por un largo momento se miraron uno al otro. Los ojos verdes de él echaban chispas y ella sintió golpearle el corazón con fuerza, mientras su cerebro trataba de asimilar la visión que estaba contemplando: los ojos verdes, el cabello rubio oscuro con mechas más claras que le caía sobre los hombros, la barba apenas incipiente.

—¿Oliver? —susurró.

Él frunció el ceño.

—¿Nos conocemos?

—Soy la compañera de piso de Eva.

—Sí, ya lo supongo. Pero no tenemos el gusto de conocernos personalmente.

—Sí, claro que nos conocemos. ¿Tu hermana no te ha dicho quién soy?

—Eva y yo no hablamos mucho. Solo sé que iba a vivir con una amiga.

—Soy Leticia. No sé si te acuerdas de mí... del colegio.

—¿Leticia? ¿La serp...?

—Sí, la Serpiente peluda —dijo ella con la voz un poco tensa—. Creí que Eva te había dicho que iba a vivir conmigo.

—No tenía ni idea. Y disculpa, se me escapó el mote que te decían en el colegio. No te había reconocido, estás muy cambiada.

—Bueno, ya no llevo el corrector en los dientes y he crecido algunos centímetros tanto a lo largo como a lo ancho.

—Sí, ya lo veo —dijo lanzándole una apreciativa mirada a la atractiva figura enfundada en los vaqueros y camiseta de tirantes, deteniéndose un poco más de la cuenta en los pechos llenos y firmes.

—Tu pelo también está diferente.

—Tinte —dijo tocándose los mechones rojizos que le caían sobre la frente—. El color de mi tono original no me favorece demasiado.

El análisis mutuo al que se estaban sometiendo uno al otro distrajo a Leticia de la bolsa que se había estrellado contra el suelo y solo cuando notó empaparse la suela de sus zapatillas de lona bajó la mirada.

La lejía se desparramaba por el suelo a sus pies y el bajo de los pantalones de ambos presentaban salpicaduras blancas y el color comido. Sus zapatillas de lona, además, estaban completamente arruinadas, al igual que los viejos zapatos de deporte de Oliver. Él siguió la mirada de Leticia, y exclamó:

—¡Mierda! ¡No me digas que era lejía lo que tenías en la bolsa!

Leticia se encogió de hombros.

—Pensaba desinfectar a fondo la cocina y el baño mientras tu hermana trabaja. Queremos mudarnos lo más pronto posible y Eva no me dijo que tú estarías aquí.

—La persiana del salón no funciona bien y me pidió que le echara un vistazo. Probablemente se habrá olvidado; ya sabes lo despistada que es.

—En realidad yo tampoco le he dicho que iba a venir hoy. Se me ocurrió de repente —dijo mirando apenada la ropa de Oliver—. Siento lo de tu ropa. Por supuesto te la pagaré, si puedes esperar a que cobre mi primer sueldo. Acabo de empezar a trabajar hace dos días y los ahorrillos que traía los necesitamos para los muebles.

Oliver se encogió de hombros, con el ceño ligeramente fruncido.

—Son viejos; solo los uso para trabajar.

—En la obra.

Él frunció el ceño más aún.

—¿Sabes dónde trabajo?

—Eva y yo somos amigas desde hace mucho tiempo. Sé todo sobre ti y sobre tu familia. Somos muy charlatanas las dos.

—Sí, lo recuerdo. Volvíais loco a todo el mundo con vuestra cháchara.

Leticia no quiso decirle que ella le preguntaba por él en todas sus cartas y le exigía a su amiga que le contara con detalle todo lo que se refiriese a la vida de su hermano. Sabía que era aparejador y que tenía su propia y modesta constructora y una cuadrilla de albañiles trabajando para él. También sabía que era un trabajador incansable y que la musculatura que había podido observar, así como el bronceado,

era de trabajar duro junto a sus hombres y no del gimnasio ni de la piscina.

Leticia no podía apartar los ojos de su pecho ni de sus hombros desnudos, y permanecía allí como una tonta, hasta que él dijo, sintiéndose molesto por el descarado examen de que era objeto:

—Bueno... ¿Piensas recoger la lejía del suelo o vas a esperar a que se coma el color de las losas? Porque este suelo no es muy bueno que digamos... Yo no me arriesgaría.

—Sí... sí, claro —respondió apartando la vista y buscando una fregona con los ojos.

—Creo que está en la cocina.

—¿Qué?

—La fregona.

—¡Ah, sí! La fregona.

Se volvió para salir del baño con mucha rapidez, pero al llegar a la puerta se volvió a preguntarle.

—Pensaba que esta era la cocina. ¿Puedes decirme dónde está? No quisiera encontrarme más sorpresas.

—La puerta del frente, al fondo del pasillo. No creo que te encuentres más sorpresas, aquí no hay nadie más que yo. Y te aseguro que cerraré por dentro la puerta la próxima vez que tenga que usar el baño.

—Lo siento —dijo sin poder evitar enrojecer un poco al recordar que él se había vuelto a mirarla sin haberse abrochado los pantalones. Oliver soltó una sonora carcajada y le dijo mirándola con sorna:

—Si para ti no ha supuesto ningún trauma, para mí tampoco.

—Pues claro que no ha supuesto ningún trauma. ¿Qué te crees? ¿Que soy tonta? No eres el primero.

—¿Ah, no? ¿Sueles sorprender a tíos meando muy a menudo?

—No quería decir eso... quise decir que no eres el primero que veo..., que he visto hombres desnudos antes.

—Perfecto. Me quitas un peso de encima —respondió con un evidente tono de guasa.

—No te burles, le puede pasar a cualquiera.

—La lejía... —dijo cambiando de conversación.

—Sí, claro.

Salió precipitadamente maldiciéndose para sus adentros. El amor de su adolescencia... Tantos años imaginando cómo sería volver a verle... ¡Y tenía que pasarle esto!

Entró en la cocina estrecha y alargada y rebuscó dentro de los muebles hasta que encontró lo que buscaba. Cogió el cubo y la fregona y se dirigió de nuevo al cuarto de baño, dispuesta a remediar el desaguisado cuanto antes. Y esperando no tener ningún tropiezo más. Cuando estaba nerviosa se volvía muy torpe, mucho más de lo habitual

y por aquella tarde ya había tenido bastante.

Recogió el charco amarillento que se había desparramado por el suelo y procedió a fregar el resto del cuarto de baño, incluidas las paredes, a conciencia. Mientras tanto, en el salón escuchaba trajar a Oliver con la persiana.

Un rato después, él apareció de nuevo en la puerta del baño. Se había puesto una camiseta gris oscuro y le tendía un juego de llaves.

—Ya he terminado. La persiana funciona a la perfección. ¿Vas a ver a Eva pronto?

—Sí, claro, esta noche. Mientras nos mudamos me alojo en casa de tu madre.

—Devuélvele sus llaves entonces, yo no iré por allí hasta el domingo. Y dile que la próxima vez que se las preste a alguien, te avise antes.

—No volverá a pasar, ya estoy prevenida.

—Bien. Si necesitáis que os arregle alguna otra cosa, avisadme con unos días de antelación. Esta semana estaré bastante ocupado.

—Gracias.

—No hay de qué.

Se quedó mirándolo, esperando que se marchase para continuar, pero él seguía de pie en la puerta del baño mirándola con el ceño fruncido.

—Leticia...

—¿Qué?

—Si no cierras el grifo del lavabo va a rebosar dentro de un momento.

Se volvió de inmediato. Apenas faltaba un centímetro para que el agua resbalara por el borde exterior del lavabo. Giró con rapidez el grifo para cortar el agua.

—Gracias por avisarme —dijo sin volverse a mirarle y muy irritada consigo misma por la imagen que le estaba dando. La siguiente frase la enfadó aún más.

—¿Estás segura de que estás preparada para vivir sola?

—Por supuesto que estoy preparada para vivir sola. Pero además eso no va a ser así, voy a vivir con tu hermana.

—¡Tal para cual! ¡A ver si voy a tener que venir todas las noches a dar una vuelta y comprobar el gas y los grifos!

Se volvió furiosa.

—¡Mira, Oliver...! Si se me ha pasado lo del grifo es porque tú estás poniéndome nerviosa.

—¿Te pongo nerviosa?

—No... no es eso. Pero llevas todo el rato riéndote de mí. Y lo que ocurrió antes no es para tanto. Son cosas que pasan.

—Si tú lo dices... Bueno, tengo que irme. Dales recuerdos a Eva y a mi madre.

—De tu parte —dijo deseando que se fuera de una vez antes de que volviera a hacer otra estupidez.

Cuando escuchó la puerta cerrarse, se asomó al pasillo para asegurarse de que se había marchado y se dejó caer sobre el taburete que había en el baño, cerrando los

ojos. ¡Dios, qué forma de cagarla! Tenía que reconocer que se había superado. Siete años desde el día que se fue soñando con volver a verle, preparándose para ese momento y ahora le pasaba esto. Él había sido el chico de su adolescencia, por el que suspiraba cuando estaba en el colegio, con el que soñaba después cuando se fue y se encontró sola y perdida, en una ciudad desconocida detrás de otra.

Cuando frente al espejo veía los cambios que experimentaba su cuerpo, imaginaba el reencuentro y la sorpresa de Oliver al ver lo transformada que estaba. Y en su loca imaginación de adolescente, él se enamoraba perdidamente de ella y vivían felices para siempre. Por supuesto ya no era una adolescente y no consideraba a Oliver el hombre de su vida, pero sí una asignatura pendiente que pensaba aprobar en algún momento. Llevaba siete años preparándose para ello. Se había dejado besar por chicos babosos solo para aprender y sorprenderle, y a los diecisiete años se había acostado con el primero que se lo pidió, un chaval algunos años mayor que ella, solo con el propósito de no ser virgen y torpe el día que se acostara con Oliver. Porque por encima de todo y de todos, incluido él mismo, iba a acostarse con Oliver.

Ya no era una cría, y no soñaba con casarse con él ni con llevar una vida juntos. Para empezar, ahora no creía en el matrimonio. Pero él había sido el chico de su adolescencia y no iba a llegar a vieja con la espina clavada de no haber tenido nada con él. Aunque solo fuera una noche. Y esa noche tenía que ser perfecta. Para ella sería su primera vez. Lo de aquel estúpido no contaba, no había sentido nada más que dolor, pero ese era un trámite que tenía que cumplir para que luego con Oliver fuera maravilloso. Y si en algún momento de esos años había dudado de realizar su sueño, ahora que había vuelto a verle se había afianzado aún más en su idea. Estaba tan guapo vestido únicamente con aquel pantalón casi blanco de cintura baja... No podía apartar de su mente aquellos pectorales y aquel vientre plano que muy pocos tíos conseguían y, sobre todo, aquellos ojos verdes y chispeantes que se habían parado en sus pechos más tiempo del debido. Sí, él tenía que ser el primer hombre que la hiciera disfrutar, estaba dispuesta a conseguirlo a toda costa.

Oliver Zamora tenía que ser el primero para ella. El que se recuerda toda la vida. A pesar de que ahora la considerase la misma patosa de antaño, aunque sin corrector de dientes y con cuerpo de mujer.

Tenía que quitarle esa imagen de la cabeza, tenía que conseguir que se fijara en ella. Y este mal comienzo solo iba a poner las cosas un poco más difíciles, pero no marcaría su relación con él.

Animada con estos pensamientos, sintió reparado su orgullo y se dispuso a canalizar todas sus energías en dejar relucientes los azulejos del baño. Y sin poder evitar preguntarse por qué era tan inteligente, que las matemáticas, esa terrible enemiga de la mayoría de los estudiantes, le resultaban tan fáciles. Además, si había aprobado unas oposiciones sacando exactamente la plaza que quería entre varios miles de personas, ¿por qué no conseguía sobrevivir con dignidad a las pequeñas cosas que la vida le ponía por delante todos los días, como cerrar un grifo o llamar a

una puerta cerrada? O llenar un vaso sin derramar el contenido, una de las cosas más difíciles para ella en su rutina cotidiana.

Capítulo 2

Hasta veinte días después el piso no estuvo listo para ser habitado. Ambas amigas habían pasado en él todos sus ratos libres pintando, limpiando y colocando muebles y cortinas.

La vivienda solo tenía amueblada la cocina, y ellas lo habían preferido así porque el alquiler era más barato. Además, en los pisos que habían visto amueblados la decoración era tan espantosa y los muebles tan viejos que ninguna de las dos se veía capaz de vivir allí.

Después de pintar y limpiar el piso habían ido a una tienda que vendía muebles económicos desmontados. Habían comprado unas camas y unas cajoneras para guardar ropa y algunas estanterías, y en lo que se habían gastado más era en los muebles del salón: un mullido sofá de tres plazas y un mueble librería. También habían adquirido una mesa, cuatro sillas y un mueblecito para el ordenador de Eva, que ambas iban a compartir de momento y que habían instalado en una pequeña habitación situada junto a la puerta de entrada.

Leticia había comprado una cama de matrimonio, que casi ocupaba toda la habitación, pero cuando Eva le sugirió que escogiese otra más pequeña, le dijo con picardía que su hermano era muy alto y no cabía en cualquier cama.

—¿Todavía estás con eso? —se había burlado su amiga—. ¡No me estarás diciendo que aún quieres casarte con Oliver!

—¡Casarme no, pero tirármelo...! Y más aún después de ver lo bueno que se ha puesto.

—Pues te advierto que vas a tener que ponerte a la cola, porque seguro que hay más de una con la misma idea que tú.

—¿Y él que opina? —preguntó Leticia.

—A algunas les hace caso y a otras no. No se tira a la primera que se le pone por delante, creo. Pienso que escoge.

—Porque puede.

—Sí, claro que puede. Pero no quiere comprometerse ni dejarse enganchar. Ama mucho su libertad y su independencia. Si quieres algo más que un polvo lo vas a tener difícil.

—Me conformo con el polvo. Pero tu hermano es un amor de adolescencia, una espinita clavada en mi pasado, y me la voy a sacar.

—Estás muy segura.

—Me miró las tetas.

—¿Y? Los tíos les miran las tetas a todas las mujeres que encuentran. Las tuyas se han puesto geniales, ya las quisiera yo.

Leticia sacudió la cabeza.

—Él lo hizo de forma especial.

—¡Ooooh! —dijo Eva poniendo los ojos en blanco y levantando las manos al cielo—. Dios mío, Leti, pareces una cría. Hablas igual que cuando tenías doce años y te tirabas a sus pies para que te levantara.

—No me tiraba, me caía. Me ponía tan nerviosa cuando estaba cerca que me fallaban las rodillas y me iba al suelo. Pero eso ya pasó. Ya no me pone nerviosa —mintió tratando de no recordar el día que se encontraron en el piso vacío.

Las amigas olvidaron la conversación cuando se encontraron frente a una encantadora estantería que, por supuesto, añadieron al pedido.

El ansiado día de la mudanza llegó por fin. Los muebles, desmontados y embalados, se encontraban ya en el piso en espera de su montaje y colocación. Solo faltaban sus ropas, perfectamente colocadas en cajas de cartón que la madre de Eva les había proporcionado.

Oliver le había ofrecido a su hermana echarles una mano con los muebles y había puesto además a disposición de ambas el monovolumen convertible en furgoneta que usaba para trabajar.

Desde muy temprano las dos amigas estaban esperándole con todas las cajas preparadas para cargarlas y trasladarse a su nueva casa.

A las nueve y media de la mañana, puntual como había prometido, Oliver se presentó en la puerta.

Leticia no le había vuelto a ver desde el día que coincidieron en el piso, y todavía no se había acostumbrado a su nuevo aspecto. Si de adolescente ya era guapo, ahora, a sus veinticuatro años resultaba tan atractivo que sentía que se le cortaba el aliento cada vez que le observaba, y tenía que hacer grandes esfuerzos para no quedarse mirándolo embobada.

Esa mañana de octubre, él vestía un viejo pantalón de loneta arrugado, que indiscutiblemente había conocido tiempos mejores, y una camiseta de manga larga blanca y azul, en el mismo lamentable estado. Al verle, su madre le regañó.

—¡Pero hijo, qué pintas tienes! ¿Es que no te planchas la ropa?

Él le guiñó un ojo.

—Solo la imprescindible. La plancha y yo no nos llevamos demasiado bien.

La mujer suspiró.

—¡Esa manía de los jóvenes de ahora de irse a vivir solos...! Si estuvieras aquí en casa, yo cuidaría de ti como es debido. Seguro que ni comes.

—Ah, eso sí. Con el estómago no se juega.

—Eso espero. Y estas niñas igual... —dijo señalando a Leticia y a Eva que ya se estaban dedicando a sacar cajas de su habitación—. Si no tienen tiempo ni para respirar, ¿cómo se las van a apañar con una casa?

—Perfectamente, mamá. Todo es cuestión de organizarse —respondió su hija.

—Bueno, espero que hagáis como Oliver y vengáis a comer los domingos a casa. Me gusta reunir a la familia como mínimo una vez a la semana, y así me aseguro de que al menos un día coméis bien.

—¿Oliver viene a comer los domingos? —preguntó Leticia, que no lo había visto nunca en las semanas que llevaba viviendo en casa de Esperanza.

—Sí, siempre, pero se va pronto —dijo Eva—. Y tú normalmente duermes hasta media tarde. Siempre te saltas el almuerzo del domingo.

—Bueno, a partir de ahora no lo haré. Esperanza, te prometo que Eva y yo vendremos a comer todos los domingos. Para que te quedes tranquila.

Eva lanzó una sonora carcajada.

—Por supuesto que vendremos. ¡Faltaría más!

—Bueno, Eva —apremió Oliver—, no tengo todo el día. Vamos a ir cargando las cosas en la furgoneta.

Leticia arrastraba penosamente una caja llena de libros por el suelo del salón. Oliver suspiró y le agarró el brazo para que lo soltara.

—¡Anda, déjame! —dijo inclinándose y cargando la caja sin apenas esfuerzo.

—Pesa muchísimo.

—Ya lo estoy comprobando. Abre la puerta y el ascensor.

Se adelantó corriendo para facilitarle la salida y cuando las puertas automáticas del ascensor se cerraron tras él, regresó para coger otra caja menos pesada y bajarla a continuación.

Los tres iniciaron un desfile de subidas y bajadas hasta el monovolumen azul oscuro al que Oliver le había quitado todos los asientos salvo los delanteros.

Ya apenas quedaban tres o cuatro cajas no muy grandes. Leticia cargó una de ellas, Oliver otra y coincidieron en el ascensor. La de Leticia era muy voluminosa, aunque no muy pesada, y apenas tenían sitio en el estrecho espacio cerrado. El trasero de Oliver se apretaba contra la cadera de la chica en un esfuerzo por que cupiesen las cajas. Leticia se empezó a poner nerviosa.

Por suerte, la etapa del instituto había pasado. Sus rodillas ya no flojeaban y estaban ahora firmemente asentadas. Cuando el ascensor se detuvo se giró para salir, pero chocó contra él, que intentó hacer lo mismo.

—Perdona. ¿Te he hecho daño?

—No.

Él salió primero y Leticia le siguió. Le vio colocar la caja en la furgoneta y justo cuando se volvía para coger la que ella le tendía, Leticia hizo un movimiento torpe, enganchó el cartón en la puerta del vehículo y en cuestión de segundos la caja se desfondó y el contenido de la misma se desparramó por el suelo. Quiso que se la tragara la tierra cuando vio el colorido surtido de bragas esparcido a sus pies.

Se agachó rápidamente sin querer mirar a Oliver a la cara. Si hubiera podido comerse los pequeños trozos de tela lo hubiera hecho gustosa.

Pero él fue más rápido. Antes de que llegara al suelo le vio revolviendo el

montón. Oliver levantó ambas manos. En una tenía un tanga negro de encaje, apenas un minúsculo triángulo transparente unido a un delgado cordón y en la otra una amplia y cómoda braga blanca de algodón que solía usar cuando tenía la regla para estar cómoda.

Trató de quitarle ambas prendas de un tirón, pero él se levantó de un salto y las sostuvo lejos de ella.

—¡No tan deprisa!

—Dame eso, Oliver. No tiene maldita la gracia.

—Solo si me contestas a una pregunta.

—¿Qué pregunta? —gruñó furiosa.

—¿Ambas son tuyas?

—No son mías, es que las vendo los domingos en el mercadillo, ¡no te jode!

Él giró las prendas para verlas bien.

—¡Dámelas ya de una vez!

—Hay más en el suelo. ¿Por qué no te dedicas a recogerlas? Las está viendo todo el vecindario.

—¡Mierda! —dijo dándose cuenta de que lo que él decía era cierto, aunque en realidad no le importaba que las vieran los vecinos, lo que le molestaba era que las hubiera visto él. Si alguna vez tenía que verlas debía ser puestas y por supuesto, las negras. Jamás las otras.

Se agachó y recogió las prendas a puñados y las echó en otra caja que abrió apresuradamente. Cuando terminó y se volvió a mirar a Oliver, él seguía dándole vueltas a la braga blanca en la mano.

—¿Cómo se os ocurre a las tías poner una cosa tan antierótica como esto?

—Tendrías que ser mujer para entenderlo —dijo enfurecida—. Y además, vosotros no podéis hablar. Algunos os ponéis unos horribles calzoncillos de tela con elástico y botoncitos. Eso sí que es antierótico. A las mujeres se nos caen dos lágrimas cuando os vemos con eso.

—Yo no uso ese tipo de calzoncillos.

—Yo tampoco me pongo eso todos los días. Solo cuando quiero estar cómoda, y por supuesto jamás cuando voy a salir con un chico.

Oliver había dejado de mirar las bragas y tenía clavados en ella sus chispeantes ojos verdes, que le sonreían burlones.

—De modo que tú eres el doctor Jekyll y mister Hyde —dijo mientras balanceaba suavemente entre dos dedos el tanga negro ante la cara de Leticia. Ella aprovechó y dando un fuerte tirón le quitó ambas prendas de las manos y se las guardó en el bolsillo de los vaqueros. Eva salía en aquel momento y advirtió la risa de su hermano y la tensión en Leticia.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando a ambos.

—A mí no me mires. Tu amiga acaba de mostrar su ropa interior a todo el vecindario.

Leticia apretó los labios y lo miró furiosa. Oliver se perdió de nuevo tras la puerta para ir a coger la última de las cajas que quedaban en el piso.

—¿Qué ha pasado?

Leticia miraba el portal vacío y sacudió la cabeza con pesar.

—¡Por Dios! Siete años esperando que se volviera a cruzar en mi camino y la primera vez que le veo le pilló meando con el pito en la mano y la segunda le enseñó todas mis bragas al completo, incluidas las de cuello vuelto que uso para dormir cuando estoy con la regla. ¿Y tú crees que ha mirado dos veces el tanga de encaje? Apenas le ha echado un vistazo, pero a la otra... ¡Joder, a la otra le ha dado hasta la vuelta del revés para verla bien!

Eva le posó a su amiga la mano en el brazo.

—¿En serio le pillaste meando?

—Sí, el día que fui a limpiar la cocina.

—No me dijiste nada.

—Primero tenía que asimilarlo yo.

—¿Y qué hiciste?

Leticia se encogió de hombros con filosofía.

—Arreglarlo... Dejé caer una botella de lejía que reventó contra el suelo y le jodió los pantalones y los botines. Como puedes comprender, si mala imagen tenía de mí cuando me fui, esta no ha mejorado ahora.

—No desesperes.

—Eso jamás —dijo irguiendo los hombros—. Te aseguro que el tanga al que apenas ha echado una mirada hoy, lo verá y bien visto. Puesto.

Eva lanzó una sonora carcajada, pero calló de inmediato al ver que su hermano regresaba cargado con una caja pequeña y varias bolsas de plástico. Lo acomodó todo en el interior de la furgoneta y los tres se sentaron apretados en el asiento delantero. Mientras él se situaba al volante, Eva le cedió a su amiga el sitio a su lado, con un elocuente gesto de la mano y Leticia no desperdició la oportunidad. Se sentó completamente pegada y obligándole a rozar su pierna cada vez que tenía que cambiar de marcha.

—Disculpa —le dijo—, pero no puedo evitarlo. No tengo sitio para cambiar.

—No te preocupes, no somos críos —respondió pensando que si lo hubiera sabido no se habría puesto el pantalón largo, sino algo que le dejara los muslos al aire.

Al fin, y contra lo que ella hubiera deseado, llegaron a su calle. Oliver buscó aparcamiento y empezaron a descargar los bultos. En poco rato lo tuvieron todo arriba. Leticia rogó que no se desfondara ninguna otra caja por las escaleras; ya había tenido suficiente con el episodio de las bragas.

Una vez arriba. Oliver se dedicó a montar los muebles, mientras ellas vaciaban las cajas de ropa para colocar el contenido en los armarios empotrados que ya estaban limpios y preparados para usar, y después el menaje de cocina.

A mediodía, Eva sacó un par de *tuppers* donde su madre les había puesto unos filetes empanados y una tortilla para el almuerzo, en previsión de que no tuvieran la cocina terminada de arreglar. Los tres se sentaron en el comedor a estrenar la mesa y las sillas que Oliver acababa de montar.

—Lo siento. Los manteles están en una de las cajas que aún no hemos abierto. Esta comida tendrá que ser informal. Cuando ya estemos instaladas te invitaremos a algo succulento y pondremos todos los perejiles en la mesa, hermano —se disculpó Eva.

—No te preocupes, puedo pasar sin manteles perfectamente. De hecho, en mi casa nunca los pongo. Y soy un currante, no un pijo. A menudo como con los chicos en la obra y hay veces que ni siquiera tenemos agua para lavarnos. Tenemos que coger los bocadillos con servilletas para no pegarle la mierda de las manos.

Leticia le miró las manos mientras cogía un filete con los dedos y su imaginación se disparó pensando en el día en que esas manos fuertes la acariciarán. La sola idea la alteró tanto que se le atragantó el bocado que estaba tomando y tosió repetidamente. Abrió la botella de agua y se sirvió un vaso, pero su indisciplinada mente seguía distraída y ni se percató de que el vaso se llenaba y rebosaba.

—¡Leti! —le advirtió Eva—. El agua...

Demasiado tarde se dio cuenta de su torpeza. El agua ya resbalaba por el borde del vaso y mojaba la mesa, dirigiéndose peligrosamente hacia Oliver.

Se levantó brusca para colocar una servilleta sobre la pulida superficie, con tan poco tacto que hubiera volcado el vaso al completo si él no lo hubiera agarrado con rapidez apartándolo de su trayectoria.

—Calma, chica. Que va a ser peor el remedio que la enfermedad.

—Lo siento, estaba distraída.

—No hace falta que lo jures —dijo Eva.

Con cuidado limpió la mesa y continuaron comiendo. Leticia puso un especial cuidado en controlar sus manos para evitar cualquier otra situación bochornosa. Cuando ya casi estaban terminando la comida, Oliver preguntó:

—Oye, Eva, ¿sabe mamá que vais a poner camas de matrimonio en las habitaciones?

Esta se hizo la despistada. Al final se había unido a Leticia y había comprado también una cama doble en previsión de una posible relación futura.

—No recuerdo habérselo mencionado expresamente.

—Pondrá el grito en el cielo.

—Sí que lo pondrá, pero como comprenderás no voy a irme a vivir a un piso y cerrar la posibilidad de traer a algún chico a casa a dormir, si se tercia.

Él levantó las cejas, curioso.

—¿Alguno en particular?

—Al primero que se me cruce, no, por supuesto.

—Quiero decir que si ya tienes a algún candidato. Extraoficialmente, claro,

porque si fuera oficial ya mamá me lo habría dicho. Está deseando casarnos a ambos.

—Bueno, hay un chico valenciano, profesor igual que yo, que me agregó al chat una compañera. Hemos enganchado y... ¡Quién sabe! A lo mejor algún día viene a hacerme una visita.

—Comprendo.

Se volvió hacia Leticia y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Piensas traerte a algún zaragozano que hayas dejado olvidado en tu tierra?

—Zaragoza no es mi tierra, soy asturiana de nacimiento. Y no hay ningún zaragozano, ni catalán ni asturiano que yo tenga interés en traerme a casa.

Eva dijo burlona mirándola con picardía.

—Ella piensa dedicarse con todas sus energías a los granadinos.

—¿Alguno en especial? —le preguntó igual que había hecho con su hermana.

Leticia se encogió de hombros. No le gustaba mentir, y prefirió desviar el tema.

—Yo no soy tu hermana, a mí no tienes que interrogarme.

—De modo que tú piensas montar orgías.

—Por supuesto que no, solo divertirme un poco. Con un padre militar lo he tenido muy difícil para ligar. Ahora quiero disfrutar de la vida.

—Y de los granadinos.

—También.

—Dicen que los tíos de aquí tenemos muy «mala follá».

—Ya me encargaré yo de corregir eso si se da el caso.

Oliver se levantó dando por terminado el almuerzo.

—Bueno, vamos a seguir o no terminaremos hoy. He quedado para cenar.

Eva aprovechó para intentar sonsacarle.

—¿Alguna chica en especial?

Él la miró divertido.

—¡Ah, donde las dan las toman!

—Una amiga. Para mí no existen las chicas especiales. Todas son iguales. Cena, copa, polvo si se tercia, y tú a tu casa y yo a la mía. Y no volvemos a ver nunca más.

Leticia intervino.

—Algún día llegará alguna que ponga fin a todo eso.

—Ni hablar. Las veo venir y pongo tierra de por medio enseguida. No pienso amarrarme a nadie, tengo alma de soltero.

Leticia pensó que enrollarse con él sería un reto y a ella le gustaban los retos. Y Oliver también le gustaba cada vez más. Llegaría el día en que esa mirada pícaro fuera para ella.

Capítulo 3

Leticia se ajustó el bolso al hombro y se dispuso a entrar en el bar de copas, el cuarto de aquella noche. Llevaba ya un mes viviendo con Eva y había salido todos los viernes y sábados, cada vez por una zona diferente de Granada, tratando de averiguar por dónde se movía Oliver en sus salidas de fin de semana.

Los primeros quince días se había dedicado a las discotecas más de moda sin ningún éxito y ahora lo estaba intentando con los locales de copas.

Aunque Eva y ella coincidían con Oliver en los almuerzos dominicales en casa de Esperanza, él jamás había dado ninguna pista sobre sus lugares de diversión, aunque a juzgar por sus ojeras, Leticia deducía que solía salir los sábados y acostarse tarde.

Después de cada búsqueda infructuosa, Eva se burlaba de ella y le decía que se lo preguntara directamente, pero Leticia insistía en que el encuentro tenía que parecer casual. Incluso tenía preparada una perfecta historia para justificar su presencia allí.

Y aquella noche, vestida con una minifalda negra y una camiseta ajustada del mismo color, había continuado su búsqueda.

Cuando entró en el local, su presencia llamó de inmediato la atención de un nutrido grupo de hombres solos que bebían, desperdigados por el local con la evidente intención de buscar rollo para la noche.

Tratando de ignorar todas las miradas y sonrisitas, avanzó resuelta hasta la barra buscando un lugar desde el que curiosear por el local sin que resultara muy evidente. Sin embargo, no tuvo que esforzarse demasiado, porque apenas había avanzado unos metros sus ojos se vieron atraídos como si fuera un imán por el pelo rubio que sobresalía por encima de la mayoría de las cabezas. Aún sin que se hubiera vuelto y sin haberle visto la cara le reconoció al instante. Su corazón empezó a golpear con violencia y tuvo que hacer un esfuerzo para aparentar normalidad porque el chico que estaba con Oliver había empezado a mirarla con descaro.

Apartó la vista y buscó un lugar en la barra donde sentarse en espera de que él la viese. Por lo que había podido apreciar estaba solo con aquel chico, y no descartó la posibilidad de que se acercara a saludarla. Se pidió una copa y miró el reloj, comenzando su representación. De vez en cuando lanzaba miradas en dirección a los dos amigos; Oliver se había girado un poco y ahora podía verle el perfil. A su amigo no se le escapaba que ella le miraba de vez en cuando. Decidió fingir indiferencia y tomar su copa tranquilamente.

Oliver estaba en un rincón de la barra con su amigo y capataz de la obra. Aquella noche estaban en plan tranquilo tomando una copa. Estaba cansado y había salido sin ánimo de buscar rollo, solo a relajarse un rato. Por eso se sorprendió cuando Félix le dijo:

—Hay un pedazo de tía en la barra que no te quita ojo.

—¿A mí?

—Sí. Creo que si quieres, tienes rollo para esta noche.

—Estoy cansado, ha sido un día duro. No me apetece tomarme el trabajo de ligar, ir hasta la casa de la tía en cuestión y luego levantarme de madrugada y volver a la mía. Quizás mañana. Esta noche, una vez que coja la cama quiero dormir del tirón.

—Pues te pierdes un auténtico monumento. La tía está cañón. Ahora está mirando de nuevo hacia aquí.

Picado por la curiosidad, Oliver lanzó una mirada por encima de su hombro siguiendo la mirada de su amigo.

—Esa que está vestida de negro.

Por un momento sus miradas se encontraron. Leticia alzó ligeramente su copa en un gesto de saludo. Oliver levantó la ceja en señal de reconocimiento y dijo sonriendo a Félix:

—No he ligado, me mira porque me conoce.

—¿Conoces a ese bombón? ¿De qué?

—Es la compañera de piso de mi hermana. Son amigas desde hace años.

—Está sola. ¿Por qué no me la presentas?

—No pienso acercarme a ella. No me apetece poner una lavadora en cuanto llegue a casa esta noche.

—¿Una lavadora? ¿Qué tiene que ver con la chica?

—Es lo más patoso que puedes imaginarte. Cada vez que está cerca de mí acabo con la ropa manchada y alguna estropeada de por vida.

—Pues no lo parece.

—Hazme caso, mejor que no la conozcas.

Se había vuelto de nuevo y su amigo sonrió divertido.

—Me parece que no vas a tener más remedio que presentármela. Viene hacia aquí.

—¡Mierda! Espero que no se nos pegue como una lapa. Esta noche tengo ganas de tranquilidad.

Forzó una sonrisa y se volvió hacia Leticia.

—¡Hola!

—Hola. Me pareció que eras tú, pero de espaldas no estaba segura.

Oliver sintió que Félix le clavaba un codo en las costillas y se resignó a tener a Leticia con ellos el resto de la noche.

—Pues sí, soy yo. Estoy aquí tomando una copa. Permite que te presente a Félix, mi capataz y amigo. Ella es Leticia, amiga de mi hermana Eva.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

Leticia se acercó para darle un beso. Oliver dio un paso atrás y le agarró el vaso con una mano para enderezárselo antes de que derramara el contenido sobre su camisa. Leticia se disculpó.

—Lo siento, casi te mancho.

Oliver hizo una mueca diciéndose a sí mismo que por esta vez se había librado. Félix ignoró el incidente y preguntó:

—¿Estás sola?

—De momento, sí. He quedado con una compañera de trabajo que al parecer frecuenta este sitio, pero se está retrasando.

—¿Cómo es? Yo conozco a casi todo el mundo que suele venir por aquí —dijo Félix. Leticia describió a una chica que había visto a veces por los pasillos de la oficina y que podía ser confundida con cualquier otra.

—Estatura media, morena, ojos oscuros...

—Hay muchas chicas así.

—Ya... Bueno, supongo que llegará más tarde o más temprano. Espero que no me deje tirada.

—Pensaba que Eva y tú salíais juntas.

—A veces. Hoy tu hermana está muy ocupada chateando con el rey de las paellas. Yo tenía ganas de salir así que llamé a esta chica y me dijo que venía a este local... Y aquí me tienes. Está bien esto, nunca había venido antes —dijo mintiendo con una naturalidad que a ella misma le sorprendió.

—Puedes quedarte con nosotros hasta que venga —invitó Félix.

Leticia miró a Oliver, que fruncía ligeramente el ceño y rehusó.

—No... no quiero molestaros. Estabais aquí tan tranquilos y seguro que lo último que os apetece es que se os acople una extraña. Vuelvo a mi sitio, a la barra; seguro que mi amiga ya no tardará.

Oliver respiró aliviado. Leticia añadió:

—Solo he querido saludarte. No quería que pensaras que te había reconocido y pasaba de hablarte. Bueno, hasta el domingo, que nos veremos en casa de tu madre. ¿Quieres que le diga algo a Eva?

—Sí, que chatee menos y se divierta más.

—¡Uf! Eso va a ser difícil. Está tela de enganchada con él. Seguro que cuando vuelva de madrugada sigue en el chat. Bueno, adiós. Encantada de conocerte, Félix.

—Igualmente.

Leticia regresó a su sitio en la barra y miró el reloj una vez más. Paladeó su copa poco a poco, como si realmente estuviera esperando a alguien sin dejar de sentir sobre su espalda la mirada ocasional de los dos amigos.

A esa copa siguió otra y después una tercera, a medida que la noche iba avanzando. Oliver la miraba una y otra vez, sentada allí sola, bebiendo lentamente. En varias ocasiones vio que algún hombre se le acercaba, pero ella sacudía la cabeza y se libraba de él con un gesto amable y volvía a mirar el reloj.

Oliver se dio cuenta de que se estaba poniendo de mal humor. ¿Durante cuánto tiempo más aquella chica iba a esperar a alguien que obviamente no iba a aparecer? ¿Es que no se daba cuenta de que le habían dado plantón, de que probablemente su

amiga estaría divirtiéndose en cualquier otro lado y la había mandado allí para librarse de ella de forma elegante? ¿Era tan ingenua que todavía pensaba que la chica iba a aparecer? Hacía más de tres horas que estaba esperando sentada en aquel taburete. Miró el reloj. Iban a dar las cuatro de la madrugada. Estaba harto de estar allí. Miró a Félix y le dijo:

—Estoy cansado, voy a irme a casa. Voy a preguntarle a Leticia si quiere que la acerque, me pilla de camino.

—Sí. Está claro que la noche no se le ha dado muy bien a la pobre chica.

Oliver apuró su vaso y se acercó al otro extremo de la barra.

—Leticia...

Ella giró la cabeza y sonrió. Llevaba esperando ese momento toda la noche.

—Es muy tarde, voy a marcharme. Tú deberías hacer lo mismo. Tu amiga probablemente ya no va a venir.

—No, supongo que no —dijo con un suspiro de resignación.

—Te acerco a casa, si quieres.

—No hace falta. Puedo coger un taxi.

—Es difícil pillar taxi por aquí a estas horas.

—No quisiera causarte molestias.

—No es molestia, me pilla casi de camino.

—Entonces te lo agradezco.

Salieron juntos del local a la fresca madrugada. Leticia cogió el fular que llevaba anudado en el bolso y se lo echó sobre los hombros.

—Por aquí —indicó él.

La condujo a través de una calle lateral hasta llegar a la camioneta.

—No sé qué le habrá podido pasar. La he llamado al móvil y no responde. Quizás se haya quedado sin batería y no pueda avisarme.

Oliver se sintió incapaz de decirle que lo más probable era que no hubiera querido salir con ella y la hubiera citado en un lugar por el que no pensaba aparecer.

Subió a la furgoneta junto a él y se estiró un poco la minifalda, que se había subido demasiado. Este gesto mecánico hizo que la mirada de Oliver se posara en las piernas desnudas, morenas y atractivas. Tenía buenas piernas, había que reconocerlo. Nadie lo hubiera dicho cuando tenía doce años y mostraba dos palillos con las rodillas huesudas.

Oliver arrancó la camioneta y mientras conducía no pudo evitar que la mirada le resbalara una y otra vez a los muslos que se movían suavemente con los vaivenes del vehículo por los adoquines del pavimento.

Leticia tenía la vista clavada en el cristal, pero por el rabillo del ojo veía la mirada de él desviarse de la carretera con demasiada frecuencia y sonrió.

—¿Vas mucho por ese local? —preguntó dando la impresión de que había dicho eso como podía haber preguntado cualquier otra cosa. Como si solo se tratara de romper un silencio ligeramente incómodo.

—A veces. No suelo frecuentar ningún sitio fijo.

—Yo tampoco. A mí me gusta variar. Pero este sitio me ha gustado, probablemente volveré.

—Acompañada, supongo.

—Quizás... O sola, vete a saber. Esta noche he descubierto que no es tan terrible estar sentada sola a la barra de un bar. Te permite observar a la gente y no es tan aburrido como parece.

—Si tú lo dices...

—Bueno, espero que mañana pueda arrancar a tu hermana del chat y llevarla por ahí. No me importa pasar sola alguna noche, pero desde luego no siempre. Y como soy nueva en la ciudad, no tengo mucha peña aún.

—Puedes intentarlo con otros compañeros de trabajo.

—No hay mucho donde elegir, la mayoría son cincuentones.

—Has podido encontrar rollo esta noche. He visto que se te acercaban varios chicos.

—Todos iban a lo mismo. No me interesa liarme con un tío al que acabo de conocer.

—¿Eres de las estrechas?

—No, pero tampoco me meto en la cama de alguien que no conozco. Soy prudente.

—Esa es una buena cosa.

—¿Y tú? —se atrevió a preguntar.

—También soy prudente. Siempre uso preservativo.

—Pero sí te sueles acostar con chicas a las que acabas de conocer.

Él se encogió de hombros.

—Es más fácil. Si las conoces, sueles repetir. Y si te acuestas con una mujer más de dos o tres veces estás perdido. Todas quieren más.

—¿Más veces? —preguntó haciéndose la ingenua.

—No. Una relación.

—Comprendo. Pero si una chica te gusta no puedes evitar acostarte con ella más de una o dos veces.

Él volvió a encogerse de hombros, en un gesto que se estaba haciendo característico.

—Nunca me he acostado con una mujer que me gustara.

Leticia abrió mucho los ojos.

—¿No? ¿Quieres decir que las buscas feas?

—¡No, por Dios! No me refería al físico. Quería decir con ninguna que me guste de verdad.

—¿Nunca te ha gustado una chica? ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro. Y sí, me han gustado algunas mujeres, y mucho. Pero he puesto buen cuidado en poner tierra de por medio y sobre todo en no acostarme con ellas.

—¡Chico, qué dominio! A mí, cuando me gusta un tío en lo único que pienso es en acostarme con él. Y no le exijo ninguna otra cosa.

Oliver no contestó. Leticia se dio cuenta de que estaban entrando en la avenida que llevaba a su casa y se preparó para despedirse. Oliver paró junto a su puerta.

—Gracias —dijo inclinándose levemente y besándole la mejilla. El pelo de la barba le acarició los labios y tuvo que resistir la tentación de levantar la mano y acariciarle la cara. Él se echó levemente hacia atrás, en un gesto de sorpresa.

—Es lo menos que se merece el taxista —dijo como excusa—. Tengo una prima que dice que cuando alguien hace algo por ti y ofrecer dinero está fuera de lugar, lo mejor es demostrar agradecimiento con un beso. Estamos en paz.

—No tienes que agradecerme nada, Leticia. Ha sido un placer acompañarte.

—Supongo que nos veremos el domingo en casa de tu madre.

—Sí, supongo.

Se bajó de la camioneta y volvió a estirarse la falda con desagrado. Movié ligeramente la cabeza pensando en lo incómodo que resultaba a veces llamar la atención de un hombre.

Oliver la vio avanzar por la calle moviendo con suavidad las caderas. Estaba terriblemente *sexy* y atractiva con esa ropa. En menudo bombón se había convertido la Serpiente peluda.

El domingo, cuando se reunieron en casa de Esperanza para almorzar, Oliver, vestido de nuevo con sus habituales vaqueros raídos, se acercó a ella.

—¿Has podido averiguar qué pasó con tu amiga?

—No he hablado con ella aún. Supongo que me lo dirá mañana, en el trabajo.

Eva les miraba con una sonrisa enigmática y una gran admiración por su amiga. Su hermano se había tragado toda la farsa como un pez que pica el anzuelo y tenía la certeza de que cuanto más se resistiera, más se clavaría en él.

Capítulo 4

Aquella noche, Leticia no había coincidido con Oliver. Le resultaba muy descarado presentarse otra vez en el mismo local con tan poco tiempo de diferencia. Tenía que dosificar los encuentros o él se daría cuenta de que le buscaba.

A pesar de que aquella noche era perfecta para que la acompañara a su casa. Eva se había ido a Valencia a conocer a su amigo internauta y tenía la casa para ella sola. Pero también le había pedido que no le dijera a nadie la verdad. A su madre le había contado que no iría el domingo a comer porque tenía una excursión con los chavales del colegio, y se había dado una escapadita para conocer en persona a aquel hombre con el que mantenía horas de conversación a distancia.

Leticia había salido, y esta vez de verdad, con una compañera de trabajo, y había estado bailando hasta caer rendida. Los pies le dolían de forma espantosa y el sueño ya empezaba a apoderarse de ella cuando se bajó del taxi frente a su casa, pasadas las cinco de la madrugada. Rebuscó en el bolso las llaves, ansiosa por coger la cama y dormir profundamente, pero por mucho que hurgó en él, sus dedos no consiguieron encontrar el pequeño llavero metálico. Sintiendo una punzada de aprensión se acercó a la luz de una farola y comenzó a sacar uno por uno, todos los objetos inútiles e imprescindibles a la vez que guardaba en el bolso, pero las llaves no aparecieron.

Después registró sistemáticamente todos los bolsillos con el mismo resultado. Hasta que al fin la luz se hizo en su cerebro cansado y embotado por las dos o tres copas que se había tomado. Había cambiado de bolso y las llaves estaban en el que había dejado en casa. Al salir se había limitado a tirar de la puerta.

Miró desolada ese segundo piso donde se encontraba su cama caliente y acogedora. El frío de la madrugada se empezaba a dejar sentir una vez abandonado el refugio del taxi y la ligera chaqueta que llevaba dejaba traspasar el frío que se clavaba en su piel como alfileres punzantes.

Se subió el cuello y cruzó los brazos sobre el estómago tratando de protegerse un poco, mientras pensaba qué hacer. No era Spiderman, no podía gatear por la pared hasta la terraza que sabía había dejado ligeramente abierta. Tampoco podía esperar en la calle a que Eva llegara dos días después. ¡Dios, cómo necesitaba una cama! La única solución era acudir a un cerrajero. Quizás pudiera abrir la puerta sin romper la cerradura. Pero tampoco conocía a ningún cerrajero, y menos a uno que estuviera dispuesto a trabajar un sábado de madrugada y ni siquiera un domingo. Quizás Oliver conociera a alguno. En su trabajo él debía estar relacionado con todo tipo de profesionales. Pero no podía llamar a Oliver a las cinco de la madrugada. Y tampoco tenía su teléfono ni su dirección, aunque podría conseguirlo a través de Esperanza; pero tendría que esperar a una hora más decente para llamarla.

Dio una vuelta por el barrio tratando de encontrar un bar o cafetería abierta para

tomar un café y esperar, pero fue inútil. Desesperada y tratando de protegerse del frío cortante se sentó en el escalón de su portal, se acurrucó contra la pared, y allí se quedó, maldiciéndose a sí misma y jurándose que al día siguiente iba a hacer copias de la llave y a repartirlas por todos los bolsos, durante tres horas y media.

A las nueve se decidió a llamar a Esperanza. La mujer contestó pronto y Leticia se sintió aliviada de no haberla despertado.

—¿Diga?

—Esperanza, soy Leticia.

—Sí, chiquilla, dime. No pasa nada, ¿verdad?

—No, no pasa nada. Es que necesito el teléfono de Oliver. ¿Podrías dármelo?

—¿Eva se marchó ya a su excursión?

—Sí, ya ha salido. Pero tengo un pequeño problema en el piso y querría saber si Oliver puede enviarme a alguien que me lo solucione.

—Enseguida te lo doy. Apunta.

Leticia preparó el móvil y guardó el número que Esperanza le dio. Pocos minutos después, llamaba, temerosa de la reacción de Oliver. Si había salido por la noche, no le agradaría que le despertasen a aquella hora tan temprana, pero no tenía otra alternativa, ya estaba medio congelada.

El teléfono sonó varias veces mientras ella rogaba que no lo apagase sin contestar. Al fin, la voz somnolienta al otro lado la hizo suspirar de alivio.

—¡Diga!

—Oliver, soy Leticia.

Unos minutos de silencio y después la voz más despierta, y también más irritada.

—¿Qué tripa se te ha roto a esta hora? ¿Quién te ha dado mi teléfono?

—Ya sé que no son horas de llamar un domingo, pero por favor, no te enfades. Tengo un apuro serio.

Él suspiró ruidosamente al otro lado.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Conoces a algún cerrajero?

—¿Un cerrajero? ¿Para qué? ¿Han intentado entrar a robaros y han roto la cerradura?

—No, no es eso... Ha sido una torpeza mía. He salido y me he dejado las llaves dentro.

—¡Joder! Eso no le pasa a nadie nada más que a ti. ¿Y no puedes llamar para que te abra mi hermana?

—Eva no está en Granada.

—¿Ah, no? ¿Y dónde está?

—En Valencia. ¡Dios, no, quiero decir de excursión con el colegio!

—Ya... Ha ido a verse con ese tío.

—Se supone que ni tu madre ni tú deberíais saberlo. Se me ha escapado, pero es que estoy estresada y congelada. Llevo desde las cinco de la mañana sentada en el

portal esperando que fuera de día para llamar a tu madre y que me diera tu número. Ya ni sé lo que digo.

—Lo tuyo es increíble.

—Por favor, deja de regañarme y dime si me puedes ayudar o no. ¿Puedes darme el número de un cerrajero?

Oliver suspiró de nuevo.

—Un cerrajero a estas horas, y un domingo, te va a cobrar un dineral, y además te partirá la cerradura para colocar otra. Primero iré yo a ver si te lo puedo solucionar.

—No quisiera molestarte aún más.

—Trataré de estar ahí lo antes posible.

—Gracias.

Apenas veinte minutos después, aparcaba la camioneta varios metros más allá de su puerta. Con cuidado Leticia se levantó del escalón. Sentía las piernas entumecidas y agarrotadas, y las manos congeladas a pesar de haberlas tenido metidas debajo de los brazos para calentarlas.

Oliver vestía sus eternos vaqueros, un jersey de cuello vuelto y un chaquetón acolchado.

—¡Dios mío, si estás vestida para...! ¿No tienes más que esa chaqueta?

—En las discotecas no hace frío, y luego pensaba venir en taxi. No era mi intención quedarme cuatro horas sentada en el escalón del portal.

Oliver se quitó el chaquetón y se lo colocó sobre los hombros para calmar el temblor y los escalofríos.

—Llama a algún vecino para que te abra el portal. Trataré de abrirte la puerta con una tarjeta de crédito.

—¿Cómo?

—Es un truco que usamos en la obra cuando no tenemos llave. Claro que no sirve para todas las cerraduras.

—Esperemos que haya suerte.

Una vez dentro del portal y con el chaquetón de Oliver sobre los hombros, se sintió mejor.

Subió los dos pisos y rezó para que él pudiera abrir la puerta. Pero nada más verla, Oliver negó con la cabeza.

—Esta cerradura es blindada, y además la puerta tiene un junquillo que no permite introducir nada.

—Entonces llamemos al cerrajero.

—Espera, aún hay otra forma. Mientras aparcaba he echado un vistazo a las terrazas. Siempre te resultará más barato cambiar un cristal que una cerradura como esta. Si tu vecino está en casa, puedo saltar por la terraza.

—¿A dos pisos de altura? Ni hablar.

—No me asusta la altura. Estoy acostumbrado en las obras a caminar por las vigas y ese tipo de cosas. No te preocupes, no es difícil.

—No permitiré que te pongas en peligro, saltaré yo.

Él la miró ceñudo.

—¿Tú? Si tiembles tanto que las piernas no te sostienen. Anda, cállate la boca y deja que yo arregle esto.

Leticia adivinó cierto enfado en su voz y le obedeció. Oliver llamó a la puerta contigua y le explicó a la vecina el problema de Leticia. La señora le permitió entrar y ella aguardó junto a la puerta con el alma en vilo. Diez minutos después, la puerta de su piso se abrió desde dentro. Suspiró aliviada al comprobar que Oliver no se había despeñado al vacío y contuvo las ganas de abrazarle.

—Gracias —susurró.

—Anda, entra. Date una ducha caliente mientras te preparo un café —dijo tocándole las manos y la cara—. Estás congelada.

—He pasado mucho frío ahí abajo.

—Debiste llamar antes.

—Si te has enfadado porque te he llamado a las nueve, no te digo si lo hubiera hecho a las cinco. Además, se supone que tu hermana iba a salir de excursión a las ocho de la mañana. En teoría ella hubiera podido abrirme la puerta.

—Harías cualquier cosa por cubrirle las espaldas a Eva, ¿verdad?

—Por supuesto. Es mi amiga, y para mí la amistad es sagrada. Además, tu hermana y yo hemos pasado muchas cosas juntas. También ella me ayuda y me cubre las espaldas a mí cuando hace falta.

—¡Vaya dos! Anda, dúchate y cuando salgas tendrás algo caliente preparado.

Leticia buscó un pijama abrigado. En aquella ocasión pasaba de ponerse algo *sexy* delante de Oliver, solo quería calentarse el cuerpo aterido y poco le hubiera importado presentarse ante él con una piel de oso. O de «serpiente peluda», ya puestos. Puso el agua lo más caliente que pudo, hasta el punto de escaldarse la piel y cuando entró en calor salió de la ducha y se colocó su pijama de franela azul.

Oliver estaba sentado en la cocina con dos tazas de humeante café sobre la mesa. Se sintió agradecida.

—Gracias —repitió una vez más.

En vez de decir el «de nada» que ella esperaba, Oliver propuso:

—¿Por qué no haces una copia de la llave y la dejas en casa de mi madre para casos como este?

—¿Piensas que se va a volver a repetir?

—Contigo nunca se sabe.

—Esto le podría pasar a cualquiera, Oliver. ¿A ti no te ha pasado nunca?

—No.

—Vaya, ya veo que eres perfecto.

—No soy perfecto, solo cuidadoso.

—Sin embargo sabes abrir puertas con una tarjeta de crédito.

—Puertas interiores de habitaciones que todavía no tienen colocados los pomos y

que se cierran con un golpe de viento.

—Ya. Bueno, pues lamento profundamente haberte llamado para que me echaras una mano. De verdad que no tenía ni idea de a quién acudir. No conozco a ningún cerrajero. La próxima vez que tenga un problema procuraré molestar a otra persona —dijo sonriéndole y lanzándole una mirada de disculpa—. De todas formas, gracias por venir.

—No me las des, lo he hecho por mi hermana. Ella te tiene mucho cariño y se llevaría un gran disgusto si supiera que te he dejado tirada.

«Algún día lo harás por mí misma», se dijo Leticia interiormente para intentar que las palabras de él no le molestaran. Continuó sonriendo y le ofreció:

—¿Quieres algo para acompañar el café?

—No, no tengo hambre.

—Bueno, pues vuelve a la cama.

—Ya no podría dormir. Lo que haré es pasar a ver a Félix antes de ir a comer a casa de mi madre. Tenemos unas cosas que discutir sobre un presupuesto. Hay unos cálculos que no cuadran.

—Si quieres yo puedo echarte una mano con ellos. Los números son lo mío.

Él levantó las manos en un gesto espantado.

—¡No, muchas gracias, no!

Leticia sonrió con dulzura.

—Con los números y los cálculos soy muy buena. De verdad. Ahí no estropeo nada.

—No, no te molestes —dijo nada convencido—. Iré a ver a Félix y nosotros lo arreglaremos.

—Como quieras.

Oliver se levantó y ella le acompañó a la puerta. Cuando iba a marcharse se acercó.

—Espera, tengo que darte las gracias.

Oliver arqueó una ceja.

—¿Otro beso?

—Sí, otro beso. No te molesta, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Un beso de una mujer guapa nunca es molestia.

Leticia se levantó levemente sobre la punta de los pies y en esta ocasión le rozó los labios con los suyos muy fugaz y suavemente, pero el contacto leve y ligero lanzó chispas entre ambos. Se miraron a los ojos. Ella sonrió.

—Esta vez la deuda era mayor. Te he hecho abandonar una cama calentita y subirme por las paredes como Spiderman.

Él asintió con la cabeza y giró abriendo la puerta para desaparecer en el rellano de la escalera. Leticia cerró a su espalda y apretó los puños con fuerza. Bendito olvido el de las llaves. Por ese breve segundo había valido la pena las horas de frío acurrucada

en el portal, y también las protestas de él un rato antes. No había rechazado el beso e incluso parecía complacido después.

Dejando las tazas en el fregadero se decidió a acostarse al fin, sintiéndose feliz.

Capítulo 5

Durante los tres sábados siguientes, Leticia salió con Eva, pero los viernes, que su amiga se encontraba cansada y se dedicaba a chatear con Jaime, había decidido averiguar de forma más exacta dónde iba Oliver los fines de semana. Sin que Eva lo supiera, cenaba temprano y se apostaba en un pequeño bar situado enfrente de la casa de Oliver desde donde le veía salir y luego le seguía hasta la discoteca o bar de copas donde había quedado, casi siempre con Félix. Una vez que lo había averiguado, se marchaba. No quería que él supiera que le seguía, y dejó pasar varias semanas hasta hacerse la encontradiza de nuevo.

El lugar más frecuentado por el chico era el bar donde le había encontrado la primera vez, El Desván, pero también había una discoteca a la que él había acudido un par de veces.

Aquel viernes había quedado de verdad con una compañera de trabajo, María, y decidió arriesgarse a ir a la discoteca con la esperanza de encontrarle allí. Su intuición fue un acierto.

Se ascendía al local por una angosta escalera de madera y en la primera planta se encontraba la barra, la pista de baile y una terraza con mesas al aire libre para quien prefiriera menos ruido y menos calor.

Ambas mujeres subieron la empinada escalera, y cuando la vista se les acostumbró a la oscuridad del local, paseó la mirada a su alrededor para averiguar si había acertado. En efecto, nada más entrar vio a Félix en la barra. Buscó a Oliver y lo descubrió en la pista, bailando con una chica rubia que a Leticia le pareció delgada y fea como un demonio.

—¿Vamos por una copa? —le propuso a María—. Tengo sed.

—Sí, yo también.

Se abrió paso entre la gente que se arremolinaba en la barra y se situó detrás de Félix, con la intención de que fuera él quien la viese.

En efecto, cuando él se volvió con su bebida en la mano y la vio cara a cara, le sonrió.

—¡Vaya... tú eres el amigo de Oliver! Félix te llamabas, ¿no?

—Sí. Y tú eres la compañera de piso de su hermana.

—Sí, Leticia. Y esta es María, una amiga.

—¿La del otro día?

—No, otra. Creo que no volveré a quedar con aquella.

María era una chica de larga melena negra, simpática, aunque no demasiado atractiva. Leticia no quería arriesgarse a salir con nadie que le hiciera sombra cuando pensaba encontrarse con Oliver.

—¿Qué tal está este sitio? Es la primera vez que venimos.

—Hay buen ambiente, aunque depende de lo que quieras, claro. Hay mucha chica sola; si lo que queréis es ligar vais a tener mucha competencia.

—No queremos ligar, solo pasar un buen rato y distraernos de la semana de trabajo. Pero sí nos gustaría tener a algún chico con el que bailar, por supuesto —dijo María.

—¿Has venido solo? —preguntó Leticia con aire inocente.

—No, con Oliver.

—No me refería a él, sino a alguna chica.

—Hemos venido los dos solos.

—Bien, por lo menos os conocemos a vosotros. Si hay tanta competencia no creo que nos neguéis un baile al menos.

—Por mí encantado, aunque aquí solo ponen música rápida.

—Da igual, me encanta mover el esqueleto.

Leticia pidió un JB con Seven-up y continuó hablando con Félix.

—¿Y Oliver y tú venís mucho por aquí?

—A veces.

—¿Él y tú siempre salís juntos?

—Sí, casi siempre. Salvo que alguno tenga plan con una chica, claro. Pero normalmente salimos juntos, y tenemos un acuerdo por el que cada día bebe alcohol uno y conduce el otro. El carné es vital para nuestro trabajo y no nos podemos arriesgar a que nos lo quiten.

—Eso está bien. ¿Y a quién le toca beber hoy?

—A él.

Una idea cruzó por la mente de Leticia, rápida como un rayo.

—¿Significa eso que le veré como una cuba y haciendo el ridículo?

—No lo creo. Por mucho que beba es el tío más controlado que te puedas imaginar. Puede beberse una botella entera y nadie notará que está borracho. Una sola cosa le puede delatar.

—¿Qué cosa? —preguntó muy interesada.

—No creo que deba decírtelo. Sería desleal, eres amiga de su hermana y no quiero que le vayas con el cuento. Se lo tomaría muy mal.

—No voy a decírselo a nadie, no soy ninguna cotilla. Pero me encantaría saber algún punto vulnerable de Oliver. Es tan perfecto, y siempre se está burlando de mí por mis torpezas —dijo con aire compungido mientras le lanzaba una sonrisa inocente—. ¿Me lo dirás? Tienes mi palabra de que no se lo contaré a nadie.

—Está bien.

Se inclinó un poco sobre su oído para que María no pudiera escucharle y susurró:

—Cuando está bebido se pone muy cachondo y no controla. Es capaz de liarse con la primera tía que se le cruce por delante.

La mente rápida de Leticia procesó la información.

—¡Vaya, vaya con Oliver! No me lo imagino descontrolado. Aunque claro está,

que tampoco me lo imagino enrollado con una tía. Será porque le conozco desde siempre y es como un hermano mayor. Y los hermanos son asexuales, ya me entiendes.

Félix lanzó una carcajada.

—Oliver no es asexual. Y tiene mucho éxito entre las mujeres.

—Sí... —dijo sin demostrar mucho entusiasmo—. No está mal. Es resultón y está cachas, pero es un poco borde para mi gusto.

—¿Borde? Es encantador con las mujeres cuando quiere.

—Ya..., entonces debe ser que conmigo no ha querido.

—Sí, eso debe ser.

Leticia paseó de nuevo la vista por el local y esta vez vio a Oliver bastante cerca de ellos bailando con la misma chica. Dio un sorbo a su vaso y dijo con una nota de humor en la voz:

—Mira, allí le veo. Y debe de estar ya bastante bebido, porque está bailando con la tía más fea de la discoteca.

Félix lanzó una carcajada y dijo:

—Sí, Pilar no es demasiado atractiva, pero tiene una marcha increíble. No le hace ascos a nada.

—¿Qué quieres decir?

—Es una fiera en la cama.

—¿Te has acostado con ella?

—Yo y casi todos los que estamos en la discoteca esta noche.

—¿Oliver también?

—Al parecer a él le toca hoy.

—¡Vaya, vaya! El bueno de Oliver...

—Oye, no le vayas a decir que te he contado todo esto. Me despellejaría vivo si lo supiera.

—No te preocupes, soy una tumba. Pero te aseguro que me ha hecho mucho bien saber todas estas cosas. La próxima vez que se burle de mí, no me afectará tanto. Y ahora voy a dar una vuelta por ahí a ver cómo se da la noche.

—De acuerdo. Y si no encuentras ambiente, vienes a buscarme y me reclamas el baile prometido.

—¡Hecho!

Cogió del brazo a María y la empujó hacia el fondo del local.

—¿Quién es ese Oliver del que estabais hablando?

—¡Bah! El hermano de mi compañera de piso.

—¿Atractivo?

Leticia se encogió de hombros.

—Hum, está bueno, pero es el cabrón más borde que me he cruzado jamás, por mucho que su amigo diga lo contrario. En cuanto abre la boca pierde todo el atractivo que pueda tener a primera vista. Mira, es aquel rubio de la camisa celeste.

—¿El que está bailando con aquella tía de los pantalones morados?

—Sí, ese.

—Pues sí que está bueno. Se le podría perdonar que fuera un poco borde, ¿no? Siempre se le puede dar un muerdo para que no hable.

Leticia se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

—Sí, supongo. Pero no puedes estar dándole besos todo el tiempo, también hay que respirar.

—¿Tú te has liado con él alguna vez?

Leticia fingió escandalizarse.

—¿Quién, yo? ¡No, gracias! En el mundo hay un montón de tíos que están buenos sin necesidad de aguantar a Oliver. Su amigo, sin ir más lejos.

Un chico pelirrojo y muy alto se les acercó.

—¿A alguien le apetece bailar?

—Ve tú —le dijo Leticia a su amiga. Ella no tenía la más mínima intención de ligar con nadie y perder de vista a Oliver y a su amiguita. Además se le había ocurrido una idea para forzar a Oliver a hablarle. No quería ser siempre ella la que le hablara primero; no quería dar la impresión de que le perseguía.

Oliver estaba disfrutando aquella noche. Para empezar no le tocaba a él conducir sino a Félix. Ya se había tomado un cubata y le iba apeteciendo otro. Además había enganchado con aquella chica, no demasiado atractiva, pero sí muy simpática y divertida. Y además, polvo seguro. Félix se había enrollado con ella en alguna ocasión y había dicho que valía la pena, aunque su cuerpo no tuviera demasiadas curvas y su nariz fuera un poco ganchuda. Asimismo era de las que no buscaban nada más que pasar un buen rato.

La canción que estaban bailando terminó. Oliver vio que la chica tenía aún medio vaso lleno, pero su sed estaba aumentando.

—Voy por una copa. ¿Te apetece algo?

—No, aún tengo.

—Bien, pues si no te importa esperarme un momento me voy a acercar a la barra.

—De acuerdo. Yo aprovecho para ir al servicio.

Oliver se acercó a una esquina de la barra en la que había menos gente esperando y se dirigió a la chica que servía las bebidas.

—¿Me pones un ron con cola?

—¿De qué marca? A esta copa estás invitado.

—¿Invitado? No entiendo.

—Sí, una chavala vino hace un rato y me pagó una copa para ti.

—¿Qué chica? ¿Pilar?

—No, no fue Pilar. Otra, con el pelo rojizo. No la había visto nunca por aquí; dijo que era amiga tuya.

—No recuerdo a ninguna amiga pelirroja. En fin, daré una vuelta a ver si la localizo. Y si vuelve por aquí le das las gracias de mi parte.

Paseó la vista por el local para ver si Pilar había salido ya del baño, y como no la vio se decidió a buscar a su generosa amiga.

Después de dar un par de vueltas vio a Leticia que entraba desde la terraza exterior con otra chica. Tras hablar unas palabras, ambas mujeres se separaron y él aprovechó la ocasión para acercarse.

Leticia le había visto cuando entró y le observó acercarse a ella con paso rápido. El truco había funcionado.

—¿Eres tú la chica misteriosa que me ha pagado una copa?

Ella se echó a reír.

—Yo te he pagado una copa, pero te aseguro que no tengo nada de misteriosa.

—Es que como me la has dejado en el mostrador y no me la has ofrecido directamente...

—He visto que estabas acompañado y no he querido molestarte. Félix me ha dicho que habías ligado.

—No he ligado, solo estaba bailando.

—Bueno, lo que sea. No he querido ser un coñazo.

—¿Y se puede saber a qué se debe la invitación?

—Te debía una.

—¿Una copa?

—Más bien un favor. El otro día me ayudaste a entrar en casa.

Él sonrió al recordarlo. En su momento le irritó mucho, pero ahora le hacía gracia la aventura.

—Creo recordar que ya me pagaste por eso —dijo rememorando el beso suave que Leticia le había dado para agradecersele.

—Un favor como ese nunca se acaba de pagar del todo. Y una copa es muy poca cosa. Además, también te debo unos vaqueros y unos botines que te manché de lejía.

—Ambos eran viejos; no me debes nada.

Por detrás de Oliver, Leticia vio que la chica espantosa se acercaba a ellos. «¡Qué inoportuna! Podía haberse quedado un rato más dondequiera que estuviese», pensó. Sin embargo, su cara no mostró la más mínima reacción. La chica llegó junto a ellos y Oliver dijo:

—¡Ah, ya estás aquí! Te esperaba. Bueno, Leticia, nos vemos otro día. Y gracias por la copa.

—De nada, hombre.

Él rodeó la cintura de la chica con un brazo y se perdieron entre la gente. Leticia se sintió celosa e irritada, a la vez que contenta. Por fin había tenido una conversación con Oliver sin cometer ninguna tontería. Al fin había hecho algo bien delante de él.

Durante un buen rato le estuvo mirando desde lejos cómo bailaba y cómo, a medida que avanzaba la noche, se ponía más cariñoso. También su irritación crecía a

cada momento. Aquella gilipollas se lo iba a llevar a la cama. ¡Joder, ¿cómo podía acostarse con una tía tan fea?! ¿Por qué no le tiraba los tejos a ella? Era mucho más atractiva que aquella chica con nariz de águila y cuerpo de escoba.

María hacía rato que se había ido con un chico al que conocía y que se había encontrado en la discoteca por causalidad, y ella continuaba allí esperando que Oliver se sintiera agradecido y le ofreciera también una copa o quizás un baile, pero estaba pasando de ella totalmente.

Desde su puesto de observación, en una esquina bastante oscura, vio cómo la chica le echaba a Oliver los brazos al cuello y él apoyaba la boca en su mejilla. Y decidió que ya había visto bastante por esa noche. Sabía que lo suyo con Oliver tenía que ir despacio y que él tenía sus rollos y sus amiguitas. Decidió marcharse para no seguir viéndole. Sabía que si veía algo más íntimo le costaría olvidar esa imagen y estaría presente cuando al fin Oliver y ella estuvieran juntos.

Cogió el bolso y se apresuró a salir de la discoteca. Se encaminó a las escaleras que llevaban a la salida y los servicios, pero antes de bajar no pudo evitar echarles un último vistazo. Quizá se habían separado. Quizás ella aún tuviera una oportunidad aquella noche. Miró hacia atrás y lo que vio la alteró. Se estaban besando en medio de la pista, como si se encontraran solos. De pronto, alguien tropezó con ella, que no podía apartar la mirada de la pareja, y su precario zapato de tacón se dobló. Trató de recuperar el equilibrio y su mano buscó a tientas donde agarrarse, pero no encontró nada más que vacío. Y sin saber cómo se encontró rodando por las escaleras.

Un chico moreno que subía la agarró a mitad de camino y la ayudó a levantarse.

—¿Dónde vas, chavala? No tengas tanta prisa.

—Gracias —tartamudeó. Se agarró al pasamanos y apoyó el pie en el filo del escalón pero un dolor agudo y punzante la obligó a levantar el pie.

—¿Te has hecho daño? —preguntó el joven.

—Un poco. Deja que me siente un momento, enseguida se me pasará.

Se sentó en medio de la escalera confiando en que fuera así.

Oliver seguía bailando y abrazando a Pilar, tratando de encontrar un momento oportuno para ofrecerse a acompañarla a su casa, cuando sintió un leve toque en el hombro, que le hizo levantar la cabeza. La chica de la barra le estaba mirando fijamente.

—Oye, ¿realmente conoces a la chica que te invitó al cubata?

—Sí, claro; es una amiga de la familia.

—Pues me temo que ha tenido un pequeño accidente en las escaleras y se ha hecho daño.

—¡Mierda! ¡Ahora no! ¿Te ha dicho que vengas a buscarme?

—No, ha dicho que va a esperar a ponerse mejor y que se marchará a casa. No quiere que llame a nadie para que venga a buscarla, pero creo que no está en

condiciones de irse sola.

Oliver se separó de mala gana de Pilar.

—¿Me disculpas un momento? Iré a ver qué le ha pasado a esa tonta ahora.

Siguió a la camarera a través del atestado local hasta las escaleras y allí pudo ver un grupo de gente arremolinada. Se abrió paso y a mitad de las escaleras vio a Leticia sentada en un escalón con una bolsa de plástico llena de cubitos de hielo sobre el tobillo derecho, y la cara un poco pálida, no sabía si a causa de la luz mortecina de las escaleras o a que realmente se encontraba mal.

Viendo que su noche con Pilar se iba a ir al garete, sintió una rabia sorda subirle por las entrañas y la boca se le llenó de bilis.

Apartando a una chica rubia que se inclinaba sobre Leticia le preguntó con brusquedad:

—¿Qué demonios te ha pasado ahora?

—¡No seas desagradable, tío! —le reprendió la chica que atendía a Leticia—. ¿No ves que la pobre se ha caído por las escaleras?

—¿Por qué bebes si no lo aguantas?

—No estoy borracha, Oliver —dijo Leticia con un esfuerzo por aguantar el dolor lacerante que se apoderaba de su tobillo por momentos—. Tropecé con alguien que subía rápido y el tacón cedió. No pude mantener el equilibrio.

—Di más bien que eres incapaz de disfrutar de una simple noche de discoteca como todo el mundo.

—¡Joder, tío, no le riñas! —continuó defendiéndola la rubia que estaba a su lado—. ¿No comprendes que ha podido matarse?

Leticia quitó hierro al asunto.

—No es nada, solo me he doblado un tobillo. Me han traído hielo, en un momento estaré bien. Pediré un taxi y me iré a casa sin más problemas. Solo necesito un minuto.

Oliver se apoyó en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión escéptica. Diez minutos después e impaciente por regresar junto a Pilar, le preguntó:

—¿Estás mejor?

—Sí. ¿Alguien puede darme el número de la centralita de taxis?

—Yo llamaré —se ofreció la camarera.

—Gracias.

Leticia se apoyó en el escalón para levantarse y lo consiguió con un poco de dificultad. Un par de manos la agarraron por los brazos para ayudarla; Oliver permaneció impasible. Una vez de pie, supo que no iba a poder dar un paso. Aun así lo intentó. Apoyó el pie con suavidad y un gemido ahogado escapó de su boca por mucho que intentó evitarlo. Oliver estaba realmente enfadado y tenía que reconocer que ella también lo estaba. Estaba harta de parecer siempre imbécil al lado de él. Y de soportar sus burlas y sus pullas, y esta noche además su enfado.

La pierna entera le falló al intentar apoyar el peso en el pie lastimado, y si un

chico no la hubiera agarrado, habría rodado por las escaleras de nuevo. Oliver se abalanzó sobre ella y la sujetó con fuerza del brazo.

—¡Joder! ¿Quieres matarte?

—¡Déjame! Iré a la pata coja hasta la puerta y cogeré el taxi. ¡Puedo sola!

Él no le hizo caso y se agachó para levantarle el borde del pantalón.

—Déjame ver el pie.

El tobillo había desaparecido bajo una terrible hinchazón, y sobre el empeine, en el costado derecho del pie, parecía haber crecido una enorme berenjena amoratada.

—¡Joder! Olvídate de irte a casa con esto.

—¿Y dónde quieres que vaya?

—A urgencias, por supuesto. Con ese aspecto, lo más probable es que lo tengas roto.

—¡Lo que me faltaba!

—Habértelo pensado mejor antes de rodar las escaleras.

—¡Como si lo hubiera hecho a propósito!

Él no contestó, pero giró la cara y le preguntó a la camarera.

—¿Has llamado al taxi?

—Sí.

—Bien.

Se volvió de nuevo hacia Leticia.

—Vuelve a sentarte en ese escalón y no te muevas. Voy a despedirme de la chica que estaba conmigo.

—No hace falta, Oliver. Ayúdame a bajar hasta la puerta y me iré sola a urgencias. Allí ya me ayudarán los celadores. Siempre lo hacen.

—¿Y que mañana mi madre y mi hermana me maten por dejarte tirada? ¡No, gracias! ¡Y no te muevas! —gruñó amenazante—. Si cuando vuelva no estás justo aquí, van a tener que curarte en Urgencias algo más que un pie roto.

—De acuerdo, no me moveré.

Oliver desapareció en la sala llena de humo y la chica que la había defendido le preguntó.

—¿Quién es ese tío?

—Un amigo.

—Chica, con amigos así yo no necesito enemigos. ¿De verdad va a pegarte?

—No, claro que no. Solo está cabreado porque esto le ha cortado un rollete.

—Pues no te arriando las ganancias si tienes que pasar unas horas con él en Urgencias.

—El cabreo se le pasará pronto. Gruñe mucho, pero luego es un encanto.

Pocos minutos después regresó Oliver con su grueso chaquetón en el brazo.

—Ya estoy aquí. ¿Tienes abrigo o algo que ponerte?

—Sí, abajo en el guardarropa. Precisamente iba por él cuando...

—Dame la ficha —le cortó sin ganas de recibir ninguna explicación.

—Yo lo traeré —se ofreció la camarera—. Dame la ficha a mí.

Poco después, y con el abrigo de pana puesto, se volvió a incorporar con trabajo.

—Deja que me apoye en ti —le pidió con voz suave, esperando que su enfado se fuera evaporando poco a poco. Pero no fue así; cuando fue a bajar el pie, él le gritó:

—¡Ni lo intentes! ¿Qué quieres? ¿Qué rodemos los dos? Quédate quieta y déjame a mí.

Antes de que se diera cuenta, Oliver la había cogido en brazos y bajaba las escaleras. Cuando llegaron a la puerta, el taxi ya les estaba esperando. Alguien les abrió la puerta y Oliver la acomodó en el asiento trasero con el pie extendido y se sentó junto al conductor.

—Al hospital, por favor. Urgencias de traumatología.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el taxista.

—Que me he caído por unas escaleras —contestó Leticia—. Creo que me he roto el tobillo.

—Eso debe de doler mucho.

—Sí, bastante.

Durante todo el trayecto, el taxista le dio conversación y trató de animarla. Oliver, sin embargo, no pronunció ni una palabra.

Cuando llegaron al hospital bajó del taxi y con cuidado la volvió a tomar en brazos para llevarla dentro. Leticia le rodeó el cuello con los brazos para facilitarle la tarea y contuvo las ganas de apoyar la cabeza en el pecho. Se dijo que no era el momento y se prometió a sí misma una vez más que un día él la cogería en brazos para llevarla a la cama.

Al verles entrar, un celador se apresuró a salir a su encuentro con una silla de ruedas. Oliver la colocó con cuidado en ella y se agachó para acomodarle el pie que se había hinchado y amoratado aún más, si esto era posible.

Después de dar sus datos personales en un mostrador, la hicieron pasar a una sala de reconocimiento, donde una mujer de mediana edad vestida con un uniforme de pantalón y camisa verde, le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Me caí por las escaleras de una discoteca.

—¿Sola? —volvió a preguntarle, dirigiendo a Oliver una larga mirada.

—¿Cómo que sola?

—Quiero decir si te empujó alguien.

—No, me caí yo sola. Suelo ser bastante torpe y sufro accidentes con cierta frecuencia —dijo en tono avergonzado.

La mujer dirigió a Oliver una mirada más sombría aún.

—¿Accidentes del tipo de golpearte con las puertas y cosas así?

—Sí, cosas así.

—Comprendo. Quizás deba usted salir mientras la reconocemos.

Él estalló, murmurando por lo bajo.

—¡Joder! Lo que me faltaba. Si sigues diciendo esas cosas, Leticia, vas a conseguir que dé con mis huesos en la cárcel. ¿No comprendes que esta señora piensa que yo te empujé por las escaleras? Que te maltrato.

—¿Tú? No... no... —dijo mirando al médico—. Él ni siquiera estaba conmigo cuando me caí. Es un amigo que ha tenido que dejar plantada a su chica para traerme aquí. Él no tiene nada que ver con mi accidente, de verdad.

—Bien —dijo la mujer no del todo convencida—. Veamos, ¿dónde te golpeaste?

—En el pie. Bueno, un poco por todos lados, pero lo que más me duele es el pie.

La doctora se agachó y palpó el dolorido tobillo. Leticia apretó los dientes para ahogar un grito de dolor y sus manos se clavaron en los brazos de la silla hasta dejar los nudillos blancos.

—Tiene mala pinta, ¿verdad? —preguntó cuando pudo hablar. La doctora se limitó a decir:

—Vamos a hacerte una radiografía. Si te duele en algún otro sitio, dilo para mirarlo también.

—Me golpeé la pierna y la cadera, pero apenas me duele ya.

—Bien, pasa ahí y ahora te llamarán.

Oliver empujó la silla hasta una atestada sala de espera, llena de gente con distintos tipos de lesiones, desde una brecha en la frente hasta distintos grados de hinchazones en brazos y piernas. No había un solo sitio donde sentarse. Condujo la silla hasta un rincón y se apoyó contra la pared, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Lo siento, Oliver. De verdad que lo siento. No se me ocurrió que podía pensar...

—Cállate —le cortó seco—. No estoy de humor para escuchar tu charla ni tus disculpas. Ahora no.

Leticia guardó silencio hasta que veinte minutos después la llamaron por megafonía. Él volvió a empujar el carrito hasta el pasillo donde un celador se hizo cargo y la llevó hasta la sala de rayos. Esperó durante unos minutos y cuando volvió a la sala, Leticia tenía los ojos brillantes de lágrimas contenidas. El enfado y la rabia de Oliver cedieron un poco. Se inclinó sobre ella y le preguntó en un tono un poco más amable.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te han lastimado?

Ella denegó con la cabeza.

—Han tenido que moverme el pie para colocarlo en la posición correcta para hacer la radiografía, y ha sido muy doloroso.

Oliver le palmeó el hombro en un gesto amistoso.

—Ya pasó...

Ella asintió y se dejó llevar de nuevo hasta la sala de espera. En esta ocasión había un sitio libre y Oliver se sentó en él, colocando la silla de Leticia a su lado.

—¿Quieres que pregunte si te pueden dar algo para el dolor? Es inhumano tener a alguien así mientras le atienden.

—No importa. Estoy acostumbrada al dolor.

—¿Has pasado por esto otras veces?

—Sí, algunas. Me partí una mano hace unos años y también he tenido un par de esguinces. Uno de rodilla, y me tuvieron escayolada desde el tobillo hasta la cadera durante un mes.

—¡Joder! ¿Y cómo fue?

—Me caí.

—Ya. ¿Y por qué no haces algo con eso?

—¿Cómo?

—No sé. Haz que te miren las piernas... A lo mejor tienes algún problema en los músculos o los huesos... o qué se yo. Pero no es normal que te caigas tanto.

—No solo me caigo, también me golpeo.

—Pues si no pones remedio, algún día el pobre desgraciado que se convierta en tu pareja va a pasar más tiempo interrogado por malos tratos que tú en los hospitales.

—No sé qué hacer... No solo me caigo y me golpeo, también derramo las cosas y se me olvidan las llaves dentro de casa... ya sabes. Soy torpe y despistada, y eso no cambiará aunque me miren las piernas. Eso solo lo puedo cambiar yo, y te aseguro que lo intento. Estoy mejorando mucho.

—¿En serio? Nadie lo diría.

—Antes era mucho peor.

Oliver levantó la ceja, incrédulo. En los tres meses que hacía que había vuelto a su entorno, ni siquiera una vez se había comportado como alguien normal. Incluso los domingos, cuando coincidían en los almuerzos dominicales en casa de Esperanza, raro era el día en que no volcaba un vaso o derramaba algo.

—Oliver...

—¿Qué?

—¿Crees que tendré el pie roto?

—No lo sé. Es posible.

—Sería una putada.

—Un hueso roto siempre es una putada.

—Sí, pero si se tratase de la mano podría ir al trabajo y a la facultad. Pero con el pie... Si tengo que andar a la pata coja probablemente me mataré antes de que se me cure.

—Sí, probablemente.

Leticia guardó silencio. Quería escuchar palabras de ánimo, no la confirmación de sus más negros temores.

Viendo que por fin Leticia había decidido dejar su verborrea, Oliver recostó la cabeza contra la pared y cruzando los brazos sobre el pecho, cerró los ojos intentando descansar un poco. Estaba realmente exhausto, había trabajado aquel día y se había levantado muy temprano. Había pensado estar en la discoteca solo un rato y luego marcharse pronto a casa, solo o acompañado, pero la noche se había vuelto

interminable.

Sin ningún disimulo, miró el reloj. Las cinco y media de la madrugada. Leticia captó su mirada y le dijo:

—Ya verás como nos llaman pronto.

Él no dijo nada y volvió a apoyar la cabeza contra la pared y a cerrar los ojos. Así al menos evitaba tener que escucharla. Leticia captó la indirecta y se calló.

Eran las seis y cuarto cuando la llamaron a consulta. Para esa hora el dolor había dejado de ser punzante y se había convertido en fijo y continuado. No sabía cuál de los dos era peor.

Cuando Oliver agarró de nuevo la silla y la empujó por el pasillo hacia la consulta tres, el leve movimiento hizo que a Leticia le palpitase el tobillo de forma espantosa. Entraron en una consulta pequeña con un médico bajito y rubicundo sentado tras una mesa y con la vista fija en una pantalla de ordenador.

—¿Leticia Martín?

—Sí.

—A ver, ¿qué te ha pasado? —preguntó sin mirarla.

—Estaba en una discoteca y cuando ya me marchaba tropecé en las escaleras y me caí. Estaba muy oscuro —añadió para evitar que el hombre volviera a pensar que Oliver había tenido algo que ver en su accidente—. No acabo de convencerme de que los tacones de aguja son peligrosos.

—¡Ay, las mujeres y su vanidad! Bueno, Leticia, aquí no se ve nada roto —dijo, y ella sintió una profunda sensación de alivio.

—Está muy hinchado —dijo Oliver.

—Vamos a echar un vistazo.

El hombre salió de detrás de la mesa y se agachó. Presionó con los dedos en la zona amoratada y Leticia sintió un latigazo de dolor que la hizo ponerse pálida y sentir incluso náuseas. Se mordió los labios para no gritar y su asombro no tuvo límites cuando vio que Oliver le cogía la mano y la apretaba con fuerza. Ella se aferró a su mano estrujándola cada vez que el médico hundía los dedos inmisericordes en su tobillo durante un espacio de tiempo que a ella se le antojó interminable.

—Bien, es un esguince. Quizás hubiera sido mejor que te lo hubieras roto.

—¿No lo dirá en serio?

—Sí, porque una rotura, una vez que ha soldado, ya está curada, mientras que un esguince, aunque haya desaparecido la inflamación sigue molestando durante mucho tiempo. Ahora te van a poner una venda elástica y deberás hacer reposo durante quince días. Luego, poco a poco puedes ir apoyando el pie en el suelo con cuidado.

—¿Quince días?

Oliver se sintió malvado, porque en lo primero que pensó era en que iba a tener quince días de tranquilidad.

—¿Puedo tomar algo para el dolor? —preguntó Leticia cansada ya de aguantar las punzadas que le lanzaba el pie.

—Sí, el Ibuprofeno irá bien. Ahora se lo pondrán en el informe. Llévela a «triaje» y allí le vendarán el pie —le dijo a Oliver tendiéndole un sobre cerrado—. Esto es para el médico de cabecera. A los quince días deberá ir al traumatólogo que le corresponda para una revisión, y ya él le indicará si puede quitarse la venda y el método a seguir para una posible rehabilitación.

—Gracias —dijo Oliver volviendo a tirar de la silla.

Regresaron a la primera sala donde la habían reconocido y allí, un hombre joven, le vendó el tobillo. Cuando le agarró el pie para colocárselo correctamente Leticia palideció de nuevo a causa del dolor.

—Animo, mujer, será solo un momento. Cuando lo tengas inmovilizado, te dolerá menos.

Ella no contestó, se limitó a seguir apretando los dientes y aguantando las punzadas sin proferir una queja.

—Ya está.

—Gracias —logró decir al fin.

Oliver la condujo a la entrada y ambos salieron a la fría claridad del amanecer. Se inclinó sobre su oído y le dijo:

—Espera aquí. Iré a buscar un taxi.

Ella trató de bromear.

—¿No irás a dejarme aquí, como hacen con los perros en las gasolineras, verdad?

Él le lanzó una mirada furibunda.

—Si pensara abandonarte lo habría hecho hace tres o cuatro horas, ¿no te parece?

—No te pongas así, solo era una broma.

—¿Tienes ganas de bromear? ¡Porque yo no!

—Vale, ve por el taxi.

Él desapareció por las puertas correderas y Leticia le esperó con el cuerpo cortado por la mala noche y un dolor realmente insoportable en el tobillo, después de que el enfermero le hubiera forzado el pie para vendarla correctamente. La noche que con tanta ilusión había comenzado, había terminado como el rosario de la aurora. Al menos había tenido una cosa buena: Oliver no se había liado con otra, aunque ella hubiera tenido que soportar su enfado durante horas.

Él regresó con un taxi y poco después cruzaban la ciudad en dirección a su casa. Cuando llegaron, él bajó a llamar al portero para que Eva le abriese. Tuvo que insistir varias veces y maldijo en su interior el sueño pesado de su hermana. En su casa solían bromear diciendo que Eva no se despertaría ni aunque la casa se le cayera encima. Volvió a insistir una y otra vez pensando que si tenía que cargar con Leticia no podría abrir la puerta con la llave de esta. Al fin, Eva contestó, con voz cargada de sueño.

—¿Sí?

—¡Abre!

—¿Oli?

—Sí, soy yo. Abre, que te traigo a tu amiga.

—¿Se ha emborrachado?

—Lo único que faltaba —gruñó—. Abre de una vez.

Regresó al taxi y cogió a Leticia en brazos con cierta brusquedad. Ella se encogió de dolor, pero no dijo nada, y decidiendo sacar partido, le echó los brazos al cuello para sujetarse mejor. Y le susurró al oído.

—Gracias.

Él retiró la cara con un gesto hosco.

—¡No me lo vayas a agradecer a tu manera! Hoy no estoy de humor.

—No pensaba hacerlo. Solo quería decirte que soy consciente de que te he jodido la noche.

—¡Puedes apostar a que sí!

—¡Lo siento!

—Olvídalo. Pero la próxima vez que pises una discoteca o un local donde yo esté, no se te ocurra decirle a nadie que me conoces. ¡Ni siquiera para invitarme a un cubata!

Ella le revolvió el pelo.

—Te hace falta un café.

Oliver no contestó. Habían llegado arriba y Eva les abrió la puerta.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Me caí por las escaleras de la discoteca.

—¡Leti, por Dios...! Anda, pasa.

Oliver la colocó sobre el sofá y estiró la espalda aliviado.

—¡Joder, pesas más que un paquete de ladrillos! —masculló queriendo ofenderla, pero Leticia esbozó una ligera sonrisa y dijo:

—Pero seguro que soy más agradable de llevar.

—No sabría decirlo —dijo él sintiendo que las palabras de la chica le hacían mitigar un poco el enfado, pero no lo demostró.

—¿Puedes apañártelas con ella? —le preguntó a su hermana—. En urgencias le han recomendado que tome Ibuprofeno para el dolor y la inflamación, ¿tenéis? Si no, iré a buscar una farmacia de guardia.

—No te molestes.

—¡Un poco tarde para eso! ¿No te parece?

—¡Oli, por favor! —medió Eva.

—¿Tenéis o no? —gruñó de nuevo.

—Sí, sí tengo. Pero no seas tan desagradable.

—Déjalo, Eva, tiene razón. Ha sido una noche espantosa. Hemos pasado tres horas y media en urgencias, le he jodido un rollo con una chavala... Tiene motivos para estar enfadado. Pero aun así se ha portado de puta madre. ¿Por qué no le preparas un café o algo, en vez de reñirle?

—¿Y tú, quieres algo?

—Yo me tomaría un poco de leche con media caja de Ibuprofeno... y me echaría

a dormir.

—Te llevaré a la cama antes de irme —se ofreció Oliver, un poco ablandado por las palabras de la chica.

—No hace falta, iré a la pata coja.

—¡Ni hablar! Todavía eres capaz de joderte la otra pierna.

Se inclinó sobre el sofá y la cargó de nuevo en brazos. Eva le precedió para abrirle la puerta de la habitación. Oliver la dejó sobre la cama con más suavidad que antes en el sofá, y le dijo:

—Descansa.

Leticia clavó en él unos ojos llenos de ternura y le susurró.

—Eres cojonudo, por mucho que intentes disimularlo.

Él sacudió la cabeza y salió de la habitación.

—¿Quieres un café?

—Quiero dormir. Mañana, o mejor dicho, hoy, tengo que ver a un cliente para entregarle un presupuesto. —Miró el reloj. Eran casi las ocho de la mañana—. Si me apuro podré dormir una hora y media antes de ir a la cita.

—No te enfades con ella. Leticia no tiene la culpa de haberse caído.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo. La verdad es que tiene el pie bastante jodido, y no se ha quejado para nada. Ha aguantado el dolor estoicamente.

—Leti es muy dura.

—Ya... supongo que estará acostumbrada.

—¡No seas así!

—Desde luego que no te arriendo las ganancias con ella. ¿Cómo se te ha ocurrido irte a vivir con alguien así? Granada está llena de gente normal con la que compartir piso.

—Porque Leticia es la persona más fantástica que te puedas imaginar. Tu solo ves su torpeza, pero puedo asegurarte que no hay nadie en el mundo con quien sea más fácil convivir.

—Permite que lo dude.

—Es verdad. Siempre está dispuesta a hacer un favor. Si tengo clases por la tarde o vengo cansada, me encuentro con que ella ya ha hecho mi parte del trabajo en la casa, siempre es amable, nunca se molesta por nada. Ni siquiera se ha enfadado contigo y eso que me imagino que habrás estado toda la noche de lo más borde.

—¿Encima tenía que estar amable?

—Anda, vete a casa. Necesitas dormir un poco.

—Hasta el domingo.

—Creo que no. No quiero dejarla sola si no puede moverse. Llamaré a mamá más tarde.

—Bien; que te sea leve, entonces.

Eva cerró la puerta y regresó a la habitación de su amiga. Esta estaba echada en la cama, de espaldas con los ojos cerrados y respirando hondo. Al verla, le rogó:

—¿Puedes darme una pastilla, por favor? ¡No puedo más!

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¡No iba a quejarme delante de él! No quiero que piense que además de torpe soy una quejica. Pero esto duele un montón.

—Y la actitud de mi hermano también, ¿verdad?

—No, la actitud de Oliver es normal. Estaba liándose con una tía cuando me caí y tuvo que dejarla para acompañarme a urgencias.

Eva frunció el ceño.

—Oye... No te habrás caído a propósito para evitar que se fuera con ella, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Crees que soy gilipollas? Ya se me habría ocurrido otra forma de evitarlo. Y si se va con otra, es que aún no está preparado para mí. Ya lo estará.

Eva sonrió.

—Lo tuyo es increíble, chica. Anda, desnúdate que te traeré la leche con la pastilla para que puedas descansar.

—Gracias.

Después de tomarse un gran vaso de leche caliente con un Ibuprofeno, el cansancio pudo más que el dolor y Leticia cayó en un profundo sueño del que Eva la despertó a las tres de la tarde para comer.

La ayudó a levantarse y a asearse un poco y ambas se rieron de lo lindo ante las dificultades que suponía hacer las cosas más normales a la pata coja. Después, a saltitos y apoyándose en su amiga, logró llegar hasta el comedor y se dejó caer pesadamente en una silla.

—¡Van a ser quince días cojonudos! —dijo desalentada ante la dificultad que representaba moverse.

—Puedo llamar a mi hermano para que te lleve en brazos por toda la casa y te ayude a vestirte y a bañarte.

—No estaría mal, pero dudo que Oliver quiera verme durante una larga temporada. Estaba cabreadísimo anoche. Me temo que esta vez tendré que hacer algo más que pagarle una copa para compensarle.

—¿Cuando hablas de algo más quieres decir echarle un polvo?

—Por mí... Está cañón. Cuando me cogió en brazos parecía que no le costaba ningún esfuerzo.

—Oliver está muy fuerte. No se limita a dirigir a los hombres, también se mete a trabajar con ellos en la obra y no le hace ascos a cargar y descargar los camiones.

—Sí, algo dijo de descargar ladrillos. Tiene los brazos fuertes y el pecho duro, y además huele que marea.

—Leti, que es mi hermano. No trates de que le vea como a un tío, porque no puedo.

Leticia había atacado el plato de arroz que su amiga le había puesto por delante con apetito.

—Veo que el pie no te quita las ganas de comer.

—¿Qué tiene que ver el pie con el estómago?

—Nada, come.

Después de almorzar, Eva volvió a ayudarla a sentarse en el sofá, le colocó una silla delante para que apoyase el pie, y Leticia con resignación se dispuso a pasar una maravillosa tarde de sábado viendo películas.

Eva recogió la cocina y se sentó en la mesa a corregir ejercicios.

Leticia se estaba adormeciendo de nuevo cuando el timbre del portero electrónico la sobresaltó. Eva fue a abrir y cuando volvió al salón una curiosa sonrisa se dibujaba en su cara.

—Creo que tienes visita.

—¿Yo? ¿Quién se ha podido enterar? María se fue antes que yo.

—Es mi hermano.

—¿Oliver? Entonces no viene a verme a mí sino a ti.

—Desde que Oli se fue de casa de mi madre hace dos años, las únicas veces que nos hemos visto es en las comidas dominicales de mi madre. Jamás ha venido a visitarme ni ahora ni antes.

—Entonces vendrá a echarme otra bronca —dijo resignada—. Y no tengo muchas ganas de bronca ahora; en fin, creo que se lo debo por lo de anoche.

Cuando Eva abrió la puerta del piso se encontró a un Oliver descansado y sonriente, llevando un par de muletas en la mano.

—¡Hola! Espero no molestar.

—Claro que no. Yo estaba corrigiendo ejercicios y Leti aburriéndose con la tele, seguro que aprecia un poco de distracción.

—Al despertarme este mediodía me acordé de que Félix tenía estas muletas de cuando se rompió el menisco y he pensado que podrían ayudar a Leticia a moverse un poco mejor por la casa.

—Es una idea estupenda. A mí me cuesta un poco moverla. Y por supuesto no puedo quedarme aquí con ella quince días. Tengo que trabajar.

—También he estado haciendo la compra y he pensado que quizás vosotras aprovecháis el fin de semana para hacer lo mismo. Si necesitáis algo yo puedo traéroslo o quedarme con Leticia mientras tú vas al súper.

—Iba a hacer un pedido por teléfono, pero la verdad es que prefiero ir yo —dijo pensando que Leticia la mataría si la privaba de una oportunidad de estar con Oliver a solas, y su hermano parecía de muy buen humor esa tarde—. Si de verdad no te importa quedarte con ella un rato...

—Claro que no —dijo él—. Sentada en el sofá parece bastante inofensiva.

Eva sonrió mientras precedía a su hermano hasta el salón. Leticia fingía ver la televisión como si ni siquiera se hubiera enterado de que había llegado alguien y solo

volvió la cabeza cuando Eva dijo:

—Leti, Oliver viene a traerte unas muletas y se ha ofrecido a quedarse contigo mientras yo salgo a comprar.

El asombro le hizo abrir mucho los ojos y mirarle directamente. La expresión de Oliver había cambiado drásticamente desde aquella mañana. No tenía el ceño fruncido ni los labios apretados, los ojos verdes chispeaban alegres y una sonrisa curvaba sus labios.

—¿En serio? Pensaba que no querrías verme en meses.

Además de las muletas, Oliver llevaba algo en una bolsa de plástico, que colocó sobre la mesa de centro. Se acercó hasta el sofá.

—Gruño mucho, pero los enfados no me duran meses. ¿Puedo sentarme aquí?

—Por supuesto —dijo Leticia lamentando estar en un extremo del sofá. Hubiera querido encontrarse en el centro y dejarle poco sitio para que tuviera que sentarse más cerca.

—Bueno, si me disculpáis, voy a cambiarme de ropa. Iré a comprar antes de que cierren —interrumpió Eva, pero ninguno de los dos le hizo mucho caso. Salió de la habitación pensando en lo equivocado que estaba Oliver al pensar que Leticia sentada en el sofá y con el pie vendado era inofensiva. Para él era mucho más peligrosa que nunca. Siempre había tenido sus dudas respecto a que su amiga consiguiera interesar a su hermano, pero aquella tarde ya no estaba tan segura después de ver el cambio experimentado por él desde aquella mañana.

Oliver se sentó con cuidado a una respetable distancia de Leticia, casi al otro extremo del sofá, como si le temiera, y señaló el pie vendado.

—¿Te duele?

—Un poco. Sobre todo cuando me muevo y tengo que desplazarme de un sitio a otro.

—Debes moverte lo menos posible. Recuerda lo que te dijo el médico: cuanto más quieta estés, más pronto te curarás.

—Sí, pero eso es difícil para mí. Soy muy nerviosa y me cuesta estar sentada sin hacer nada. Y la tele no ayuda demasiado.

—No ayuda nada. Yo tengo algunas películas en casa, si quieres puedo traértelas.

—¿En serio? Te lo agradecería mucho.

Eva se asomó a la puerta.

—Me marchó. ¿Queréis que os traiga algo de la calle?

—Alguna revista de pasatiempos... ya sabes, de esas de cálculos numéricos que me gustan.

—¿Una? —se burló Eva—. Querrás decir unas cuantas; te las ventilas en cuestión de minutos.

—Dos o tres.

—Bueno chicos, me marchó. Portaos bien —bromeó. Leticia le lanzó una mirada fulminante antes de que desapareciera por la puerta del salón.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Oliver.

—Supongo que me estaría diciendo que no haga nada que pueda poner en peligro tu vida, y no se acuerda de que no me puedo mover —dijo Leticia en un intento de dar otro sentido a las palabras de su amiga.

Una vez que escuchó el sonido de la puerta del piso al cerrarse, Oliver se levantó y se acercó a la mesa donde había dejado una bolsa de plástico. La cogió y regresó junto a Leticia volviendo a sentarse, esta vez un poco más cerca.

—Te debo una disculpa —dijo. El corazón de Leticia empezó a latir con fuerza y clavó la mirada en los ojos verdes que la observaban muy de cerca.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por mi comportamiento de anoche. No pude estar más estúpido. No me daba cuenta de que tú estabas lastimada y dolorida, y tenías que aguantar como yo las incomodidades de Urgencias, además de tener que verte a merced de alguien gruñón y malhumorado, que no desperdició ocasión de hacerte sentir culpable por la situación. Lo siento, me pongo muy borde cuando las cosas no me salen como tengo planeado.

Le alargó la bolsa de plástico.

—Ten. Esta es mi forma de pedir disculpas; espero haber acertado.

Leticia abrió la bolsa y descubrió una pequeña y coqueta caja de bombones.

—No tenías que haberte molestado.

—¿No te gusta el chocolate? La chica del supermercado me dijo que a casi todas las mujeres les encanta.

—A mí me encanta —dijo sonriendo—. Pero de verdad que no era necesario. No tienes que pedir disculpas, tenías todo el derecho del mundo a estar enfadado. Mi estúpido accidente te estropeó la noche. Si quieres que cuando me ponga bien hable con aquella chica para que te dé otra oportunidad... —dijo sin mucha convicción.

Él lanzó una breve carcajada.

—¡No...! Las cosas con Pilar no funcionan así. Si estás ahí en el momento oportuno bien, y si no, no hay segundas oportunidades. Ni yo las quiero.

—Lamento que por mi culpa hayas perdido tu momento.

—No lo lamentes, no estaría para mí. Además, Pilar no es el amor de mi vida, solo era un polvo.

Leticia le miró con fijeza y se atrevió a preguntarle:

—Entonces, ¿puedo hacerte una pregunta un poco indiscreta con respecto a esa chica?

Oliver sonrió.

—Puedes. Lo que ya no sé es si te la contestaré.

—¿Por qué querías enrollarte con una tía tan fea? La discoteca estaba llena de chicas monísimas y tú eres un hombre atractivo, de esos que llaman la atención de una mujer cuando entra en un local. Seguro que hubieras podido escoger entre unas cuantas de las que anoche estaban allí. Mi amiga María, sin ir más lejos, se hubiera

ido contigo encantada.

Él sonrió con cierta picardía.

—¿Y tú?

—Yo te conozco; no me vales para un polvo y luego si te he visto no me acuerdo. Tendría que verte con frecuencia y esas cosas resultan algo incómodas *a posteriori* — mintió. Lo último que quería que pensara en aquel momento era que iba por él. Aún no.

—Entonces tú misma has contestado a tu pregunta. Pilar puede que no sea muy atractiva, pero es de las que no quiere comprometerse. Un polvo y adiós, y luego si coincides con ella finge que ni siquiera te conoce. Además, dicen que es muy buena en la cama y no le hace ascos a nada.

—¿Y tú como lo sabes?

—Félix. Él ha estado con ella. Y eso es lo bueno que tiene Pilar, y la mayoría de las chicas que había en la discoteca querrían una segunda cita y quizás algo más, por mucho que digan lo contrario. Y eso sí que no, amo mucho mi libertad y mi independencia y el no tener que dar explicaciones a nadie. Tengo muy claro que nací soltero y moriré soltero. Ese es el estado natural de la gente.

—Alguien ha debido destrozarte el corazón para que pienses así.

Él rio con fuerza.

—¡En absoluto! Mi corazón está intacto, no tiene ni siquiera un rasguño. Lo conservo envuelto en todo tipo de protecciones.

—¿No te has enamorado nunca?

—No. Ni pienso hacerlo.

—¿Ni siquiera de adolescente? Ese amor platónico que todos los chavales tienen en algún momento...

—Ni siquiera eso. Mi amor de adolescente era el baloncesto.

—Sí, algo de eso recuerdo.

—¿Y tú?

—Bueno, lo típico.

—Comprendo. A ti sí te destrozaron el corazón.

—¡No... qué va! No era tan profundo. Digamos que me sentí muy atraída por alguien.

—Que no te hizo caso.

Ella se encogió de hombros.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo abriendo la caja de bombones—. Te agradezco el regalo. ¿Quieres? —dijo ofreciéndole.

—No, gracias, a mí el chocolate no me entusiasma.

—Pues si prefieres otra cosa... sírvete. Ya sabes dónde está la cocina.

—No me vendría mal un café. Si no te importa que utilice vuestra cocina.

—Toda tuya. Te lo prepararé yo, pero ya ves cómo estoy.

—Sin problemas, a preparar café llevo. ¿Te apetece a ti algo?

—Lo mismo.

Oliver se perdió en la cocina y Leticia se quedó mirando la caja de bombones; era lo último que esperaba de Oliver, chocolate y una disculpa. Aunque era una entusiasta del chocolate, la disculpa le había sabido mucho más dulce.

Oliver reapareció poco después portando una bandeja con dos tazas, un cartón de leche y unos sobres de azúcar.

—Me he permitido la libertad de hurgar en vuestra alacena.

—Estás en tu casa.

Tomaron el café tranquilamente y compartieron un rato de charla amigable, cosa que nunca antes habían tenido.

El timbre de la puerta interrumpió la conversación. Oliver se levantó para abrir a su hermana que llegó cargada de bolsas.

—Veo que continúas sano y salvo —se burló.

—Sí... —dijo él siguiendo la broma y movió las manos para demostrárselo—. Aún tengo brazos y piernas... estoy entero. Ya te dije que hoy está inofensiva.

Eva enfiló el largo corredor hasta la cocina y él la siguió.

—¿Te quedas a cenar?

—No, he quedado con Félix. Si ya no me necesitáis, me marchó.

—Ha sido todo un detalle que hayas venido. ¿Sabes? Leti se sentía fatal por haberte obligado a que te ocuparas de ella anoche.

—Ella no me obligó.

—Tú me entiendes.

—No pasa nada. ¿Quieres que os recoja mañana para ir a comer a casa de mamá?

—No... Creo que es mejor que no se mueva de casa en unos días. Ya he hablado con mamá y está de acuerdo; y tampoco quiero dejarla sola si no es estrictamente necesario. Ya el lunes cuando me vaya a trabajar, es diferente.

—Yo tengo que ir el lunes a ver a unos proveedores, si quieres puedo acercarme durante la mañana y darle una vuelta.

—¿Lo harías? Yo me quedaría mucho más tranquila, ya sabes lo torpe que es, puede caerse con la muleta y joderse otra cosa. Y tampoco puedo decirle que se quede en la cama hasta que yo venga a las tres y media.

—Sí, vaya si sé lo torpe que es. No te preocupes, yo vendré. Déjame una llave para que pueda entrar sin molestarla.

—Ten las mías, yo cogeré las de Leti.

—Bueno. Voy a despedirme de ella.

—Y yo a colocar todo esto. Si hay algo que odie de ir a comprar es recoger las cosas después. Leticia lo sabe y casi siempre se encarga ella de eso, pero hoy...

Oliver salió de nuevo al salón y se acercó en silencio a la chica sentada en el sofá, con el pie en alto y la mirada perdida en la caja de bombones. Se sorprendió cuando él dijo muy cerca de ella:

—¿Qué? ¿Pensando en el atracón que te vas a dar? Si hubiera sabido que te

gustaban tanto, hubiera comprado una caja mayor. Trataré de recordarlo para tu cumpleaños.

—Esta está bien. Me pondré como una foca si me como todo el chocolate que me apetece.

Él sonrió y le revolvió el pelo.

—Tengo que irme. Eva me ha dejado sus llaves para que pueda venir el lunes por la mañana a ver si necesitas algo.

«A ti...», pensó, pero solo dijo sin mucha convicción:

—No hace falta que te molestes.

—No es molestia, tengo que salir a media mañana de todas formas. Y para que no haya sorpresas daré un toque al portero antes de subir. No quiero provocar otra situación incómoda como la de nuestro primer encuentro.

—¡No me lo recuerdes!

Él sonrió.

—Me marcho.

Leticia clavó en él una mirada agradecida.

—Muchas gracias, Oliver; por las muletas, por los bombones... por todo.

Él levantó una ceja divertido.

—¿Solo gracias? ¿Y qué hay de lo que decía tu prima?

—Anoche dijiste...

—Anoche estaba enfadado.

—Bien... tendrás que agacharte.

Oliver inclinó la cabeza y le ofreció la mejilla. Leticia puso los labios sobre la barba y apreció su suavidad. Deslizó los labios despacio por la cara y él giró levemente la cabeza. Al fin rozó los labios cálidos y suaves, y durante unos segundos los acarició con los suyos conteniendo las ganas de rozarlos con la lengua para hacerlos entreabrirse. Con el corazón golpeando con furia, se separó. Los ojos verdes la miraban con fijeza.

—¿Siempre que tienes que dar las gracias a un tío haces esto?

Ella se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

—Solo con los guapos. A los feos les doy una palmadita en el hombro.

La frase disipó toda la intimidación del momento. Oliver se echó a reír y salió del salón dirigiéndose hacia la entrada mientras se despedía.

—Hasta el lunes.

—Adiós.

Capítulo 6

El lunes por la mañana, unos leves ruidos despertaron a Leticia de un profundo sueño. Cuando se despejó lo suficiente, comprendió que los ruidos eran unos golpes en la puerta de su habitación. Y la voz de Oliver que la llamaba:

—¡Leticia! Leticia, ¿estás ahí? ¿Estás bien?

Sobresaltada, recordó que él debía venir esa mañana mientras Eva trabajaba, para comprobar si necesitaba algo.

—Sí, sí —respondió—. Enseguida salgo.

Medio dormida, se incorporó en la cama y alcanzó las muletas que había dejado contra la mesilla de noche. Se sentó, se alisó un poco el pelo y apoyándose en los brazos se levantó con un dolor sordo en el pie. Avanzó con cuidado hacia la puerta de la habitación, y poniendo las muletas bajo el brazo derecho, la abrió y salió al pasillo. Oliver estaba apoyado en la pared, junto a la puerta del salón.

—¿Estabas dormida? No me lo puedo creer... Son más de las doce y media.

Leticia se encogió de hombros.

—Soy muy dormilona. Tu hermana me despertó a las siete y media para darme el desayuno y luego volví a quedarme dormida. Y si no llegas a llamarme, probablemente hubiera seguido así hasta que Eva vuelva a mediodía.

—¿Y cuando sales de noche, cómo haces para ir a comer a casa de mi madre los domingos?

—Tu hermana me arrastra fuera de la cama.

—¿Quieres que te prepare algo para tomar?

—No, aún estoy medio dormida.

Él la agarró por la cintura.

—Ten cuidado no te vayas a caer. ¿Quieres ir al sofá?

—Sí, por favor.

Sin ningún esfuerzo, Oliver la levantó en brazos y, entrando en el salón, la depositó con cuidado en el sofá. Después se incorporó y se quedó mirándola con el ceño fruncido. Leticia se empezó a poner nerviosa. Se atusó el pelo, quitando un mechón que le caía por la frente y se le metía en el ojo.

—¿Qué pasa? ¿Tengo la cara manchada o algo?

—No... es esa camiseta.

Leticia se miró y se dio cuenta de golpe de que llevaba puesta la camiseta de baloncesto que hacía años se había llevado de encima de su cama. Sintió que enrojecía y palidecía después, pero trató de disimular.

—¿Qué le pasa a mi camiseta? ¿Está manchada, o rota?

—No, es que yo tuve una igual.

—¡Ah!

—¿Dónde la conseguiste?

—No sé... no lo recuerdo. Hace muchos años que la tengo.

—Yo perdí la mía. Probablemente me la dejaría en los vestuarios, sin guardar en la taquilla, y alguien me la birló. Cuando intenté comprar otra no la encontré. Por lo visto solo hicieron un número limitado y se agotaron rápido.

—Pues no sé... quizás me la regalaron. No me acuerdo.

Sin querer decirle más mentiras, optó por cambiar de conversación.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿O a estas horas prefieres una cerveza?

—Estoy trabajando; no bebo cuando trabajo. Pero gracias, no me apetece nada. Solo he venido a ver cómo estabas.

—Pues estoy bien, ya ves.

—¿Te duele mucho?

—Solo un poco cuando lo nuevo. Ya ha bajado la inflamación porque la venda está más floja.

Oliver se inclinó delante de ella y le echó un vistazo al pie.

—Pero se te está poniendo completamente negro.

—Sí.

Leticia se agachó a su vez para colocarse mejor la venda que se le estaba moviendo a la altura de los dedos. Oliver levantó la cabeza y se encontró con la sisa de la camiseta a la altura de los ojos. Su expresión pasó de sonriente a seria en cuestión de segundos. Se levantó despacio y mirándola fijamente a los ojos, dijo con voz dura:

—¡Podías haberla pedido, si tanto te gustaba!

—¿Qué? —preguntó Leticia mirándole, sin comprender de qué hablaba. Las pupilas verdes se habían vuelto más oscuras, menos chispeantes.

—La camiseta.

—No comprendo.

—Claro que comprendes. Esa que llevas puesta es mi camiseta, la que perdí... o me robaron.

—Oliver... No..., no es lo que piensas... Yo...

—¡Vamos, Leticia! ¿Vas a decirme que no?

Él agarró con brusquedad la sisa izquierda, justo donde había un pequeño desgarrón, pulcramente cosido.

—Tuve un enganchón con el reloj de un contrario y se rompió el borde. Mi madre lo cosió, justo como está cosido esto. No tengo ninguna duda de que esta es mi camiseta. Ni la compraste ni te la regalaron.

Leticia, con la cara roja de vergüenza, le agarró el brazo y le suplicó:

—Siéntate, por favor. Te lo explicaré.

Él obedeció y se sentó a su lado.

—Es cierto, yo me la llevé. Pero no porque me gustara ni porque yo fuera una ladrona, es que...

—¿Qué?

Leticia levantó los ojos y los clavó en las pupilas verdes, que la miraban ahora con curiosidad.

—Te lo diré si prometes no reírte.

—Lo prometo.

—Es que... por aquel entonces tú me gustabas.

Él soltó una carcajada.

—¿Yo? ¿Que yo te gustaba?

—Sí. Es gracioso, ¿no?

—Mucho, si tienes en cuenta lo cabrón que era contigo.

—Ya... Las adolescentes son así; se enamoran del tío más capullo que conocen.

Divertido, Oliver se recostó en el sofá y le pidió.

—Cuéntamelo con detalle.

—Por favor, Oliver... Eran cosas de cría.

—Me refiero a la camiseta. ¿Cómo se te ocurrió?

—Ah, bueno... Una noche cuando me iba a casa, pasé delante de tu habitación. La puerta estaba abierta, cosa muy rara porque siempre la mantenías cerrada a cal y canto. La camiseta estaba sobre la cama, acababas de volver de un partido y habías entrado a ducharte. La dejaste allí y yo me acerqué a tocarla. Olía a ti.

—¿Olía? —dijo divertido—. Dirás más bien que apestaba. Recuerdo el olor cuando abría el macuto para sacar la ropa después de un partido.

—Bueno, sí, olía a sudor, pero por entonces, compréndelo, era «tu sudor». Sin pensármelo mucho la metí en mi mochila y me la llevé a casa. Mi intención solo era tenerla una noche, ponérmela, y devolverla al día siguiente.

—¿Ponértela? ¿Sudada?

Ella se encogió de hombros. Oliver abrió mucho los ojos.

—¿Lo hiciste? ¿Te la pusiste?

—Sí.

—¡Joder, eso es amor, y no lo de Romeo y Julieta!

Leticia levantó el brazo y le dio un manotazo en la cabeza.

—¡No te burles, idiota! ¡Tenía trece años! ¿Tú sabes la de estupideces que se hacen con trece años?

—Ya me estoy dando cuenta. Sigue.

—¿Que siga qué?

—Dijiste que solo querías tenerla una noche... y llevas con ella siete años.

—Bueno, mi madre la descubrió y la lavó. Y luego intenté devolverla, pero no encontré la ocasión. Después me enteré de que íbamos a marcharnos a Zaragoza y no fui capaz de dejar atrás lo único que tenía tuyo. Le dije a mi madre que la camiseta era de Eva, y que ella me la había regalado como recuerdo. Empecé a ponérmela para dormir y...

Se interrumpió ante lo que había estado a punto de decir.

—¿Y...?

—No, nada.

—Tienes que contármelo.

—Es una tontería.

—Tontería o no, me lo debes. Me privaste de mi camiseta favorita.

—Bueno, me la ponía y sentía como si me abrazaras. Mi mente llegó a olvidar cómo la había conseguido, y me imaginaba que tú me la habías regalado para que no te olvidase. Incluso llegué a inventarme una despedida en la que tú me prometías venir a buscarme algún día. Y yo soñaba que ese día me presentaría ante ti con la camiseta puesta y tú me dirías que me sentaba mejor que a ti.

Él sonrió.

—Eso es verdad.

Leticia respiró hondo.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

Él negó con la cabeza.

—No, estoy halagado.

—¿Halagado porque robé tu camiseta?

—No. Porque la llevas puesta después de siete años.

Leticia enrojeció y protestó:

—Oye... ¿No pensarás que aún...? Aquello se me pasó, solo eran cosas de cría. Ahora me la pongo porque es muy cómoda y la tela está muy suave de tantos lavados.

—Ya lo supongo; pero te la sigues poniendo. Eso me demuestra que fui algo entrañable para ti. A pesar de lo mal que te traté.

—A mí no me pareció tan malo. Y por supuesto la lavaré y te la devolveré.

—No, quédatela. Te la has ganado. Debo confesarte que yo probablemente ya la habría tirado. Es tuya, y esta vez si te la regalo yo. Me agrada pensar que te la sigues poniendo, aunque ya no sea para recordarme.

—Oye, olvidarás todo lo que te he contado, ¿verdad? No es más que una tontería y pertenece al pasado. Me sentiré muy incómoda si te empeñas en recordármelo a cada momento.

—Nunca volveré a mencionarlo, pero antes... hay algo que te debo, aunque llegue con siete años de retraso.

Se inclinó y rozó los labios de Leticia con los suyos en una caricia suave. Pillada por sorpresa, esta no reaccionó cuando la lengua de Oliver se abrió paso dentro de su boca. Se dejó besar sin responder, mientras el corazón le golpeaba con fuerza. Sintió la mano de él deslizarse por detrás de su cuello para evitar que pudiera separarse. La besó lenta y suavemente, moviendo la lengua y la boca sobre la de ella en un beso tierno, sin asomo de pasión; como hubiera besado a la niña de trece años que ella había sido. Cuando pudo reaccionar, él ya se separaba. Por un instante le miró incómoda, pero él le pellizcó la mejilla, en un gesto cariñoso.

—Listo. Asunto zanjado, nunca volveremos a hablar de esto —dijo mirando el

reloj—. Ahora tengo que irme. Si no me necesitas...

—No, esperaré a Eva aquí sentada, ya no tardará demasiado.

—Bien, adiós entonces. Me temo que mañana no podré pasar por aquí, tengo que asistir a una feria de materiales de la construcción que se celebra en Barcelona. Estaré fuera unos días.

—No te preocupes, me las apaño bastante bien con las muletas. Y ya casi no me duele —mintió.

—De todas maneras, ten cuidado.

—Lo tendré.

—Hasta la vuelta entonces.

—Adiós, Oliver.

Cuando sintió la puerta del piso cerrarse tras él, Leticia se recostó en el sofá sin terminar de creerse lo que acababa de pasar. Estaba convencida de que si quería un beso de Oliver, un beso de verdad, como el que acababa de darle, tendría que ser ella la que tomara la iniciativa. El arranque de él la había cogido totalmente por sorpresa y ni siquiera había sido capaz de devolverle el beso. Seguramente pensaría que era medio tonta, o mojigata, pero ya lo remediaría.

Cuando llegó Eva, se burló a conciencia de la expresión lánguida y ensimismada de la cara de su amiga.

Oliver no regresó de Barcelona hasta finales de semana y no tuvieron noticias suyas hasta el domingo por la mañana en que llamó a Eva ofreciéndose a pasar a recogerlas con el coche para llevarlas a comer a casa de Esperanza.

Eva aceptó en nombre de las dos y a las doce y media se presentó en el piso. Subió, besó a su hermana y se dirigió al salón para ver a Leticia. Ella estaba sentada en su sofá, muriéndose de impaciencia desde hacía rato.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió levantando el pie vendado y moviéndolo con cierta brusquedad para demostrarle cuánto había mejorado—. Mira.

—No te pases, que los esguinces son muy tontos.

—Lo que tiene son unas agujetas terribles en los brazos —dijo Eva—, pero domina las muletas que no veas. ¡Se va a presentar a las paralímpicas!

—¡No, por Dios! —dijo Oliver—, no sea que todavía tengamos que lamentar daños mayores.

—Qué va. Y ya solo me quedan cinco días.

—Seis —la corrigió Eva—. Y no vas a quitarte la venda ni un día antes.

—¡Uf, qué ganas tengo de andar con los dos pies! Y gracias por venir a buscarme; no pensaba ir a comer a casa de tu madre, pero tengo que reconocer que estoy hasta el gorro del sofá y de quedarme aquí metida.

—Pues vamos entonces.

La comida en casa de Esperanza le resultó reconfortante después de su largo encierro y a media tarde Oliver las llevó de regreso a su piso.

—¿Quieres subir a tomar un café? —le ofreció Eva cuando aparcó frente a la puerta.

—Bueno, no tengo nada que hacer ahora.

Poco después, sentados los tres en el sofá, Leticia le preguntó:

—¿Cómo ha ido tu viaje?

—El viaje bien. Lo que ya no me ha gustado tanto es lo que me encontré cuando volví.

—¿Algún problema?

—Por lo menos, un inconveniente. El bloque de pisos en el que íbamos a empezar a trabajar ahora va a retrasar la entrega unos meses.

—¿Eso significa que no tendrás trabajo? ¿Tienes problemas económicos?

—No, tengo otros trabajos en marcha, el problema es personal, no laboral. He comprado uno de los pisos de este bloque para mí; ahora vivo de alquiler. Estaba previsto que los entregaran como muy tarde dentro de un mes y medio y mi contrato de alquiler termina aproximadamente por esas fechas. El dueño ya me ha dicho que no me va a renovar porque su hijo va a casarse y necesita el piso. Yo no he buscado nada porque pensaba que para esa fecha ya tendría el mío y podría mudarme aunque fuera sin las reformas que quiero hacerle, pero la entrega se va a retrasar dos o tres meses... Y no creo que nadie quiera alquilarme nada por ese tiempo.

Eva sonrió.

—De modo que te ves viviendo debajo de un puente.

—Mujer, tanto como eso no. Siempre puedo quedarme en casa de mamá hasta que me entreguen mi piso, pero... la verdad es que no me gustaría. Llevo viviendo fuera de allí tres años y no sé si me acostumbraría de nuevo a vivir controlado. Ya sabes que mamá es muy buena, y yo la quiero mucho, pero se mete demasiado en todo. En la hora que sales, a la que vuelves, y por supuesto no podría llevar allí a ninguna chavalita si se tercia. En fin, veré cómo me las arreglo, a estas alturas no tengo mucho tiempo para reaccionar.

—¿Y no podrías quedarte en casa de Félix?

—El piso de Félix ya está superpoblado. Buscaré por Internet, quizás encuentre algo. Y hablando de Internet, ¿qué tal tu chico valenciano?

—No es un chico, es un hombre. Y está muy bien.

—¿Es un hombre mayor?

—No demasiado, pero tiene siete años más que yo.

—¿Soltero?

—Sí.

—Ándate con ojo. Un tío que a los veintiocho está soltero, o no piensa comprometerse nunca y jugará contigo para dejarte tirada, o tiene algún problema. Y

te tocará cargar con él.

—¡Qué mal pensado eres! ¿No se te ocurre pensar que simplemente aún no ha encontrado a la mujer adecuada?

—¿Y esa eres tú?

—Quizás.

—No me convence. Ve con cuidado. Quizá sería mejor que le invitaras un día y yo le conociera.

—Ni hablar, Oli. Yo no me meto en tus relaciones ni en las mujeres con las que sales.

—Yo no salgo con ninguna mujer.

—Ya, solo te acuestas con ellas.

—¡Exacto! Y para eso da igual cómo sean, basta con que tengan lo que tienen que tener.

—Si no fueras mi hermano te daría dos hostias por machista y cabronazo. Pero como lo eres, paso de lo que digas. Y te prometo que cuando salgas con alguien en serio, tampoco me meteré y me parecerá de puta madre la mujer que elijas.

—No podrás meterte aunque quieras porque no voy a salir con ninguna.

Eva alzó las cejas escéptica.

—No pongas esa cara, lo digo en serio.

—Nunca digas «de esta agua no beberé», Oli. Quizás algún día encuentres a alguna que te vuelva loco y la quieras para ti solo.

—¿Yo? Ni hablar. Amo demasiado mi libertad y mi independencia. Y en el momento en que una tía entre en tu vida, se acabaron ambas cosas. Ya ni siquiera puedes vestirte como quieres.

—La verdad es que para los andrajos que te pones habitualmente, no te vendría mal que alguien te cambiara la forma de vestir.

—Son «mis andrajos» y me gustan. Y ninguna mujer va a quitármelos, ni eso ni ninguna otra cosa.

—Algún día te recordaré estas palabras y te aseguro que, como todos los tíos, te las tendrás que tragar.

—Y no querrás estar solo toda la vida —intervino Leticia en la conversación de los dos hermanos.

—Quizá toda la vida no, pero desde luego no pienso comprometerme con una mujer antes de los cincuenta.

—¿A los cincuenta? Para entonces estarás hecho un asco y ninguna te querrá —dijo Eva divertida.

—Por supuesto que no. Yo me cuido y seré un cincuentón atractivo.

—Te gusta demasiado la cerveza, Oli. Serás panzudo y calvo como todos. Y más te vale, porque no hay nada más patético que un cincuentón que pretende aparentar veinticinco. ¿No opinas lo mismo, Leti? Di algo, estás muy callada.

—No estaba prestando demasiada atención a vuestra charla. Pero opino que el

verdadero atractivo de Oliver son sus ojos verdes, y eso no creo que cambie ni a los cincuenta ni a los setenta.

—¡Vaya, un cumplido para variar! Tu amiga es más amable que tú.

—Quizás ella te vea con ojos de mujer. Yo soy tu hermana.

—Y yo tu hermano y quisiera conocer a ese tío. ¿Vale?

—No hasta que yo decida si lo quiero en mi vida o no.

—Eres cabezota, ¿eh?

—Soy Zamora como tú. A cabezotas no nos gana nadie. Bueno, quizás sí, Leticia es más cabezota que nosotros dos juntos.

—Oye, a mí no me metáis en esto, que yo estoy muy calladita.

Oliver dejó su taza de café sobre la mesa.

—Y yo tengo que marcharme. Veo que ya te manejas muy bien con las muletas, pero si necesitas algo, llámame.

Se levantó del sofá y sin siquiera darle un beso a su hermana se marchó.

Leticia se quedó pensativa y Eva, frunciendo el ceño, se sentó junto a ella y le dijo:

—¿Y a ti qué te pasa? No te habrás tomado en serio eso de los cincuenta, ¿verdad?

—No.

—Pues no es normal que mi hermano haya estado aquí tanto rato y tú casi no hayas hablado.

—No, es que estaba pensando en una cosa.

—Ya sabía yo que había algo. Suéltalo.

—Se me ha ocurrido que podríamos decirle que se quedara aquí esos dos o tres meses que va a estar sin casa.

Eva saltó del sofá como si le pincharan.

—¿Oliver? ¿Aquí? ¡Ah, no! Ni de coña.

—¡Por favor, Eva! Es la mejor oportunidad para que me conozca mejor.

—Leti, me he ido de casa para ser libre e independiente y lo último que quiero es tener a mi hermanito mayor pegado al culo fiscalizando todo lo que hago. Ya le has oído con lo de Jaime. ¡No, ni hablar!

—Por favor, Eva, serán solo un par de meses o tres. Pídeme lo que quieras a cambio. Haré todas las tareas de la casa que tú aborreces durante ese tiempo.

—Eso ya lo haces.

—Bueno, pues haré todas las tareas de la casa..., todas... y para siempre. Limpiaré, plancharé, recogeré la cocina, limpiaré el baño. Tu solo tendrás que llegar a casa y sentarte a descansar.

—¿Estás dispuesta a hacer eso solo por tenerlo bajo el mismo techo unos meses?

—Sí.

—¿De verdad te importa tanto? Yo creía que solo se trataba de una asignatura pendiente, una especie de deuda del pasado.

—Así era, pero tengo que confesar que cuanto más lo conozco más me gusta.

—¡Pero si es un capullo! ¿No acabas de oírle? Lo más que vas a conseguir de él es un polvo.

—No estoy segura de querer nada más. Cuando llegue el momento, cuando consiga acostarme con él sabré si quiero más o no.

—No lo entiendo.

—Yo solo he estado con un tío en mi vida, una sola vez. Y no fue muy agradable. Si con Oliver es igual me decepcionaré y conseguiré olvidarme de él.

—¿Y si no es así? ¿Y si te cuelas por él todavía más de lo que ya lo estás?

—Entonces lo seguiré intentando, o le esperaré hasta los cincuenta.

—¿Serías capaz? Sí, claro que serías capaz.

—Por favor, Eva, di que sí. ¿No te tienta librarte de todas las tareas de la casa? Yo lo haré todo, y sabes que lo cumpliré.

—¿Y cuándo lo harás? ¿De madrugada? Porque tienes un trabajo, vas a la Facultad por las tardes, y estudias por la noche.

—Encontraré tiempo, no te preocupes.

—Está bien, tú ganas. Y dejaremos las tareas como están, no pienso abusar de ti de esa forma. O mejor dicho, sí él viene a vivir aquí tendrá que compartirlas con nosotras. Nada de ser el niño mimado como era en casa de mi madre.

—¡Gracias!

Leticia saltó agradecida para abrazar a su amiga sin recordar que tenía un esguince en el tobillo y apoyó el pie en el suelo. Soltó un agudo grito de dolor y cayó sobre el sofá de nuevo.

—¡Calma, loca! ¡Que te vas a matar! No me agradezcas nada. Y que conste que espero sinceramente que te decepcione y te olvides de él para siempre.

—¿No me quieres por cuñada?

—Claro que te quiero por cuñada; lo que no quiero es que te haga daño.

—No me lo hará, lo prometo. Soy una chica fuerte, nada me hace demasiado daño.

Eva se levantó del sofá para coger la bandeja con los restos de la merienda y llevarla a la cocina.

—Me arrepentiré de esto, lo sé. Llamaré a Oli mañana para decírselo y quizás él tenga un poco de cordura y no acepte.

Pero aceptó. Aceptó encantado la habitación libre en la que Eva tenía instalado el ordenador. Compró una cama pequeña, una mesa escritorio y un pequeño armario que se llevaría a su propio piso para la habitación de invitados y esperó a que terminara el contrato de alquiler para mudarse.

Capítulo 7

Después de dos semanas de inmovilidad total y de otras dos para ir poco a poco recuperando el ritmo de su vida cotidiana, Leticia se decidió a salir aquella noche.

Le hubiera gustado hacerlo con Eva, pero Jaime había llegado aquella mañana y se habían ido a cenar juntos.

Mientras se arreglaba, Leticia sonrió pensando en su amiga. Eva estaba colada por aquel tipo alto y desgarbado, demasiado serio para su gusto. Pero parecía buena gente y a él también se le caía la baba por su amiga. Si no se andaba con ojo, Eva pronto estaría casada y con hijos.

Una vez que la parejita se hubo marchado, Leticia se dispuso a salir. No confiaba demasiado en coincidir con Oliver a pesar de que iba a volver a E Desván, el bar de copas donde habían coincidido la primera vez. Era el lugar perfecto para estar sentada tomando una copa y con su pie, que todavía molestaba, en reposo.

Aquella noche decidió pasar de las minifaldas. Hacía frío y se puso un pantalón negro y una camiseta naranja, algo imposible de ignorar si Oliver estaba en el local, y cuyo escote en pico se hundía entre los pechos dejando ver una buena porción de los mismos.

Cogió un taxi para llegar y entró en la sala con aire decidido. Se instaló en la barra, en un rincón y según su costumbre, dio un vistazo general al local tratando de localizar a Oliver, aunque sin confiar demasiado en encontrarle allí. No le importaba; no iba buscándole aquella noche, simplemente necesitaba salir. Arreglarse, sentirse persona, tomar una copa y escuchar el ruido de la gente a su alrededor.

Decidió probar algo nuevo, de modo que se pidió lo primero que escuchó que una chica sentada a su lado le pedía al camarero, y se dedicó a beberlo tranquila.

Ni siquiera pestañeó cuando vio entrar a Félix y a Oliver un rato después. Recordando que él le había pedido la noche que se lastimó el pie que nunca más volviera a mencionar que le conocía cuando coincidieran en algún sitio, ni siquiera le saludó. Volvió la cabeza y siguió bebiendo a pequeños sorbos. Por eso se extrañó cuando le vio dirigirse derecho hacia ella y acomodarse en la barra, en el taburete que había vacío a su lado.

—¿Ya no saludas a los conocidos? —le preguntó directamente.

Estaba guapísimo, con un pantalón blanco y una camisa azul, no sabía si mal planchada o simplemente la tela era así. Pero le sentaba muy bien y Leticia notó que se le aceleraba el corazón al mirarle. Apartó la vista y dijo:

—Creí que no querías que lo hiciera. La última vez que coincidimos me pediste que te ignorara si volvíamos a encontrarnos, y que ni siquiera mencionara a nadie que te conocía. ¿No te acuerdas?

—Cuando lo dije estaba enfadado. Nunca debes tomar al pie de la letra lo que

digo en esas ocasiones.

—Lo tendré en cuenta.

Encargó un *gin-tonic* para él y le preguntó:

—¿Otra vez te han dado plantón?

Leticia decidió decirle la verdad.

—No, hoy he venido sola. No encontré a nadie con quien salir, pero llevo un mes encerrada en casa y no aguantaba más. Si no salía esta noche iba a subirme por las paredes.

—¿Y mi hermana? No, no me lo digas, chateando. Nunca pensé que te dejaría tirada para teclear en un ordenador, por mucho que le guste su tío valenciano.

—No lo ha hecho. Pero cuando el tío valenciano se ha pegado un montón de kilómetros para venir a verla, las amigas no tenemos nada que hacer.

—Podía haberte invitado a salir con ellos, a menos que se hayan ido directamente a la cama.

—Han salido a cenar, y sí me han invitado, pero yo no he querido cortarles el rollo. Ella tampoco lo hubiera hecho conmigo. Le he dicho que había quedado con unos compañeros de clase.

—Entonces la cama vendrá después, y tú has salido no solo porque estás harta del encierro, sino para dejarles la casa libre, ¿no?

—No. Eva y Jaime van despacio; tu hermana es muy prudente y no se lanza a una relación de cabeza. No se acuestan juntos... aún.

—Ya, pero por si acaso tú te has lanzado a la calle sola, y estás dispuesta a aguantar aquí estoicamente hasta una hora prudente para darles la oportunidad si la necesitan.

Leticia sonrió.

—También hay algo de eso. Eva y yo nos hacemos ese tipo de favores. De hecho, últimamente me ha hecho uno muy grande, que me deja en deuda con ella durante mucho tiempo.

—¿Puedo preguntar cuál?

—No, no puedes. Cosas de mujeres.

—Bueno, en ese caso no insistiré. Las mujeres y sus misterios son algo que jamás comprenderé, y por supuesto no voy a intentarlo. Pero seguro que no ha sido algo tan terrible como salir sola para dejarle la casa libre.

—No es tan terrible salir sola, Oliver. Siempre y cuando no se te tiren encima todos los buitres que tengan ganas de ligar, claro.

—¿Es una indirecta? ¿Quieres que me vaya?

—No lo decía por ti; tú no te has sentado aquí a ligar... ¿O sí? —preguntó mirándole con picardía.

—No, no he venido a ligar contigo. Solo me he acercado a saludarte y a preguntarte por tu pie.

—Mi pie está muy bien, aunque todavía no quiero forzarlo. Por eso he venido

aquí, porque la última vez que estuve pude quedarme sentadita sin que nadie me molestara.

—Si te oyera mi madre te diría que así nunca vas a pescar marido.

—No quiero pescar marido; al menos no uno que se me acerca en un bar tratando de ligar conmigo.

—¿Y tampoco alguien para pasar el rato?

—Eso es otra cosa. No le hago ascos a un tío agradable con el que pasar el rato.

—Pues la última vez que estuviste aquí te vi librarte de algunos sin darles tiempo para saber si eran agradables o no.

Ella se encogió de hombros.

—No me vale cualquiera. Tiene que gustarme.

—¿Mi amigo Félix te gusta? A él le encantaría pasar un buen rato contigo, y te aseguro que es muy agradable.

Leticia arrugó levemente la nariz.

—Para tomar unas copas me vale tu amigo, pero para nada más. No es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Te lo diré cuando lo encuentre.

—No te resultará difícil, te has convertido en una mujer muy atractiva.

—Sí, eso dicen... que ya no queda nada de aquella serpiente peluda. Bueno, quizás un poco serpiente sí soy todavía, pero el pelo desapareció.

Oliver dirigió una mirada encima del labio superior de Leticia, donde años atrás había una ligera pelusilla oscura y lo encontró limpio. También la zona de los brazos que dejaba ver la camiseta de manga hasta el codo aparecía libre de vello.

—¿Cera?

—No, es demasiado dolorosa para mí, al menos en ciertas zonas. Depilación por láser. Cuando tenía quince años escuché hablar de ella y me puse a ahorrar como una loca para pagármela. Me hubiera llevado años arañar el dinero del bocadillo de las mañanas hasta que descubrí que vendiendo algo que sabía hacer bien podía conseguir dinero fácilmente.

Oliver la miró espantado.

—Oye... ¿No...?

Ella lanzó una carcajada.

—¡No... No, por Dios, no seas burro! Me dediqué a vender problemas de matemáticas resueltos por todo el instituto y también por internet.

—¿En serio?

—Sí, en serio. No es por echarme flores, pero las matemáticas se me dan bien. Cuando un profesor está poniendo un problema en la pizarra, antes de que termine de escribir yo ya lo he resuelto. Me forré; en un año tenía el dinero para depilarme brazos y piernas.

—¿Y eso no daña la piel? ¿No es como los rayos UVA?

—¡No, que va! Mira —dijo levantando ligeramente la manga de la camiseta por

encima del codo—. Toca, está suave.

Oliver deslizó la yema de los dedos por la cara externa del brazo de Leticia y comprobó la piel, caliente, suave y aterciopelada.

—Sí, muy suave. Bueno, si alguna vez decido volverme metrosexual te pediré la dirección. Y ahora me voy a dar una vuelta y te dejo para que encuentres al hombre ideal para pasar un buen rato.

Ella sonrió.

—Hoy no tengo especial interés; estoy a gusto aquí sentada —dijo en un intento de retenerle, pero él no picó.

—Félix me está llamando —dijo, y se marchó.

Leticia permaneció en la barra confiando en que la ausencia de Oliver no durase mucho. No había esperado especialmente encontrarse con él aquella noche, pero una vez que se había acercado y habían empezado a hablar no le apetecía quedarse sola.

Sin embargo no fue su mano la que se posó en su hombro un rato después. Cuando giró la cara se encontró frente a un hombre de unos veinticuatro o veinticinco años, bajo y regordete.

—Te veo muy sola... —dijo sentándose a su lado.

—Como me apetece estar —dijo irritada de que no fuera Oliver, como había esperado.

—No creo que una chica guapa como tú quiera estar sola.

«¡Uf, es de los pesados!», pensó.

—Oye, en serio, no tengo ganas de compañía.

—Dices eso porque no me conoces, pero voy a alegrarte la noche. Ponle una copa a la chica —dijo al camarero—. Yo invito.

—Te lo agradezco mucho, pero no quiero beber nada más. En serio.

—No voy a comerte, nena, solo quiero charlar un ratito.

—No tengo ganas de charla —insistió comprendiendo que él no la iba a dejar en paz solo con que se lo pidiera, y cogiendo su vaso se levantó y se trasladó unos metros a la derecha hacia otro sitio libre. Pero para su desesperación, el tipo la siguió.

—Vamos, nena, no seas esquiva. Dame una oportunidad, nos lo pasaremos bien. Ya lo verás.

—Mira, tío, no te he invitado a seguirme, ¿vale? ¿Cómo tengo que decirte que quiero estar sola? ¡Sola!

—No puedes estar sola, el local está lleno de gente.

—Que no se sienta a mi lado ni me invita a copas.

De pronto una mano se posó en la barra entre Leticia y el hombre.

—¿Algún problema?

Leticia giró la cabeza para encontrar a Oliver de pie a su lado.

—No, solo que este hombre no se quiere enterar de que no deseo compañía.

—No la estoy molestando, solo le he hablado.

Oliver levantó el brazo y le rodeó los hombros con él.

—Pues de ahora en adelante no le hables.

—¿Y tú quién eres para prohibirme hablarle a una chica que está sola?

—No está sola, está conmigo. Es mi novia.

—¿Tu novia? ¡Vamos, tío, lleva sentada ahí sola por lo menos tres cuartos de hora!

—¿Y?

—Si fuera tu novia no estaría sola, estaría contigo.

Oliver le dio un apretón acercándola más a su costado.

—Eso es asunto nuestro; pero es mi chica y está conmigo, así que vas a hacer el favor de dejarla en paz.

El hombre clavó en Leticia unos ojos incrédulos.

—¿De verdad es tu novio?

—Sí.

—¿Y por qué no me has dicho antes que estabas con él?

—No tengo por qué contarte mi vida.

—En ese caso, perdona. Pero si te hartas de él...

Se alejó y Oliver ocupó el lugar que había dejado.

—¿Te ha molestado?

—No, solo se estaba poniendo un poco pesado. ¡Y pensar que he venido aquí para estar tranquila y que no me molestaran!

—Para eso tendrías que haberte vestido con un saco, y por supuesto, tapar eso —dijo señalando con un gesto el escote de la camiseta.

—No es mi culpa si tengo los pechos muy altos y con cualquier camiseta asoman por el escote. Sois los tíos los que en cuanto veis un poco de carne pensáis que estamos enseñando la mercancía con ánimo de venderla... o regalarla.

Él sonrió.

—Bueno, ahora que estás a salvo de nuevo te dejo para que sigas disfrutando de tu tranquilidad.

Leticia miró por encima del hombro hacia el chico, que se había sentado unos metros más allá.

—Sigue mirando... Me parece que no se ha creído tu historia. Si ahora te marchas, volverá.

—Habrás que convencerlo entonces —dijo cogiendo su mano y haciéndola levantarse del taburete. Leticia le siguió a través del local hasta una de las paredes situadas cerca del chico, que no apartaba la vista de ellos.

Dejó que Oliver la apoyase contra la pared, y el corazón empezó a golpearle con fuerza cuando él apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y se inclinó para besarla. Permaneció quieta mientras él le separaba los labios con los suyos, pero unos segundos después reaccionó y echándole los brazos al cuello, respondió al beso como había soñado hacer desde que era una cría.

Oliver no estaba preparado para lo que sucedió. Su intención había sido darle un

beso suave, como había hecho el día que descubrió que ella había robado su camiseta, y quizás así hubiera sido si Leticia no hubiera reaccionado como lo hizo, si hubiera permanecido quieta como aquel día.

Pero cuando la chica le rodeó el cuello con los brazos, su mente se nubló, perdió el control, y antes de que se diera cuenta estaba apretándola contra la pared y sus manos se habían deslizado cintura abajo, acariciándole las nalgas y presionándola contra su cuerpo. El beso se volvió apasionado y salvaje y durante mucho rato ninguno de los dos fue consciente más que de la boca del otro sobre la suya.

Cuando el beso terminó y Leticia se separó de mala gana, Oliver deslizó los labios por el cuello y una de sus manos subió de nuevo hasta el pecho acariciándola por encima de la camiseta. Leticia pegó más las caderas a las de Oliver y por primera vez en su vida sintió que su cuerpo respondía a las caricias de un hombre. Deslizó las manos por la espalda de Oliver hasta las caderas y acarició también las nalgas redondas y firmes. No era exactamente así como había imaginado que ocurriría, pero tenía que reconocer que las sensaciones estaban sobrepasando todo lo que había soñado.

Por encima del hombro de Oliver Leticia vio cómo el chico que la había abordado se marchaba, pero no dijo nada temerosa de que al saberlo Oliver parase. Lo que no podía adivinar era que él ya no podía parar.

Pocas veces se había dejado llevar tanto y había perdido el control de esa forma.

Sin dejar de besarla, la arrastró hacia un rincón más oscuro y apartado, camino de la salida de emergencia, y allí dejó que sus manos buscaran por debajo de la ropa, subieran el sujetador con gesto torpe y jugaran con los pechos desnudos.

Leticia no se quedó atrás y desabrochó varios botones de la camisa de él, metiendo las manos dentro y acariciándole el pecho y los costados. Las bocas se separaban de vez en cuando buscando orejas, cuellos y gargantas, para volver a encontrarse y besarse de nuevo.

De pronto alguien golpeó el hombro de Oliver, que se separó irritado de la boca de Leticia y giró la cabeza.

—Perdonad... ¿no podéis apartaros un poco? Estáis en el paso.

Leticia se dio cuenta de que se habían ido desplazando sin notarlo y estaban taponando el pasillo que daba a los servicios.

De pronto, Oliver se percató de su estado de desaliño, de su respiración jadeante y de que la camiseta de Leticia apenas le cubría los pechos. Sacó las manos y tiró de la tela hacia abajo. También se abotonó de nuevo la camisa mientras ambos se apartaban lentamente hacia el rincón donde habían estado antes. Pero la magia se había roto.

—Oye... —tartamudeó—, disculpa... No sé qué me ha pasado, yo solo pretendía darte un beso para que ese gilipollas te dejara en paz. Supongo que he tomado alguna copa de más y no he podido controlarme. No te habrás enfadado, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Por qué habría de enfadarme? Yo tampoco me he quedado

quieta —dijo mirándole el cuello dónde se le estaba empezando a formar un moretón—. Tampoco yo sé por qué me he lanzado sobre ti como si fueras el último hombre en el mundo. Tal vez sea porque hace mucho tiempo que no estoy con un tío.

—Tendrás que ponerle remedio a eso... pero no conmigo.

—¿Por qué no? —preguntó con calma—. Lo que acaba de pasar no ha estado nada mal, ¿verdad?

—No, ha estado genial, pero tienes que comprender... Eres la amiga de mi hermana, comes los domingos en casa de mi madre, es como si fueras mi prima o algo así. Y yo no puedo ofrecerte nada más que un polvo y un adiós. No estaría bien.

—No temas que luego yo te persiga pidiéndote una relación, tampoco quiero comprometerme tan joven, pero... ¿por qué no podemos pasar un buen rato juntos? No me voy con cualquiera. Creo que un polvo entre tú y yo estaría genial, a juzgar por lo que acaba de pasar.

—Sí, quizás, pero no creo que sea buena idea. Mejor olvidamos esto.

Leticia se encogió de hombros.

—Como quieras.

—¿Vas a volver a la barra?

—No, creo que me marcharé a casa. Si me quedo por aquí probablemente acabe tirándome al primer tío que se me ponga por delante, sin importar si me gusta o no. Todavía estoy como una moto.

Oliver sonrió en la penumbra.

—Te llevo entonces.

Salieron del rincón oscuro donde se habían refugiado. El chico que había abordado a Leticia no se había marchado como esta creyó, sino que estaba sentado a una mesa cerca de la puerta. Al verlo, Oliver le rodeó los hombros con el brazo y se dirigieron a la salida. Una vez en la calle, la soltó.

En silencio subieron a la camioneta y Oliver condujo por las solitarias y oscuras calles de la ciudad. Leticia no dejó de charlar de tonterías durante todo el trayecto para evitar una situación embarazosa, y cuando él paró frente a su portal se volvió hacia él y dijo en un último intento de convencerle:

—¿Seguro que no quieres subir?

—Seguro.

—Bien, hasta mañana entonces, en casa de tu madre.

Se iba a inclinar hacia él, pero Oliver se apartó un poco.

—Mejor que no lo hagas. Ya he tenido suficiente de tus besos por esta noche.

Ella se retiró, seria, pero él la agarró del brazo y le dijo:

—No te ofendas... es que no soy de piedra, ¿sabes? Y yo también estoy como una moto todavía. Pero no es buena idea.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Cuando entró en el piso la luz del baño estaba encendida y la puerta entreabierta.

—¿Eva? —preguntó con cautela. Nunca más en su vida iba a abrir la puerta de un cuarto de baño sin preguntar antes. La hoja se abrió y su amiga apareció en el umbral.

—¿Estás sola?

—Sí, estoy sola. Ya te he dicho que es pronto para que Jaime y yo nos acostemos juntos. Antes tengo que conocerlo muy bien. Hemos cenado, hemos tomado una copa y luego me ha acompañado a casa y se ha marchado a su hotel. ¿Y a ti cómo te ha ido? Por tu cara diría que muy bien, tienes toda la expresión del gato que se comió al ratón.

—No me lo comí, solo lo saboreé un poco.

—No te entiendo, habla más claro.

—No, se te escaparía. Eres transparente y todo se te nota en la cara, y tu hermano se moriría si supiera que te lo he contado.

—¿Contado qué?

—Lo que ha pasado esta noche.

—Por lo tanto ha pasado algo.

—Algo, pero no vas a sacarme ni media palabra más.

Eva se echó a reír.

—No te lo voy a sacar, me lo vas a contar tú sola, y dentro de no mucho. No te puedes aguantar las ganas de decírmelo.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—Bueno, quizás un poco. Y no es tan malo que te lo diga, tú me lo cuentas a mi todo, ¿verdad?

—Hasta ahora sí; de aquí en adelante no sé.

—¡Eva!

—Leti, si quieres me lo cuentas y si no, no, pero déjame ir a dormir que estoy muy cansada.

—Me he liado con Oliver.

Eva levantó una ceja.

—¿Liado hasta qué punto? No lo veo aquí. ¿O habéis estado en su casa?

—No, ha sido en un local de copas.

—Entonces no ha sido en todo el significado de la palabra. Os habéis besado, ¿no es eso?

—Más que eso. Además de besarnos nos hemos metido mano de mala manera en un rincón oscuro. Y si no te lo crees échale un vistazo al cuello mañana.

—Me temo que no, que mañana voy a almorzar con Jaime. Y me da rabia, porque me iba a divertir de lo lindo preguntándole por el moretón. Quizás con un poco de suerte le dure hasta la próxima semana.

—Quizás.

—¿Y cómo es que no ha subido contigo?

—Se ha rajado en el último momento. Pero la próxima vez no lo hará, ya me encargaré yo.

—¡Dios, Leti, me das pánico! Anda, duérmete, y consulta todo esto con la almohada, a ver si te da un consejo sensato.

—No acepto consejos ni siquiera de la almohada. Hoy estoy más convencida que nunca de que meteré a tu hermano en mi cama aunque solo sea una vez. No puedo perderme una experiencia como esa.

—Buenas noches, loca.

—Hasta mañana.

—Probablemente yo ya habré salido cuando te levantes. Da recuerdos a mi madre de mi parte.

—De acuerdo.

Entró en su habitación y tras ponerse la camiseta de Oliver, se abrazó la cintura como si de él se tratase y se quedó dormida rápidamente.

Capítulo 8

Después de la noche en la que se habían enrollado en el *pub*, Leticia había vuelto a ver a Oliver al día siguiente, en el almuerzo en casa de Esperanza. Él no hizo ningún comentario sobre lo sucedido y también ella se comportó como si aquello no hubiera pasado. Pero sí había pasado, y no podía olvidarlo.

Aguardó impaciente y sin provocar más encuentros que los de los almuerzos dominicales los diez días que faltaban para que el contrato de alquiler de Oliver terminara y él se mudase a vivir con ellas.

No sabían cuánto tiempo iba a estar allí, Leticia esperaba que mucho, y también esperaba que la convivencia ayudara a convencerle de que no siempre era patosa, y que tenía mucho que ofrecer a un hombre. A él.

Oliver se presentó en la casa un sábado por la mañana cargado con dos maletas — el resto de la ropa lo había dejado en casa de su madre en espera de su piso—, un ordenador portátil y un plóter enorme para dibujar planos. Y también con un considerable desorden que incorporó a la vida de las chicas.

Eva le explicó a su hermano que Leticia y ella compraban y cocinaban en común, pero que luego cada una pagaba sus propios caprichos, que cada una usaba la lavadora un día a la semana ya establecido y que limpiaban entre las dos los sábados por la mañana.

El turno del baño era en primer lugar para Leticia, que entraba más temprano al trabajo, y quedó establecido que a partir de aquel día sería él quien lo usara en primer lugar. Eva especificó muy seriamente que debería dejarlo limpio y recogido después de usarlo.

Leticia se dio cuenta de que Eva y ella no habían tenido que establecer esas normas, sino que tácitamente habían asumido las tareas y reglas de convivencia sin ningún planteamiento previo.

Pero pronto descubrió que con Oliver era necesario. Él era tremendamente desordenado, aunque a ella no le importaba en absoluto. Lo tenía en casa.

El primer sábado que él estuvo en el piso, después de que se mudase por la mañana, Leticia esperó inútilmente que la invitase a salir con él, o al menos que le preguntara por sus planes, pero él se limitó a ducharse, decir que cenaría fuera y marcharse sin dar más explicaciones.

Eva y ella se marcharon a su vez y cuando regresaron él aún no lo había hecho. Permaneció en la cama esperando escuchar las llaves en la puerta hasta que al fin, casi a las cinco de la madrugada le oyó entrar con cautela y meterse en su habitación, situada a la izquierda de la suya.

El domingo, cuando se levantó a las doce y media pasadas, Oliver ya estaba levantado y charlando con Eva en el salón, y Leticia se dispuso a disfrutar de su

presencia.

—Buenos días —saludó.

—¡Vaya! —se burló su amiga—. ¿Cómo levantada tan temprano?

—¿Temprano? —preguntó Oliver.

—Sí, temprano. Normalmente tengo que despertarla a la una y media para que se vista corriendo y poder ir a comer a casa de mamá. Leti nunca tiene sueño por las noches, pero es una marmota por las mañanas. Hay veces que tengo que despertarla yo para que llegue a tiempo al trabajo. La mayoría de las veces ni siquiera le da tiempo a ducharse ni a desayunar y tiene que vestirse y salir corriendo con los ojos todavía cerrados.

—No me vuelvo loca precisamente por ver a mis compañeros de trabajo, la verdad. Y la falta de motivación no ayuda mucho.

—¿Qué les pasa a tus compañeros de trabajo?

—Mejor que no preguntes. Son gilipollas.

—Como yo me tengo que levantar muy temprano si quieres te doy un toque en la puerta para que te despiertes.

—Pues te lo agradecería, porque la puntualidad cuenta mucho para mi jefe. Y para los cuatro viejos de mi sección, que me tienen enfilada.

—A la pobre le hacen la vida imposible en el trabajo. Se come todos los marrones.

Oliver levantó una ceja.

—¿Seguro que ella no tiene nada que ver?

—He tenido un par de despistes, pero no, no tengo nada que ver.

—¡Si tú lo dices...! Pero no quisiera yo tener que trabajar contigo.

Eva le dio un golpetazo en la cabeza.

—¡No seas borde! Leti es muy eficiente, lo que pasa es que nadie le quiere dar una oportunidad.

—Pobre del que se la dé, acabará mojado o con cualquier tipo de diversión jodida, o convertido en un donjuán al rescate.

—A veces eso no es tan malo... —se decidió Leticia a intervenir al fin.

—Depende de cómo se mire —respondió Oliver pensativo.

—Mira, Oliver, si no estás a gusto aquí puedes coger tus cosas y largarte. Leti y yo hemos hecho un esfuerzo para acogerte en casa mientras te entregan tu piso. Te advierto que de lo último que tenemos ganas es de aguantar a un tío metiéndose en todo, y desordenado además. No te pienso tolerar borderías con respecto a ninguna de nosotras.

—No he dicho ninguna bordería, solo la verdad.

—Pues si quieres seguir aquí, guárdate tu verdad.

—No necesito que me defiendas, Eva. Además, él tiene razón. La mayoría de las veces que le he visto ha sido para fastidiarle.

—¿Seguro que siempre le has fastidiado?

—Yo no he dicho siempre, sino la mayoría de las veces.

—Bueno, chicas, a ver si vais a acabar discutiendo vosotras. Leticia, acepta mis disculpas, no era mi intención ofenderte. Y ahora, si me lo permitís, me daré una ducha y os llevo a casa de mamá, ¿hace?

—Hace.

Se perdió en la ducha y Leticia se quedó embobada mirando la puerta del salón por donde había desaparecido, mientras Eva sacudía la cabeza.

—No me dirás que no es adorable.

—Lo que digo es que cualquier día va a intentar estrangularte y tú pensarás que te acaricia el cuello.

Leticia sonrió y no dijo nada.

Pronto quedó establecida una rutina nueva en la casa. Oliver se levantaba temprano, y a menudo Leticia le escuchaba entrar en el baño y acostada, fantaseaba con el agua cayendo por su cuerpo, que aún recordaba bajo sus manos. Pero en vez de levantarse dejaba que su despertador sonara una y otra vez hasta que agotaba los timbrazos y esperaba hasta que Oliver, una vez duchado, llamara a su puerta para despertarla.

A veces lo hacía de forma amable y otras irritado, pero Leticia siempre le respondía con un sonriente «gracias».

Él ya solía tener el café preparado cuando ella salía en dirección a la ducha, e invariablemente escuchaba la frase:

—No comprendo cómo no escuchas el despertador, si lo tienes pegado a la oreja. Lo oigo hasta yo desde el baño, con el ruido de la ducha y todo.

—Tengo el sueño pesado.

—¿Pesado? Estás muerta, diría yo. Cualquier día voy a tener que entrar y zarandearte para que te despiertes.

—Prometo no enfadarme si lo haces —deseó ella sonriente.

Una mañana en que él estaba especialmente irritado, le preguntó:

—¿Nunca pierdes la sonrisa?

—Rara vez. Y solo por algo realmente grave.

Después de desayunar juntos, el mejor momento del día para Leticia, él se iba a la obra y ella emprendía su paseo diario hacia la Diputación para iniciar su calvario particular, del que solo Eva tenía conocimiento, aunque ni siquiera en su totalidad. A Leticia no le gustaba quejarse ni molestar a los demás con sus problemas. Libraba sus propias batallas, y solo cuando la mañana había sido realmente mala se desahogaba con Eva.

El departamento, formado por hombres que ya rozaban los cincuenta años y la mayoría de ellos llevaba mucho tiempo en el mismo puesto, era un círculo cerrado en el que la habían situado a ella con la esperanza de inyectar sangre joven y un poco de

entusiasmo. Pero en vez de funcionar el experimento, los cuatro hombres habían cerrado filas en su contra y la estaban fastidiando de todas las formas imaginables. Y últimamente las cosas habían empeorado, porque a eso se había añadido un discreto acoso sexual, hábilmente camuflado, que no la engañaba ni por un instante, pero que resultaba muy difícil de probar. Un pequeño roce aquí, una mano distraída por allá, pero que la mantenía en vilo todas las horas que pasaba en el despacho. Algo realmente agotador.

Después de salir a mediodía, y la mayoría de las veces con solo un bocadillo en el cuerpo, se marchaba a la facultad y regresaba a casa ya anochecido, hambrienta y agotada, pero feliz e ilusionada, dispuesta a realizar cualquier tarea que le correspondiera ese día antes de sentarse a descansar. Y deseando encontrar a Oliver y charlar con él aunque solo fuera en la cena.

A esa hora ya Eva había regresado del trabajo y a veces Oliver también. Se les podía ver a ambos enfrascados cada uno en un ordenador, Eva chateando con Jaime y a Oliver luchando con planos, cálculos y bocetos.

A veces Félix estaba también en el piso y se quedaba a cenar con ellos, pero lo normal era que cenaran los tres juntos, y se turnaban para preparar la comida.

También ese era un momento feliz para Leticia aunque prefería el desayuno porque tenía a Oliver para ella sola.

Una tarde llegó a casa y encontró a Oliver y a Félix con aspecto ceñudo y mirando el ordenador donde una tabla *excel* ocupaba la pantalla.

—¡No puede ser! —decía Félix—. Te digo que encargamos un camión de más, no pueden faltar ladrillos.

—Pues aquí resulta que no se ha terminado el trabajo por falta de material. Te has tenido que equivocar con los cálculos, si no, no tiene sentido.

Leticia se había cambiado de ropa y se acercó a ellos diciendo:

—Perdonad que os interrumpa, pero si os puedo ser de utilidad...

—No, gracias —cortó Oliver, seco—. Este es un tema delicado.

Eva levantó los ojos de la pantalla de su ordenador y dirigió a su hermano una mirada irritada. No sabía cómo Leticia lo aguantaba, si fuera ella ya le habría estrellado algo en la cabeza.

—Mira, si quieres volvemos a hacer los cálculos —dijo Félix—. Necesitamos 230 ladrillos por cada pared, son cuatro paredes por cada una de las doce plantas; cada camión tiene 1500 ladrillos y encargué ocho camiones, y comprobé que se descargaban todos y estaban completos.

Oliver abrió la calculadora en el ordenador, pero cuando esta apareció en la pantalla, Leticia dijo:

—Necesitáis 920 ladrillos por cada planta, lo que hacen un total de 11.040. No llega a siete camiones y medio. Si Félix encargó ocho deben sobrar bastantes. Creo que alguien está robando vuestros ladrillos.

Ambos amigos volvieron la cabeza y se la quedaron mirando con los ojos muy

abiertos.

—Estás de guasa, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—No.

Félix se hizo cargo del ordenador.

—Teclea, tío, a ver si tiene razón. Los números me suenan familiares. ¡Joder! Tal como ha dicho. No se ha equivocado ni siquiera en un ladrillo. ¿Cómo has podido hacerlo?

—Ya le dije a Oliver una vez que los cálculos son lo mío. No ha querido creerme.

—Te debo una disculpa. ¿Podrías revisar esta tabla *excel* y decirnos dónde está el fallo? Faltan muchos ladrillos para terminar, más de la mitad de la última planta.

—Por supuesto —dijo sentándose en la silla que él le dejó. Le bastó un simple vistazo por el documento para señalar con el ratón.

—Aquí. En vez de un punto de unidad de millar hay una coma decimal. Esto lo cambia todo.

No había tardado más de treinta segundos.

—Aun así deberías vigilar quién te roba los ladrillos, deberían sobrar y no faltar.

—No, esta es una partida de material que sacamos para otra obra un día de apuro. Ahora todo está claro. Y Félix, tendremos que pedir otro camión. Guarda el sobrante para hacer reformas en mi piso cuando me lo entreguen, yo lo pagaré de mi bolsillo.

Se volvió hacia Leticia.

—Gracias.

—De nada —dijo sintiéndose satisfecha—. Estoy a tu disposición cuando me necesites.

Eva no pudo disimular la sonrisa de satisfacción que iluminó su rostro. Leticia se metió en la cocina para preparar la cena.

Capítulo 9

Era el tercer sábado que Oliver pasaba en la casa. Eva y Leticia regresaron pronto; habían ido al cine, y después a bailar con unos compañeros de trabajo de Eva, pero el ambiente estaba tan cargado y la discoteca tan llena que no estuvieron allí demasiado rato.

Cuando entraron en el piso, silencioso y oscuro, Leticia sentía un poco de rabia por la noche perdida. Tenía ganas de estar con Oliver, de charlar con él. La última semana apenas le había visto, él tenía una obra importante y había regresado a casa justo a la hora de cenar, e incluso una noche habían tenido que guardarle la cena para que comiera solo más tarde. Cuando llegaba estaba sucio y cansado. Tras darse una ducha y comer se encerraba en su habitación a seguir trabajando, y ella apenas había intercambiado con él unas pocas frases durante la comida.

Cuando Eva y ella llegaron a casa aquel sábado había esperado que tras el intenso trabajo de la semana anterior, él hubiera regresado pronto, pero las cerraduras estaban giradas con todas las vueltas de llave, cosa que no ocurría cuando había alguien en el piso, y además la puerta de la habitación de él estaba abierta y la cama vacía. De mutuo acuerdo habían decidido dejarlas así cuando no estuvieran dentro para que los demás supieran si se encontraban o no en casa.

—Oliver no ha llegado aún —dijo.

—¿A eso se debía tus ganas de regresar pronto a casa? —se burló Eva—. Creía que el local estaba demasiado lleno.

—Y lo estaba, aunque eso no me hubiera importado. Pero le he echado de menos esta semana.

—Ah... Pues ya ves que venirte pronto no te ha servido de mucho. Son las dos y media, mi hermano suele recogerse los fines de semana bastante más tarde.

—Sí, lo sé, pero como esta semana ha trabajado tanto, pensé que a lo mejor estaba cansado y...

—Y estaría en casita esperándote tranquilamente. Pues ya ves que no. Pero tampoco te vendrá mal a ti un poco de descanso, trabajas como una mula. Aprovecha y vete a la cama.

—No, creo que me quedaré estudiando un poco, así le espero y charlo con él un ratito. Esta semana le toca beber a Félix, a lo mejor le apetece una copa cuando vuelva.

—¿Llevas el control de a quien le toca beber cada fin de semana?

Leticia se encogió de hombros.

—¡Qué fuerte! Bueno, chica, que haya suerte —dijo bostezando ruidosamente.

Eva entró en su habitación y ella se cambió de ropa y se puso el pantalón de pijama y la camiseta de Oliver, además de una bata abrigada y se sentó en el salón a

estudiar.

Se concentró sin problemas hasta las tres y media; luego, cada ruido que escuchaba en la calle le hacía levantar la cabeza de los folios y cada crujido la hacía aguardar expectante por si lo siguiente que oía eran las llaves de él en la puerta. Pero los minutos siguieron pasando lentos y pesados y el esperado sonido no se dejaba oír. Las tres dieron paso a las cuatro y después a las cinco y al fin la venció el sueño, encogida en un rincón del sofá.

Cuando Oliver llegó rozando las seis de la mañana, se sorprendió al ver luz en el salón. Se asomó con cautela, temeroso de que hubiera sucedido algo malo, pero no pudo evitar una sonrisa al ver a la chica, con la cabeza doblada sobre el pecho y un puñado de folios desparramados a su alrededor. Se acercó a ella y la llamó suavemente.

—Leticia...

Pero ella no dio señales de haberle escuchado.

—Leticia... —repitió sacudiéndola suavemente—, despierta, chica. Vete a la cama.

Tras intentarlo durante unos minutos, desistió y entrando en la habitación de ella, cogió la funda nórdica de la cama y se la echó por encima, tratando de acomodarla lo mejor posible en el sofá.

Le estiró los brazos y las piernas, recogió los apuntes, pero por mucho que la movió Leticia no dio señales de despertarse.

Oliver sonrió pensando que tanto Eva como ella tenían el sueño más pesado que él hubiera visto nunca. Aunque su hermana tenía una especie de reloj interior que la avisaba de la hora de despertarse. Si debía estar en el trabajo a las nueve, y se mentalizaba para despertarse a las ocho, lo conseguía. Pero era imposible que lo hiciera antes. Leticia en cambio se dormía y era muy difícil despertarla a ninguna hora. A veces Oliver pensaba que era capaz de dormir tres días seguidos si la dejaban.

Después de acomodarla, apagó la luz del salón y la dejó dormir, dispuesto a descansar también un rato antes de ir a comer a casa de su madre.

Leticia despertó entumecida y con dolor de espalda. El sol ya entraba por la terraza y desde algún lugar le llegaba el olor a café recién hecho. Vio que alguien la había tapado, y cuando se levantó estirándose para desentumecer los músculos, el reloj del salón señalaba las ocho y veinte de la mañana. Se asomó al pasillo para comprobar que la puerta de la habitación de Oliver estaba cerrada. Se había dormido tontamente y se había perdido la oportunidad de charlar con él. Se fue a su habitación con el edredón en los brazos y se acostó un rato más tratando de descansar.

Cuando volvió a despertarse ya Eva estaba en el salón, pero Oliver aún no se había levantado, cosa rara, porque por muy tarde que se acostase, siempre era el primero que se levantaba. Se sirvió un café y se preparó unas tostadas y estaba

comiéndoselas cuando él apareció en el salón, vestido con el pijama azul que a ella tanto le gustaba.

—¡Buenos días, Bella Durmiente! Anoche te quedaste frita en el sofá.

—Sí, me puse a estudiar, pero no aguanté mucho —dijo levantando la vista hacia él. La sonrisa se le heló en los labios cuando sus ojos se posaron en el cuello de Oliver, donde se estaba formando un moretón, signo inequívoco de un chupetón. Ella sabía que Oliver tenía una vida sexual, pero el hecho de comprobar con sus propios ojos la prueba de que esa noche había estado con una mujer hacía que los celos se la comieran por dentro. Ella esperándolo en el sofá mientras él estaba tirándose a otra. Por eso había tardado tanto.

Sintió una rabia sorda subirle por la garganta y unos deseos insoportables de irse hacia él y abofetearle, arañarle y gritarle: «Estoy aquí, ¿no me ves? No tienes que irte a buscar a ninguna otra. Eres mío... tienes que ser mío».

Trató de dominarse porque él la estaba mirando fijamente.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—Tengo un poco de resaca. Trato de comerme una tostada, pero me está costando mucho.

—¿A quién se le ocurre emborracharse?

—No me emborraché —dijo seca—, solo me tomé un par de copas. No debía haberlo hecho porque tenía que estudiar y... bueno, ¿a ti qué te importa?

—¿A mí? Nada. No te pongas así, mujer, ya me callo, veo que no estás de muy buen humor esta mañana.

—Estoy de perfecto humor esta mañana, solo tengo dolor de cabeza, y náuseas.

—Bueno, de acuerdo.

Se sentó junto a ella y, después de servirse un café, colocó la cafetera sobre la mesa. Normalmente en los desayunos tomaba hasta tres cafés.

Leticia también se sirvió un segundo, después de beber a grandes sorbos el que tenía en la taza, y cuando iba a colocar otra vez la cafetera sobre la mesa, Oliver le tendió su taza vacía. Ella alargó la mano y volcó la cafetera, pero en parte por torpeza y en parte por rabia contenida dejó que el líquido rebosara por el borde y le cayera sobre la mano.

—¡Leticia, coño! Mira lo que haces —gruñó él soltando precipitadamente la taza y corriendo a la cocina para meter la mano bajo el chorro de agua fría del fregadero.

De inmediato ella se arrepintió y corrió junto a él.

—Lo siento... de verdad, Oliver, lo siento. ¿Te he hecho mucho daño?

—¿Tú qué crees? El café está hirviendo.

El dorso de la mano se le había enrojecido. Leticia se dirigió al cuarto de baño y regresó con una crema para las quemaduras.

—Deja que te ponga esto. Te calmará.

Con cuidado extendió la crema cubriendo la zona afectada y después regresó al salón. En dos tragos se tomó el café y regresó a la cocina para dejar la taza en el

fregadero con mucha brusquedad. Oliver, que estaba recogiendo los restos del desayuno, la miró con el ceño fruncido.

—Romper la taza no mejorará tu resaca. Prueba con un par de aspirinas.

—¡Arsénico voy a tomar! —dijo saliendo de la cocina con un portazo. Oliver se quedó mirando la puerta cerrada realmente asombrado. Era la primera vez que veía a Leticia tan alterada, y no tenía ninguna duda de que estaba muy enfadada por algo. Cuando escuchó el nuevo portazo que dio al entrar en su habitación, salió al salón y le preguntó a Eva.

—Se ha superado, joder; me ha quemado la mano con el café. ¿Tú sabes qué le pasa? Juraría que está muy cabreada.

Eva se encogió de hombros.

—Sí, claro que lo sé. Está un poco nerviosa.

—¿Por qué? ¿Tuvo algún problema anoche?

—Problema no, pero la noche no salió como esperaba.

—Comprendo, quiso enrollarse con un tío y no lo consiguió, ¿no?

—Algo así.

—¿Y yo qué culpa tengo? ¿Por qué la paga conmigo? Ella me estropeó a mí una vez un plan fantástico, pero yo no he hecho nada, ni siquiera coincidimos anoche.

—No te lo tomes así, Oli. Solo está de mal humor, ya se le pasará. Solo dale un rato.

—Me mantendré lejos de ella mientras tanto. No quiero correr más riesgos ¡Mujeres! ¡Y encima todo el mundo se pregunta por qué quiero mantenerme apartado de ellas!

Eva se echó a reír mientras su hermano entraba en su habitación a cambiarse de ropa.

Capítulo 10

El ruido de un golpe seco rasgó la madrugada y sacudió el sueño pesado de Oliver despertándole bruscamente. Se sentó en la cama sin saber qué le había despertado, y su oído captó un sonido que no supo identificar. Parecía como si algo estuviera arrastrándose en alguna parte, acompañado de un extraño gruñido que se dejaba oír de vez en cuando.

Con el ceño fruncido y sin siquiera ponerse las zapatillas para resguardar los pies del frío suelo, salió de la habitación al comprender que el sonido procedía del pasillo del piso y lo localizó a su izquierda, junto a la puerta de entrada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó ante el brusco silencio que se hizo de pronto. Una risita proveniente del suelo, y algo que rozó su pie desnudo le hizo dar un respingo.

—La se... ser... serpiente... pe... peluda ataca... de nuevo.

—¿Leticia?

Una mano helada se aferró a su tobillo y no pudo levantar el pie para sacudirla. Su mano encontró el interruptor de la luz y no pudo creer lo que veía. Leticia estaba en el suelo a sus pies, a cuatro patas y una de sus manos le agarraba el tobillo. Del otro brazo colgaba aún el bolso, que también estaba enganchado al perchero que había en la pared, junto a la puerta, que había sido arrancado de la misma y se arrastraba por el suelo a la vez que Leticia. Indudablemente ese había sido el ruido que le había despertado.

—¡Hola... Oliver! —dijo con voz pastosa.

—¿Qué haces ahí?

—No sé... Iba a mi habitación y de pronto alguien me tiró al suelo. He podido agarrarle el pie antes de que se escape.

—Antes de que se escape, ¿eh? Es mi pie el que tienes agarrado.

Ella levantó hacia él unos ojos vidriosos.

—¿Tú me has tirado? ¿Por qué?

—No, yo no te he tirado, te has caído tú solita.

—¿Seguro?

Oliver se agachó junto a ella.

—¡Venga, levanta! Y la próxima vez que cuelgues el bolso en el perchero, saca el brazo antes.

—¿De qué hablas?

—Te lo contaré mañana.

Leticia dobló las piernas para incorporarse, pero una risa floja se apoderó de ella.

—¿Cómo quieres que me levante si el suelo se mueve?

—¡Conque el suelo se mueve! —dijo agarrándola por la cintura y alzándola en vilo hasta ponerla de pie a su lado.

—Tú también te mueves. ¿Hay un terremoto?

—Sí, de cuarenta grados por lo menos. ¿Qué has tomado para ponerte así?

—Una copita... solo una copita.

—Ya. Anda, que te llevo a tu habitación —dijo sosteniéndola por la cintura.

—No, tengo que ir al baño.

—Pues te llevo también.

—¿Al baño? ¿Tú me llevas al baño?

—Sí, yo te llevo al baño.

—No, que me da vergüenza. Tengo que mear.

—Tú ya me viste a mí meando una vez. Ahora es mi turno.

La colocó delante del váter y fue a darse la vuelta pero Leticia se desplomó contra la pared. La volvió a sujetar por debajo de los brazos mientras ella se bajaba las bragas con torpeza y la sostuvo mientras orinaba. Ella enterró la cara en su estómago, riéndose y le hizo cosquillas con la boca.

—¡Concéntrate en lo que estás haciendo! —gruñó.

—Ya he terminado.

—¿Puedes subirte las bragas o...?

—Claro que puedo. Y también podía venir a mear, no hacía falta que me acompañaras.

—Claro, para que te mearas en el lavabo.

—En el lavabo... Qué gracia... En el lavabo... ja, ja.

Oliver no contestó, sino que cargó de nuevo con ella hasta la puerta de su habitación. Entró y sin encender la luz, solo con la estancia iluminada por el resplandor del pasillo, empezó a desnudarla. Le quitó la chaqueta y el jersey.

—¿Qué usas para dormir?

—Tu camiseta.

—¿Dónde está?

—Debajo de la almohada... creo.

Sosteniéndola con un brazo se inclinó y hurgó bajo la almohada. Encontró la prenda y un pantalón de chándal negro.

—Siéntate en la cama... así.

—Me estás vistiendo como si fuera un bebé. ¿Jugamos a que yo soy un bebé y tú mi padre?

—Da gracias a que no soy tu padre. Si lo fuera te estaría dando hostias hasta mañana.

—Mi padre nunca me pega, solo me mira muy se... serio y me dice: «Eres la ver... güenza de la familia, Le... Leticia...».

—Pues hoy te pegaría, estoy seguro. ¿Cómo coño has llegado a casa? Miedo me da pensarlo siquiera.

—Me han traído.

—¿Quién? ¿Alguien que conoces?

—No.

Oliver cerró los ojos.

—¡Joder! ¿Has dejado que te trajera un desconocido en ese estado? ¿Es que estás loca?

—Loca no... solo un poquito... trompa...

—Deja la cabeza quieta para que pueda ponerte la camiseta de una vez.

—Se te olvida el sujetador..., tienes que quitármelo pri... primero.

Él resopló con fuerza.

—¿Y no podemos saltarnos ese paso por esta noche?

Leticia movió lentamente la cabeza de derecha a izquierda.

—Se me clavará y me hará... daño.

Suspiró resignado.

—Está bien.

Mirando por encima del hombro para no verla, deslizó las manos por la espalda hasta encontrar el pequeño broche y con un rápido movimiento lo soltó. Los pechos de Leticia quedaron libres y apretados contra Oliver, que se separó de inmediato. Al verse de pronto sin el sostén de sus manos Leticia se tambaleó.

—¿Por qué me sueltas? Me caigo...

—¡Porque no soy de piedra, joder, y no quiero hacer nada por lo que mañana me tenga que disculpar!

—Sí eres de piedra... Eres Oliver Stone... Oliver de piedra. Ja, ja, ja...

—Para de decir tonterías y déjame meterte en la cama de una puta vez.

—Eres muy gruñón, ¿sabes? No se puede ser tan gruñón. A las mujeres... nos gustan los hombres...

Él cortó el flujo de palabras metiéndole bruscamente la camiseta por la cabeza y con pocos miramientos hizo lo mismo con los brazos. Después, poniéndole una mano sobre el hombro, la empujó hacia atrás para tenderla en la cama y quitarle la falda y las medias. A continuación cogió el pantalón de chándal y con él en la mano y tratando de no mirar el tanga blanco que no ocultaba nada, le preguntó hosco:

—¿Puedo ponerte ya el pantalón o me vas a salir con que también tengo que quitarte el tanga porque se te clavará?

Leticia empezó a reírse de forma contenida.

—Se me clavará... qué gracioso e... res...

—¡Al diablo! —dijo él cogiéndole una pierna y metiéndola por el pantalón, sin que Leticia ayudara en lo más mínimo. Luego hizo lo mismo con la otra. Ella se reía ya a carcajadas y los movimientos convulsivos hicieron que estuviera a punto de sacar la pierna que ya Oliver había conseguido meter en el pantalón.

—¡Para ya, joder, o no terminaremos nunca! Y mi hermana que es una marmota y ya se puede hundir la casa que no se entera de nada.

Con dificultad terminó de vestirla.

—Venga, ahora a dormir la mona.

Pero Leticia se aferró a él cogiéndole por los brazos.

—¡Espera... espera, Oliver...! No...

—¿Qué pasa ahora?

—Que me estoy mareando... Creo que quiero... vomitar...

—¡Lo que faltaba! Aguanta, ¿eh? Aguanta que te llevo al baño otra vez.

Con cuidado de no zarandearla mucho la agarró por la cintura y le hizo levantarse. La llevó por el corredor hacia el baño.

—Respira hondo... venga, un poco más.

—No...

No terminó la frase. Una bocanada de vómito caliente empapó el pijama de Oliver antes de que pudiera apartarse y resbaló por su pecho. Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. La llevó en volandas los dos metros que les faltaban para el baño y la hizo arrodillarse ante el váter, metiéndole la cabeza dentro para que vomitase a gusto.

—¡Ahí! Vomita todo lo que quieras ahí —dijo furioso. Se quitó la parte superior del pijama de un tirón y la arrojó en el lavabo. Después cogió la esponja y se enjabonó el pecho hasta la cintura, hasta que consiguió quitarse el olor agrio y desagradable. A su espalda oía las arcadas de Leticia hasta que al fin no le quedó nada en el estómago. A pesar de que él se había visto en esa tesitura más de una vez, no podía sentir lástima por ella.

Cuando ya pareció quedarse más tranquila, Leticia se dejó caer en el suelo, exhausta. Oliver se agachó a su lado y la incorporó.

—Que te vas a congelar...

Vio que también la camiseta de ella estaba manchada. La sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—Espera aquí y no te muevas. ¿Me oyes? No te muevas. Voy por Eva para que ella te lave. A eso me niego.

Leticia dejó caer la cabeza con la barbilla incrustada en el pecho y no respondió. Oliver salió del baño y aporreó la puerta de su hermana.

—¡Eva! ¡Eva, despierta!

Pero ningún sonido salió del otro lado.

—¡¡Eva!! ¡Que hay que lavar a Leticia! No querrás que lo haga yo también... ¡Que no soy de piedra, joder! Pase que la haya cambiado de ropa, que me haya vomitado encima, pero por Dios, esto no. ¡¡Despierta, Eva!! —gritó más fuerte, pero no sirvió de nada.

El frío del pasillo le estaba empezando a afectar, de modo que se resignó a entrar en su habitación y coger una camiseta limpia para él y otra para Leticia. Regresó al cuarto de baño y se arrodilló delante de la chica.

—Venga, acabemos de una vez.

Volvió a sacarle la camiseta por encima de la cabeza. Esta vez, a la luz del cuarto de baño no hubo forma de no mirarle el pecho, mientras mascullaba para sí.

—¿Quién me mandaría a mí mudarme a vivir aquí? ¡Con lo tranquilo que estaría en casa de mi madre, durmiendo en la cama!

Después de la vomitona, un fuerte sopor se había apoderado de Leticia, que apenas lograba mantener los ojos abiertos. Él miró en el baño y sin saber cuál de las dos esponjas que había en la jabonera era la de Leticia, optó por usar la suya propia.

—¡Al diablo!

Cogió la esponja y frotó con cuidado el pecho y el estómago de la chica, tratando de no rozarla con los dedos, cosa prácticamente imposible dado que ella no dejaba de moverse. Al notar que empezaba a excitarse, empezó a frotarla con brusquedad para terminar cuanto antes, pero la voz adormilada de Leticia le sobresaltó.

—Se mueve...

—No se mueve nada; tú estás borracha.

—Sí que se mueve... tu cosa se mueve... tu cosa quiere jugar... —dijo alargando la mano con torpeza en dirección a su bragueta. Él la apartó de un manotazo que le hizo estrellar la mano contra el suelo.

—¿Quieres estarte quieta, joder?! ¡Ya lo que me faltaba, me cago en mis muertos!

La agarró con brusquedad por los hombros y la zarandó para asustarla.

—¡Quédate quieta y callada, y déjame terminar de una vez o te juro que te dejo aquí tirada para que duermas la mona en el suelo del cuarto de baño!

Leticia se encogió ante el enfado de su voz y permaneció quieta mientras él terminaba de pasar la esponja, esta vez con agua limpia para enjuagarla, y después la secó con una toalla tratando desesperadamente de permanecer indiferente al contorno firme y redondo de los pechos bajo la tela. Con gesto brusco le puso la camiseta y cogiéndola en brazos la llevó hasta su habitación y la dejó caer en la cama tapándola hasta la barbilla.

—Y ahora duérmete y no me llames pase lo que pase. ¿Me entiendes?

Ella asintió. Él se incorporó, en dos zancadas salió de la habitación y en vez de dirigirse a la suya entró en el baño. Abrió el grifo del lavabo y echó las dos camisetas manchadas de vómito en agua con detergente, y a continuación se desnudó, se metió en la bañera y abrió el grifo del agua fría esperando que la ducha le calmara lo suficiente como para dormirse. Aquel sábado tenía trabajo, debía ir con Félix y un par de hombres a su casa, aún sin terminar, para evaluar las reformas y los cambios que quería hacerle antes de que la entregaran.

Cuando Leticia abrió los ojos por la mañana miles de agujas se clavaron en su cabeza. Se incorporó y las náuseas se apoderaron de su estómago, haciéndola identificar el malestar rápidamente. Resaca y de las malas. Las había tenido otras veces, pero nunca tan fuerte. Se levantó como pudo y se dirigió al baño.

Al escucharla, Eva, que estaba en la cocina, le salió al paso.

—¿Se puede saber qué ha pasado esta noche aquí?

—Espera... —dijo entrando en el baño, donde intentó vomitar sin conseguirlo. Resignada a no encontrar el alivio que le produciría el vómito, se refrescó la cara con agua helada y salió a enfrentarse con su amiga, que aún esperaba una respuesta.

—Café... —suplicó—. Primero un café cargado.

Se dirigió al salón donde se sentó sujetándose la cabeza con ambas manos en espera de que su amiga le llevase el deseado café. Cuando lo tuvo delante, Eva se sentó junto a ella y le dijo:

—Resaca.

Leticia asintió.

—¿Y eso tiene algo que ver con que el perchero de la entrada esté sobre el sofá con los espiches colgando?

—Creo que lo arranqué yo... aunque no estoy del todo segura.

—¿Y la ropa echada en remojo?

—¡Oh, Dios, entonces es verdad! Esperaba que esa parte la hubiera soñado.

—¿Que hubieras soñado qué?

—Que le vomité encima.

—¡Así tenía ese humor negro esta mañana!

—¿Ya se ha levantado?

—Se levantó temprano y se marchó. Cuando le pregunté por el perchero y las camisetas me dijo que te preguntara a ti.

—Dios, esta vez me he colado y bien. ¡Qué vergüenza! Creo que hasta tuvo que ponerme a orinar como si fuera una cría. No podré volver a mirarle a la cara.

Eva trató de animarla.

—¡Vamos, Leti! Tú has pasado por muchas cosas parecidas, esta es solo una más.

—Una de las peores, te lo aseguro. Probablemente volverá esta tarde para recoger sus cosas y largarse aunque sea debajo de un puente.

—No será para tanto. Anda, tómate una tostada y un par de pastillas. Luego lo verás todo menos negro.

—No puedo con una tostada, solo la palabra ya me da náuseas, pero las pastillas sí. Tengo que recomponerme antes de que vuelva, tengo que disculparme y conseguir que me perdone. ¡Dios, ahora que todo iba tan bien...!

Eva miró a su amiga sacudiendo la cabeza ante su expresión desolada.

Oliver llegó a su casa de mejor humor. Después de haber pasado la mañana en la que sería su casa y decidir con Félix las reformas más convenientes, ambos amigos se fueron a buscar y encargar los materiales necesarios, con el objeto de que cuando les entregaran el piso pudieran empezar las obras inmediatamente. Iba a cambiar el baño al completo; los azulejos espantosos llenos de florecitas y también los sanitarios. La bañera sería sustituida por una ducha de masaje, ambos diseñarían un armario a

medida para encastrar el lavabo, y colocarían un espejo empotrado en la pared del frente. Y la reforma especial que ya tenía decidida desde hacía tiempo. Iba a colocar una chimenea en una de las paredes del salón. Ambos habían estudiado el lugar más conveniente, y trazado planos y calculado todo lo necesario. Poco a poco se había ido relajando y más aún después de que se fueran a comer juntos. Después de una larga sobremesa con sendos cafés había vuelto a la casa para tratar de dormir un poco antes de salir aquella noche.

Cuando llegó, su hermana estaba en el salón corrigiendo ejercicios. A Leticia no se la veía por ninguna parte y la puerta de su habitación seguía tan cerrada como aquella mañana cuando se marchó.

—¿Todavía sigue durmiendo la mona? —preguntó—. ¿No da señales de vida?

—Se levantó a media mañana y ha estado despierta todo el día. Pero ahora se sentía cansada y se ha echado otro rato.

—¿Tiene mucha resaca?

—Bastante, pero a pesar de eso ha querido compensarte y ha dejado algo en el frigorífico para ti.

—¿Algo para mí? ¿Qué?

—Mira a ver. Y espero que te guste, porque las ha pasado putas mientras la hacía.

Intrigado, Oliver se dirigió a la cocina y abrió el frigorífico. Dentro había una apetitosa tarta de manzanas, su postre favorito.

—¿Me ha hecho una tarta de manzanas? —preguntó regresando al salón—. ¿Por qué?

—Para hacerse perdonar. Y se moría de náuseas. También te ha lavado y planchado el pijama, y de paso toda la ropa que tenías sucia en la cesta. La mayoría dudo que la reconozcas.

Oliver sintió una punzada de aprensión.

—¿Qué le ha hecho a mi ropa?!

—¿Quitarle las manchas, joder, no pongas esa cara! Había algunas tan antiguas que ya parecían formar parte de la trama de la tela. Se ha dejado los puños frotando.

—Pareces un anuncio de detergente.

—¡No tiene maldita la gracia, Oli! Se ha pasado todo el día tratando de compensarte por haberte vomitado encima.

—No solo me vomitó encima... Después de todo eso no fue lo peor. ¡Y tú a ver si tienes el sueño más ligero! Traté de llamarte para que me ayudaras, pero no hubo forma. Me vomitó encima a mí y también a ella misma... y tuve que lavarla. Joder, ¿sabes lo que es eso? No dejaba de moverse, me metió las tetas por los ojos, y yo no soy ningún santo, me moría de ganas de meterle mano... Eso fue lo peor.

—¿Y lo hiciste?

—¿Qué?

—Meterle mano.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas? Jamás me aprovecharía de una

mujer que no está en su sentido.

—Creo que de eso no se acuerda. Solo me ha hablado del perchero y la vomitona. Y también de que la ayudaste a mear.

—La ayudé a mear, la desnudé, la vestí, la volví a desnudar, la lavé... ¡Menuda nohecita!

Eva se echó a reír.

—Pues métele mano a la tarta, te la has ganado.

Oliver se sirvió una generosa porción de tarta y después fue a su habitación donde encontró sobre la cama un montón de ropa lavada y planchada incluida la camiseta de pijama que la noche anterior había dejado en remojo. La guardó y regresó al salón.

—¿Cómo ha podido hacer todo eso? —le preguntó a su hermana—. Yo cuando tengo resaca no sirvo para nada.

—Leti es una chica dura. Cogió una bolsa con hielo, se la enrolló con una toalla a la cabeza y se puso a trabajar para hacerse perdonar por ti.

—Joder, me dejas descolocado.

—Leti es así.

—¿Te molesta si pongo la «Play» un rato? Y descanso para esta noche. Iba a acostarme, pero en realidad no me apetece.

—Mientras no le pongas muy alto el volumen...

Durante un rato los dos hermanos permanecieron en el salón en silencio, hasta que escucharon los leves pasos de Leticia. Oliver la miró por encima del televisor. No presentaba muy buen aspecto, profundas ojeras moradas rodeaban sus ojos y la piel parecía cenicienta. Se sintió inmensamente mal por el esfuerzo que ella había hecho aquella mañana para calmar su enfado. Se sentó en el sofá, donde estaba tendido, para hacerle sitio.

—Ven, siéntate... pareces a punto de desmayarte.

Ella sonrió al comprobar que no seguía enfadado.

—No me desmayo con facilidad, pero gracias.

Él también sonrió cuando la chica se dejó caer pesadamente a su lado.

—No, gracias a ti —susurró—, pero no era necesario.

—¿De qué hablas?

—De la tarta y de la ropa.

—Claro que lo era. Yo te manché el pijama, era mi obligación lavarlo... y no iba a poner una lavadora solo para eso. Así que metí toda la ropa sucia tuya que encontré.

—Pero no tenías por qué plancharla.

—Eso es cosa mía —dijo sonriendo—, cuando hago las cosas, me gusta hacerlas bien, nunca a medias. Tu madre se alegrará de que al menos por una vez vayas con la ropa planchada.

Él soltó el mando de la videoconsola por un momento y le acarició la cara.

—¡Eres adorable! Y la tarta también estaba exquisita. A una buena tarta de manzana jamás le digo que no, pero podías haber esperado a encontrarte mejor.

—Tenía que hacerme perdonar cuanto antes. No me gusta que la gente que me ayuda esté enfadada conmigo.

—Yo no estaba enfadado; bueno, quizás anoche un poco, pero reconoce que...

Leticia le puso una mano sobre los labios.

—Que me pasé tres pueblos. Lo sé, y lo siento.

—No pasa nada, ya está olvidado.

Desde el otro lado del salón la voz de Eva les llegó burlona.

—¡Oh, Dios, cómo sois los tíos! Halágalos el estómago, quítales un poco de trabajo doméstico y harás con ellos lo que quieras. Ya sabes, Leti, cuando quieras conquistar a un tío ofrécete a plancharle las camisas... Caerá rendido.

—¡Vete al diablo, Eva! —gruñó su hermano—. Nadie te ha metido en esta conversación. Esto es entre Leticia y yo.

—Lo siento, pero no puedo evitar tener oídos y lo que estoy oyendo es la leche. Esta mañana saliste de aquí como un Miura dando cornadas contra todo lo que encontrabas, y en cuanto te enteraste de lo que Leti había hecho te volviste como un corderito. Creo que solo te falta admitir que te vomitaste encima tú solo.

Oliver agarró el cojín del sofá y se lo lanzó a su hermana a la cabeza. Esta lo agarró y se lo colocó en la espalda sin decir palabra. Oliver se volvió hacia Leticia que sonreía divertida, se inclinó sobre ella y le susurró al oído para que su hermana no le oyese.

—No creas que la tarta y la ropa bastan para calmar mi enfado. Aún falta el método de agradecimiento de tu prima; te lo reclamaré luego, cuando Eva vaya a la cocina.

De nuevo Eva lanzó una carcajada.

—¿Por qué no me echas directamente, hermano? —dijo levantándose—. ¿Cuánto tiempo debo permanecer fuera?

—¿Me has escuchado?

—Tengo el oído muy fino. Bueno, tenéis diez minutos, ni uno más.

Apenas Eva salió de la habitación. Leticia se acercó a Oliver y le rozó la boca con la suya. Él le agarró con firmeza la nuca y la besó con suavidad, cosa que estaba deseando hacer desde la noche anterior. Luego, antes de que regresara Eva, la soltó.

—Ahora sí estamos en paz.

Leticia sonrió y se recostó contra el sofá todavía con el sabor de los labios de Oliver en los suyos. Ninguno de los dos dijo nada cuando Eva regresó y se sentó ante sus cuadernos, también sin hacer ningún comentario.

Capítulo 11

Félix aparcó el coche en la puerta y Oliver bajó del mismo. El aire frío de la madrugada le dio en la cara y disipó de golpe los efectos y el calor de las tres copas que se había tomado aquella noche. Se apresuró a abrir la puerta y entrar en el edificio para resguardarse y no pudo evitar recordar la impresión que le había producido ver a Leticia cuando salía aquella noche, vestida con un minúsculo pantalón de pana negra sobre unas finas medias del mismo color, que le dejaba prácticamente todas las piernas al aire. El único abrigo que llevaba era una cazadora negra, también de pana que apenas le llegaba a la cintura y un gorro negro dentro del cual había recogido la melena.

Estaba impresionante, tenía que reconocerlo, pero desde luego iba a morir de frío en una noche como aquella en que los termómetros marcaban algún grado bajo cero. Y estaba seguro de que bajo la cazadora no llevaría más que una camiseta de tirantes o sin espalda, como siempre que salía de noche. No entendía a las mujeres que eran capaces de congelarse con tal de presumir.

Agradeció el calor de la vivienda cuando entró, y según la costumbre que habían adquirido, fue a comprobar si las chicas estaban ya en la casa para cerrar la puerta. La habitación de su hermana estaba cerrada, signo de que esta ya estaba acostada, pero la de Leticia permanecía abierta y la cama vacía.

Miró su reloj y comprobó que pasaban ya las cinco de la madrugada. Normalmente ella solía regresar más temprano. Él se había entretenido un poco más porque Félix se había encontrado con un antiguo compañero de estudios, y había pensado que Leticia estaría ya en casa. Pero el ver la cama vacía le produjo una sensación de malestar, mezcla de enfado y preocupación. ¿Habría tenido algún problema? Iba tan atractiva aquella noche que quizás algún capullo la hubiera estado molestando, como aquella vez que tuvo que librarla de un pesado. O tal vez había vuelto a beber demasiado y no era capaz de regresar a casa sola... O... No quería pensar en otras posibilidades porque una especie de agobio se estaba apoderando de él, y comprendió que no iba a poder relajarse hasta que ella regresara.

Malhumorado porque estaba cansado y quería echarse a dormir, se puso el pijama y se sentó ante el ordenador a revisar algunos cálculos, con la esperanza de que ella regresara pronto, pero los minutos pasaban y Leticia no daba señales de vida.

Cada vez que escuchaba un coche en la solitaria avenida pegaba un brinco y se asomaba a la ventana, para comprobar que no era ningún taxi y que el vehículo no se detenía ante su puerta.

A las seis y media ya ni siquiera fingía mirar el ordenador, tenía los pies congelados y el humor más negro de lo que lo había tenido en mucho tiempo.

El sonido de las llaves le hizo levantarse de un salto y salir precipitadamente al

pasillo, temeroso de lo que pudiera encontrar. Leticia había colgado el bolso en el perchero, que había vuelto a colocar él en su sitio, y avanzaba hacia su habitación quitándose el gorro y sacudiéndose el pelo. Parecía estar bien, y sobria, pero el comprobarlo no le causó alivio, sino que acentuó aún más su irritación, por lo que no pudo evitar preguntarle con un gruñido:

—¿De dónde vienes?

Ella se giró hacia él y preguntó a su vez, perpleja:

—¿Qué?

—¡¿Que de dónde vienes?! ¿Tienes idea de la hora que es?

Con calma, ella respondió.

—No, pero tampoco me importa.

—Son casi las siete de la mañana.

—¿Y? ¿Tengo hora para volver a casa como si fuera una cría?

—No, pero podías haber avisado.

—¿Avisado de qué, Oliver? Estaré un poco tonta, pero no te comprendo. ¿Qué estás tratando de decirme? ¿Que he llegado tarde? Estaba pasándomelo muy bien. Que yo sepa, aquí cada uno regresa cuando le parece y nadie tiene que avisar a nadie. Y baja la voz, vas a despertar a Eva.

—¡Mi hermana tiene el sueño más pesado que tú, que ya es decir!

Comprendiendo que él estaba muy enfadado por algún motivo que se le escapaba, decidió ignorarlo, y se quitó la cazadora mientras entraba en su habitación. Como Oliver había sospechado, debajo solo tenía una camiseta roja con un profundo escote tanto delante como detrás.

—¡Y con el frío que hace podrías abrigarte un poco más cuando sales de noche, digo yo! —añadió seco.

Leticia se volvió y vio que él la había seguido y estaba apoyado en el marco de la puerta, con el ceño fruncido y las manos caídas a ambos lados de las caderas.

—¿Perdona? ¿No solo estás sermoneándome por la hora a la que he vuelto, sino que además me quieres decir cómo tengo que vestirme? ¿Qué te pasa hoy? ¿Has tenido una mala noche y la quieres pagar conmigo? Sea lo que sea lo que te ha ocurrido, hoy no tengo yo la culpa. No te he vomitado encima, ni te he estropeado ningún rollo.

—Has vuelto más tarde de tu hora habitual, tienes imán para los problemas... y vas vestida así...

—¿Cómo?

—¡Medio desnuda, joder! Parece que vayas pidiendo que te echen un polvo.

Leticia respiró hondo y trató de tomárselo con calma.

—¡Por Dios, Oliver, pareces mi padre! Al capitán Martín lo dejé en Madrid, ¿sabes?

—No soy tu padre, pero soy un tío y sé cómo piensan los tíos cuando ven a una mujer vestida así.

—Sí, ya... que voy pidiendo que me echen un polvo; acabas de decirlo. Pero no es así, estamos en el siglo veintiuno. Nadie va a pensar eso por enseñar un poco de pierna.

—¿Un poco de pierna? ¿Tienes idea de cómo puedes volver loco a un hombre con esa ropa? —dijo dando un paso hacia ella.

—No creo...

Él alargó las manos y antes de que Leticia pudiera terminar su frase le agarró la cara entre ellas y empezó a besarla. Agradablemente sorprendida, le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

Las manos de Oliver bajaron de su cara y se deslizaron por los hombros y la espalda desnuda, dejando un reguero de sensaciones. Leticia empezó a besarle con más intensidad y él, exhalando un gemido, apartó una mano de ella y cerró la puerta a su espalda. Hundió los dedos en el pelo alborotado de la chica y dejó al descubierto la oreja. Deslizó los labios y la lengua por el lóbulo mientras Leticia metía las manos por dentro del pijama para acariciarle la espalda. Oliver susurró junto a su oreja con voz entrecortada:

—Me vuelves loco... completamente loco... No sé qué me pasa contigo...

—Calla y bésame —dijo ella buscando su boca de nuevo.

Después de un beso largo e intenso, Oliver se separó y deslizó la camiseta por encima de la cabeza de Leticia, dejando a la vista el sujetador de encaje. Con mano torpe buscó el cierre y pronto la pequeña prenda se deslizó de los hombros. La mirada de Oliver se clavó en ella y sus manos cubrieron los senos.

—¡Dios, tienes los pechos más increíbles que he visto nunca! Ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, como a mí me gustan.

Leticia tiró también del pijama de él y en cuestión de segundos los dos estaban desnudos.

—¡Tú también estás cañón, Oliver! Nunca me he acostado con un tío que estuviera tan bueno.

No dijo que solo había estado con uno, un adolescente regordete y torpe, que no la excitaba lo más mínimo, y con el que no había sentido más que dolor.

Separándose un poco, Leticia se acercó a la cama y de un tirón apartó el edredón y se sentó en el borde arrastrando a Oliver con ella.

Cayeron en la cama en un montón enredado de brazos y piernas, piel con piel, y volvió a buscar la boca de él. Le encantaba que la besara, si pudiera no apartaría la boca de la suya ni un momento. Pero después de un beso largo y apasionado, Oliver empezó a deslizar los labios hacia abajo, recorriendo el cuello, el hombro, los pechos y el vientre. Leticia dejó que el reguero de fuego que él iba dejando con sus besos, y el cúmulo de sensaciones que le producía, se apoderara de ella. Apretó los labios para no gemir, y agarró con fuerza las sábanas cuando la cabeza de Oliver dejó de ser accesible a sus manos. Cuando llegó a la punta de los pies todo su cuerpo ardía.

—Por favor... —suplicó—. No puedo más...

Él sonrió y se incorporó, el pelo revuelto cayéndole sobre la frente.

—Tengo que ir a buscar un condón.

Leticia abrió un cajón de la mesilla de noche y sacó una caja.

—¿Te valen estos?

Él asintió con la cabeza y colocándose uno volvió a tenderse sobre ella. Tampoco él podía aguantar mucho más. Nunca en su vida había deseado tanto a una mujer, hundirse en ella, fundirse con su cuerpo. Cuando se deslizó en su interior Leticia alzó las caderas para recibirle lo más adentro posible y Oliver sintió que ese movimiento lo volvía loco. Empezó a moverse haciendo un esfuerzo sobrehumano para ir despacio, para darle tiempo a ella, pero un nuevo movimiento de caderas de Leticia y las manos de ella sobre sus nalgas, empujándole dentro, le estaban haciendo perder el control por momentos. Leticia empezó a jadear y él la besó para ahogar sus suspiros, temeroso de despertar a Eva, a pesar de su sueño pesado. También Leticia estaba perdiendo el control. Cuando sintió que llegaba al final clavó los talones en la cama y alzó las caderas hacia arriba apretándose contra Oliver mientras clavaba las manos en sus hombros, y se mordió los labios en un desesperado intento por no gritar.

Ya Oliver tampoco podía seguir conteniéndose y se dejó ir a su vez, suspirando ruidosamente y sin tener en cuenta que su hermana pudiera oírles o no. Después, temblando como un crío que acaba de hacer el amor por primera vez, se dejó caer sobre Leticia, hundiendo la cara en su cuello y aspirando el cálido perfume mezclado con el olor de su cuerpo.

Ella alargó las manos y lo abrazó, pero Oliver se separó de inmediato y se tendió en la cama a su lado. Respiraba entrecortadamente, y Leticia se tendió de costado para mirarle. Aún no terminaba de creerse lo que acababa de pasar. Sonrió. Jamás, ni en el mejor de sus sueños, había sido así. Cada centímetro de su cuerpo vibraba todavía y sentía que si él volvía a tocarla, su pasión se encendería de nuevo.

Después de un breve rato en el que ninguno pronunció una palabra, Oliver se incorporó y se sentó en la cama. Leticia había esperado que después de que se calmara su respiración, se volviera hacia ella y la abrazara, pero él buscó su ropa, esparcida por el suelo y empezó a vestirse.

—¿Dónde vas?

—A mi habitación. Me gusta dormir en mi propia cama.

Leticia sonrió.

—Comprendo. Las mujeres nos ponemos muy sentimentales por las mañanas.
¿Es eso?

Se encogió de hombros molesto de que hubiera adivinado, y respondió.

—No lo sé, nunca lo he comprobado.

—¿Siempre huyes de la cama de una mujer después de hacer el amor?

—Yo no huyo; simplemente tengo esa manía.

Leticia alargó de forma distraída la mano y la deslizó por la espalda de Oliver antes de que la cubriera con el pijama. Él se encogió ante la caricia, sabiendo que si

ella continuaba tocándole no iba a marcharse. Pero Leticia captó el gesto y retiró la mano. Oliver se apresuró a terminar de vestirse y se levantó, dirigiéndose a la puerta con rapidez.

—¡Que descanses! —le deseó ella.

—Tú también —respondió sin mirarla, y abandonó la habitación como alma que lleva el diablo.

Cuando desapareció, Leticia se giró hacia el lado que había ocupado Oliver y susurró:

—Algún día te quedarás...

Y se durmió abrazada a la almohada.

Oliver entró en su habitación y cerró la puerta, y si hubiera tenido cerrojo lo habría echado en un vano intento de alejarse de aquella cama y de aquella mujer que parecían llamarle a gritos a través de la pared compartida.

Con el corazón aún golpeándole con violencia, se acostó y se tapó hasta la barbilla, a pesar del calor que sentía en su interior. En su cuerpo no quedaba ni rastro del frío que había sentido una hora antes, aunque no había logrado liberarse del enfado. Ahora podía decirse que estaba más enfadado aún, aunque en esta ocasión consigo mismo. Acababa de hacer una estupidez y lo sabía, pero no había podido evitarlo. La condenada estaba tan sexy, tan atractiva, que en lo único en que había podido pensar cuando la vio fue en besarla. Y después la reacción de ella echándole los brazos al cuello, le había hecho perder el control por completo.

Trató de apartar a Leticia de su pensamiento y echarse a dormir, pero no pudo. A pesar de sentirse agotado, el sueño se negaba a acudir, y siguió dándole vueltas y analizando todo lo que le había llevado hasta la cama de Leticia un rato antes.

Tenía que admitir que desde que la chica le había confesado que él había sido el amor de su adolescencia, había empezado a sentir una cierta atracción por ella, pero la había controlado fácilmente. Sabía que Leticia no era para él. Era la amiga de su hermana y casi otra hija para su madre, como le había dicho el día que se enrollaron en el *pub*. Él no podía acostarse con ella y dejarla después. Si empezaba algo, tenía que ir en serio, y él no quería una relación seria. Ni siquiera una relación.

En su vida no había sitio para una mujer y menos una de la que tuviera que estar pendiente las veinticuatro horas del día. No, él había nacido soltero y soltero se moriría, era demasiado egoísta para otra cosa. Su santa persona era lo único que le importaba y no estaba dispuesto a cederle a nadie ni un ápice de su tiempo, su libertad, su casa, o el tiempo que dedicaba a jugar a la «Play».

Ni siquiera quería la obligación de ofrecer sexo. Y para eso lo mejor era estar solo y buscar uniones sexuales cuando y con quien le apeteciera. Leticia no encajaba en ese perfil, a ella no podía usarla de esa manera. Si su madre o Eva se enteraban de que se había acostado con Leticia sin la menor intención de mantener una relación, le despellejarían vivo. ¿Por qué había tenido que perder la cabeza de esa forma? No era un crío que se deja llevar por las hormonas, de hecho en el terreno sexual se

controlaba mucho, y era muy cuidadoso. Ya otras veces había dado marcha atrás con una mujer cuando su sentido común le decía que debía alejarse. ¿Por qué con esta no había podido, si era con mucho la menos conveniente para dejarse llevar? Confiaba en que Leticia no esperase nada de él, tendría que hablar con ella y dejárselo claro, y por supuesto nunca tenía que volver a repetirse. Aquello había sido culpa del alcohol y no otra cosa. Dejaría de beber si era necesario mientras estuviera viviendo allí, de esa forma podría mantener el control. Sí, eso haría.

Una vez tomada esta firme decisión, se sintió mejor y pudo relajarse lo suficiente como para que el sueño se fuera apoderando de él. Cuando ya casi el sol asomaba por la ventana, logró dormirse.

Unos golpes fuertes en la puerta de la habitación lo arrancaron de una pesadilla en la cual había caído en una red y se debatía impotente en ella, mientras una sombra negra con forma indefinida aguardaba para atraparlo.

Con el corazón golpeándole fuerte en el pecho, se sentó en la cama de un salto y escuchó la voz de Eva a través de la puerta.

—¡Oli! ¿Estás bien?

—Sí... sí... ¿Qué pasa?

—Es más de la una y media. ¿Vienes a comer a casa de mamá o no?

—Sí... ya voy.

—Si lo prefieres puedo decirle que estás cansado y dejarte dormir un poco más. Puedes ir a merendar.

Por un momento tuvo la tentación de aceptar, pero luego admitió que lo que temía era encontrarse cara a cara con Leticia, y se dijo que no era un cobarde.

—No, enseguida me levanto. Dame un minuto para despertarme.

Se levantó de la cama y buscó a tientas las zapatillas. Le hubiera venido bien una ducha, pero no había tiempo para eso y cogiendo del armario un abrigado pantalón de pana y un jersey grueso, se cambió rápidamente de ropa y salió alisándose el pelo con las manos.

La puerta del salón estaba abierta y Eva se encontraba en él, ya vestida para salir. Incluso tenía el abrigo en el brazo.

—¿Quieres un café rápido?

—No... da igual. Ya le diré a mamá que me prepare uno después de comer. ¿Y Leticia? —preguntó al no verla, con la esperanza de que ella sí hubiera declinado la invitación a almorzar.

—Está en el baño, terminando de arreglarse. Hoy te ha ganado, aunque he tenido que llamarla también bastantes veces.

—Eso no es nuevo en ella.

—Pero en ti, sí.

—Me acosté muy tarde anoche, o mejor dicho esta mañana.

—¿Volvisteis juntos?

Oliver miró a su hermana tratando de averiguar si ella sabía lo que había ocurrido, pero su expresión exenta de burla le hizo pensar que no, que su pregunta había sido casual.

—No, anoche no coincidimos. Yo regresé antes, pero me costó dormirme.

—¿Algún problema?

Él se encogió de hombros.

—Problemas nunca faltan.

—Nada grave, espero.

—Nada que no pueda solucionar.

En aquel momento Leticia apareció en la puerta del salón vestida con una larga falda de lana, botas y jersey. Oliver respiró aliviado al comprobar que no se veía de su cuerpo más que la cara y las manos. Por un momento sus ojos se encontraron, pero ella no dijo nada más que:

—Ya estoy lista. Podemos irnos cuando queráis. Lamento el retraso, pero me ha costado mucho despertarme.

—No te preocupes, a Oliver también. Hoy no puede protestar ni llamarte marmota.

Leticia cogió el bolso y el grueso abrigo y salió del piso precedida por los otros. Cuando llegaron al coche, Oliver abrió la puerta trasera y levantó el asiento que en ocasiones dejaba echado y se sentaban los tres en la parte delantera. Pero esta vez no quería a Leticia apretujada contra su pierna.

Comprendiendo su gesto, ella se apresuró a sentarse detrás, dejando a Eva el asiento junto a Oliver. Esta la miró con una ceja levantada y sin decir palabra ocupó el sitio libre.

El trayecto hasta la casa de Esperanza se hizo en silencio. Leticia, sentada justo detrás de Oliver clavó la vista en la nuca de este, en el pelo rubio que ella había acariciado y alborotado la noche anterior. Deseó alargar la mano y acariciarlo de nuevo, pero sabía que Oliver había sido suyo durante la noche, sin embargo en aquel momento ya no lo era.

Levantó los ojos y se encontró con la mirada verde de él clavada en ella desde el retrovisor. La sostuvo por un momento, pero la apartó, evidentemente incómodo.

Leticia desvió también la vista y la clavó en la calle que se deslizaba a su lado, a través de la ventanilla del coche, y dejó vagar la mente hacia donde no podía evitar que se le fuera desde que se había levantado.

No podía apartar de su cabeza los besos, las caricias que habían compartido, y lo más extraordinario era que no había sido ella la que se arrojara en sus brazos, sino que fue Oliver quien había tomado la iniciativa.

Siempre había pensado que tendría que ser ella la que diera el primer paso y él el que no fuera capaz de resistirse. No estaba preparada para aquello, así como tampoco para que él se marchase de la cama nada más terminar. En sus sueños él siempre la

abrazaba, la acurrucaba en sus brazos y por supuesto le decía lo que toda mujer, o al menos ella, espera oír después de su primera noche de pasión.

No había habido nada de eso, aunque tenía que reconocer que el placer había superado con creces todo lo que sus sueños de adolescente habían imaginado. Había merecido la pena esperar siete largos años para acostarse con él. Y no sería la última vez, aunque tuviera que meterse en su cama a medianoche. Pero algo le decía que eso no sería necesario, que solo tenía que esperar un poco, darle a Oliver un poco de tiempo y él volvería a ella. Solo estaba asustado, pero acabaría por aceptarlo.

Un suave golpe en el cristal la sacó de sus pensamientos. Eva se había bajado y le hacía señas desde la acera.

Asombrada, comprendió que estaban ante la casa de Esperanza, Oliver había aparcado el coche, y ambos hermanos aguardaban a que ella bajara del mismo.

—¡Leti! ¿Aún estás dormida? ¿Piensas quedarte ahí todo el día?

Sin querer mirar a Oliver, abrió la puerta y bajó.

—Perdonad, me he quedado adormilada de nuevo.

—¿Llegaste muy tarde?

—Bastante —dijo entrando en el portal.

Esperanza les recibió con un beso y la mesa ya puesta.

—Ya pensaba que me iba a tener que comer yo sola todo esto...

—Díselo a tu hijo, que no había hoy forma de levantarlo. Hasta Leti se ha despertado antes.

—Es que con este frío cuesta salir de la cama por las mañanas.

—¿Por las mañanas? Querrás decir a mediodía, por lo menos hoy.

—¿Qué tenemos para comer? —preguntó él abrazando a su madre.

—Puchero.

—¡Dios, cómo te quiero! Es mi comida favorita para el invierno.

—A todos nos vendrá muy bien.

—Si queréis podéis llevaros un poco de caldo para las noches.

—Gracias, mamá. Nosotros no tenemos tiempo para preparar esas cosas.

—Pues vamos a sentarnos o se enfriará.

Tomaron asiento en sus sitios ya habituales, Leticia al lado de Eva con Oliver enfrente y Esperanza a su izquierda. Leticia aún recordaba cuando el padre de su amiga vivía y la comida resultaba una fiesta con sus bromas y chistes, pero él había sufrido un infarto cuando ella estaba aún en Zaragoza y había muerto mientras dormía. Desde entonces las comidas eran más serias y también la casa había perdido parte de su alegría. Esperanza había superado su pena volcándose en sus hijos y ahora que estos se habían marchado de casa, llenaba sus horas con reuniones de amigas y cuidando niños, más por distraerse que porque necesitara el dinero.

Leticia sacudió la cabeza apartando sus pensamientos del padre de Eva, al que también ella había querido entrañablemente, y no pudo evitar que estos volaran de nuevo a la noche anterior.

Aunque tenía a Oliver frente a ella no se atrevía a mirarle directamente, temerosa de que él adivinara el giro que habían tomado sus pensamientos. Si sus ojos se encontraban seguro que él leería en ellos muchas cosas que deseaba ocultarle de momento. Para evitar mirarle, trató de concentrarse en comer, sin lograrlo del todo, hasta que la voz de su amiga la sobresaltó.

—¡Leti! Va a ser que no.

—¿Qué? —preguntó levantando la vista hacia ella. Eva sonreía sacudiendo la cabeza.

—¡Que no te puedes comer la sopa con el tenedor! Ya es la tercera vez que te llevas el tenedor vacío a la boca. ¿No te estás dando cuenta?

—No... estaba distraída.

—Ya lo veo.

Cogió la cuchara y la introdujo en el humeante líquido, llevándosela a continuación a la boca.

—¡Hummm, está buenísimo, Esperanza!

—Me alegra que te guste. Mira, Oliver ya se ha terminado todo el plato.

Clavó la mirada en el plato vacío frente a ella y en las manos del chico que sostenían la cuchara, en espera de que su madre le sirviera la típica «pringá».

Sabiendo que todos esperaban a que ella terminase, se apresuró a comer. Pero al tragar deprisa se atragantó y empezó a toser, y tuvo que colocar la mano sobre la boca para no espurrear de sopa todo lo que tenía delante.

—¡Que te ahogas! —exclamó Eva golpeándole suavemente la espalda.

—Quería terminar pronto para que no tengáis que esperarme.

—No hay prisa, es domingo.

Asintió con la cabeza y continuó comiendo más despacio, tratando de concentrarse y de bajar de las nubes. La comida supuso una auténtica prueba para ella, nerviosa e incapaz de controlar su mente y por lo tanto, sus manos. Volcó el agua, volvió a atragantarse una vez más con la «pringá», y lo que más nerviosa la ponía era que Oliver no había dicho ni una sola palabra sobre sus torpezas. También evitaba mirarla.

Cuando el almuerzo terminó y Esperanza hubo servido el café y los dulces caseros que siempre lo acompañaban, Oliver se despidió y se marchó dejando a las chicas allí un rato más.

Al llegar a su casa, Eva conectó inmediatamente el ordenador, que había trasladado a su cuarto al mudarse Oliver, y Leticia se sentó en el salón a estudiar un rato. Cuando al fin logró concentrarse, el sonido del móvil la sobresaltó. Se trataba de un mensaje y su sorpresa fue enorme al comprobar que era de Oliver. «No iré a cenar, pero regresaré pronto. Por favor, espérame despierta, tenemos que hablar».

Volvió a la pantalla principal suspirando. Sí que tenían que hablar, no podían seguir como aquel mediodía, ignorándose el uno al otro.

Cuando Eva salió de su cuarto un rato después, le dijo:

—Oliver no viene a cenar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me ha mandado un mensaje para avisarme.

—¡Ajá!

La sonrisa socarrona de Eva no le pasó desapercibida a su amiga, que se limitó a desviar la vista.

—Te comiste al ratón, ¿eh?

—¡Hasta los bigotes! ¿Nos escuchaste?

—No, pero los dos lo habéis llevado escrito en la cara durante todo el día. Mi hermano no te ha mirado ni una sola vez, tú te has sentado detrás en el coche cuando siempre te tiras literalmente al asiento que está a su lado, te has llevado toda la comida en Babia y él no ha dicho ni mu. Además te ha mandado el mensaje a ti, indudablemente algo ha cambiado. Si lo que queríais era disimular para que no me diera cuenta, habéis conseguido justo lo contrario.

—No queremos disimular, es que estamos... raros. Y si me ha mandado un mensaje es para decirme que le espere levantada, que quiere hablar conmigo.

Eva sonrió.

—Bien, prometo comer rápido y meterme en la cama temprano. Os dejaré el campo libre.

—No creo que quiera repetir.

—¿Para qué iba a pedirte que le esperases si no?

—No sé, creo que aún no está preparado del todo. Salió huyendo apenas cinco minutos después de terminar.

—¿Y tú como te tomaste eso?

—Bien... Ya cambiaré. Tengo mucha paciencia, sé esperar.

—¡Vaya que sí! Bueno, lo dicho. Yo cenaré y me quitaré de en medio sea lo que sea lo que quiere.

—Gracias.

A las once y media, Leticia se encontraba sola en el salón viendo una película, pero sin poder concentrarse en ella.

Estaba echada en el sofá, cansada y nerviosa a la vez, y se arrebujaba en una manta para aliviar el frío que la estufa no lograba eliminar del todo.

Escuchó a Oliver llegar y entrar en su habitación, probablemente a quitarse la ropa de abrigo, y se obligó a permanecer quieta y esperar con paciencia a que él decidiera ir a su encuentro. Poco después escuchó los leves pasos por el corredor y al fin entró en el salón, cerrando con cuidado la puerta tras él.

—¿Y Eva? —preguntó.

—Hace rato que se fue a dormir, o al menos se metió en su habitación y no ha salido desde entonces. Quizás esté chateando con Jaime.

—No se ve luz por debajo de la puerta.

—Entonces probablemente esté dormida.

Oliver cogió una de las sillas que había junto a la mesa y la acercó hasta el sofá, sentándose a horcajadas y con los brazos apoyados en el respaldo.

—Gracias por esperarme despierta.

—Es temprano; aún estaba viendo una película.

—Supongo que sabes de qué quiero hablar...

Ella sonrió.

—Lo imagino.

Oliver decidió agarrar el toro por los cuernos y preguntó a bocajarro:

—¿Qué piensas de lo que pasó anoche?

—¿Qué quieres que piense? Nos acostamos. No hay mucho en lo que pensar.

—No sé qué me pasó —dijo sin mirarla a los ojos—, me había tomado dos o tres copas y...

Leticia levantó las manos.

—Para, Oliver. No busques excusas ni disculpas. Sé valiente y reconoce que desde que nos besamos en el *pub* los dos lo estábamos deseando. Yo por lo menos, sí —confesó—. Si no hubiera sucedido por las copas que te tomaste anoche, hubiera sido por cualquier otra cosa, pero habría acabado pasando de todas formas.

—No debería haber pasado —dijo en voz baja y con tono arrepentido.

—¿Por qué no? Si no hubiera pasado, el deseo hubiera seguido estando ahí. Es mejor así.

—¿Estás tratando de decirme que no ha tenido importancia para ti?

—La importancia que tiene un buen polvo, y nada más.

—Te he visto tan absorta toda la mañana que pensé...

—¿Qué pensaste?

—No sé... que quizás creías que las cosas iban a cambiar entre nosotros.

Leticia lanzó una breve carcajada.

—Han cambiado, Oliver; ahora sé cómo estás desnudo, que eres bueno en la cama y también que no te gusta dormir acompañado. Todo eso no lo sabía ayer. Pero si lo que temes es que yo esté esperando que me ofrezcas una relación, no es así.

El ligero suspiro de alivio que él trató de disimular, no le pasó inadvertido.

—Si tú quieres seguir pensando que el culpable fue el alcohol, allá tú —siguió hablando—. Yo lo hice porque quería hacerlo, y no me arrepiento. Y tampoco espero nada más. Si me has visto esta mañana un poco en la inopia es porque... ¡Qué coño, tengo que reconocerlo! Hacía tiempo que no echaba un polvo tan bueno. Pero eso no significa que vaya a pedirte una relación. Ni siquiera te pediré repetir, en vista de que pareces totalmente arrepentido. Aunque si tú quieres, yo estoy dispuesta. Fue genial, y a nadie le amarga un dulce.

—También para mí lo fue... pero no se va a repetir. Es mejor, Leticia... ni siquiera debió haber ocurrido.

—¿Te arrepientes?

Oliver sacudió la cabeza.

—No, no me arrepiento —dijo tragando una gran bocanada de aire y quedándose callado a continuación. Leticia saltó del sofá y pasando junto a él, le dio un ligero golpecito en el hombro.

—Bien, entonces, si no tienes nada más que decirme me voy a la cama, Oliver. Estoy muerta de sueño e imagino que a ti debe pasarte igual. Y alegre esa cara, no es tan grave. Solo es una experiencia más.

Desapareció por la puerta del salón y lo dejó allí sentado, mirando su espalda mientras entraba en su habitación y tratando de decidir si se sentía aliviado o irritado. Había estado durante toda la tarde intentando encontrar las palabras con que decirle sin herirla que aquella noche no era el comienzo de nada, y lo que menos esperaba era que ella se le anticipara y le dijera más o menos lo mismo.

Había sido más valiente que él, tenía que reconocerlo. Leticia había admitido sin ningún problema que había deseado acostarse con él desde hacía semanas, cosa que él no había querido hacer. Pero Leticia tenía razón, el alcohol no había tenido nada que ver, solo había hecho que el control que estaba ejerciendo sobre sus emociones y sus deseos se viniera abajo. Pero el deseo estaba ahí, como ella había dicho, y para él incluso antes de que se enrollaran en el *pub*. Él se sentía así desde que ella le confesó que había sido el amor de su adolescencia y había descubierto que ella había robado y conservado su antigua camiseta. Se había sentido halagado y casi había esperado que Leticia aún sintiera que él era una asignatura pendiente en su vida. Que aquella noche habían aprobado, y con matrícula de honor.

Bien, al parecer eso era todo, podía respirar tranquilo y guardar aquella noche en el cajón de sus experiencias, como había dicho Leticia. Una de las mejores noches, si no la mejor, de toda su vida. ¿Quién iba a sospechar que aquella chica tan patosa y con ese aspecto tan inocente, iba a resultar un bombazo en la cama? En su unión de la noche anterior había habido una mezcla de inocencia, entrega y pasión que lo había vuelto loco. Tanto que tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para abandonar la cama y marcharse a su habitación, en vez de quedarse para volver a hacerle el amor en cuanto se recuperase un poco.

Suspiró y se levantó dispuesto a acostarse. Estaba rendido tanto física como emocionalmente. El día había sido una auténtica prueba.

Capítulo 12

Las cosas no resultaron tan difíciles como Oliver había pensado después de su noche con Leticia. Realmente la chica parecía haber olvidado lo ocurrido, como si se tratara de un capítulo zanjado en sus vidas. Ni siquiera Eva hizo comentario alguno, ni directo ni indirecto, lo que le hizo suponer que Leticia no se lo había contado. Y si no se lo había contado a Eva, era porque no lo consideraba importante.

A medida que pasaban los días fue sintiéndose a salvo y se obligó a sí mismo a olvidar lo ocurrido, a volver a verla como a una compañera de piso, a tratar de no recordar cuando la miraba el tacto suave de su piel ni el fuego de su boca. A veces lo conseguía, y entonces se decía que todo iba bien.

Se obligó también a acostarse en cuanto llegaba, aunque Leticia no hubiera regresado aún, y a no beber alcohol en absoluto, por si acaso.

Aquel viernes había vuelto temprano, apenas a las dos y media, y se encontró con que tanto Eva como Leticia habían regresado ya. Sintió una punzada de alivio al saberlas en casa y se acostó durmiéndose al instante.

Durmió profundamente sin la intranquilidad que le producía que alguna de ellas no estuviera en casa y con el relax de saber que no tendría que madrugar al día siguiente. Desconectó el despertador y cayó en un profundo sueño.

El ruido de una bomba lo despertó bruscamente poco después; o al menos eso le pareció, aunque el sol estaba ya alto en el cielo. Un golpe seco, estruendoso, que lo hizo saltar de la cama en calzoncillos y golpearse contra la puerta cerrada antes de acertar a abrirla y salir de la habitación. Un leve gemido proveniente del salón lo hizo correr hacia allí, y lo que vio lo dejó estupefacto. Leticia miraba asombrada el televisor tirado en el suelo, mientras se agarraba lastimosamente el muslo derecho, como si un enorme dolor la aquejara.

Oliver sacudió la cabeza con la certeza de que aún estaba soñando.

—¿Qué... qué ha pasado? —acertó a preguntar.

—Se ha caído.

En aquel momento comprendió que era verdad, que no se trataba de un sueño. Reaccionó de inmediato, a pesar del frío que empezó a sentir de pronto, y se acercó a ella, preguntándole ansioso:

—¿Te has hecho daño? ¿Se te ha caído encima?

—En la pierna. Intenté pararlo con un movimiento reflejo.

—Déjame ver.

Leticia levantó hasta la ingle el ancho pantalón de chándal y Oliver pudo ver el tremendo golpe que estaba adquiriendo un tono púrpura.

—¡Dios! ¿Puedes andar?

Ella movió la pierna.

—Sí, solo es un golpe.

—Y el brazo lleno de pequeños cortes. ¿Tienes algún cristal clavado?

—Creo que no.

—Pero criatura... ¿Cómo se te ha caído? ¿Qué has hecho?

—Intenté limpiarlo por detrás. Hoy me toca a mí limpiar el salón. He visto que tenía mucho polvo y lo he girado un poco. Y de pronto empezó a resbalar, no sé cómo y... Yo lo pagaré, por supuesto.

—Eso es lo de menos. Espera que me vista y te llevo al hospital. Esa pierna no tiene buena pinta.

—No está rota.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he roto huesos antes.

Oliver sacudió la cabeza.

—Sí, claro, ya me lo dijiste.

Iba a agacharse para recoger el televisor, pero Leticia lo detuvo.

—Eso puede esperar. Ve a vestirte o pillarás una pulmonía.

Dándose cuenta entonces de que estaba en calzoncillos, regresó a su habitación para vestirse. Se puso unos vaqueros y un jersey, todavía pensando en que debería llevar a Leticia al hospital. Después, volvió al salón y cargó el televisor cuyo armazón de plástico se había rajado y el cristal de la pantalla se había hecho añicos.

—Quizá tenga arreglo —dijo, aunque lo dudaba.

—De todas formas no costó mucho. Probablemente saldrá más barato comprar uno nuevo.

—No te preocupes por eso ahora. Anda, apártate y deja que recoja todo esto. No quiero correr el riesgo de que alguien más se corte. Y ahora te curaré, a ti y a mis nervios. Por un momento pensé que había estallado una bombona de gas o una bomba, o yo que sé...

Fue a la cocina por el recogedor y la escoba.

—Déjame ayudarte.

—¡No! Ya has hecho bastante hoy.

Leticia se retiró cojeando hacia la ventana y miró hacia la calle mientras decía:

—Soy un desastre... No puedo hacer nada sin romper algo o lastimarme. Eva es muy buena al querer vivir conmigo.

Oliver no respondió, limitándose a recoger el destrozo. Después se acercó a Leticia.

—Ven que te cure.

—Estoy bien.

—Déjame asegurarme de que no tienes ningún cristal clavado en los brazos.

—Solo son rasguños.

—Aun así.

Oliver fue a su habitación, de donde regresó con una lupa de gran potencia con la

que miró los pequeños cortes que Leticia tenía en los brazos, y luego los palpó uno a uno para asegurarse de que no le pinchaban. Después la llevó hasta el cuarto de baño y los desinfectó con cuidado. También volvió a pedirle que se levantara el pantalón para ponerle una crema antiinflamatoria.

Leticia sintió los dedos de Oliver deslizarse por su muslo con cuidado, y todo el dolor que sentía se borró de golpe. No pudo evitar recordar la noche que habían hecho el amor y él la había acariciado y tampoco pudo evitar preguntarse si se volvería a repetir. Desde aquella noche Oliver parecía haberse olvidado de lo ocurrido, aunque ella lo tenía muy presente en todo momento.

El timbre de la puerta les dijo que Eva había llegado de la compra y Oliver se apresuró a abrir. Desde el baño Leticia le escuchó contar lo ocurrido y segundos después su amiga entró para asegurarse de que no se había lastimado seriamente.

—Estoy bien... —dijo nada más verla entrar.

—Ay, Dios... ¿Qué voy a hacer contigo? Cualquier día me matarás de un susto.

«¡O me mataré yo!», pensó contrita. Eva adivinó sus pensamientos y la abrazó.

—Bueno, no ha pasado nada, y eso es lo que importa.

—Eva... si algún día quieres que me vaya a vivir a otro sitio, lo entenderé.

—¡Ni se te ocurra hacerlo! Tú y yo seguiremos viviendo juntas hasta que un tío se interponga entre nosotras.

—Me temo que eso ya ha pasado.

Eva miró disimuladamente por encima de su hombro en dirección a la habitación de su hermano.

—¿Te refieres...?

—A Jaime, por supuesto.

—Por él no te preocupes, tardará en separarnos. Nosotros vamos despacio.

—Pues entonces, cariño, me temo que tienes Leticia para rato.

Ambas amigas se echaron a reír.

Capítulo 13

Cuando aquella tarde Oliver llegó a casa después del trabajo, encontró a las chicas bastante excitadas. Desde el corredor pudo verlas sacar ropa del armario de Leticia y arrojarla sobre la cama en diversos montones. Se detuvo en el umbral y preguntó:

—¿Os mudáis o vais a mandar un cargamento de ropa para Cáritas?

—Ni una cosa ni la otra, estamos invitadas a una fiesta en casa de una compañera de Leticia.

—Tú también —añadió esta colocando un vestido negro y corto sobre su cuerpo para comprobar el efecto. Por encima del chándal que llevaba puesto el resultado era desastroso, pero no dijo nada.

—¿Yo estoy invitado?

—Sí.

—Pero si no me conoce.

—Es María, la chica que me acompañaba en la discoteca el día que rodé por las escaleras. No conoce a mucha gente en Granada y ha hecho extensiva la invitación a quien yo quiera llevar, y me ha pedido con mucha insistencia que te lleve a ti. ¿No te negarás verdad?

—No tengo ningún plan para hoy, si no nos volvemos muy tarde puedo ir con vosotras.

—Estupendo.

Un par de horas más tarde los tres bajaban del coche de Oliver. Leticia se dirigió muy resuelta hacia un bloque de pisos. Oliver no pudo evitar mirarle el trasero enfundado en el ajustado vestido negro, las medias de encaje y las botas al tobillo de tacones de aguja sobre las que se movía insegura y rezó para no acabar en urgencias también aquella noche.

—Es aquí, en el quinto D.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí un par de veces.

Pulsó repetidamente en el portero electrónico y pocos segundos después respondió una voz de mujer.

—¿Quién es?

—Abre, somos nosotros —contestó Leticia.

El portero emitió un ruido seco y la puerta se abrió ante el empuje de la chica. Entraron en un portal recubierto de madera oscura, largo y estrecho y se encaminaron al ascensor. Después de subir varios pisos, Leticia salió del mismo y giró a la derecha

por un corredor flanqueado por varias puertas hasta una que estaba abierta al final del mismo. La empujó y los introdujo en un salón amplio ocupado en una buena parte por un gran sofá claro.

—Acomodaos —dijo una voz en alguna parte del piso—, en seguida salgo.

Leticia se dejó caer en el sofá invitando a Eva y a Oliver a hacer lo mismo. La casa estaba vacía, debían ser los primeros. Apenas llevaban unos minutos sentados, por el corredor que se abría a un lado apareció una mujer de alrededor de cuarenta años envolviéndose el pelo húmedo en una toalla. Al verles se quedó parada con las manos quietas, interrumpiendo su tarea.

—¿Quiénes con ustedes? —preguntó.

—Venimos al cumpleaños de María —dijo Leticia algo titubeante.

—¿Qué María? ¡Aquí no vive ninguna María!

—María... que trabaja en...

—¡¡Que le he dicho que aquí no vive ninguna María!! ¡¡Fuera de mi casa!!

Eva salió corriendo como alma que lleva el diablo. La señora estaba realmente enfadada y si Oliver no la hubiera agarrado del brazo y tirado de ella, Leticia se hubiera quedado paralizada sin entender.

—Pero...

—¡Vámonos!

Lo siguió a trompicones, corriendo los tres por el corredor hasta el ascensor y una vez en él, Eva empezó a reírse de forma compulsiva, hasta el punto de que se le doblaban las piernas.

—¿Dónde coño nos has traído, Leticia? —preguntó Oliver con el ceño fruncido.

—A casa de María... o eso pensaba.

—Está claro que no.

—¿Dónde vive tu amiga?

—Leti, ¿estás segura de que has estado en su casa antes?

—Claro, dos veces.

—Pues llámala y pídele la dirección «exacta». O me vuelvo a casa de inmediato. Yo no paso otra vez un bochorno como este.

—Oli, por Dios, si ha sido divertidísimo.

Leticia cogió el móvil y llamó a María.

—Leticia, ¿no irás a decirme que no vais a venir?

—Sí, sí... estamos... aquí en la calle, pero no recuerdo bien qué portal es el tuyo.

—El siete. Quinto D.

—Gracias —respondió Leticia mirando el número del bloque del que acababan de salir. El tres.

—Nos hemos equivocado de bloque.

—Tú, te has equivocado de bloque.

—De acuerdo, yo. Lo siento.

—Anda, vamos.

Recorrieron la calle y entraron en un portal amplio de mármol blanco. Oliver no pudo dejar de decir.

—Mármol blanco... madera oscura... fácil de confundir.

Leticia guardó silencio. Tampoco ella entendía cómo había podido despistarse tanto.

—Llama y asegúrate.

Pulsó el botón correspondiente al quinto D y una voz jovial preguntó:

—¿Sí?

—¿María? Soy Leticia.

—Sube.

El ascensor estaba cubierto de espejos.

—Precioso ascensor —replicó Oliver.

Tampoco se parecía ni remotamente al que acababan de usar. Ni la forma de la planta en la que se abrió la puerta, nada de corredor que hubiera que girar, solo dos puertas una a cada lado del mismo.

—Ya sé lo que vas a decir. Cállatelo —ordenó Eva antes de que su hermano abriera la boca de nuevo.

María les salió al encuentro.

—Bienvenidos, ya pensaba que no vendrías.

—Hemos tenido un pequeño «tropiezo» en el camino.

—¿Qué clase de tropiezo?

—Allanamiento de morada.

La chica abrió mucho los ojos, pero Eva salió al rescate.

—Oliver es muy bromista.

—Sí —dijo él—. Muuucho.

—Bueno, ya estáis aquí. Es el momento de divertirnos. ¿Una copa?

—Sí, por favor, la necesitamos.

La velada transcurrió agradablemente. Por un momento Leticia temió que su amiga intentase ligar con Oliver, pero no fue así. Le había extrañado que lo incluyera en la invitación, pero se mantuvo en su papel de anfitriona y hasta parecía que intentaba hacer de celestina. Pero Leticia no estaba de humor.

Eva se partía de risa cada vez que se acordaba, pero a ella no le hacía ninguna gracia. Quizá si Oliver no hubiera estado delante, pero no con él presente. Cada vez estaba más torpe, cada vez era más patética, y eso la deprimía.

Se tomó un par de copas mientras circulaban charlando con los invitados de María, y cuando se fue a servir la tercera, una mano se la quitó con firmeza. Levantó los ojos y se encontró con la mirada de Oliver clavada en ella.

—Hoy ya has cubierto el cupo, ¿no crees? Si también me vomitas encima no podré controlarme y voy a gruñir muuucho.

—No voy a vomitar por tres copas.

—Por si acaso. Y llevas tacones de aguja, tampoco quiero pasarme la noche en

urgencias Te traigo un refresco, ¿vale?

—¿Vas a repasarme la lista completa de mis torpezas? —dijo abatida.

Oliver se sintió un poco culpable.

—No, con eso basta. Vamos a divertirnos. Aunque si quieres que nos marchemos ya a casa... esto no es Sodoma y Gomorra precisamente y mañana hay que madrugar —dijo mirando a su alrededor a la docena de personas que conversaban en voz baja.

—Yo preferiría irme, sí.

—Bien, despedámonos entonces.

Se acercaron a María y se despidieron. Y así acababa una noche en la que ella había puesto muchas esperanzas. Era la primera vez que salía con Oliver y también la había estropeado. Al bajarse del coche en el portal de su casa, él la agarró del brazo y la retuvo mientras Eva se metía en el portal.

—Esta vez ha sido divertido —dijo él.

Leticia lo miró a los ojos y vio chispas en las pupilas verdes.

—Lo siento, gruño por todo, ya me conoces.

Ella asintió y ambos entraron en el portal.

Capítulo 14

Oliver terminó de ducharse rápidamente. Tenía prisa aquel viernes, había quedado con Félix para cenar y después decidirían qué iban a hacer por la noche. Aunque la verdad era que la noche estaba para meterse en la cama y acurrucarse, lástima que tuviera que ser solo.

Durante toda la tarde el viento y la lluvia se habían apoderado de la ciudad, y a medida que avanzaban las horas, en vez de mejorar, empeoraba.

Eva se había marchado a Valencia aquel mediodía después de comer y había llamado al llegar diciendo que el tiempo estaba igual de mal allí que en Granada.

Salió de la ducha y se secó vigorosamente antes de que Leticia le metiera prisa. Se había colado en el baño antes de que ella entrase porque no quería esperar el largo rato que la chica tardaba en ducharse, secarse el pelo y arreglarse cuando salía por la noche.

Se vistió con un pantalón y un jersey gruesos porque probablemente aquella noche se meterían en algún local de copas, en plan tranquilo. Había sido un día, más bien una semana, dura para ambos amigos porque tenían a tres hombres con gripe y los dos habían tenido que meterse a trabajar en la obra para cumplir los plazos, además de realizar su trabajo administrativo por las noches. Con seguridad a ninguno le apetecería pegar brincos hasta la madrugada. Al menos a él no. Ni siquiera estaba entusiasmado por salir aquella noche, pero hacía años que los dos amigos salían los viernes y los sábados sin que ningún motivo más que la enfermedad de alguno de ellos les hiciera quedarse en casa. Era una costumbre difícil de romper.

Cuando salió del baño se dirigió al salón para decirle a Leticia que podía entrar a arreglarse, y esperaba que no estuviera muy enfadada. Aunque Eva tenía razón, Leticia no solía enfadarse por nada; tomaba todos los contratiempos con paciencia y resignación. No como él, que tenía un genio terrible y saltaba a la más mínima contrariedad.

Cuando asomó la cabeza por el salón, ella estaba tirada en el sofá, vestida con un viejo y cómodo chándal y un libro de matemáticas entre las manos.

—El baño es todo tuyo. Disculpa si me he colado, pero tengo un poco de prisa.

—No te preocupes, no pasa nada. No voy a salir esta noche.

Oliver se quedó parado en medio de la habitación. Que él supiera, Leticia tampoco era de las que se quedaban en casa los viernes ni los sábados.

—¿Estás enferma? ¡No me digas que tú también vas a pillar la gripe! —preguntó preocupado.

—No, enferma no; solo vaga. He tenido una semana difícil y estoy cansada. Ni siquiera me apetece arreglarme y mucho menos salir a la calle. Hace una noche espantosa, para quedarte en casa y acurrucarte en el sofá, bajo una manta y viendo

películas.

—Tú sí que sabes, chica —dijo sintiendo una punzada de envidia.

—¿Antes de que te vayas puedo pedirte un favor?

—Sí, claro.

—¿Me ayudas a traer hasta el salón el ordenador de Eva? Me he descargado algunas películas y las tengo por ver, pero el sofá es más cómodo que el sillón del cuarto de tu hermana. Y no quiero arriesgarme a que se me caiga, ya tuve bastante con el televisor. No quiero tener que comprar también un ordenador nuevo.

—¿Quieres trasladar todo el ordenador de Eva aquí?

—Si no te importa...

—Coge mi portátil, es mucho más fácil.

—¿En serio? ¿Me lo dejas?

—Sí, te lo deajo.

—Tendré cuidado, y no tocaré nada más que el Dvd, te lo prometo.

—Lo sé. Y no te preocupes, tengo copia de seguridad de todo. Además, me fío de ti. Te he visto manejar el ordenador y eres tan condenadamente buena como con los números.

Se dirigió a su habitación y regresó momentos después con el portátil que colocó sobre la mesa delante del sofá.

—Aquí tienes.

Se dirigió a la puerta.

—¿Qué vas a cenar?

—No lo sé. Probablemente me prepare un sándwich. Ya te he dicho que estoy vaga hoy, no tengo ganas de moverme del sofá. Y quizás un chocolate caliente. ¿Quieres que haga un poco más y te deje para que te lo calientes cuando llegues?

—Sí, probablemente me apetezca luego.

—De acuerdo.

—Bueno, me voy.

—Adiós, que te diviertas. Dale recuerdos a Félix.

Oliver se subió el cuello del chaquetón impermeable y salió a la desapacible noche granadina. Cruzó rápido hasta el coche, que por fortuna estaba cerca, y entró en él. Conectó los limpiaparabrisas y arrancó incorporándose al escaso tráfico, sintiendo como si una cuerda tirase de él hacia atrás, hacia el cálido piso que acababa de dejar. Se detuvo en un semáforo situado justo al lado de una pizzería, y a pesar de tener las ventanillas del coche herméticamente cerradas, el olor de las *pizzas* recién hechas le invadió las fosas nasales.

La lluvia arreciaba, ahora era una cortina de agua que el limpiaparabrisas, conectado a su máxima potencia, no conseguía despejar. Y no se lo pensó más; aparcó el coche justo enfrente de la puerta de la pizzería y cogiendo el móvil llamó a Félix.

—Hola, macho —respondió este de inmediato—. No digas más, vas a llegar

tarde.

—Tarde no, la verdad es que no voy a llegar. La noche está espantosa y yo me encuentro muy cansado. Me voy a quedar en casa.

—¿En casa? ¿Estás enfermo tú también?

—No, no estoy enfermo —dijo riendo sin sorprenderse de la pregunta. Sabía que Félix se extrañaría mucho, nunca en años había dejado de salir un viernes por la noche por muy cansado que estuviera o muy mal tiempo que hiciera—. Solo cansado.

—Muy cansado debes estar...

—Sí, bastante. Espero no cortarte el rollo demasiado.

Félix lanzó una carcajada.

—No, en absoluto, yo solo iba a salir por ti, tampoco me apetece demasiado con esta noche. No te preocupes, tengo unas vecinas que me han invitado a tomar una copa en su casa varias veces y nunca se ha presentado la ocasión. Quizás esta noche acepte y me pase. Y tú, ¿qué planes tienes? ¿Velada familiar?

—Algo así.

—Pues que la disfrutes, tío.

—Tú también.

Cortó la llamada y de una carrera entró en la pizzería.

Leticia se desperezó en el sofá. Tenía hambre y llevaba ya un rato diciéndose a sí misma que debería levantarse y prepararse algo para cenar, pero seguía dejando que pasaran los minutos perezosamente. Cuando al fin se levantó para dirigirse a la cocina pensando solo en colocar cualquier cosa entre dos rebanadas de pan, el timbre de la puerta la sobresaltó. Se acercó hasta el portero electrónico preguntándose quién sería a aquellas horas y con aquella noche.

—¿Quién es?

—Oliver. Abre rápido, por favor.

Sorprendida ante el tono de urgencia del chico, abrió el portero y también la puerta del piso esperando que subiera. Minutos después le vio salir del ascensor cargado con una enorme caja de *pizza* cubierta por un plástico y goteando agua por todos lados, desde el pelo hasta la barbilla y las manos. Se apartó para dejarle pasar.

—¡Joder, cómo vienes!

—Félix y yo hemos decidido dejarlo por esta noche. Como dijiste que no tenías prevista cena, me he parado en una pizzería. ¿Te apetece?

—Hum... claro que me apetece.

—Cógela y llévala a la cocina mientras me cambio; estoy calado hasta los huesos.

Leticia cogió la caja de las manos mojadas y se dirigió a la cocina mientras Oliver entraba en su cuarto a buscar ropa seca.

Cuando entró en la pequeña habitación un rayo iluminó la ventana y Leticia, eufórica, murmuró.

—¡Gracias, San Pedro! Te debo una.

Todo su cansancio y su pereza se disiparon al instante y se apresuró a poner la mesa. Estuvo tentada de poner unas velas y copas, pero lo pensó mejor y decidió colocar las servilletas de papel de siempre y la vajilla de diario, como si su corazón no hubiera empezado a brincar ante la idea de una cena íntima, los dos solos. Aun así cogió dos velas y las colocó sobre la mesa. No en vano la luz había temblado un par de veces ya aquella noche.

Colocó la humeante *pizza* y esperó a que Oliver saliera.

Minutos después él apareció con un viejo y deformado pantalón de pana y un jersey de cuello vuelto. Se había secado un poco el pelo que aún permanecía húmedo, pero ya no goteaba. Se sentó a la mesa.

—Espero que no te moleste que haya vuelto. Quizás preferirías estar sola.

—Claro que no. Tengo que confesarte una cosa... —dijo cruzando los dedos ante la mentira, como cuando era una cría—. Me asustan las tormentas.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? No hubiera salido.

Ella se encogió de hombros.

—No quería estropear tus planes.

—En una noche así cualquier cosa que me hubiera hecho quedarme en casa sería bienvenida. Anda, vamos a comer. No has cenado aún, ¿verdad?

—No.

Se sentaron a la mesa.

—¿Y estas velas?

—La luz ha parpadeado un par de veces, no quiero arriesgarme a quedarme a oscuras en medio de la cena.

En cuanto Oliver abrió la caja de la *pizza*, Leticia descubrió el hambre que tenía.

Entre los dos dieron buena cuenta de la cena y después de recoger la mesa, Leticia propuso.

—¿Quieres el chocolate ahora o lo dejamos para más tarde?

—Para más tarde; ahora estoy lleno.

—¿Cuánto tengo que darte de la *pizza*?

—Nada.

—No, Oliver, aquí los gastos son a medias en todo, ya lo sabes.

—Esta noche invito yo.

—Pero no...

Él le puso un dedo sobre los labios para hacerla callar.

—¿Tu orgullo femenino no te permite aceptar la invitación a cenar de un hombre?

—No es eso.

—Bien, si quieres compensarme, el miércoles tengo que reunirme con el director del banco para firmar la hipoteca... Puedes plancharme una camisa a cambio de la cena.

Leticia abrió mucho los ojos.

—¿Me has invitado a cenar para que te planche una camisa?

—Por supuesto que no, pero ya que insistes en pagarme de alguna forma, acepto el planchado. Odio la plancha, y además no se me da bien; he quemado alguna que otra prenda, además de mis manos. Prefiero mil veces subirme a un andamio a veinte metros de altura antes que coger esa maldita cosa caliente.

Leticia sonrió.

—Puedo ocuparme de planchar toda tu ropa, si quieres. A mí se me da bien y no es una tarea que me desagrade.

—No sería justo, tú ya tienes bastante trabajo entre la oficina, las clases y tu parte de las tareas aquí.

—No es ninguna molestia. Cuando planche lo mío me da igual unas cuantas camisas y pantalones más. Déjalas en la cesta de la plancha y yo me ocuparé.

—¿Qué quieres a cambio? Puedo ocuparme de algunas tareas domésticas que a ti no te agraden.

—Nada; es un favor y los favores no se pagan.

—No está bien que me aproveche de ti.

—Me gusta que estés en deuda conmigo. Hasta ahora ha sido al revés.

—Bien, de acuerdo entonces. Estaré en deuda contigo a partir de ahora, pero solo te dejaré la ropa de salir, un par de pantalones y un par de camisas como mucho. El resto, seguirá arrugado. Y si alguna vez te compras un piso y deseas hacerle reformas, cuenta conmigo.

—Lo haré.

—Ahora siéntate en el sofá y pongamos esas películas que tienes.

—No sé si te van a gustar.

—Me trago cualquier cosa que se mueva en una pantalla, no soy exigente.

Un rayo iluminó con intensidad la habitación y la luz parpadeó y se apagó por unos instantes, para regresar después. Oliver cogió las velas de la mesa y las colocó sobre la otra auxiliar que había delante del sofá, junto al portátil. Leticia cogió una caja de DVD y sacó uno.

—Creo que esta puede gustarte.

Se sentó en una esquina del sofá recostada sobre los almohadones y Oliver, después de encender el ordenador y poner la película, se instaló junto a ella, ligeramente apartado.

Un trueno aterrador que hizo vibrar toda la casa, estremeció a Leticia.

—Ese ha sido cerca. Tenemos la tormenta encima.

—Yo diría que está girando en círculos y no termina de alejarse.

—Me alegra que estés aquí... No me gustaría estar sola en una noche como esta.

—También yo me alegro de estar aquí.

La película comenzó y ambos guardaron silencio concentrándose en la acción que se desarrollaba en la pantalla. Por un rato ambos consiguieron seguir el argumento y olvidarse de la tormenta que se desarrollaba furiosa sobre ellos, y también de la

presencia del otro. Pero un rayo especialmente violento apagó la luz, y en esta ocasión no se restauró a los pocos segundos.

—¿No va a volver?

—Eso parece —dijo Oliver encendiendo la vela que había colocado en la mesa—. ¿Tienes más velas? No sé cuánto aguantarán estas...

—Sí, en mi habitación. Me encantan las velas. Quiero terminar de ver la película, me ha enganchado —dijo sin ninguna gana de acostarse y apartarse de él. ¡Para una noche que lo tenía en casa para ella sola...!

—La batería del portátil aguantará hasta que terminemos de ver la película, lo peor no es eso, sino que este piso tiene calefacción eléctrica y si no hay corriente en poco rato nos congelaremos.

—No había pensado en eso. Puedo ir a mi cuarto por el nórdico y nos tapamos con él, al menos hasta que acabe la película.

—No es mala idea.

Leticia se levantó y regresó poco después con el edredón que cubría su cama. Lo extendió en el sofá y se metió debajo. Oliver permaneció en el otro extremo, tapándose apenas.

—Oliver, acércate. Ahí apenas te cubre.

—Estoy bien.

—No seas tonto, hombre; ven aquí y tápate como es debido. Dentro de poco el piso se pondrá helado. Somos adultos, deja de portarte como un crío.

Oliver no quiso decirle que precisamente se estaba portando como un adulto. Si fuera un crío, o siquiera un adolescente, hacía rato que se habría abalanzado sobre ella. Si guapa estaba cuando salía de marcha, aquella noche, con el chándal viejo, sin sujetador, con el pelo alborotado..., con aquel aire de abandono y relax, estaba preciosa. No podía dejar de mirarla.

Había puesto buen cuidado en no tomar alcohol con la cena, no quería perder el control como le había pasado la noche que se acostaron juntos. Aquello no debía volver a repetirse, se dijo a sí mismo mientras se cobijaba un poco más bajo el edredón, empezando ya a sentir el frío de la habitación.

Leticia le sintió acercarse un poco, pero no tanto como para llegar a rozarla. Concentró de nuevo su atención en la pantalla. De vez en cuando toda la habitación se iluminaba con los rayos y a continuación el ruido de los truenos rebotaba en toda la casa.

Leticia rogó para que la luz no regresara pronto, que el frío de la habitación se hiciera más intenso y les obligara a acercarse más el uno al otro. Las velas perfumadas con olor a jazmín llenaban el aire con un perfume sutil. Oliver se removía inquieto bajo la manta y ella podía sentir el deseo de él flotando en el ambiente, parejo con el suyo. Se dijo que solo era cuestión de tiempo que se acercara un poco más y rezó para que el apagón aguantara hasta entonces.

Después de poco más de media hora el portátil se apagó tras emitir un zumbido y

les dejó sin ver el final de la película. Oliver suspiró.

—Bueno, me temo que tendremos que esperar hasta mañana para saber cómo acaba esto.

—¿Quieres ahora ese chocolate caliente? —preguntó Leticia temiendo que él decidiera acostarse.

—¿Cómo vas a calentarlo? El microondas y la vitro funcionan con electricidad.

—¡Es verdad! Bueno pues, ¿una copa entonces?

—No, una copa no.

—Nos haría entrar en calor.

—Yo no tengo frío —dijo serio—. ¿Y tú?

—Un poco —mintió.

—Recuérdame que el lunes compre una estufa de gas para casos como este. En una ciudad tan fría como Granada todo el mundo debería tener una opción alternativa para calentar la casa. Yo voy a poner una chimenea en la mía.

—¿En serio? Me encanta el calor de las chimeneas. En una ocasión, cuando estábamos en Gerona, una compañera me invitó a pasar un fin de semana en su casa. Tenían una chimenea enorme y el calor del fuego era el más agradable que he disfrutado nunca.

—Sí, a mí también me gusta mucho. Tendré que hacer algunos cambios y reformas en el salón, pero valdrá la pena.

—Pues procura que no se corra la voz por las discotecas de que tienes chimenea en tu casa.

—¿Por qué? ¿Está prohibido, o no está de moda?

—Al contrario... Tendrás todas las mujeres de Granada llamando a tu puerta. No hay una sola chica que yo conozca que no se muera por hacer el amor delante de una chimenea.

Oliver enarcó las cejas, divertido.

—¿Ni una sola?

—¡Ni una!

—¿Incluida tú?

—Incluida yo.

—¿Da igual el tío, solo importa la chimenea?

—Hombre, yo no diría tanto. Probablemente Quasimodo se podría morir de asco solo mirando el fuego, pero tú no eres Quasimodo. Eres un hombre muy atractivo... y muy bueno en la cama, también. Tendrás a las tías aporreando tu puerta, haciendo cola.

—Nunca repito con la misma mujer —dijo y Leticia no supo si se estaba refiriendo a la supuesta cola de mujeres o si le estaba lanzando a ella una advertencia para que no se hiciera ilusiones de ser una de las favorecidas con el fuego de la chimenea.

—Ya me lo dijiste... pero creo que hay suficientes mujeres en Granada para que

no te falten.

Oliver se encogió de hombros y Leticia pudo ver los ojos verdes brillantes a la luz de las velas.

—Creo que procuraré que no se corra la voz. Mi ego no soportaría que las mujeres vinieran a mi casa buscando una chimenea en vez de a mí. Además, por esa regla de tres en verano no me comería una rosca.

—Creo que tu ego puede mantenerse a salvo. Con chimenea o sin ella, nunca te faltarán mujeres.

—Tampoco a ti deben faltarte hombres.

Ahora fue ella quien se encogió de hombros.

—No me quejo.

—Tienes una cosa de la que la mayoría de las mujeres carecen.

—¿La torpeza?

—No me refería a eso, sino a que eres *sexy*. Cuando te arreglas y te maquillas, y enseñas esos escotes que te pones, puedes volver loco a un tío.

Leticia pensó que solo se los ponía para volverle loco a él, porque había observado que difícilmente podía mantener los ojos apartados de sus pechos cuando los lucía, pero se calló y continuó escuchándole.

—Pero —continuó él—, resultas igual de *sexy* cuando no te arreglas, cuando vas por la casa con el pelo revuelto, sin maquillar, y especialmente con esa camiseta que me birlaste hace años.

La mirada de Oliver la recorría despacio y parecía querer decir: «y ahora».

«Vamos, dilo», le animó ella mentalmente. «Échale huevos y dilo. Y te aseguro que si lo haces voy a echarme sobre ti y hacer que rompas tus malditas normas. Todas».

Pero Oliver no dijo nada. Se quedó allí mirándola, recorriéndola con los ojos, desnudándola. Leticia podía sentirlo. Tragó saliva y aguardó. Él parpadeó y siguió hablando.

—Supongo que ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé? —preguntó sintiéndose perdida.

—Lo atractiva que resultas.

—Me lo dicen continuamente los hombres en las discotecas, pero es la primera vez que me lo dice alguien que me ve en pijama y con una camiseta vieja.

—¿Tampoco tú te quedas a dormir con un tío después de follar?

—No a menudo. Recuerda que solo llevo viviendo sola unos meses, hasta hace poco vivía en casa de mis padres y el capitán Martín jamás me permitió llegar a casa después de la una de la madrugada. Siempre me esperaba despierto y me observaba atentamente en busca de huellas en mi cara de alcohol, drogas o sexo. Para tener un rollete, debía hacerlo por la tarde cuando la vigilancia era menos exhaustiva. Así es difícil quedarse a dormir con nadie.

—Sí, supongo. ¿Has tenido algún novio?

—Ya te he dicho que mi vida no ha sido fácil. Y tampoco he tenido demasiado tiempo, he estudiado como una burra para independizarme cuanto antes. Mis relaciones sentimentales no han pasado de algún rollo que otro y muy cortos, por cierto. Hay dos cosas en mi vida que han espantado a los chicos que se acercaban demasiado a mí, a pesar de mi atractivo.

—¿Qué cosas?

—La primera, el capitán Martín... En cuanto alguien le veía aunque fuera de lejos huía aterrado.

—¿Y la otra?

—La otra es la Serpiente peluda, aunque ya no fuera peluda.

—Comprendo. ¿Y eso te ha hecho daño?

—No demasiado. Hasta ahora no ha habido nadie a quien me doliera especialmente perder. La verdad es que yo tampoco tengo excesivo interés en atarme a nadie; por primera vez soy libre y quiero disfrutarlo. Lo último que quiero es alguien que me diga lo que tengo que hacer o cómo me tengo que vestir o a qué hora debo volver a casa.

Oliver no hizo ningún comentario a la alusión y continuó contemplándola a la luz de las velas. El pelo rojizo reflejaba la luz y le hacía recordar el tacto suave de los mechones bajo sus dedos, la suavidad de la piel del cuello que ahora quedaba en sombras. Empezó a recordar las piernas de ella rodeando su cintura y el suave movimiento de sus caderas elevándose para acoplarse a sus movimientos. Respiró hondo y trató de concentrarse en lo que ella estaba diciendo.

—Quiero disfrutar de la vida, de la libertad, del sexo, aunque no soy tan estricta como tú en eso de no repetir con un tío. Si un *whisky* o un vino me gusta, no veo por qué no puedo tomarlo más de una vez. Eso no va a convertirme en alcohólica. Con los hombres me pasa igual.

Él se acercó un poco bajo el edredón y Leticia sintió que el corazón empezaba a golpearle con fuerza.

—¿Nunca has tenido problemas con un hombre con el que hayas repetido?

—Hasta ahora, no.

—¿Y lo has hecho muy a menudo?

—¿El qué?

—Repetir.

—No demasiado...

Bajo el edredón, Leticia empezó a sentir el calor del cuerpo de Oliver deslizándose despacio, de forma casi imperceptible hacia ella. Durante unos minutos se quedaron callados, mirándose el uno al otro, completamente inmóviles. En la oscuridad y el silencio de la noche, Leticia podía sentir la voluntad de él luchando con el deseo, la crispación de sus manos sobre el edredón para no tocarla.

—Oliver... —dijo suavemente—. ¿Por qué no te relajas? Sabes que vas a acabar por hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó con voz ligeramente ronca.

—Romper tu norma. Deja de luchar contra ello. Sabes que ocurrirá, desde que entraste aquí esta noche con las *pizzas* en la mano y goteando agua... Volviste para eso, y los dos lo sabemos. Relájate y disfrútalo. Puedes estar seguro de que mañana no te perseguiré pidiéndote una relación; ni siquiera una tercera noche. Pero ahora, disfruta el momento. Estamos aquí, y los dos lo deseamos. ¿No es verdad? —preguntó en voz queda alargando la mano para acariciarle la cara y dejando deslizarse los dedos por el costado del cuello—. Dame una noche loca, y te prometo olvidarlo todo al amanecer.

—¿Qué es para ti una noche loca? —preguntó él con una sonrisa, y visiblemente más relajado.

—Hacer el amor hasta caer agotada, hasta que me duelan todos los músculos del cuerpo. De diferentes formas, en distintas posturas... Nunca he probado ninguna postura más que la tradicional. Ni tampoco he hecho el amor dos veces en la misma noche. ¿Tú has tenido alguna vez una noche así?

Oliver negó con la cabeza, incapaz de hablar, totalmente embrujado por los dedos que se movían en su cuello y por las suaves palabras de Leticia.

—Hagámoslo... —susurró tentadora—, tengamos una noche loca y luego, cuando no podamos más, levántate, vete a tu cama y dejemos que la tormenta se lo lleve todo. Jamás le diré a nadie que pasaste más de una hora en mi cama. Ni siquiera volveremos a mencionarlo entre nosotros... Como si nunca...

No pudo seguir. La boca de Oliver sobre la suya ahogó el resto de la frase. Y sintió las manos de él agarrarla por la cintura y levantarla en vilo hasta colocarla sentada a horcajadas sobre él.

Después, los brazos del chico la encerraron en un apretado abrazo mientras sentía bajo ella la enorme erección que la impulsó a moverse y frotarse contra él.

Oliver separó la boca de la suya y le susurró con voz acariciadora.

—¡Ah, ah...! Si empiezas a hacer eso no aguantaré ni diez minutos. Me has pedido toda la noche... Tenemos que tomárnoslo con calma. ¿De acuerdo?

Ella asintió y volvió a besarlo, haciendo un terrible esfuerzo por permanecer quieta sobre él.

Se besaron durante mucho rato. Luego, empezaron a desnudarse despacio y Oliver la cubrió con el edredón mientras sus cuerpos desnudos se tocaban y se acariciaban lentamente, hasta que Leticia suspiró en su oído, sintiendo desde hacía rato el sexo de él contra el suyo.

—No puedo más... te juro que no puedo más.

Él le levantó las caderas con las manos y por fin Leticia lo sintió dentro. Lanzó un grito de placer tan desgarrador que Oliver se alegró de que su hermana no estuviera en el piso. Y también él se dejó llevar. Estaba tan excitado que a duras penas había acertado a ponerse el preservativo y cuando Leticia se movió encima de él, por primera vez en su vida se dejó hacer y disfrutó dejando que ella marcara el ritmo. Y

gimió con ella... y gritó con ella cuando ambos llegaron al final a la vez. Y la abrazó con toda su alma cuando Leticia se desplomó sobre su pecho, enterrando la cara en su hombro, totalmente asfixiada e incapaz de respirar con normalidad. Y besó su cuello sudoroso, sintiéndola temblar aún entre sus brazos. Y supo con certeza que aquella noche loca iba a ser un error, pero no le importó.

Cuando ambos se recuperaron un poco la envolvió en el edredón, se levantó del sofá sin soltarla y se dirigió a la habitación de Leticia. La dejó despacio sobre la cama y extendió el edredón. Se metió debajo tendiéndose sobre ella, y empezó a besarla de nuevo sin decir palabra.

Ninguno de los dos habló aquella noche. Parecía como si ya se lo hubieran dicho todo antes de empezar. Ni palabras tiernas ni confidencias. Se acariciaban, se tocaban, se excitaban uno al otro y hacían el amor una y otra vez con la misma pasión de aquella primera. Cuando ya estaba amaneciendo, Leticia era capaz de adivinar sus movimientos, su siguiente caricia, dónde iba a besarla o a tocarla a continuación. Incluso podía adivinar la postura en que él iba a colocarla. También a medida que iban pasando las horas las caricias de Oliver se hacían más tiernas, más sutiles. Cada vez después del orgasmo él la besaba y la abrazaba con más ternura, y ella podía sentir cómo las defensas de él iban cayendo una a una dejándole desnudo no solo el cuerpo, sino también el alma. Desnudo y vulnerable, como ella misma se sentía en aquel momento.

Cuando le pidió una noche loca jamás había pensado que pudiera ser tan maravillosa.

Cada vez que lo hacían después de la primera, ella pensaba que iba a ser la última. Era realista y sabía las limitaciones de los hombres con respecto al sexo, pero Oliver parecía no sentir el agotamiento. Cada vez después de terminar la besaba y ella esperaba y temía verle levantarse de la cama y marcharse, pero al poco tiempo él empezaba a tocarla de nuevo.

Después de la tercera vez él dejó de excitarla con las manos y bajando la cabeza con besos lentos enterró la cara entre sus piernas y le hizo el amor con la boca. Ella creyó que lo hacía porque su fuerza física estaba al límite, pero cuando él la sintió a punto de llegar al orgasmo retiró la boca y la penetró con una pasión y una energía que bien podía haber sido la primera vez aquella noche.

A esas alturas, Leticia había aprendido a esperarle para llegar al final a la vez y los dos estallaron juntos una vez más aquella noche.

Un rato después, cuando se hubo recuperado, ella quiso devolverle el favor y arrodillándose entre sus piernas, tomó el pene flácido de Oliver en su boca y ante su sorpresa la respuesta de él fue inmediata. En cuestión de segundos estaba totalmente empalmado y lo escuchaba gemir sobre su cabeza.

Los suaves sonidos de él la excitaron de tal manera que comprendió lo que poco

antes le había ocurrido a él.

Estaba dispuesta a dejarlo llegar al orgasmo en su boca pero llegó un momento en que él se incorporó y agarrándole la cabeza la hizo levantarse y volver a sentarse sobre él para penetrarla. Guiándola con las manos sobre las caderas la hizo moverse deprisa y con una violencia que a esas alturas de la noche ya le costó un poco de esfuerzo, pero al fin y una vez más volvieron a enredarse en un orgasmo devastador hasta que Leticia cayó sobre el pecho de él totalmente agotada y sintiéndose próxima el infarto. Dudaba que pudiera soportar otro más.

Oliver la rodeó con los brazos y la besó en el cuello, en ese punto justo debajo de la oreja que a él parecía gustarle especialmente y que había besado, tocado y mordido una y otra vez aquella noche, según en qué momento y circunstancia. Y sintió que una lágrima estaba a punto de deslizarse cuando le escuchó susurrar.

—Leticia, cariño... eres genial.

Ella sintió que se empezaba a adormecer sobre el cuerpo de él cuando los brazos de Oliver la levantaron y la depositaron sobre la cama. Después se inclinó sobre ella y susurró:

—¿Estás ya lo suficientemente agotada y dolorida por esta noche? Porque yo te juro que si vuelvo a tocarte no saldré vivo de esta cama.

Ella sonrió viendo cómo el amanecer se filtraba lentamente por las rendijas de la ventana. Ya las velas que Oliver había transportado desde el salón hacía rato que se habían agotado y en algún momento de la noche la tormenta había cesado, la luz había vuelto, y la puerta del salón se veía iluminada a través de la de Leticia, que ninguno de los dos se había molestado en cerrar.

—Sí... lo estoy. Ahora en lo único que puedo pensar es en dormir.

Él se inclinó y le besó la punta de la nariz.

—Bien... Buenas noches entonces.

Leticia aguardó con el corazón palpitante.

—¿Vas a irte a tu habitación? —preguntó cautelosa al ver que de momento no había saltado de la cama como alma que lleva el diablo.

—¿Quieres que lo haga?

—Me da igual... como quieras —dijo sintiendo que todo su cuerpo temblaba ante la posibilidad de que se quedase.

—Bueno, he roto tantas normas esta noche que supongo que una más no importa. Me quedaré un rato hasta que te duermas.

Leticia se acurrucó contra él y en cuestión de segundos se quedó dormida. En sueños le sintió levantarse de la cama y marcharse, pero no fue capaz de saber si había pasado un minuto o una hora. Después de lo que le pareció mucho rato escuchó ruido en el cuarto de baño y poco después la puerta de la calle al cerrarse.

—¡Cobarde! —susurró, y volvió a dormirse.

Después de cuatro o cinco horas de sueño, a todas luces insuficientes para lo agotado que se sentía, Oliver se despertó y fue incapaz de dormirse otra vez. En el móvil tenía una llamada perdida de Félix; habían quedado como muchos sábados para cuadrar la contabilidad de la semana y organizar trabajos nuevos. Lo llamó.

—Perdona el retraso, estaré ahí en media hora.

—¿Te encuentras bien? Me preocupó que no cogieras el teléfono a media mañana.

—Estoy bien, solo un poco cansado.

—Si quieres podemos dejarlo para el lunes, ya sabes que esto no corre prisa.

—Para mí si corre prisa, estaré ahí enseguida.

—Como quieras.

Oliver colgó. Se metió en el baño y se dio una ducha rápida, apenas templada para tonificar el cuerpo y despejarse.

Mientras se vestía recordó las palabras de Leticia: «hasta que me duelan todos los músculos del cuerpo». Tenía que reconocer que así se sentía él. Le dolían hasta las pestañas y lo que más le apetecía era tenderse en el sofá y jugar un rato a la «Play», pero no quería quedarse en la casa. ¡Joder! Desde que se había levantado en lo único que pensaba era en volver a la habitación de Leticia y hacerle el amor otra vez, a pesar de que apenas podía moverse.

Sintiéndose mejor, se vistió y después de echar la ropa sucia al cesto volvió a entrar en su habitación, estiró apenas la cama y huyó de aquella casa como si le fuera la vida en ello. Cuando llegó a casa de Félix le suplicó:

—¿Puedes hacerme un café bien cargado?

—Por supuesto —dijo su amigo metiéndose detrás de la barra americana que separaba la cocina del salón—. Siéntate, pareces a punto de desplomarte.

—No lo parece, lo estoy.

—¿Quién es ella?

Oliver soltó una carcajada.

—¿Cómo sabes...?

—¿Que se trata de una mujer? Vamos, Oliver, llevamos juntos mucho tiempo. Ni las inclemencias atmosféricas ni el cansancio te han impedido nunca salir un viernes por la noche. Si ayer no lo hiciste fue porque tenías otro plan mejor, y no te pareció oportuno decirme cuál era. ¿Quizá porque ella estaba delante?

—No, no estaba delante.

—¿Vas a decirme quién es?

Oliver enterró la cara entre las manos antes de responder.

—Leticia.

Félix lanzó una risita.

—Sí, ella tiene toda la pinta de dejar a un tío en el estado en que tú estás ahora.

—¡Menos cachondeo, ¿quieres?! ¿Cómo estarías tú después de haber echado cinco polvos en una noche y haber dormido apenas cuatro horas y media?

—¿Cinco? Macho, creía que saltabas corriendo de la cama de una tía justo después de correrte... la primera vez.

—Sí, eso hacía... hasta anoche. ¡Joder! Nos quedamos los dos solos en el piso, mi hermana está en Valencia. Se fue la luz... Hacía un frío del carajo y nos acurrucamos debajo de un edredón a ver una película.

—Ya. Eso hace comprender que te acostaras con ella, pero no que no saltaras de la cama después.

Oliver suspiró.

—Me pidió una noche loca. Me dijo que nunca antes había hecho el amor más de una vez, que nunca había probado una postura diferente a la habitual...

—Y tú aceptaste.

—Digamos que me dejé llevar. Perdí los papeles, tío. Es una mala bestia en la cama. Pilar comparada con ella es Santa Teresa de Jesús.

—¡Y le echaste cinco!

—Cinco, sí.

—Creía que ningún tío podía hacer eso, que todo eran faroles.

—Yo también, pero ya ves. No estoy alardeando. Le hice todo lo que se me ocurrió... Todo lo que me apeteció, y me seguía, siempre me seguía.

—Tendré que tirarle los tejos la próxima vez que la vea en la discoteca.

Oliver lanzó a su amigo una mirada asesina a través de la barra donde se había sentado esperando el café. Félix lanzó una risita y arqueó una ceja.

—¿No puedo? ¿La quieres en exclusiva?

—No es eso, joder. No lo entiendes... Es la amiga de mi hermana.

—Pero anoche no lo era.

—Anoche perdí los papeles, ya te lo he dicho. No debí hacerlo, lo sé, pero eso no significa que nos la podamos pasar del uno al otro como si fuera una de las tías con las que nos enrollamos los fines de semana.

—Comprendo... —dijo Félix aún con la sonrisita irónica en los labios.

—¡No comprendes, cabrón, que no es eso!

—De acuerdo, no es eso. No te enfades y tómate el café para que puedas despegar los ojos.

Oliver dio un largo trago al brebaje negro y fuerte que su amigo le había preparado sintiendo que la cafeína realizaba su misión en su organismo cansado.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Acordamos que nunca íbamos a mencionar lo ocurrido, que los dos lo íbamos a olvidar.

—¿Y podrás?

—Por supuesto.

—¿Y ella?

—Espero que sí, por su propio bien. En mi vida no hay sitio para ninguna mujer.

—Aun así creo que lo mejor es que salgas de esa casa lo antes posible.

—Estoy de acuerdo. Pon todos los chicos que puedas a trabajar en las reformas de mi piso.

—Eso no te va a servir de nada. Mientras la constructora no entregue las viviendas de forma oficial no podrás mudarte.

—Ya lo sé, pero si las reformas, al menos las indispensables ya están hechas, me iré a vivir allí el mismo día en que me la entreguen. Aunque sea con un colchón hinchable.

—¿Tan urgente es?

—No quiero hacerle daño a Leticia, es una chavala dulce y generosa... y está visto que con ella tengo menos contención que un crío de dos meses a la hora de mojar los pañales. He intentado dejarle muy claro desde el principio que no me acuesto dos veces con la misma mujer, que no me quedo en la cama de nadie después de follar... y tal como se lo he dicho lo he incumplido. No quiero que piense que lo hago porque empiezo a sentir algo especial por ella. Lo mejor es que me largue de allí cuanto antes.

—Bien. Vamos a trabajar entonces, y luego si quieres te invitaré a almorzar y te dejaré el sofá para que te eches una siesta... lejos de la tentación.

—¡Vete al carajo!

—¿No aceptas el sofá? —preguntó burlón.

—Sí, sí que lo acepto.

Leticia despertó pasadas las cinco de la tarde. Oliver no había regresado ni en la cocina había señales de que hubiera almorzado en el piso. Decidió darse un lujo y llenando la bañera de agua caliente, se sumergió dentro. Estiró las piernas y aspiró el perfume del aceite aromático y permaneció allí hasta que la piel se le arrugó y el estómago protestó hambriento. Se envolvió en el albornoz y se preparó un plato de pasta que comió con avidez, sentada sola en la mesa de la cocina.

La tarde era fría, pero el temporal había remitido; se vistió y salió a dar un paseo. Se sentía feliz, eufórica y también, tenía que reconocerlo, un poquito enamorada; aunque jamás dejaría que él lo advirtiese, al menos no de momento. La noche se les había ido de las manos a los dos. Le hubiera gustado que él estuviera en el piso aquella tarde, aunque solo fuera para hacerle compañía, pero sabía que eso era imposible, sería como pedirle peras al olmo. Oliver necesitaba tiempo para asimilar lo que había ocurrido aquella noche..., incluso ella lo necesitaba. Ella había pedido y esperado una noche de sexo y había encontrado mucho más. Estaba segura de que no volvería a verle hasta que llegase Eva al día siguiente. Había prometido estar de regreso para el almuerzo del domingo en casa de Esperanza. No quería que su madre supiera nada de su relación con Jaime todavía.

Leticia se sentía agotada, incapaz de llamar a una de sus compañeras de trabajo y salir de marcha, pero tampoco quería que Oliver supiera que se había quedado en casa toda la tarde y la noche si por casualidad regresaba. Le había prometido que lo ocurrido no iba a cambiar en nada sus vidas y sabía que si alteraba su rutina habitual él adivinaría cuánto la había afectado la noche anterior.

Mientras paseaba tranquilamente por la ciudad, que se recuperaba perezosamente de la tormenta, decidió meterse en un multicine, compró un enorme paquete de palomitas y se sentó a ver una película detrás de otra hasta que la «sesión golfa» cerró el establecimiento a las dos de la madrugada. Después cogió un taxi y regresó a casa.

Oliver había estado allí, en la cocina había restos de una cena apresurada y al parecer había vuelto a salir. No sabía cómo tenía fuerzas para tenerse en pie desde la hora que había salido aquella mañana. Ella se sentía agotada y solo quería acostarse y dormir.

Se metió de nuevo en la cama que aún olía a sexo y a Oliver, y se quedó dormida de inmediato. Entre sueños oyó la puerta y el sonido de pasos apagados y cautelosos y a continuación los sonidos habituales que Oliver hacía al acostarse. Eran las tres y media. Se giró en la cama y volvió a dormirse.

Eva llegó a las once del domingo. Había tomado el primer autobús de la mañana para llegar a tiempo de almorzar en casa de su madre.

Ya Oliver estaba levantado como siempre, jugando a la «Play», y también Leticia, como era su costumbre, aún dormía.

—Hola —saludó a su hermano.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal el fin de semana?

—Muy bien. ¿Y por aquí?

—El viernes hizo una noche de perros, pero luego el tiempo mejoró mucho.

—Sí, también en Valencia ha llovido bastante. ¿Y Leti?

—No sé por qué preguntas. Durmiendo. ¿Dónde va a estar?

—Voy a llamarla, ya es hora de que se vaya preparando.

Salió del salón y golpeó enérgicamente en la puerta de su amiga.

—¡Leti! Hora de levantarse.

Leticia se despertó, se desperezó un poco y remoloneó unos minutos en la cama preguntándose cómo estaría Oliver esa mañana. No lo había visto desde la noche, mejor dicho el amanecer del sábado. Después se levantó. Apareció por el salón envuelta en la bata, atusándose el pelo para ponerlo un poco en orden. Desde el sofá, Oliver le dirigió una leve mirada y maldijo por dentro lo bonita que estaba por la mañana, y luego continuó jugando a la «Play».

Eva se extrañó de que hubiera bastado una sola llamada para despertarla.

—Vaya, hoy has respondido a la primera llamada. ¿No saliste anoche?

—Sí, pero no regresé muy tarde. Buenos días, Oliver —saludó con indiferencia.

—Buenos días —dijo él—. He preparado café. ¿Te caliento un poco?

—Sí, gracias.

Oliver soltó el mando de la videoconsola en el sofá y se levantó.

—¿Tostada?

—No, es muy tarde. Ya comeré en casa de tu madre.

Se sentó en la mesa y poco después él colocó una bandeja con un café ante ella.

Después entró a ducharse.

Aprovechando la ausencia de Oliver, Leticia le preguntó a su amiga.

—¿Cómo te ha ido el fin de semana?

—Muy bien. ¿Y por aquí que tal?

—Ha hecho un tiempo espantoso. El viernes por la noche hubo una tormenta terrible, incluso se fue la luz. Probablemente tendrás que volver a poner en hora el despertador de tu mesilla de noche.

—Sí, ya he visto que está apagado, pero pensé que se trataba de las pilas.

—Bueno, cuéntame de Jaime.

—Es encantador, Leti. Esta vez me he quedado en su casa.

—¿Y qué?

—Aún no; pero hemos pasado mucho tiempo juntos. Hemos desayunado, comido, salido. Creo que me estoy enamorando.

—¿Y cuándo vas a decírselo a tu madre?

—Todavía no.

—¿Y cuándo te lo vas a llevar a la cama?

—Creo que pronto.

—¿Y él que opina?

—Está de acuerdo conmigo en tomárnoslo con calma. Tuvo otra relación y lo pasó muy mal. También él anda con pies de plomo.

—¡Joder! De vez en cuando hay que dejar los pies de plomo y tomarte un Red Bull.

—¡Y me lo dices tú, que llevas siete años con vida de monja esperando a mi hermano!

Leticia se llevó un dedo a los labios en señal de silencio.

—¡Cállate, por Dios! No quiero que se entere. Quiero que piense que he tenido una vida sexual muy activa hasta ahora.

—Leti, no creo que hayas podido engañarlo. Él sí ha llevado una vida sexual activa y por fuerza se ha tenido que dar cuenta de que eres bastante inexperta.

—He leído un montón de libros sobre caricias, posturas e incluso sobre algunas perversiones, por si es de esos. Te aseguro que sé cómo reaccionar en cualquier circunstancia.

—¡Por Dios, Leticia, nunca dejas de asombrarme!

—Vamos a dejar esta conversación. Se hace tarde y tengo que cambiarme.

Poco después los tres se dirigían a casa de Esperanza en la camioneta de Oliver. En esta ocasión, Leticia se sentó como solía a su lado, pero tuvo buen cuidado de apartar la pierna de su mano cuando él cambiaba de marcha. Y no le pasó desapercibido que él también ponía mucho cuidado en no rozarla siquiera.

La comida transcurrió sosegada y tranquila y como ya era habitual Oliver se marchó después del café mientras que Eva y Leticia se quedaron un poco más.

Cuando llegaron a su casa, Eva se metió en su habitación a chatear con Jaime y Leticia sacó la plancha y, buscando la ropa de Oliver, empezó a plancharla.

Cuando Eva salió a preguntarle qué le apetecía para cenar la encontró delante de la tabla con una camisa de su hermano sobre la misma, planchando cuidadosamente una manga. Se quedó parada en la puerta del salón observándola por unos momentos y después entró y se sentó en una de las sillas preguntando.

—¿Vas a decirme de una vez qué ha pasado aquí este fin de semana?

—Ya te lo he dicho, hubo una tormenta...

—Sí, lo de la tormenta ya lo sé. Me lo has dicho tú, y me lo ha dicho Oliver cuando le he preguntado por el fin de semana. Por lo visto es lo único que admitís, pero no es toda la verdad. Te estoy preguntando qué ha pasado aquí, en esta casa.

—¿Aquí? Nada.

—¿Nada? ¿Te crees que soy tonta? Vamos, Leti... O me lo dices tú o le pregunto a él.

—¿Qué te hace estar tan segura de que ha pasado algo?

—Pues mira, ya que lo preguntas... para empezar, esta mañana mi hermano, que siempre protesta de lo tarde que te levantas los domingos, te ofrece café y hasta tostada, y lo que es más increíble, se levanta y suelta la «Play» para preparártelo. Y además ha estado varias veces junto a ti y no te ha mirado el culo ni las tetas ni una sola vez.

Leticia levantó la plancha en el aire y la miró sorprendida.

—¿Lo hace?

—Cada vez que te cruzas con él.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

—Porque empezarías a ver en ello más de lo que probablemente hay.

—No lo creo. Sé lo que hay. Pero lo que me cuentas no es prueba de que haya ocurrido algo. Puede ser casualidad.

Eva sacudió la cabeza.

—No es casualidad, porque hay más. No os habéis dirigido la palabra en toda la comida, pero no parecéis enfadados y ahora..., salgo y te encuentro planchándole la ropa. Reconócelo, Leti, Oliver está más raro que un perro verde y tú... A ver, mírame... Sí, tú tienes toda la pinta, no ya de haberte comido al ratón, sino Ratonilandia entera. Dime, ¿qué ha pasado?

—No puedo, le prometí no decírselo a nadie.

—¿Ni siquiera a mí?

—Tú formas una parte muy grande de ese nadie.

—Bueno, dime solo una cosa, ¿te comiste Ratonilandia?

—Quizás.

Eva suspiró y levantándose se acercó a su amiga.

—Leti... Leti, escúchame. Mi hermano no tiene sitio para una mujer en su vida, tiene alma de soltero y eso no va a cambiar, ¿entiendes? Por mucho que te acuestes con él y por mucho que a él le guste. Los hombres, y mi hermano no es una excepción por mucho que me pese, no le dan a una noche de sexo la importancia que le damos nosotras.

—Ya lo sé.

—Por favor, corta esto. No quiero que sufras y, Leti, estás comprando todas las papeletas para ello.

—No me hables de sufrimiento ahora, ¿quieres? Hoy no.

Eva lanzó un prolongado suspiro y salió del salón. Cuando Leticia ponía esa expresión obstinada, nada ni nadie la hacía ver las cosas como realmente eran.

Capítulo 15

Leticia llegó a casa con un espantoso dolor de cabeza. La mañana no había sido fácil precisamente. Uno de sus compañeros le había tocado el culo.

No era la primera vez que los cabrones de su departamento, unos viejos verdes machistas y engreídos, aprovechaban la estrechez del despacho para rozarla o apretarse contra ella con más o menos disimulo. Ya llevaba un tiempo tratando de esquivarlos y evitando quedarse a solas con alguno de ellos, pero lo de aquella mañana había superado todo lo anterior.

Le había pedido ayuda a uno de ellos, el único que jamás había intentado nada con anterioridad, para bajar un voluminoso expediente situado en un estante muy alto. Y el muy cabrón, en vez de hacerlo, una vez ella hubo levantado las manos para coger el archivador, le había plantado descaradamente la mano en el culo. Se había vuelto, y tuvo que reprimir las ganas de darle una bofetada en aquel mismo momento para evitar que el archivador cayera al suelo arrastrándola a ella sobre el hombre. Aun así, se enfrentó furiosa a él.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Pues iba a subir los brazos para ayudarte, pero te has movido y te has interpuesto en el camino de mi mano. Disculpa.

—¿Disculpa? ¡La próxima vez mira bien dónde pones la mano si quieres conservarla!

—Ha sido un accidente.

En los ojos de aquel tipo veía claramente la burla y el cachondeo. Reprimiendo las ganas de estrellarle en la cabeza el voluminoso archivador, se fue a su sitio y se evadió lo mejor que pudo. Pero al llegar a su casa el malestar persistía. Estaba empezando a odiar aquel departamento y a los asquerosos tipos que trabajaban en él. Estaba al tanto de cualquier otro puesto que pudiera salir para solicitarlo, pero mientras este aparecía tenía que aguantarse y seguir esquivando manos, brazos y piernas que se interponían en su camino continuamente.

Eva adivinó nada más verla que algo le ocurría y cuando se lo contó se puso tan furiosa como ella.

Oliver normalmente no aparecía por la casa hasta las seis o las siete y aquella tarde llegó incluso un poco más tarde. Leticia fue a la facultad y cuanto regresó no estaba mucho más animada que al salir. El autobús pilló un embotellamiento y llegó muy tarde a clase. El profesor le echó una bronca y la humilló delante de todos sus compañeros, aumentando su malhumor.

Cuando llegó a su casa al fin, solo deseaba un poco de paz. Eva ya estaba preparando la cena y Oliver se encontraba en su habitación con el ordenador portátil.

Después de cenar los tres se sentaron en el sofá a ver una película.

No era muy interesante y el sueño empezó a apoderarse de ella, pero no quería acostarse aún. No tenía muchas oportunidades de estar con Oliver y estaba decidida a aprovechar todas las que pudiera, aunque fuera medio dormida.

Entre una nube de sueño escuchó un sonido familiar, pero no lo identificó hasta que Eva le sacudió el brazo.

—Leti, el móvil... Creo que es de tu casa.

Se sacudió el sueño de golpe y comprobó que su amiga tenía razón. Levantó una ceja diciéndose mentalmente que no estaba de humor para eso, pero contestó. Sería mucho peor si no lo hacía.

—Hola, papá...

—Hola, Leticia. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y vosotros?

—Nosotros como siempre. Eres tú la que siempre tiene algo.

Mal empezaba la conversación, pero decidió poner de su parte.

—La verdad es que me ha preocupado un poco que me llamaras a estas horas. Mamá siempre lo hace por la tarde.

—Es que acabo de llegar a casa y tengo una buena noticia para ti. No quería esperar hasta mañana para dártela.

—¿Una buena noticia para mí? Vaya, cuéntame.

—Te he conseguido trabajo aquí, en Madrid.

Casi saltó del sofá y se dirigió hacia el corredor para hablar desde allí.

—¿Qué has dicho? —preguntó temiendo haber oído mal.

—Sí, hija. Un amigo mío ha prometido hacer que te trasladen a la diputación de Madrid. En quince días puedes estar otra vez en casa.

—Espera, espera. Yo no quiero irme de Granada. No me gusta Madrid.

El tono de su padre aumentó su volumen al responder en un tono que ella desgraciadamente conocía muy bien.

—No es Madrid, yo sé lo que no te gusta.

Leticia trató de calmarlo.

—Papá, escúchame... Yo me preparé las oposiciones a Granada porque quería vivir aquí. De todas las ciudades donde hemos vivido es la única que me gusta y donde me he sentido cómoda.

—Pero estás fuera de casa.

—Tú siempre has dicho que la casa de uno está donde tiene el trabajo.

—Así es. Y hora el tuyo puede estar en Madrid.

Leticia suspiró y se preparó para lo que iba a venir. Iba a enfrentarse a su padre abiertamente, quizás por primera vez en su vida.

—Papá, no voy a dejar mi trabajo en Granada para irme a Madrid. Este es mi trabajo, el que yo he conseguido por mí misma, y no el que tu amigo me quiera buscar. Además estoy matriculada en la Facultad y tengo mi piso. No voy a dejar a Eva tirada con el alquiler.

—Eso se puede arreglar. Seguro que no le faltará alguien con quien compartir el piso.

—Papá... el caso es que no quiero volver a casa. Soy mayor, gano lo suficiente para vivir y quiero ser independiente. No importa los maravillosos trabajos que me puedas conseguir tú o tu amigo, me quedo aquí. Con Eva... y con mi plaza.

Leticia sabía que la reacción de su padre ante un caso tan flagrante de enfrentamiento y desobediencia no iba a ser agradable, pero lo que siguió superó todos sus temores. El tono frío y cortante de su padre, un poco más bajo, le heló las entrañas y le dio un vuelco en el estómago.

—¿Que te quedas ahí?

—Sí.

—Déjate de excusas y confiesa la verdad. Yo sé lo que quieres y lo que buscas. Vivir sin ningún control, sin horarios... y sin vergüenza.

Apretó el móvil contra su oreja temerosa de que desde el salón Oliver y Eva pudieran escuchar las palabras de su padre. Sabía que el tono volvería a subir de nuevo, a medida de que se acalorase.

—Papá, por favor... no es eso.

—Claro que lo es. Lo que quieres es salir y tomar drogas y alcohol, y follar sin control. Eso es lo que quieres.

—Estás equivocado...

—¡Putas, eso es lo que eres! Siempre lo he sabido, por mucho que he intentado corregir tus desvíos y meter un poco de decencia en esa cabeza hueca tuya.

—Por favor, escúchame...

—¿Que te escuche? Solo te escucharé si vienes a vivir a Madrid y me demuestras con tu comportamiento que no tengo razón.

—No iré, papá. Esta es mi vida y tengo que vivirla a mi manera. Y en tu casa jamás podré.

—De acuerdo. Si no quieres vivir en mi casa, tampoco serás bienvenida en ella de ninguna otra forma. Ya que tanto te gusta Granada, quédate ahí.

—Papá, por Dios, no te lo tomes así.

—No metas a Dios en esto. Tienes hasta el viernes para recapacitar. Si cambias de opinión olvidaré esta conversación y te abriré las puertas, pero si el viernes por la noche no estás aquí, puedes quedarte puteando en Granada para el resto de tu vida, y hazte a la idea de que has dejado de tener padres. En mi casa no entrará ninguna maldita puta.

—¡Papá! —gritó ahora Leticia. Ya no le importaba que la oyeran—. Habla por ti, viejo cabezota, pero deja a mamá fuera de esto. Ella no es como tú y no la puedes condenar a no verme más. Ella tiene su propia voz aunque tú te hayas empeñado toda tu vida en callarla... Mamá...

Cuando comprobó que le había colgado dejándola con la palabra en la boca, volvió a llamar furiosa, dispuesta a dejar las cosas claras. Pero el teléfono había sido

descolgado para evitar un nuevo contacto, apagó el móvil y entró furiosa en el salón, arrojándolo con fuerza sobre la mesa. Después se encaró a las dos figuras que la miraban atónitas desde el sofá.

—¿Soy una puta?! —preguntó a gritos—. ¿Eso es lo que soy? ¿O lo que parezco? ¿Por qué? ¿Porque llevo minifalda? ¿O porque tengo unas tetas cojonudas? ¿Llevo un cartel en la frente que dice que quiero que todos los tíos me metan mano?

Dio dos pasos más y se colocó delante de Oliver.

—Dímelo tú que eres un tío. ¿Eso es lo que parece? ¿Que estoy loca por que todos los tíos me manoseen y me follen? ¿Esa es la imagen que doy, que hasta mi padre lo piensa?

Eva le cogió la mano y tiró de ella para sentarla en el sofá, pero Leticia se desasió con un gesto brusco.

—¡No, déjame! Responde Oliver. ¿Piensas que soy una puta o que simplemente lo parezco?

—Claro que no, Leticia. Yo jamás...

—¡No digas que no! Una noche me lo dijiste tú mismo, que con la ropa que me pongo...

—Yo no dije exactamente eso y tú lo sabes. Y no entiendo a qué viene esto.

—Viene a que por la mañana todos los mierdas de mi oficina me quieren meter mano, aunque vaya vestida de monja, joder. Y ahora el señor capitán, dechado de amor paternal y de moralidad, acaba de cerrarme las puertas de su casa por puta.

Eva intervino.

—No lo dice en serio, cariño, solo estará enfadado por algo.

—Enfadada estoy yo. Y sí, lo dice en serio. Mi padre jamás se ha retractado de nada en toda su vida, aunque se muera por ello.

—Anda, siéntate y tranquilízate un poco. ¿Quieres una tila?

—Con arsénico.

—Venga, siéntate —insistió tirándole de la mano.

Leticia sacudió la cabeza.

—No, me voy a la cama. Si me quedo aquí, el día todavía podría empeorar, aunque no se me ocurre que más me puede pasar ya hoy. Buenas noches, esta puta se va a la cama. Ya la han jodido bastante hoy.

Oliver se levantó para ir detrás de ella.

—Leticia...

—Déjala, Oli, no ha tenido un buen día. Creo que le vendrá bien estar sola.

Cuando escucharon cerrarse la puerta de la habitación de Leticia se volvió a su hermana.

—¿Qué le pasa? Jamás la había visto tan enfadada.

—Ya te lo he dicho, ha tenido un mal día.

—Muy malo ha debido ser, Leticia jamás se enfada.

—Tiene problemas en el trabajo. Es la única mujer en un departamento de

hombres mayores. Primero le largaban todos los marrones, y cuando han visto que se callaba han dado un paso más y de forma sutil han empezado a sobarla con más o menos disimulo. Y hoy uno le ha cogido abiertamente el culo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Yo no tengo inconveniente en partirle las piernas a un par de ellos.

—¡No seas burro! Y no creo que ella quiera que tú intervengas. Normalmente los controla, Leticia no es una mujer débil y sabe defenderse. Pero hoy la habrá cogido de bajón. También ha llegado tarde a clase y para colmo esta noche la llamadita de su padre.

—Pero seguro que no lo dirá en serio, solo está enfadado porque ella no ha querido irse a trabajar a Madrid.

Eva meneó la cabeza con pesar.

—Conozco al padre de Leti y creo que ella tiene razón. Si ha dicho una cosa, se morirá antes de cambiar de opinión. Si el cabrón le ha dicho que no vuelva por su casa, la echará si lo hace.

—¡No me lo puedo creer!

—Es el tío más retrógrado que te puedas imaginar, Leti ha vivido un infierno con él desde que era pequeña. Ni siquiera le permitía comer caramelos o ponerse coletas, o depilarse. Por eso le decíais la Serpiente peluda.

—¡Joder!

—Si iba al cine tenía que hacerlo a escondidas y prácticamente todo lo que hacía era a base de mentiras. Yo trataba de cubrirla siempre que podía, pero aun así se perdía la mayoría de las cosas que hacía todo el mundo. ¡No me extraña que no se quiera ir a vivir a Madrid ni amarrada!

—Pues mira, ¡que le vayan dando al viejo!

—Leti quiere mucho a su madre y si aguantaba muchas cosas era porque ella estaba en medio. Por eso se preparó las oposiciones, para irse de su casa de forma civilizada, con un trabajo y el beneplácito de todos; pero mira con lo que ha salido el buen señor... Bueno, espero que mañana las cosas se suavicen un poco. Yo también me voy a la cama, estoy cansada.

—¿No chateas esta noche? ¿Estáis de morros?

—No, Jaime tiene una comida familiar. Nos desquitaremos mañana.

—Buenas noches entonces.

—Hasta mañana, Oli.

También él se levantó del sofá y se fue a la cama. Había sido un día duro en la obra y estaba cansado. Del cuarto de Leticia no salía ningún sonido y supuso que se habría dormido. Escuchó los pasos de Eva dirigiéndose a su habitación y pronto la casa quedó en total silencio.

Se adormiló enseguida, y no sabía cuánto tiempo había pasado cuando volvió a despertar con un ligero sobresalto. Un rumor quedo y prolongado se dejaba oír en el cuarto de al lado y se levantó de la cama para aplicar el oído a la pared. El sonido se

hizo más claro. Leticia estaba llorando y tratando de ahogar el ruido probablemente con la almohada.

Sin pensárselo dos veces y sin hacer caso a su firme propósito de mantenerse alejado de ella, salió de su habitación y recorrió el corto espacio que le separaba del dormitorio de Leticia. Llamó suavemente con los nudillos, pero no recibió respuesta, y con gesto resuelto giró el pomo y abrió la puerta.

Estaba acostada de espaldas a la puerta, con la cara enterrada en la almohada.

—¿Estás bien?

No respondió a su pregunta, sino que permaneció inmóvil y conteniendo un sollozo, en espera de que él se marchase. Pero no lo hizo. Con gesto decidido cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió a la cama, y sin pronunciar palabra se deslizó bajo las mantas y se acomodó contra la espalda de la chica, rodeándole la cintura con un brazo y haciendo que apoyara la espalda contra su pecho. Pudo sentir los leves sollozos que Leticia trataba de contener pero no dijo nada. Se limitó a estar allí, ofreciéndole su abrazo y su apoyo.

No permanecieron así mucho rato. Cuando Leticia comprendió que él no iba a marcharse ni tampoco a interrogarla ni a ofrecerle palabras de consuelo, se dio la vuelta y se acurrucó en el refugio que le ofrecían los brazos de Oliver y apoyando la cara en su hombro, lloró abiertamente.

Oliver la dejó desahogarse durante mucho rato, hasta que se calmó, y poco a poco los sollozos ahogados dejaron paso a un llanto silencioso primero y a una calma profunda después.

Cuando comprendió que Leticia ya no lloraba, bajó la cabeza y buscó su boca, que se le ofreció sin resistencia, todavía con el sabor de las lágrimas en los labios.

La besó despacio y suavemente, con un beso más lleno de ternura que de pasión. Ella respondió abrazándole y ambos permanecieron allí abrazados y besándose una y otra vez, hasta que el deseo se apoderó de ambos y las manos empezaron a buscar bajo la ropa.

Hicieron el amor despacio y en silencio, casi sin caricias previas, moviéndose al compás hasta que todo el dolor y la frustración dejaron paso al placer. Cuando todo acabó, Oliver se tendió de espaldas y la abrazó acercándola a su costado.

Leticia había esperado y temido que se marchara, pero al parecer tenía intención de quedarse un rato más, quizás hasta que ella se durmiera, como la última vez.

—No soporto que me vean llorar —susurró.

—Yo no te he visto, está demasiado oscuro.

—Gracias.

Por toda respuesta, Oliver se limitó a besarla en el pelo.

—¿Vas a esperar hasta que me duerma para marcharte?

Tampoco obtuvo respuesta.

—No tardaré mucho, estoy bastante cansada.

Oliver la abrazó más fuerte y fue comprobando todos los cambios que se

producían en el cuerpo de Leticia hasta que al fin la sintió dormida en sus brazos. Y se dijo que podía esperar un poco más, incluso dar una cabezada antes de irse. Leticia necesitaba consuelo, todos la habían herido aquel día... y él no quería hacerlo. No quería tratarla como a una puta a la que se folla y se abandona después. De modo que se quedó allí con la cabeza de la chica apoyada en su hombro, el pelo desparramado sobre su pecho y un espantoso deseo de eternizar aquel momento.

Cuando Leticia despertó por la mañana aún no había amanecido, pero el reloj colgado de la pared señalaba las seis y media. Y lo primero que sintió fue la mano de Oliver rodeando su cintura aún. No se había marchado, había dormido con ella toda la noche.

Lo más probable era que se hubiera quedado dormido y no hubiera sido capaz de despertarse, pero fuera cual fuese el motivo estaba allí... seguía allí.

Todavía era temprano para levantarse y se quedó quieta, temiendo incluso respirar, disfrutando de la sensación cálida de aquel cuerpo pegado a su espalda. A Oliver le gustaba encajarse contra ella, aunque nunca había durado toda la noche. No se atrevía a esperar que él lo hubiera hecho conscientemente, lo más probable era que el sueño lo hubiera sorprendido antes de levantarse. ¡Ojalá no se despertase hasta que sonara la alarma del móvil!

Oliver en cambio estaba tan despierto como ella. De hecho llevaba mucho rato desvelado y diciéndose a sí mismo que tenía que marcharse antes de que Leticia se despertara, pero incapaz de hacerlo. Incapaz de retirar el brazo y la mano de aquella cintura cálida, incapaz de separarse de aquel cuerpo suave y aterciopelado. Y en todo el rato que llevaba despierto no había dejado de pensar en el acto sexual... No, no había sido un acto sexual lo que habían hecho la noche anterior. Habían hecho el amor por primera vez, aunque se hubieran acostado juntos antes. Al menos por su parte. Aquello no había sido la satisfacción de un deseo físico, como la primera vez, ni una noche loca y desenfrenada como la segunda. Aquello había sido otra cosa. Tanto, que no había sido capaz de levantarse de aquella cama, y seguía allí, aferrado a su cintura muchas horas después. Y sin dejar de dar vueltas en su cabeza a una única idea. ¡Tenía que salir de aquella cama! Tenía que salir de aquella casa. Si se quedaba allí, quizás más adelante no podría hacerlo.

La alarma de su móvil, puesta a las siete menos cuarto, le dijo que la noche había acabado, y cuando Leticia se removió inquieta bajo su brazo, supo que ya no podría escapar de la cama sin que ella supiera que había dormido allí.

Él saltó y apagó la alarma, y cuando se volvió se encontró con la cara sonriente de Leticia. Tenía los ojos ligeramente hinchados por el llanto de la noche anterior, pero su expresión al verle allí no era de sorpresa.

—Gracias por quedarte anoche un poco más. Realmente lo necesitaba. Supongo que también tú te quedaste dormido enseguida. Espero que no te sientas enfadado por ello.

Oliver aceptó la excusa que le ofrecía.

—No importa —dijo ignorando la mirada con la que claramente Leticia le estaba pidiendo que le dijera que no se había dormido casualmente, sino que había querido quedarse. Pero no lo hizo, aunque fuera la verdad. No obstante, algo más fuerte que su voluntad le hizo inclinarse sobre ella y besarla por última vez antes de levantarse. Y ese beso suave y dulce fue su perdición una vez más. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía la había abrazado y había girado para colocarse sobre ella y sus manos se desligaron de su voluntad para acariciarla y sus besos nublaron su razón y se encontró haciéndole el amor otra vez. No follando... haciendo el amor.

Cuando los dos, jadeantes, se dejaron caer sobre la almohada, susurró:

—¡Dios! ¿Qué me pasa contigo? Soy incapaz de controlarme cuando te tengo cerca. No era mi intención...

Los dedos de Leticia se posaron sobre sus labios pidiéndole silencio.

—Calla... no lo estropees. Te prometo olvidar que has dormido aquí, y también lo que acabas de hacer.

Oliver sacudió la cabeza pensando en que lo difícil iba a ser que lo olvidara él. Saltó de la cama y buscó los pantalones de pijama para ponérselos.

—Voy a darme una ducha. Probablemente mi hermana ya estará despierta.

Efectivamente, Eva salía del cuarto de baño justo en el momento en que Oliver abandonaba la habitación de Leticia. No dijo nada, solo levantó una ceja y se dirigió a la cocina. Él no dijo nada, agachó la cabeza como un crío cogido en falta y se metió en su cuarto para buscar la ropa antes de entrar en el baño.

Después, durante el desayuno, con los tres sentados a la mesa, la tensión flotaba en el ambiente, motivada sobre todo por el mutismo de Oliver. Él terminó de desayunar rápido y se fue, dejando a las dos amigas aún sentadas una frente a otra.

—Me sintió llorar de madrugada —dijo Leticia a modo de explicación—. Y vino a consolarme.

—Y por lo que veo te consoló bastante bien... —se rio Eva—. Lo he visto salir de tu habitación esta mañana.

—Sí. Se quedó dormido.

Eva sacudió la cabeza.

—Leti... ten cuidado, cariño. Creo que esto se te está yendo de las manos. Ya te lo has llevado a la cama como querías..., corta ahora. En la vida de mi hermano no hay sitio para una mujer y tú lo sabes.

Leticia sacudió la cabeza.

—Sí, claro que lo sé. Pero no puedo evitarlo. Y me temo que se me fue de las manos desde la primera vez que me acosté con él. Ya es tarde para dar marcha atrás, me temo que estoy enamorada.

—Ah, ah... Llevas enamorada de él toda tu vida.

—Me temo que esto es diferente. Antes solo quería que me viera guapa y se deslumbrara con mi nuevo aspecto y el cambio que había experimentado. Cuando vine y lo conocí en su faceta adulta pensaba en llevármelo a la cama y ahora..., ahora

quisiera gustarle aunque volviera a ser la Serpiente peluda. Ahora llevármelo a la cama no me basta. Cada vez que lo hacemos, quiero algo más. Y cada vez hay algo más y eso me asusta porque sé que está llegando al límite de lo que puede y quiere darme. Y me temo que cuando llegue a ese límite las cosas solo pueden ir hacia atrás. Me acabas de decir que no hay sitio en su vida para una mujer, y yo lo sé, me lo repito a cada momento, pero eso no consigue matar la esperanza. Este tonto corazón mío se alza con una tímida vocecita y me dice: «Y si...». Por mucho que la razón diga que es imposible, que él solo busca en mí sexo. Sexo y nada más. Pero hay ocasiones como anoche... Anoche no vino a mi habitación buscando sexo, de eso estoy segura. Vino a consolarme. No dijo nada, solo me abrazó mientras lloraba, durante mucho tiempo. Ya sabes que no soy llorona, pero anoche parecía como si todas las lágrimas que no he derramado en mi vida hubieran decidido salir a la vez. Y él solo me abrazó y me dejó llorar. El sexo vino después, y sin que lo pudiéramos evitar. Sin haberlo buscado ninguno de los dos. Y es que no lo podemos evitar, sentimos una fuerte atracción el uno hacia el otro. Quizá por su parte solo sea que me tiene cerca y que sabe que voy a responder a la menor insinuación. Y sé que tienes razón, que debería cortar esto ahora, que las cosas para mí solo pueden empeorar, pero no puedo hacerlo. Yo estaré ahí siempre que me busque porque estar con él es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Aunque solo sea un polvo rápido y se marche después.

—Anoche no se marchó —dijo Eva.

—Probablemente se quedó dormido, era muy tarde. Y tarde voy a llegar yo por mucho que corra... Dios, ya no llego. Me temo que me va a caer otra bronca. Pero hoy no me va a afectar, te lo aseguro. Y ningún cabronazo me va a meter mano. Al que lo haga le arrancaré los huevos. ¡Hoy voy a comerme el mundo! Porque esos salidos no van a poder conmigo. ¡Y el señor capitán Martín, tampoco! Cuando vuelva llamaré a mi madre y le explicaré por qué me quedo aquí. Con ella sí se puede hablar. Y luego, si no te importa pasar por el súper y traerme manzanas, creo que le voy a hacer a Oliver una tarta para la cena.

Eva levantó una ceja y sonrió.

—¿Para hacerte perdonar por habértelo follado anoche?

—Y esta mañana..., pero no —añadió—. Fue él quien empezó las dos veces, yo solo lo seguí. Pero mi madre siempre dice que la mejor forma de conquistar a un hombre es a través de su estómago, y por probar...

Eva soltó una carcajada.

—¡Esta es mi Leti! La que va a por todas y nunca se rinde.

Leticia saltó de la mesa cuando vio la hora en el pequeño reloj del horno.

—Dios, el tiempo vuela. Recogeré esto cuando regrese, ¿vale?

—No te preocupes, lo haré yo.

—Gracias.

Oliver entró en la oficina más temprano de lo habitual. Se había escapado de la mesa del desayuno en cuanto había podido, y nada más encerrarse en el despacho solitario, se había puesto a buscar una serie de información en el portátil, y también unos documentos en el archivador tradicional. Cuando llegó Félix, lo encontró enfrascado en el trabajo.

—¿Tú aquí a estas horas? ¿Qué tripa se te ha roto para dedicar la primera parte de la mañana al papeleo?

Oliver odiaba el papeleo y prefería mil veces el trabajo en la obra. De hecho siempre pasaba primero por la obra y hasta las once o las doce de la mañana no se daba una vuelta por la oficina para resolver los temas administrativos que habitualmente Félix había dejado sobre la mesa.

—Hay que meterle prisa a la constructora para que entregue los pisos ya.

Félix levantó una ceja tratando de averiguar el estado de ánimo y preguntó cauteloso:

—¿La empresa necesita el trabajo o el que no puedes aguantar eres tú?

—Soy yo. Tengo que mudarme cuanto antes.

Por mucho que intentó permanecer serio, no pudo evitar que se le escapara una sonrisita.

—Leticia otra vez, ¿eh?

—¡No me mires con ese aire de suficiencia!

—Hum, estamos de mal humor esta mañana...

—Yo no estoy de mal humor. Solo quiero dejar de vivir con dos mujeres que me están volviendo loco y mudarme a mi casa de una puta vez.

—La que te está volviendo loco es una sola. Deja a tu hermana fuera.

—Muy gracioso.

Félix se sentó en una silla frente a su amigo y se dispuso a actuar de psicólogo.

—Venga, suéltalo. Desahógate o el trabajo se resentirá durante todo el resto del día. ¿Qué ha sido ahora? ¿Ha roto algo? ¿Te ha estropeado alguna ropa? ¿Te ha vuelto a hacer pasar la noche en Urgencias? ¿O se ha metido en tu cama de nuevo? ¿Es eso, te ha pedido otra noche loca?

—Esta vez he sido yo el que se ha metido en su cama, sin que ella me lo pidiera; y no ha sido una noche loca... ha sido mucho peor. Ha sido una noche tierna.

Hizo una parada para que Félix expresara su opinión, pero este no dijo nada. Se limitó a tamborilear con los dedos sobre la mesa con un sonido irritante.

—Y lo que es peor —continuó Oliver, decidido a expresar su malestar y su disgusto por su propio comportamiento—, he dormido con ella toda la noche.

Se cubrió la cara con las manos por un momento, y luego levantó hacia su amigo una mirada cargada de desesperación.

—No podía despegarme de aquella cama. En vez de largarme en cuanto me desperté, esperé a que se despertara también ella y le hice el amor otra vez. ¡Y deja de hacer eso con los dedos, que me estás poniendo nervioso, joder!

Félix detuvo la mano y le preguntó:

—¿Y ella?

—Ella está encantada. Una vez me confesó que estaba loca por mí cuando era una cría, y yo creo que todavía queda algo de eso. Como mínimo hay una fuerte atracción sexual entre los dos. Y tengo miedo de que Leticia espere algo de mí..., algo que yo no puedo ni quiero darle. Por eso me repito una y otra vez que debo mantenerme lejos de su cama... pero no puedo. ¡No puedo, tío! Cada vez que llego a casa, aunque tenga puesta la ropa menos *sexy* del mundo, no puedo dejar de mirarle los pechos, el trasero... Casi nunca me atrevo a mirarla a los ojos porque tengo miedo de lo que pueda ver. Y tengo que confesar que ya llevaba muchos días buscando una excusa para ir a su habitación. Anoche tuvo un problema con su padre y la escuché llorar...

—Y eso te dio la excusa que estabas buscando.

—Sí, así es. Aunque me dije a mí mismo que solo quería consolarla, yo sabía que si entraba en esa habitación no iba a salir sin hacerle el amor. Es más fuerte que yo. No quiero hacerle daño, Félix, y sé que si esto continúa así se lo voy a hacer. Leticia es tan sensible, tan buena gente... Todo lo acepta, todo lo comprende. Mi hermana tiene razón en eso. ¡Es tan difícil hacerla enfadar! No quiero que llegue a hacerse ilusiones conmigo, pero no puedo mantenerme alejado de ella. Al menos mientras viva bajo el mismo techo y la vea todos los días.

—Oliver, ¿no te has planteado la idea de relajarte y dejar que las cosas ocurran como tengan que ocurrir? Es evidente que Leticia te gusta.

—¿Estás hablando de empezar una relación con ella?

—O por lo menos dejar abierta esa posibilidad.

—¡Jamás! Tú me conoces, sabes lo que pienso de eso. Nada de relaciones estables con una mujer.

—Todos decimos lo mismo hasta que llega una que nos hace cambiar de opinión.

—Si hubiera una, cosa que dudo, que me hiciera cambiar de opinión, esa no es Leticia.

—Bien, entonces está claro que tienes que salir de allí cuanto antes. Presionaré a la constructora para que entregue los pisos, al menos una fase. Aunque al tuyo todavía le quedan unas cuantas reformas.

—No importa, me meteré dentro como sea. El baño está terminado y la cocina también. El resto se hará conmigo dentro.

—De acuerdo. Con un poco de suerte quizás puedas mudarte antes de un mes.

—¡Un mes! ¿Sabes cuántas noches tiene eso?

Félix sonrió y se encogió de hombros.

—Tendrás que ser fuerte —dijo y salió del despacho. Cuando cerró la puerta a sus espaldas una sonrisa iluminó su cara de oreja a oreja, y no pudo evitar tararear algunos acordes de la marcha nupcial.

Capítulo 16

Después de la noche que habían pasado juntos, Oliver cambió. No solo él, sino también sus costumbres. Pasaba muy poco tiempo en la casa y con frecuencia regresaba después de la cena, sucio y con aspecto cansado. Se duchaba, comía lo que le hubieran dejado Leticia y Eva en la cocina y se iba a la cama sin cambiar con ellas más que unas cuantas palabras. Aquellas veladas en las que se sentaban los tres a charlar o ver una película pertenecían al pasado. También el verlo jugar a la «Play» durante horas, tumbado en el sofá.

En un par de ocasiones, Leticia le había hecho una tarta de manzana, y él se había limitado a darle las gracias. Tampoco reaccionaba cuando se encontraba la ropa lavada y planchada; se limitaba a decirle que no tenía por qué hacerlo y le daba las gracias.

Una noche, cuando ya habían pasado quince días, llegó a la hora de la cena y se sentó con ellas a la mesa. Hacía cuatro días que no habían compartido una comida y Leticia se sintió muy feliz de tenerlo allí. Pero apenas habían comenzado a comer, les dijo:

—Mañana me entregan oficialmente las llaves de mi piso.

Lo dijo sin darle demasiada importancia, pero Leticia sintió que se le caía el alma a los pies.

—¡Eso es estupendo, Oli! —dijo Eva.

—Sí que lo es. Por fin vais a libraros de este coñazo.

—No eres un coñazo, solo un poco desordenado.

—No sabéis cómo os agradezco que me hayáis ofrecido vuestra casa mientras me entregaban la mía.

—Ha sido un placer tenerte con nosotras —dijo Leticia.

—Gracias. Pero ya no os daré la lata en mucho tiempo. Me mudaré el fin de semana.

—¿Tan pronto? —no pudo evitar preguntar. Eva intervino, antes de que su amiga se pusiera demasiado en evidencia. Leticia se había puesto pálida, aunque trataba de disimularlo.

—No tengas prisa, tómate tu tiempo para acondicionarlo, comprar los muebles y todo lo que sea necesario.

—La mayor parte de las reformas están hechas, en eso hemos estado trabajando las últimas semanas fuera del horario de trabajo. La cocina viene amueblada, los armarios empotrados están terminados. Tengo la cama y en los días que faltan para el fin de semana puedo comprar lo más urgente. El resto ya lo iré poniendo tranquilamente. Es mejor estando dentro, así iré viendo lo que necesito día a día.

—Como quieras. Pero queremos que sepas que puedes quedarte aquí todo el

tiempo que desees.

—Gracias, pero comprende que esté deseando vivir en mi casa. Con vosotras estoy muy bien, pero tengo que reconocer que soy un solitario. Estoy lleno de manías y de costumbres peculiares, y no es justo que os las haga tragar a vosotras. Estaréis más a gusto cuando me vaya.

—No digas eso, te vamos a echar de menos, ¿verdad, Leti?

—Sí, mucho —dijo esta. De pronto la tortilla de patatas se le estaba haciendo incomible. Sentía un nudo en la garganta que le impedía tragar al comprender que todo iba a cambiar en cuatro días. Que no podría conseguir un acercamiento a base de tartas de manzana. Que él ya no volvería a aquella casa, ni existiría la posibilidad de que se deslizase durante la noche en su habitación y en su cama. Que para verle tendría que volver a perseguirle por las discotecas y los *pubs*.

Terminó de comer como pudo y se levantó para fregar los platos, que aquella noche le correspondía a ella.

Oliver también se levantó y se metió en su habitación a dormir.

Eva acompañó a su amiga a la cocina, consciente de cómo se sentía. Leticia fregaba los platos con la vista fija en la espuma que llenaba el fregadero.

—Leti... —dijo bajito para que su hermano no la oyese desde la habitación—. Sabías que esto iba a pasar, que Oliver no iba a quedarse aquí definitivamente.

—Sí, ya lo sé. Pero no esperaba que se fuera tan pronto. Pensaba que dispondría de un poco más de tiempo para conseguir que se interesara por mí. En fin... —Suspiró—. La casa no parecerá la misma sin él.

—¡Eh, que todavía quedo yo!

Leticia levantó por un momento la vista del plato que enjuagaba.

—Sí, pero tú no vas a deslizarte por la noche en mi habitación para hacerme el amor, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no, a mí eso no me va!

—No voy a volver a ver su cara malhumorada cuando derrame algo, ni escucharé sus gruñidos porque no me despierto a mi hora... Nunca más.

—Leti, que se va unas cuantas calles más allá, no al fin del mundo.

—Se va al fin del mundo y tú lo sabes tan bien como yo. Aunque viviera en la acera de enfrente. Cuando ya no esté bajo el mismo techo las cosas serán diferentes y las dos lo sabemos. Puedo parecer ingenua y tonta, pero no lo soy. Con estas prisas por marcharse no está haciendo más que poner tierra por medio. Después de la noche que durmió conmigo las cosas han cambiado, y él también. Ya apenas pasa en casa el tiempo suficiente para dormir y hasta evita comer con nosotras. ¿No te has dado cuenta?

Claro que Eva se había dado cuenta, pero había esperado que Leticia no.

—Esto se acaba, Eva. Oliver y yo volveremos a ser solo conocidos que se encuentran por casualidad en una discoteca o en el almuerzo en casa de tu madre.

—No digas eso, Leti; no te des por vencida. Todavía puedes caerte por las

escaleras de las discotecas y hacer que te lleve a Urgencias y ese tipo de cosas.

—No, si yo puedo evitarlo. Lo que siento por él ha cambiado y ya no quiero forzarle a hacer algo que no desea. Sabe dónde estoy, si me quiere que me busque. Pero no lo hará, me temo que tú y yo nunca seremos cuñadas.

Eva esbozó una sonrisa.

—¿Todavía quieres casarte con él? ¿Después de haberlo tenido en casa cuatro meses?

—Casarme me da igual, pero sí pasar con él el resto de mi vida, plancharle las camisas y hacerle tartas de manzana..., escucharle gruñir con mis torpezas y dormirme en sus brazos por las noches. Es demasiado, ¿verdad?

—Quizá para otro no, pero para mi hermano...

—Sí, él no quiere nada de eso. Supongo que debo conformarme con lo que he tenido estos meses. En realidad es mucho más de lo que siempre imaginé. Bueno, la gente no siempre consigue lo que quiere, ni siquiera las «serpientes peludas», pesadas y cabezotas —dijo terminando de colocar el último plato—. Anda, vamos a la cama. Ha sido un día difícil y no creo que mañana sea mejor.

Eva puso una mano en el brazo de su amiga.

—Leti, prométeme que no vas a meterte en la cama y hartarte de llorar.

—Claro que no. Oliver me escucharía desde su habitación y jamás le daré a un hombre la satisfacción de verme llorar por su culpa. Tengo una dura coraza con la que cubrirme para presentar una cara sonriente, por muy hecha polvo que esté.

—No sé cómo puedes...

—Tengo mucha práctica. Quédate tranquila, podré con esto.

—Ojalá yo pudiera ser tan dura como tú. Yo lloro siempre cuando me separo de Jaime, después de pasar un fin de semana juntos. Siempre vuelvo llorando en el autobús.

—Si yo tuviera la lágrima tan fácil como tú, Eva, me pasaría media vida llorando. Anda, vamos a la cama; mañana será otro día.

Durante los cuatro días siguientes, Oliver se dedicó a empaquetar sus ropas y los escasos objetos personales que había traído a casa de su hermana. Poco a poco la habitación que él ocupaba dejó de ser personal para convertirse en algo frío y sin vida. De pronto el suelo volvió a ser suelo, sin montones de carpetas apiladas ni rollos de planos por los rincones, o zapatos esparcidos por todos lados. Las sillas que se había ido llevando del salón a la habitación dejaron de tener ropa amontonada encima y la mesa donde solía colocar el portátil volvió a tener una superficie lisa y pulida de madera, en vez de montones de papeles, bolígrafos y todo tipo de objetos.

Cada vez que Leticia pasaba por la puerta abierta de la habitación y veía los cambios sentía una punzada de angustia, aunque su cara siguiera esbozando una sonrisa, su sonrisa habitual.

Cada vez que salía, Oliver se llevaba una o dos cajas y la última noche que pasó allí solo quedaba de él la ropa que llevaba puesta y algunos objetos de uso imprescindible. La tarde anterior, Leticia le había lavado y planchado la ropa que aún quedaba en la casa y se la había colocado en una bolsa de lona para que se la llevara. También le había preparado una tarta de manzana de postre. «La última», pensó mientras la sacaba del horno. Sería la última vez que le viera la expresión golosa con que solía comerla, como un crío que se deleita con algo exquisito.

Aquel viernes ninguno de ellos salió. Cenaron los tres y Eva y Leticia se habían esforzado en preparar una cena especial con la que despedirle. También se habían ofrecido a ayudarlo a instalarse y a limpiar el piso como él había hecho cuando ellas se mudaron, pero Oliver se había negado a aceptar su ofrecimiento. Ya había contratado a una mujer para que limpiase a fondo y prácticamente lo tenía todo colocado en los armarios y el frigorífico lleno, dijo. Tampoco las había invitado a conocer el piso, y Eva se lo recordó.

—Bueno, ¿cuándo nos vas a invitar a ver tu casa?

—Cuando esté acabada. Aún faltan muchas cosas. Entonces os invitaré a una cena en condiciones, como esta.

—¿Tú? —se burló su hermana—. A pan con chorizo, y eso si sabes cortar el chorizo, cosa que dudo.

—Existen restaurantes a los que encargar la comida, y pizzerías. Y siempre puedo pedirle a Félix que me eche una mano. Él cocina muy bien.

—Pues dile a esa señora que limpie también un poco antes de que nosotras vayamos. Me gustaría ver el suelo de tu casa antes de que se cubra por completo con papeles y prendas varias.

—¡Qué mala eres, Eva! No es para tanto.

—Si tú lo dices...

Leticia había asistido a la conversación de ambos hermanos en silencio. Aquella noche estaba inusualmente callada. Por mucho que se había dicho a sí misma que debía comportarse como siempre, no lo estaba consiguiendo. No dejaba de mirar a Oliver como si fuera a verle por última vez, tratando de grabar en su memoria cada gesto, cada línea de su cara. Comía en silencio casi sin darse cuenta de que estaba haciéndolo, con un nudo en la garganta que jamás admitiría ante nadie y las lágrimas justo detrás de los ojos. Lágrimas que no iba a permitir que salieran a la superficie. Nunca había llorado por un hombre y esa noche no iba a ser la primera vez.

Cuando la cena terminó y se repartieron generosamente la tarta de manzana, Eva se apresuró a marcharse a su habitación con la excusa de que Jaime debía de estar esperándola en el chat.

Leticia se levantó para recoger la mesa y contra su costumbre, Oliver le quitó el plato de las manos.

—Deja que lo haga yo. Después de la cena que me habéis preparado, lo menos que puedo hacer es fregar.

—¿Estás enfermo o qué? —dijo Leticia levantando hacia él unos ojos asombrados. Nunca en los cuatro meses y medio que llevaba viviendo allí había hecho una tarea doméstica que no le correspondiera, y para ello Eva había tenido que estar recordárselo a cada momento. Esa semana la tarea de fregar los platos por la noche le tocaba a Leticia y no esperaba ayuda por parte de él.

—Enfermo no, solo agradecido.

—¿Por la cena?

—Por todo.

—Podemos recoger entre los dos, así tardaremos menos.

—No, déjame a mí. Siéntate y ponte a ver la tele o vete a la cama. Déjame esto a mí, por favor. Es mi forma de agradecer todo lo que me has aguantado estos meses. Y toda la ropa que me has lavado y planchado. Aunque creas que no me he dado cuenta, sí lo he hecho. Hace un par de meses que la ropa aparece misteriosamente limpia y planchada en mi armario, y estoy seguro de que no ha sido cosa de Eva.

—Lo hacía a la par que con la mía, no ha supuesto ningún esfuerzo extra. Me gusta planchar.

—También están todas las tartas de manzana que he encontrado en el frigorífico. ¿Sabes? Una vez, creo que fue cuando te torciste el tobillo, le dije a Eva que la compadecía por tener que vivir contigo, y ella me dijo que eras una persona con la que era muy fácil convivir, y tenía razón. Me retracto de lo dicho.

—¿A pesar de que te despierte con el ruido de un televisor estrellado en el suelo o te vomite encima?

Él sonrió.

—Bueno, sí, también existe esa parte. Pero a pesar de eso he estado muy a gusto aquí con vosotras estos meses.

Leticia no pudo dejar de hacer constar:

—Nadie lo hubiera dicho estas últimas tres semanas.

Oliver se sintió pillado en falta y dijo encogiéndose de hombros:

—He estado muy ocupado con los arreglos de mi piso. Y muy cansado. No he tenido ni tiempo ni energías para hacer vida social.

—Sí, ya lo sé. Bueno, supongo que ya nos veremos por las discotecas si coincidimos alguna vez, o en los almuerzos en casa de tu madre.

—Por supuesto.

—Y si alguna vez necesitas una planchadora, una contable, o cualquier cosa que yo pueda hacer, por favor, llámame.

—Cuenta con ello —dijo, y ambos sabían que no lo haría.

Oliver se volvió hacia el fregadero dándole la espalda, y Leticia supo que estaba tratando de decirle que se fuera a la cama y lo dejara solo. Incapaz de encontrar una forma de prolongar la conversación, se retiró.

—Entonces, si tú te encargas de esto, me voy a la cama. Buenas noches.

—Hasta mañana —dijo él sin volverse.

Aquella noche Leticia no pudo dormir. Cada ruido de la casa o de la calle la hacía sobresaltarse pensando en que quizás él querría entrar en su habitación a despedirse, pero no fue así.

A pesar de haber dormido mal se levantó temprano para ver a Oliver antes de que se marchase.

También él se despertó pronto y después de desayunar se preparó para irse. Leticia se limitó a dar vueltas como una zombi por la casa, esperando..., esperando no sabía qué.

Minutos antes de que se fuera, Eva se acercó a su hermano y lo abrazó con fuerza.

—Muchas gracias, cariño —dijo él apretándola—. Ha sido toda una experiencia vivir con vosotras estos meses.

—¡Y que lo digas! Has tenido techo, comida, despertador y lavandería, amén de servicios varios, que incluyen sustos y sobresaltos. ¡No dirás que te has aburrido!

—En absoluto.

—Espero que no seas un gamberro olvidadizo, y vengas a vernos de vez en cuando. No hagas como cuando te fuiste de casa de mamá, que durante meses no aparecías ni por casualidad, hasta que te entró la nostalgia de comer bien y empezaste a venir los domingos. Si avisas, habrá tarta de manzana, ¿verdad, Leti?

—Por supuesto.

—Vendré, os lo prometo.

Se separó de su hermana y abrazó a Leticia. Eva salió de la habitación.

—Te vamos a echar de menos —dijo Leticia aguantando el tipo.

—También yo.

—Llámame si necesitas algo.

—También tú.

—¿Es lo único que sabes decir? También yo..., también tú...

—También sé decir gracias.

—Sí, ya... fregando los platos.

—Tengo que reconocer que tu forma es mucho mejor —añadió él, y agachando la cabeza la besó. Leticia esperaba cualquier cosa menos eso, sobre todo después de la frialdad de las últimas semanas. También él se sorprendió cuando se encontró besándola. No había querido hacerlo; de hecho se había prohibido a sí mismo hacerlo, pero contra su voluntad había buscado su boca. Por última vez, se dijo abandonándose al beso. Ella se lo merecía.

Después se separó bruscamente y recobró el control.

—Nos vemos. Ya os llamaré cuando la casa esté terminada. Os debo una cena.

—Yo pondré el postre —dijo Leticia. Y con todo el pesar de su corazón le vio marcharse. Eva apareció a su espalda y la palmeó amistosamente.

—¿Hace un chocolate caliente para las penas, o quizás mejor una copita de coñac?

Leticia se sobrepuso.

—¿Por qué no las dos cosas? Primero la copa y luego el chocolate.

Capítulo 17

El alivio que Oliver sintió al mudarse a su casa recién estrenada fue inmenso, pero adaptarse a volver a vivir solo no fue tan fácil como había esperado.

Cuando llegó al piso, limpio e impoluto, se dedicó a colocar y ordenar las cajas y bolsas de plástico que aún no había organizado. Sabía que si no lo hacía en aquel momento se quedarían así hasta que las fuera necesitando y las buscara por los distintos sitios. Porque tampoco las había guardado de forma ordenada. Se había limitado a meter cosas en las bolsas y cajas tal como las había ido encontrando, mezclando ropa interior con jerséis, CDs o libros. Había de todo en todas partes. Y se había prometido a sí mismo aprender de la casa de Eva y Leticia. Aquello de tener las cosas ordenadas tenía sus ventajas, aunque dudaba de que sus buenas intenciones durasen mucho. Pero se había propuesto entrar con buen pie.

Además, necesitaba mantenerse ocupado para no pensar en aquel último beso que no había querido dar, y que le había conmovido. En él había percibido la angustia de Leticia y no había podido evitar sentirse como un cabrón por no poderle dar lo que ella esperaba. Lo que ella quería. Sí, tenía que mantenerse ocupado para no percibir el silencio de aquel piso vacío, para no advertir que Leticia no estaba canturreando a su alrededor. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que ella canturreaba continuamente.

Colocó, guardó y ordenó como no lo había hecho nunca antes, y como si así pudiera escapar de sus pensamientos. Y del silencio. Llevaba viviendo solo más de tres años y por primera vez el silencio le abrumaba.

Cuando terminó eran casi las cinco de la tarde y se dio cuenta de que no había comido. Se dirigió al frigorífico y rebuscó entre lo que había comprado la tarde anterior y se preparó un bocadillo. No tenía ganas de hacer nada más, y tampoco de manchar aquella hermosa y nueva cocina. Después se sentó en el sofá y no sabiendo qué hacer, llamó a Félix para invitarlo a tomar una copa y estrenar la nueva casa. Después, aquella noche, ambos iban a ir a la discoteca a bailar hasta el amanecer y quizás a buscar a alguna chavala con la que pasar la noche. Alguien a quien llevar a su casa nueva.

Desde que estaba viviendo con Eva y Leticia no había llevado a nadie a su casa, de hecho solo se había acostado con una chica antes de enrollarse con Leticia, y habían ido a casa de ella. No le parecía bien llevar mujeres a casa de las chicas. Y después..., después no había habido ninguna otra más que Leticia. Pero aquella noche era libre por fin. E iba a celebrarlo llevando a su casa a una mujer. A alguna a la que pudiera echar inmediatamente después de correrse. Y volver a su vida de antes.

Pero no pudo hacerlo. Había muchas chicas en la discoteca aquella noche, pero ninguna le atrajo lo suficiente. Unas eran demasiado altas, otras demasiado bajas, o gordas, o delgadas. Lo cierto fue que después de tomarse unas cuantas copas para animarse más de la cuenta, Félix había tenido que llevarle a casa, solo y totalmente trompa y había caído pesadamente en la cama para levantarse al día siguiente con una resaca de campeonato.

A duras penas logró despertarse para ir a comer a casa de su madre. Y si lo hizo fue porque sabía que Esperanza se preocuparía de que en su primera noche solo, después de unos meses en casa de Eva, tuviera problemas para adaptarse. Su madre no entendía que nadie pudiera vivir solo por gusto.

Se dio una ducha y recordó que no debía dejar la ropa tirada en el suelo del cuarto de baño hasta tener suficiente para llenar una lavadora, como solía hacer antes de vivir con su hermana. Tomó nota mentalmente de que debía comprar un cesto donde guardarla. Después se preparó un café y se vistió para acudir al almuerzo dominical.

Cuando se presentó, ya Eva y Leticia estaban allí y su madre le besó y le miró.

—Veo que sigues viniendo con la ropa planchada.

—Aún no le ha dado tiempo a arrugar la que Leticia le planchó anteayer —dijo Eva sarcástica—, pero no te preocupes, todo llegará.

Oliver le lanzó una mirada fiera y no dijo nada.

—Una juerga padre para celebrar la casa, ¿no? —le susurró su hermana en un aparte, cuando su madre fue a la cocina un momento después, acompañada de Leticia.

—Nada de juerga, un par de copas —dijo irritado—. Y solo para celebrar que nadie va a interrumpir mi sueño arrancando percheros ni tirando televisores.

—¡Qué cabrón eres! Gracias a Dios que Leti no te ha escuchado, eso que has dicho le habría hecho daño.

—No estoy de humor para medir mis palabras, tengo una resaca de muerte. Y digo lo que pienso y siento.

—Creo que te equivocas, hermano. No es lo que piensas y sientes, sino lo que te gustaría pensar y sentir, que no es lo mismo; no te engañes.

—Ahora eres tú la cabrona.

—Debe venirme de familia.

El regreso de las otras mujeres desde la cocina puso fin a la conversación. Oliver se dedicó a comer en silencio y a disculparse y marcharse a continuación, como solía hacer con cierta frecuencia. Cuando se marchó, la mirada triste de Leticia le siguió hasta la puerta.

El mes que siguió no mejoró la situación de Oliver. La casa no terminaba de

resultarle acogedora hiciera lo que hiciese, ni pusiera lo que pusiese en ella. Ni muebles, ni lámparas, ni cortinas. Cuando llegaba por la noche la oscuridad y el silencio le hacían sentir una especie de desolación que nunca había sentido en ninguno de los dos pisos alquilados que había ocupado con anterioridad. Se dijo que era porque en aquel no había vivido nunca nadie y quizás en los anteriores quedaban restos de la vida de otras personas.

Pero cuando pensaba esto, se decía que era una chorrada, que él no creía en esas cosas, pero alguna explicación tenía que haber, aunque él no sabía cuál. Lo cierto era que no podía disfrutar de su casa como había esperado. Y tampoco podía disfrutar de los fines de semana como antes. Cada vez que entraba en un local paseaba la mirada a su alrededor temiendo encontrarse con Leticia en él. La mayoría de las veces ella no estaba y entonces intentaba buscar una chica con la que enrollarse, pero no lo conseguía. Quizás porque no podía relajarse y dejar de mirar por encima de su hombro, temiendo la posibilidad de que ella apareciera.

Al tercer sábado, al entrar en Embrujo, un local de copas en el que ya habían coincidido otras veces, la descubrió sentada a una mesa, en medio de un grupo numeroso de chicos y chicas. Nunca antes la había visto con otros hombres, solo con amigas.

—¡Mira quién está ahí! —dijo Félix señalándola.

—Ya la he visto.

—¿No vas a saludarla?

—No, si no es necesario.

—Una cosa es que te metas en su cama y otra que hagas como que ni siquiera la conoces.

—No voy a hacer como que no la conozco, pero si ella no se da cuenta de que estoy aquí, no es necesario que le hable. Si me ve, por supuesto que me acercaré.

—Sí que le tienes miedo, macho. Está con gente, no te va a meter mano. Y además, ¿no sientes curiosidad por saber cómo le va?

—Me enteraré mañana en casa de mi madre, ella también acude a las comidas familiares. Y mi madre preguntará exhaustivamente cómo nos va la vida a todos, desde el domingo pasado. Ya la conoces.

—Comprendo.

Se acomodó en la barra y se pidió un JB.

—Te recuerdo que hoy conduces tú.

—Solo voy a tomarme uno, y es temprano todavía. De aquí a que me vaya, se me habrá pasado el efecto.

—Si lo prefieres cambiamos el día y conduzco yo.

Con ceño hosco, replicó cortante.

—Te he dicho que solo voy a tomarme uno. Bebe lo que quieras, hoy te toca a ti.

Félix enarcó una ceja y dijo:

—Paga tu malhumor con el JB. Yo no tengo ganas de acabar a hostias contigo

esta noche; me voy a dar una vuelta.

—¿Y por qué íbamos a acabar a hostias? ¿Porque me estoy tomando un *whisky*? El que tenga que conducir no quiere decir que no pueda tomarme uno. Ambos lo hacemos a veces.

—No me refiero al *whisky*, sino a ella. Te ha sentado como tres patadas en los huevos encontrártela aquí esta noche. Pero podemos irnos, si quieres.

—Imaginaciones tuyas. Me importa un carajo que esté aquí esta noche. Y ninguna mujer va a hacer que me vaya de donde quiero estar.

—Por eso te largaste de su casa antes de tener tu piso terminado.

—Yo no quería estar allí, por eso me largué.

—Bien, perfecto. Si es aquí donde quieres estar, de acuerdo. Yo me voy a dar una vueltecita, a ver si encuentro rollo para esta noche; hace mucho que no duermo acompañado.

Félix se marchó y le dejó solo en la barra, mirando de reojo y disimuladamente hacia la mesa donde el nutrido grupo se reía a mandíbula batiente.

De pronto Leticia levantó la cabeza y le vio. Oliver fingía mirar hacia otro lado, pero el rabillo del ojo era muy traicionero y la vio levantarse de su sitio y dirigirse hacia él. Se preparó para saludarla de la forma más impersonal posible.

—¡Hola! —saludó Leticia alegremente cuando estuvo a su lado.

Él se giró haciéndose el sorprendido y sonrió.

—¡Vaya, qué sorpresa!

«¿Sorpresa? ¡Y un cuerno!», pensó ella, que le había visto observarla desde hacía rato.

—Hacía tiempo que no coincidíamos.

—Sí, es cierto. Yo no he salido mucho últimamente, estoy de exámenes y no puedo permitirme estar toda la noche del sábado despierta y el domingo grogui. Hoy estoy aquí porque hemos decidido darnos un respiro.

Al escuchar sus palabras, una alarma sonó en la mente de Oliver.

—¿Darnos?

—Mis compañeros de clase y yo. Estoy con ellos.

—¿Y Eva?

—En el chat.

—Hoy es sábado, creía que a eso dedicaba solo los viernes.

—Está cada vez más encoñada con Jaime. Él va a venir el fin de semana próximo.

—¿Y se quedará en casa? Quiero decir en vuestro piso.

—Ah, eso no lo sé; pregúntale a tu hermana.

—Lo decía porque ya tenéis libre la habitación que yo ocupaba.

Leticia soltó una carcajada.

—El día que tu hermana invite a Jaime a quedarse en nuestra casa, no lo va a mandar al cuarto de huéspedes, Oliver.

—¿Siguen manteniendo una relación pura y casta?

—No lo sé. No es asunto mío... ni tuyo.

—Es mi hermana —gruñó.

—¿Qué te pasa? ¿Estás de mal humor hoy?

—No especialmente.

—¿No?

—¡No, joder, no estoy de mal humor! Es que Félix se ha largado a buscar rollo y me ha dejado aquí tirado, solo y muerto de asco.

—Si quieres puedes venirte a nuestra mesa. Mis compañeros son muy enrollados y lo estamos pasando muy bien.

—Yo soy ya muy viejo para estar con un grupito de universitarios.

—Hay un par de ellos que son más viejos que tú.

—¡Estoy bien aquí! —gruñó otra vez.

—Bien, como quieras. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos. Serás bien recibido.

Leticia estuvo a punto de decir algo sobre su camisa arrugada, pero se lo pensó mejor. Por alguna razón Oliver estaba de muy mal humor aquella noche y no deseaba que acabara pagándolo con ella. Musitó una despedida y regresó junto a su grupo, y pasó el resto de la noche observándole y comprobando que no les quitaba los ojos de encima ni a ella, ni a su animado grupo.

Cuando se sintió cansada, se levantó y se despidió de sus compañeros. Salió esperando encontrar un taxi en la puerta, pero apenas hubo salido del local, una mano le sujetó el brazo. Oliver estaba a su lado.

—¿Ya te vas?

—Sí, iba a coger un taxi.

—Si quieres te llevo —dijo él sin saber por qué demonios se había levantado tan deprisa cuando la había visto salir y la había seguido. Tampoco sabía por qué había permanecido en el local, solo, después de que Félix hubiera ligado y se hubiera ido hacía más de una hora.

El corazón de Leticia brincó en el pecho con fuerza.

—Bueno, si no te causa demasiadas molestias... ya no vivimos tan cerca como antes.

—Da igual, en coche no hay nada lejos.

—En ese caso, acepto. Es mucho más agradable ir contigo que en un taxi.

Sintiendo que sus pulmones se ensanchaban por primera vez en muchos días, Oliver la precedió por la acera en dirección al monovolumen. Una vez en él, Leticia se quitó los altos tacones y puso los pies en el suelo.

—¿Te importa? —preguntó—. Me duelen los pies terriblemente.

—Claro que no. Considérate en tu casa, o mejor dicho, en tu coche.

—Gracias.

Al desviar la vista hacia sus pies, Oliver pudo ver sobre la mano derecha de Leticia un apósito cubriendo una buena parte de la misma. Cuando habían hablado un

rato antes le había pasado desapercibido. Al ver su mirada, la chica explicó.

—Me quemé la otra noche preparando la cena.

Él suspiró.

—¿No puedes poner más cuidado en lo que haces? Algún día vas a hacerte daño de verdad.

—Pongo cuidado, pero... no puedo evitarlo.

—¿Algún otro accidente desde que yo me mudé?

—Nada serio.

—Pero ha habido alguno...

Leticia se encogió de hombros sin decirle que desde que se había marchado se encontraba tan decaída y triste que apenas ponía atención a lo que hacía. No le habló del tramo de escaleras del trabajo por el que se había caído cuando intentaba llegar deprisa al supermercado antes de que cerraran, ni del golpe en la cabeza que se había dado con la puerta del mueble de la cocina y del terrible chichón que Eva había tenido que reducir con hielo.

—Ya te he dicho que nada serio.

—Cuéntamelo —dijo en un tono que no admitía réplica.

—Rodé unas escaleras, pero no me pasó nada. Un poco de *Trombicid* y listo. También un pequeño golpe en la cabeza que se solucionó con hielo.

—Dios mío, contigo no se gana para sustos.

—No te preocupes, he logrado sobrevivir a esos pequeños accidentes durante veinte años y seguiré haciéndolo. ¿Y a ti, cómo te va en tu piso?

—Muy bien. Es amplio, espacioso y cómodo.

—Y todo entero para ti.

—Sí, eso también.

—A mí no me gustaría vivir sola. Si algún día Eva se va a vivir con Jaime, yo tendré que buscar a alguien con quien compartir casa.

—¿Te da miedo?

—No; bueno, un poco las tormentas, pero no se trata de eso. Es que la sola idea de no poder hablar con nadie me abruma. El silencio de una casa solitaria... No creo que pueda con eso.

—Sí, el silencio es lo peor —admitió él.

Leticia lo miró sorprendida.

—Creí que era eso lo que tú buscabas.

—No exactamente. Lo que yo busco es poder tirarme en «mi sofá» cuando quiera y como quiera, comer lo que me apetezca y dormir.

—Sin que te despierte una tía borracha que ha arrancado un perchero —dijo Leticia comprensiva.

—Eso también. Pero lo peor de aquella noche no fue eso.

—No, claro, lo peor fue cuando te vomité encima.

—Tampoco.

—¡Dios! ¿Hubo algo más de lo que no me acuerdo? Si es así no me lo digas, ya me siento bastante mal con eso.

Él sonrió.

—Lo peor fue cuando tuve que quitarte el sujetador. Me restregaste los pechos por la cara.

—Eso no es tan malo. En otras ocasiones has sido tú el que ha restregado la cara por mis pechos —dijo haciendo por primera vez alusión a las noches que habían compartido.

—En esas ocasiones tú estabas consciente y de acuerdo y yo no sentía que me estaba aprovechando de una mujer borracha e indefensa.

—Nunca he estado indefensa, Oliver.

Habían llegado al portal de la chica y Oliver paró el coche en doble fila y apagó el motor. Pero no hizo el más mínimo gesto para abrir el seguro de la puerta y que Leticia pudiera bajar, sino que siguió charlando como si aún estuvieran circulando por las desiertas calles.

—¿Ah, no? ¿Y cuántas veces he tenido que curarte, que ayudarte a salir de una situación difícil?

—Que sea propensa a los accidentes no quiere decir que sea indefensa, al menos no en el sentido que tú lo has dicho antes. Y no puedo decir que lamente haberte puesto incómodo esa noche, si eso hizo que te fijaras en mis pechos.

—No hace falta verlos desnudos ni que te los restrieguen por la cara para fijarse en tus pechos. Aunque estuvieran debajo de un hábito de monja, atraerían todas las miradas masculinas.

—Gracias por el cumplido. No sabes lo que significa para alguien que durante mucho tiempo ha sido un patito feo, o mejor dicho, una «serpiente peluda», que alguien le diga eso.

—Te consta que hace mucho que dejaste de ser una «serpiente peluda» para convertirte en una mujer preciosa.

Leticia miró hacia el frente, a la calle apenas iluminada por las farolas.

—Durante años soñé con que algún día me dijeras eso. Pero en mis sueños siempre ocurría en una fiesta en la que coincidíamos, y ambos íbamos vestidos de horteras de los años cincuenta. Nunca pensé que sería en un coche aparcado en doble fila, a las cuatro de la madrugada, en una calle solitaria.

—¿Y qué más había en tus sueños? Si se puede preguntar.

—Bueno, tú me tomabas en tus brazos y me sacabas a bailar... Y éramos felices por siempre jamás. Ya sabes, todo ese tipo de cosas que se sueña a los trece o catorce años.

—¿Y nos íbamos a la cama?

—Entonces no nos íbamos a la cama, acabábamos ante un altar.

—Sin sexo previo.

—Sin sexo previo.

—Las cosas no han salido exactamente como soñabas.

—No, pero prefiero el cambio. La ropa de los años cincuenta es muy fea — bromeó.

Oliver no supo qué contestar, ni cómo seguir alargando la conversación. No había querido acompañarla a casa, y tampoco prolongar la charla, y mucho menos que el tema de la misma fuera aquel, pero estaba haciendo justo lo contrario de lo que quería. Su cuerpo y su voz habían tomado el mando sobre su mente y no hacía caso de la repetida voz interior que le decía que dijera adiós y se marchara cuanto antes de allí. Solo. En vez de eso se inclinó y la besó. Como un hambriento que no ha comido en mucho tiempo. Y la reacción de Leticia no ayudó en lo más mínimo. Los brazos de ella le rodearon el cuello, su boca se abrió, y su lengua buscó la de él, y la mente de Oliver y sus voces de advertencia quedaron totalmente anuladas. Las manos buscaron los botones de la blusa de Leticia y los desabrocharon con rapidez buscando los pechos, mientras el beso se volvía salvaje y frenético. No supo cómo se quitó el cinturón de seguridad ni cómo pasó por encima de la palanca de cambios para colocarse en el asiento del acompañante, ni siquiera cómo encontró un preservativo en el bolsillo de su pantalón. Lo único que supo fue que acabó con ella sentada encima, y haciendo al amor de forma salvaje y descontrolada en el coche aparcado en medio de la calle. Y que había tenido uno de los orgasmos más brutales de toda su vida.

Cuando el cuerpo de ella se desplomó temblando sobre su pecho, empezó a recobrar la lucidez y a maldecirse por su debilidad. La besó en el pelo, en la oreja y le susurró.

—Dios, no sé qué me pasa contigo... Mi voluntad se vuelve mantequilla cuando te tengo cerca. Esto no tenía que haber pasado...

Leticia se acurrucó contra él y dijo:

—Pero ha pasado. Ya no podemos cambiarlo. —Le mordisqueó el cuello y añadió —: ¿Quieres subir?

—¡No! —casi gritó—. Quiero decir, es mejor que no —añadió más suavemente.

Ella siguió tentándole:

—¿Ni siquiera un rato? Puedes irte antes de que te quedes dormido.

—No, pequeña... No estaría bien.

—Como quieras —dijo, pero no se movió. No hasta que él se revolvió inquieto en el asiento. Entonces se levantó y acomodándose la ropa se despidió.

—Hasta mañana.

Oliver sacudió la cabeza mientras se vestía a su vez.

—No creo que pueda ir a comer a casa de mi madre mañana. Tengo que acompañar a Félix a ver a un cliente de fuera de Granada y no creo que regresemos a tiempo para el almuerzo. Llamaré a mi madre para decírselo y ya me pasaré por allí otro día durante la semana.

Era una torpe mentira y ambos lo sabían.

—Bien, hasta la próxima entonces —dijo Leticia dándole un beso en la cara.

Él la agarró del brazo y susurró:

—Leticia... no habrá una próxima.

—Bueno, adiós entonces. Hasta que coincidamos otra vez en casa de tu madre.

La vio bajar del coche y entrar en el portal y arrancó como alma que lleva el diablo. Y volvió a sentir con más fuerza que nunca la opresión en el pecho que había sentido en las últimas semanas, y de la que se había librado por un rato.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gruñó mientras pisaba el acelerador a fondo por las solitarias calles granadinas—. Eres gilipollas, Oliver. No paras de cagarla una y otra vez. Nunca has sido un tío que piensa con la polla, ¿por qué ahora lo eres? Si sigues siendo tan estúpido vas a tener que dejar de salir los fines de semana. Tienes que solucionar esto, debe haber alguna forma —se dijo y se sintió más tranquilo. Ahora se iría a casa y se dormiría; y ya pensaría en ello mañana.

Capítulo 18

Cuando Eva se levantó, ya Leticia estaba despierta y desayunando, cosa rarísima un domingo, y mucho más después de haber salido el sábado por la noche.

—Vaya, veo que estás impaciente por volver a verle, ¿eh?

—Oliver no va a almorzar hoy en casa de tu madre.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él. Al parecer tiene trabajo.

—A mi madre no le va a gustar, también ella espera los domingos con impaciencia para estar con nosotros. ¿Le viste anoche?

—Sí. Coincidimos en un local de copas y luego me trajo a casa.

—Vaya...

—Nos lo hicimos en el coche, delante del portal.

Eva abrió mucho los ojos.

—¡Joder! ¿Y por qué no subisteis?

—No nos dio tiempo. Estábamos hablando y de repente se me arrojó encima y antes de que nos pudiéramos dar cuenta... Y menos mal que fue así, porque creo que si se lo hubiera pensado, no habría sucedido. Se arrepintió nada más terminar. Y no creo que tenga trabajo esta mañana, más bien creo que no quiere verme después de lo que pasó.

—Leti, ¿por qué le consientes que te acerque y te aleje como si fueras un yo-yo?

—No puedo evitarlo; le quiero. Y lo de anoche... Bueno, me ha hecho saber que me echa de menos, que aunque no quiera también se siente atraído por mí. Que no se acostaba conmigo cuando vivía aquí solo porque era lo que tenía más a mano. Anoche... parecía como si se estuviera muriendo de sed y yo fuera una jarra de agua.

—No te hagas demasiadas ilusiones; mi hermano es muy cabezota. Casi tanto como tú.

—No me quites esta pizca de esperanza, Eva. Cuando se marchó creí que todo había acabado, pero después de lo de anoche... Quizás con el tiempo...

Eva suspiró y dando media vuelta se preparó para ir a casa de su madre.

El miércoles a mediodía, mientras almorzaban, Leticia le dijo a su amiga:

—Oliver me ha mandado un mensaje hoy.

—¿Pidiéndote disculpas por acostarse contigo el sábado? Sería muy propio de él.

—No, me ha pedido que quedemos para tomar un café esta tarde.

—¿En serio?

—Sí, en una cafetería.

—Hum, eso es bueno, ¿no?

—No lo sé. El mensaje era un poco escueto, no puedo deducir de él si es bueno o malo. Mira —dijo cogiendo el móvil y mostrándoselo.

«¿Podemos tomar un café juntos esta tarde? Tenemos que hablar. ¿Te viene bien a las seis en la cafetería que hay en la esquina de vuestra calle? Si no es así, dime dónde y cuándo.»

—¿Qué opinas?

—No sé, Leti. Nunca antes te había citado, ¿verdad?

—No; las veces que nos hemos visto fuera de casa ha sido casualidad, o porque yo lo he provocado.

—¿Qué piensas tú?

—Me escama. Si se va a desplazar hasta la esquina, ¿por qué no venir a casa?

—Quizás no quiere que yo escuche lo que tiene que decirte. Quizás es algo íntimo y personal.

—No sé. Tengo miedo, Eva.

—Por lo menos sabes que no se te va a tirar encima y a echarte un polvo sobre la mesa de la cafetería.

—Eso es lo que me asusta, que me haya citado en un lugar público. Bueno, no falta mucho para las seis, pronto sabré qué quiere.

Aguardó hasta la hora de reunirse con él. Hacía años que no se sentía tan nerviosa, que no sentía ese nudo en el estómago, como si fuera una garra que lo oprimiese. A pesar de su aprensión, una cita con Oliver, era una cita con Oliver. Se duchó y se cambió de ropa, aunque no quiso arreglarse demasiado.

Esperó en casa, vestida y lista para salir, mirando nerviosa de una ventana a la otra, tratando de ver si el coche de Oliver estaba ya aparcado por los alrededores, pero no lo divisó. No quería llegar temprano; no quería demostrar lo impaciente que estaba. A las seis menos cinco se marchó, con el corazón latiéndole muy deprisa, y una máscara de indiferencia cubriéndole el rostro.

Oliver ya estaba en la cafetería, sentado solo en una mesa del fondo, ligeramente apartada. El local estaba casi vacío, no solía tener mucha clientela porque cerca había otra más grande y que además servía unos dulces exquisitos, mientras que esta solo tenía café.

Él se levantó al verla y le ofreció una silla a su lado.

—¿Qué quieres tomar?

—Un café con leche.

Se dirigió a la barra a buscarlo, y regresó poco después con una taza humeante en la mano. La cafetería no tenía servicio de camareros en las mesas, lo que garantizaba que nadie iba a interrumpir la conversación.

—Aquí solo sirven cafés —se disculpó él—. No tienen dulces.

—No te preocupes por mí, el goloso eres tú.

Leticia trató de descifrar la expresión de la cara de Oliver, pero no pudo. Lo único que pudo apreciar era que estaba muy serio y solícito. Demasiado. Removía inquieto

su café sin decidirse a beberse, y tampoco a hablar. Al fin la miró y dijo:

—Supongo que te estás preguntando por qué te he pedido que vengas hoy aquí.

Leticia se encogió levemente de hombros.

—La verdad es que sí. Tu mensaje no ha sido muy explícito. Y tampoco es habitual que me invites a café.

—Reconoce que después de lo que pasó el sábado tenemos que hablar.

—¿Qué pasó el sábado que no haya pasado antes? Nunca has sentido la necesidad de hablar de ello.

—Pero ahora sí, porque esto tiene que terminarse.

Leticia sintió una garra helada oprimiéndole el estómago.

—¿Qué tiene que terminarse?

—Esto nuestro. Esto de acostarnos, y luego olvidarlo... y volver a caer.

Leticia fingió indiferencia.

—A mí no me lo digas... Yo solo lo empecé una vez.

—Ya... ya sé que he sido yo. Mira, Leticia, voy a ser sincero contigo. No sé qué es lo que me está pasando, la verdad es que te deseo como nunca he deseado antes a ninguna mujer. Desde que volviste, pero sobre todo desde aquella noche que nos morreamos en el *pub*, ¿te acuerdas?

Ella asintió con la cabeza. Las palabras de Oliver sonaban muy mal y no quería que la voz traicionara lo angustiada que se sentía.

—Aquella noche fui capaz de controlarme, diciéndome a mí mismo que no podía liarme contigo porque eres amiga de mi hermana, casi un miembro más de mi familia.

—Sí, recuerdo que dijiste todo eso.

—Pero no me sirvió para nada, porque a la primera oportunidad me metí en tu cama. Y al parecer no consigo salir de ella. Creí que una vez que me acostara contigo, el deseo pasaría, pero no ha sido así. Y me siento como una puta mierda cada vez que me acuesto contigo, porque no puedo ofrecerte nada más.

Leticia respiró hondo.

—Yo nunca te he pedido nada más; no sé por qué crees que me lo debes.

—Porque te lo debo. Porque no eres una tía cualquiera que conozco en una discoteca y después de follarla me olvido. Porque tengo que seguir viéndote cada día... y porque siempre quiero más. Nunca antes había repetido con ninguna mujer. Tampoco me había quedado con ellas más que unos pocos minutos para recuperar las fuerzas. Jamás había hecho el amor con nadie más de una vez en una noche, y contigo parece que nunca es suficiente. Cuando me alejo de ti, parece como si se me desgarrara el alma. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, claro que lo entiendo. A mí...

—Sí, a ti te pasa lo mismo, lo sé. Por eso tenemos que cortar esto antes de que vaya más lejos.

—¿Por qué?

—Porque siento que podemos acabar enamorándonos.

—¿Y eso sería tan malo? —preguntó mirándole a los ojos.

—Para mí, sí —confesó sincero—. Para mí sería lo peor del mundo, porque yo siempre he querido vivir solo y sin responsabilidades. Amo mi libertad más de lo que amaré nunca a ninguna mujer. No quiero renunciar a una tía buena cuando se me presente la ocasión porque deba serle fiel a otra. No quiero tener que adaptar mi vida y mis horarios a otra persona, ni tener que agradecer que me planchen las camisas y me hagan tartas... Soy un cabrón egoísta, y quiero seguir siéndolo.

La respiración de Leticia se hizo más agitada, y esa fue la única reacción visible que se permitió ante las palabras de Oliver. El dolor lo guardó muy dentro y muy hondo, donde no pudiera salir a la superficie hasta que estuviera sola.

—No quiero una mujer en mi vida, y menos...

—Menos a la Serpiente peluda, ¿no? —lo interrumpió ella.

—No iba a decir eso. Iba a decir una por la que me tenga que preocupar todo el tiempo de si está bien o se ha lastimado, o tiene problemas. No quiero que me llamen al trabajo para decirme que estás herida o...

Leticia no le dejó terminar. Con una voz firme, que no sabía muy bien de dónde había salido, quizás del orgullo y de la práctica de levantar la cabeza cuando le hacían daño, dijo:

—Bien, pues tú me dirás qué puedo hacer para que no me saltes encima cada vez que me veas.

—Ahí está el problema, que te veo. Si no te viera...

—No puedo hacerme invisible, Oliver; eso está fuera de mi alcance.

—He estado pensando y creo que he encontrado la forma.

—Pues tú dirás —dijo apretando con fuerza las manos por debajo de la mesa.

—Creo que si nos ponemos de acuerdo y nos repartimos los locales para salir, podemos evitar volver a encontrarnos. Tú me dices los que más te gusten, y yo me limitaré a no ir a ellos.

—Salgo con gente, no siempre puedo decidir dónde vamos.

—Bien, entonces, el primero que llegue se queda y el que llegue después se va.

—De acuerdo. En principio la gente de mi facultad suele ir a Granada 10 y a El Desván. Les coge cerca de casa a la mayoría. Y ten por seguro que si un día entro en otro sitio en el que estés tú, daré media vuelta y me iré sin que siquiera me veas.

Oliver debió notar una nota falsa que se escapó de la voz fuerte y segura de Leticia, porque alargó una mano hacia la de ella. Pero antes de tocarla, se arrepintió y la retiró.

—No te enfades, Leti... Yo...

Era la primera vez que la llamaba así.

—No estoy enfadada.

—También he pensado cambiar el día que almuerzo en casa de mi madre. A partir de ahora iré los sábados.

Leticia negó levemente con la cabeza, ya recuperado el control de la voz.

—No hagas eso. Es la única ocasión en que tu madre ve juntos a sus hijos. Ese día ella recupera a su familia. Soy yo la que no pertenece a ella. También Eva espera el domingo para verte.

—Pero mi madre también te quiere mucho.

—Haremos una cosa. Tú vas a almorzar, y como siempre te marchas temprano, yo me acercaré a la hora de la merienda. Le diré a tu madre que salgo con un chico y que almuerzo con él, así no sospechará nada.

—Gracias.

—No hay de qué.

La miró a los ojos y le suplicó.

—No me guardes rencor... Es lo mejor. Yo no quiero hacerte daño, y creo que aún estoy a tiempo de evitarlo, ¿verdad?

Ella asintió. No quería seguir con aquella conversación, no quería seguir oyéndole excusarse. Dijera lo que dijera, solo iba a empeorarlo. Lo único que quería era marcharse de allí y estar sola.

Se tomó el café, ya frío, de un trago y dio por terminada la conversación.

—Bueno, si no tienes nada más que decirme, tengo mucho que hacer.

—Solo una cosa. Todas y cada una de las veces ha sido algo especial. Y tú también.

—Gracias. También para mí —dijo, y levantando la cabeza, cogió el bolso del respaldo de la silla y dando media vuelta se alejó sin despedirse y sin permitirse un solo momento de flaqueza.

Respirando hondo cruzó la calle y se dirigió hacia su casa, pero no entró. Pasó de largo y siguió caminando, tratando de serenarse y asimilar lo que Oliver acababa de proponerle, y también preparándose mentalmente para afrontar las preguntas de Eva. Por primera vez en su vida no tenía ganas de compartir con su amiga un mal momento. Sabía que si subía inmediatamente iba a hacer algo que no deseaba. Llorar. Necesitaba la calle y estar rodeada de gente para contener los impulsos de acurrucarse en un rincón del sofá y llorar hasta que todo el dolor y la angustia que sentía se marcharan. Pero no iba a hacerlo.

Caminó durante un buen rato, hasta que se sintió capaz de repetirle a su amiga sin desmoronarse lo que había hablado con Oliver, y volvió a casa. Era consciente de que Eva iba a ser mucho más dura que ella juzgando a su hermano y no tenía ganas de tener que defenderle, pero era algo que no podía rehuir. En el portal logró recuperar la expresión fría que había conseguido mantener durante toda la conversación con Oliver, y subió. Sin embargo, no pudo engañar a Eva. Nada más verla, le dijo:

—Veo que no son buenas noticias. ¿Qué quería?

—Que dejemos de vernos.

—No entiendo...

—Quiere que evitemos toda posibilidad de volver a coincidir, incluso en un sitio

público.

—¿Por qué?

—Porque dice que corre el riesgo de enamorarse de mí y no quiere hacerlo. Y como al parecer no puede controlarse cuando me ve, no quiere volver a verme. Para evitarlo se le ha ocurrido repartirnos las discotecas y locales de moda para no coincidir. También quería dejar de ir a comer a casa de tu madre los domingos.

Leticia lo soltó todo de un tirón, sin permitir que Eva hablara hasta escuchar la última palabra, pero esta no dijo nada, solo la miró con expresión incrédula. Leticia añadió:

—Como comprenderás, yo no puedo consentir que tu madre se quede sin veros a los dos los domingos, de modo que le he dicho que seré yo la que no vaya a las comidas dominicales. Me presentaré a la hora de la merienda, cuando ya se haya ido y no corra el menor riesgo de verme.

—¡Será cabrón! ¿Cómo ha podido decirte eso? Después de llevarse los cuatro meses que ha vivido aquí babeando detrás de ti. ¿Tú no le harás caso, verdad? Te presentarás dondequiera que esté deslumbrante y superatractiva para mostrarle lo que se está perdiendo. ¡Repartir los locales! Que se quede en casa si no quiere verte, el gilipollas.

—Eva, basta... Es tu hermano. Y en el fondo yo lo comprendo.

—¿Que lo comprendes?

—Sí. Quiere estar solo, no quiere una mujer en su vida y yo me empeñé en lo contrario. Le perseguí, le acosé, me lo llevé a la cama una y otra vez, a sabiendas de que él no quería.

—¡Y un cuerno no quería!

—El deseo era más fuerte que él, pero en el fondo no quería, Eva. Además, yo no soy una mujer como las demás. Vista desde fuera tengo que ser un auténtico incordio para todo el que esté cerca de mí. Solo me aguantas tú, con tu infinita paciencia.

Eva se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—No tengo infinita paciencia, cariño. Lo que pasa es que el resto del mundo es gilipollas y no sabe apreciarte, incluido ese imbécil hermano mío. Pero ¿sabes? Él se lo pierde. Algún día lo lamentará.

—Eh, ya basta o conseguirás hacerme llorar. Y nunca he llorado por un tío, no es cuestión de empezar ahora —dijo con la voz ya temblorosa por las lágrimas contenidas. Con un esfuerzo logró controlarlas.

—Bueno, ¿qué quieres para cenar? Hoy me toca cocinar a mí, Eva.

—Ni hablar, hoy no cocina nadie. Nos vamos a ir a un italiano a ponernos hasta el culo de Lambrusco, pasta, y dulces de esos que tienen un millón de calorías, pero que resucitan a un muerto. ¿Hace?

—Hace.

—Y mi mayor alegría en este momento es que uno que yo me sé, va a cenar un bocata o como mucho, una *pizza* congelada.

Capítulo 19

Sobre los consejos de Eva de que no le hiciera caso a Oliver y lo obligara a no salir él si no deseaba verla, Leticia estaba decidida a cumplir lo que habían acordado. Durante un mes se limitó a ir al bar de copas El Desván, con sus compañeros de clase, y no se presentaba en casa de Esperanza hasta pasadas las seis de la tarde, hora en que estaba segura de que Oliver ya se había marchado. Poco a poco había llegado a convencerse de que todo había acabado, de que Oliver ya estaba fuera de su vida, como cuando se marchó a Zaragoza, solo que esta vez no habría un después.

Cada noche se dormía con la camiseta puesta, y con los recuerdos también.

Los domingos, cuando llegaba a casa de Esperanza, todavía le parecía percibir en la vivienda la presencia del chico, y la mujer casi siempre hacía alusión a él durante el rato que Leticia estaba allí. También le preguntaba por aquel chico con el que supuestamente estaba saliendo y que le impedía acudir a los almuerzos. A Leticia le molestaba tener que mentirle, pero Esperanza jamás debía saber la verdad. Salía del paso como podía diciendo que solo era un buen amigo al que no podía ver en otro momento, pero la mujer ya la veía en el altar.

Aquel fin de semana, como los demás, se encontraba en El Desván con un nutrido grupo de amigos, cuando al levantar la vista el corazón se le paralizó de pronto. Oliver acababa de entrar, acompañado de aquella chica tan fea con la que ella le había estropeado un plan, al caerse por las escaleras de la discoteca. Esperó impasible a que él se fuera, al darse cuenta de su presencia, pero cuando sus miradas se cruzaron, él no dio media vuelta, sino que siguió avanzando hacia la barra. El único movimiento que hizo fue agarrar a la chica por la cintura.

Leticia sintió la punzada de los celos comérsela viva, pero se repuso y decidió que si él no iba a marcharse, ella tampoco. Se suponía que El Desván era territorio suyo, no de Oliver. Continuó charlando con el chico que se sentaba a su lado, pero sin poder evitar que la mirada se le escapase hacia la pareja que estaba en la barra.

«Vete, por favor, vete», suplicaba mentalmente. «Quedamos en que si uno llegaba a un lugar donde estuviera el otro, se iría. No quiero verte.»

Trató de olvidarse de ellos, pero no podía. De vez en cuando, y con más frecuencia de la que deseaba, su mirada se le escapaba hacia la barra.

Oliver parecía ignorar totalmente su presencia y charlaba con la chica en actitud íntima y amistosa. Leticia observaba como hipnotizada la mano de él sobre al brazo desnudo, y su mirada se demoró más de la cuenta, hasta que Oliver se percató de que los miraba. Por un momento sus ojos se encontraron, y los de él adquirieron un tono desafiante mientras se agachaba hacia aquella mujer y la besaba en la boca, con un

beso largo y profundo que le dolió a Leticia mucho más que cualquier otra cosa en su vida.

¿Por qué? ¿Por qué le hacía eso? Ella había respetado el acuerdo que él mismo había propuesto. ¿Por qué lo rompía y se presentaba allí y la obligaba a verlo con otra? Había aguantado el tipo todas aquellas semanas pero de pronto sintió que no podía más, que ese beso dado a bocajarro y con toda la intención de que ella lo viera, era más de lo que podía soportar y perdonar.

De pronto no le importó que él supiera cuánto la había herido, le daba igual el orgullo.

—Se acabó, Oliver —susurró para sí misma—. Y esta vez sí que es para siempre.

Se despidió de sus compañeros apresuradamente, sin que él hubiera terminado el beso y, sin mirar atrás, se levantó y se marchó.

No era tarde y se encontraba cerca de su casa, de modo que caminó hasta allí, necesitada del aire de la noche para no ahogarse. Sintió las lágrimas correr por su cara y no le importó que la vieran. De pronto, todo le daba igual.

Al sentir las llaves tan temprano, Eva le salió al encuentro. Se asustó al verla.

—¡Leti! ¿Qué te pasa?

Ella se encogió de hombros y susurró entrecortadamente.

—Se acabó... Esta vez se acabó... para siempre.

—¿Qué se acabó?

—Oliver.

—¿Le has visto? ¿Qué te ha hecho ahora?

—¿Qué más da? La gota que colmó el vaso. No vuelvas a hablar de él delante de mí, y si a mí se me ocurre mencionarlo, dame dos hostias, ¿quieres?

Como una tromba entró en su habitación y salió con la camiseta de él en la mano.

—Ten, haz con ella lo que quieras. Tírala, quémla o devuélvesela, yo no la quiero. No quiero nada que me lo recuerde.

—Por favor, Leti, cálmate. ¿Qué ha pasado? Nunca te había visto así antes. Por nada ni por nadie. ¿Qué ha hecho ese capullo?

—Me ha hecho daño a propósito.

Se sentó en el sofá y las lágrimas se convirtieron en sollozos incontrolados.

—Yo nunca le pedí nada, nunca le exigí nada, yo solo deseaba quererle. Le di lo que me solicitó sin pedirle nada a cambio. Sé que me crucé en su vida, pero ¿es eso tan malo? ¿Es motivo suficiente para que me quiera hacer daño?

Eva se había sentado a su lado.

—¿Pero qué te ha hecho? Mira que me lo cargo, aunque sea mi hermano.

—Entró en el local donde no tenía que estar, uno de los que me dejó a mí... Yo estaba con mis compañeros y él entró con aquella chica tan espantosa, pavoneándose para que yo lo viera. Todo el rato coqueteando con ella, y de pronto me miró, nuestros ojos se cruzaron y se inclinó para besarla. ¡Joder, un beso de los que hacen historia! Y sus ojos parecían decirme: «mira, mira..., no eres nada para mí... Ella...»

No pudo seguir porque los sollozos la ahogaban.

—¿Lo merezco? Dímelo sinceramente, Eva, ¿lo merezco? Yo estaba dispuesta a no verle más, a renunciar. Si yo hubiera seguido insistiendo quizás habría acabado por hacer que se enamorara de mí, pero acepté su decisión y renuncié. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué? ¿Es posible que me odie tanto? No puedo más, Eva, no puedo. No puedo seguir saliendo de noche si voy a encontrármelo cuando menos me lo espere con otra... si va a restregarme por las narices sus besos con otras, y quién sabe qué más.

Eva abrazó a su amiga sintiendo que las ganas de estrangular a su hermano se le estaban haciendo insoportables. Nunca en todos los años que llevaba siendo amiga de Leticia la había visto así por nadie.

Leticia lloró mucho aquella noche, casi hasta el amanecer. Luego pareció serenarse y se quedó dormida.

Eva acudió al almuerzo en casa de su madre llena de mala leche, pero Leticia le hizo prometer que no iba a hacerle a Oliver ningún comentario sobre lo ocurrido la noche anterior.

Estuvo allí el tiempo imprescindible y le dijo a su madre que Leticia no acudiría a merendar porque estaba fuera de Granada con aquel novio suyo. Miró la cara de Oliver cuando su madre se puso a hablar de aquel chico que había encandilado a Leticia, pero el rostro de su hermano había sido durante toda la comida una máscara imperturbable.

Cuando regresó a su casa, encontró a Leticia inmersa en Internet, buscando en páginas de la Junta de Andalucía.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Qué haces?

—Buscando un puesto de la Administración del Estado que pueda solicitar para irme de Granada.

—¡Leti!

—No, Eva, estoy decidida. He estado pensando mucho esta noche y también esta mañana. No voy a darle a tu hermano el gusto de verlo cómo se morrea con otras, después de que me dijera a mí que yo era algo especial, y las noches que ha pasado conmigo también. He decidido olvidarle y la única forma es alejarme de él y del entorno que compartimos. Cada vez que me acuesto en mi cama, que me siento en ese sofá y que me meto en esta cocina, vuelven a mi mente los recuerdos de los meses que compartí con él. No quiero recordarle, ni a él ni nada de lo que tuvimos. Si lo hago, le perdonaré y no quiero hacerlo. La única forma de olvidar a Oliver es estar enfadada con él. Y tengo que hacer esto mientras lo estoy porque si no, no seré capaz. Lo siento por ti, Eva, porque voy a dejarte tirada. Intentaré pagarte al menos una

parte del alquiler que te doy ahora, pero necesito alejarme de aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. Y no te preocupes por el alquiler, puedo mantenerlo sola, solo es cuestión de hacer economías. Pero dime que esto no es definitivo, que será solo por un tiempo... que volverás.

—Espero que sí. Cuando lo haya superado.

—¿Y has encontrado algo?

—Un par de cosas. Trataré de informarme mejor mañana. Hay una chica que tiene un embarazo difícil y ha tenido que pedir la baja al segundo mes. Lleva un puesto contable muy especializado que no todo el mundo puede cubrir. Al parecer tienen problemas para sustituirla. Podrían ser ocho meses de embarazo, más la baja maternal... quizás me convenga.

—¿Dónde?

—En Córdoba; lo suficientemente lejos.

—¡Ay, Leti, te voy a echar mucho de menos!

—Lo sé, yo también a ti.

—¿Por qué tienen que ser tan capullos los hombres?

Leticia se encogió de hombros.

—No quiero hablar de hombres.

—¿Te sientes mejor ahora que has decidido marcharte?

—No sé si me siento mejor o no, lo que sí sé es que estoy decidida a sacarlo de mi vida. Aunque me lleve otros siete años conseguirlo.

—¡Esa es mi Leti!

Capítulo 20

Leticia se marchó. Todo sucedió muy deprisa. Solicitó el puesto en Córdoba el lunes y fue aceptada de inmediato. La plaza necesitaba cubrirse con urgencia y no se lo pensó dos veces. Además de suponer un pequeño incremento económico debía realizar un trabajo mucho más interesante, y sobre todo ponía unos ochenta kilómetros entre Oliver y ella. Lo bastante lejos como para no tener que verlo y lo bastante cerca para que Eva pudiera ir algunos fines de semana.

El jefe de su nuevo departamento con el que había hablado por teléfono parecía un hombre joven y agradable, y se marchó pensando que quizás el cambio no fuera a ser tan malo, después de todo. Tal vez su trabajo y la relación con sus nuevos compañeros fuera mejor que la que dejaba en Granada.

Por Internet había localizado una pensión a buen precio en la que recibiría habitación además de comida. Estaba regentada por unas monjas seculares, y aunque Leticia no era religiosa y tampoco muy entusiasta de las monjas, tenía que reconocer que por regla general estas eran limpias y cocinaban bien. Eso le bastaría mientras encontraba otra cosa. Una vez en Córdoba buscaría algo pequeño para ella sola o quizás otra pensión mejor. No quería compartir piso con estudiantes, aunque tampoco le entusiasmaba la idea de vivir sola. Pero no era cosa de andar con prisas a la hora de decidir dónde vivir. La tarde anterior había ido a despedirse de Esperanza y le había hablado del trabajo como una gran oportunidad, en vez de la huida que en realidad era.

El miércoles, ayudada por Eva, hizo el equipaje y a media tarde cogió un tren que la llevaría a su nuevo destino.

No quiso que su amiga la acompañase a la estación, sino que como aquella otra vez que se marchó a Zaragoza, prefirió que todo fuera como un día más. La única diferencia de siete años atrás era que entonces tenía el firme convencimiento de que volvería para cumplir sus sueños y ahora ya no estaba tan segura. Tampoco tenía sueños que cumplir.

Cuando el tren se alejó de Granada, un nudo cada vez más grande se iba apoderando de su estómago y le oprimía la garganta, pero reprimió las lágrimas. No iba a volver a llorar por Oliver. Ni por nadie. Ni por nada. Ni siquiera por aquella madre a la que solo podía llamar por teléfono, cuando su padre no estaba en casa, o por aquella casa a la que tenía prohibida la entrada. Ella era fuerte, podía con todo. Era la Serpiente peluda y las serpientes peludas tienen la piel dura y el corazón de acero.

Cuando llegó a Córdoba, la pensión se le antojó de lo más cutre, después del piso

tan bonito que compartía con Eva, pero se obligó a apartar la vista de las paredes llenas de retratos de santos y de las oscuras escaleras por las que la precedía una mujer de mediana edad con todo el aspecto de alguien que acaba de colgar los hábitos.

Montó en el ascensor su maleta, había quedado con Eva en que ella le llevaría el resto de sus cosas el primer fin de semana que Jaime pasara en Granada en el coche de este, y subió las escaleras hasta el segundo piso. Avanzó por un oscuro pasillo donde había apenas tres o cuatro puertas. La mujer se detuvo en la 208, y cuando la abrió, Leticia tuvo que hacer un esfuerzo para no echar a correr y que su cara no dejara traslucir lo que sentía al ver la habitación.

No era grande, y la mayor parte la ocupaba una cama de matrimonio y dos mesillas de noche. Y en el angosto espacio que había entre la cama y la ventana, situada al fondo, había una mesa camilla cubierta por un paño de plástico de imitación a ganchillo y un jarrón de flores rosa, también de plástico. Junto a ella, y encajada en un estrecho espacio, apenas suficiente para sentarse, una mecedora con un espantoso tapizado negro con flores de múltiples colores, que sin embargo tenía pinta de ser muy cómoda. Todo del tipo de muebles que había estado de moda treinta años atrás.

—Ya sé que pidió una habitación individual, pero le hemos dado esta porque también dijo que quería una mesa y un baño. Las habitaciones individuales no tienen baño. Pero si lo prefiere, podemos cambiarla —dijo la mujer abriendo una puerta y mostrando un limpiísimo cuarto de baño decorado en tonos blancos y azules, con una espaciosa ducha, un lavabo enorme y con un espejo que ocupaba toda una pared. Indudablemente el baño era muy posterior al resto de la habitación.

—No, prefiero el baño.

—Si quiere bajar, le enseñaré el resto de las dependencias.

Salieron de la habitación y subieron una pequeña escalera que no había visto antes al pasar y entraron en una cocina moderna y totalmente amueblada, equipada con vitrocerámica, lavadora, microondas y un frigorífico enorme.

—Esta cocina está al servicio de los huéspedes, por si no quiere la comida de la pensión. También puede utilizar el frigorífico, siempre que identifique lo que meta en él con su nombre y número de habitación. Aquí al lado hay un comedor —dijo señalando una puerta en la que había varias mesas y sillas. También había una sala de estar con una televisión y tres mullidos sofás de color rojo oscuro.

Todo estaba escrupulosamente limpio y Leticia se dijo que todo eso muy bien podía perdonar la fealdad de la habitación.

Regresó a recoger las maletas del ascensor y se dirigió a su habitación de nuevo. Lo primero que hizo fue guardar en el fondo del armario el espantoso centro de flores de plástico y el mantel de imitación a ganchillo y se sintió mejor.

También hizo lo mismo con las dos fotos de santos que adornaban la cabecera de la cama y se dispuso a deshacer el equipaje. En la pequeña estancia no se podía

mover con la maleta en medio. Después llamó a Eva y le mintió descaradamente sobre la habitación.

—Está bien —le dijo—. Es pequeña pero limpia y acogedora, y la monja que lo regenta, muy amable. —Y en eso no mentía.

Dedicó la tarde a hacer una pequeña compra que guardó en el frigorífico casi vacío. Además se hizo con una pequeña nevera de playa que podía enchufar a la red para tener en su habitación un par de cosas que consideró necesarias. Entre ellas, chocolate para combatir las depresiones y los bajones que sabía que vendrían, y también algo de alcohol, que no deseaba tener a la vista de las monjas.

El trabajo resultó mejor. Cuando se incorporó al día siguiente, la ubicaron en una sección llena de gente joven para variar, y su jefe inmediato era un hombre muy agradable de no más de treinta años, que le estrechó la mano con cordialidad y se sentó con ella a su mesa, para mostrarle personalmente sus tareas. Esto suponía todo un mundo de diferencia con lo que había dejado en Granada, y Leticia se juró a sí misma que iba a poner los cinco sentidos en aquel trabajo, que no lo iba a estropear con ningún despiste y que la Serpiente peluda iba a quedar enterrada en el pasado para siempre.

Oliver dedicó todo su tiempo libre y sus energías a terminar su casa. Primero acabó las obras, ayudando personalmente al empleado de su cuadrilla que había destinado para ello, y después a pintar, amueblar y decorar. Pero por mucho que lo intentó no pudo darle el aspecto hogareño y acogedor que habían conseguido Eva y Leticia con unos pocos muebles baratos.

Se dijo que era el desorden lo que lo hacía sentir tan incómodo en su propia casa y se esforzó en colgar la ropa en los armarios y en mantener los papeles dentro de la habitación que había destinado a despacho, pero aun así cada vez que se sentaba en el salón, en el cómodo y carísimo sofá, parecía como si algo le pinchara y apagaba la televisión o el equipo de música, y acababa por irse a la calle o simplemente se echaba a dormir. O al menos lo intentaba. Cada vez que se metía en la cama, solo, porque no había logrado enrollarse con ninguna mujer después de Leticia, ni siquiera con Pilar la noche que fue a El Desván. Después de haberla besado y de haber intentado excitarse con ella no lo había conseguido y se había fingido enfermo para mandarla a casa sin que se sintiera ofendida.

Cuando se metía en la cama, los recuerdos se apoderaban de él y añoraba el cuerpo cálido y suave de Leticia entre sus brazos, tal como lo había tenido la noche que durmió con ella.

Tampoco podía olvidar la expresión de dolor que había visto en sus ojos cuando lo vio con Pilar.

No sabía qué le había pasado aquella noche. Había coincidido con Pilar en otro local y cuando ella propuso ir a El Desván, él sabía que Leticia probablemente estaría allí, pero no se negó.

Cuando llegó, se sentía enfadado e irritado, porque a pesar de que ella hubiera desaparecido totalmente de su entorno tal como le había pedido, no conseguía quitársela de la cabeza, y la posibilidad de verla aunque solo fueran unos minutos y de lejos, había podido más que él. Y al verla el corazón empezó a latirle con violencia y las ganas de mandar a Pilar al diablo y dirigirse hacia Leticia, llevarla a un rincón apartado y abrazarla y besarla, se le hicieron tan insoportables que se enfadó consigo mismo y con ella, por provocarle ese deseo tan desesperado y tan imposible de dominar. Por estar tan bonita, por atraerle como jamás le había atraído ninguna mujer. Y a su mente vino una noche en la que sentado solo en su casa nueva y perfecta, se la imaginó a su lado en aquel sofá viendo una película y compartiendo una copa como habían hecho la noche de la tormenta.

Y la odió, la odió por hacerle sentir todo aquello y deseó hacerle daño, por el que ella le estaba haciendo a él. Por hacerle desear cosas de las que siempre había tratado de huir. Y se dijo que si la enfadaba lo suficiente sería ella la que lo alejaría, aunque él no tuviera la voluntad suficiente para hacerlo.

Por eso, cuando sus ojos se encontraron y Oliver vio en los de Leticia la pena de verle con otra, supo que esa era la única forma de no correr esa noche hacia ella y ofrecerle desde su casa hasta su vida. Le dedicó la mejor mirada que pudo fingir de «mira cómo paso de ti» y «no me importas una mierda», y se inclinó y besó a Pilar. La besó como quería besarla a ella. Cuando volvió los ojos hacia Leticia, ya no la encontró en el local. Y no había vuelto a verla.

Al día siguiente se había encontrado con la mirada acusadora de Eva, pero no le había dicho nada.

Durante tres semanas había logrado mantenerse apartado de El Desván y de Granada 10, aunque intuía que Leticia ya no iba por allí. Buscaba en los ojos de su hermana algún indicio, pero esta mantenía un mutismo que lo desconcertaba. Leticia jamás salía en la conversación. Él ignoraba si todavía iba los domingos por la tarde a tomar el café a casa de su madre.

A veces se demoraba un poco, aunque solo para saber si ella acudiría, pero como un maldito cobarde, se iba justo antes de la hora, a pesar de estar seguro de que ella no iba a perdonarle lo de Pilar.

Félix se burlaba de él cada vez que miraba a su alrededor al entrar en un local, e incluso había llegado a preguntarle si quería que él entrase primero para comprobar si Leticia estaba dentro. Él solía responder que le daba lo mismo que estuviera o no, pero no era cierto. Y a pesar de que estaba seguro de que no quería verla, lo cierto era que cuando entraba en un local donde ella no estaba, sentía un vacío que no le permitía permanecer mucho tiempo en él. Pero todo eso pasaría, estaba seguro. Solo era cuestión de tiempo.

Un mes y medio después de la noche de El Desván, cuando estaban comiendo en casa de Esperanza, esta le preguntó a Eva.

—¿Cómo le va a Leticia en su nuevo trabajo?

—Muy bien —dijo esta escueta y preparada para cortar cualquier información que su madre pudiera dar sobre el paradero de su amiga.

Oliver levantó la cabeza bruscamente y preguntó contra su voluntad.

—¿Leticia ha cambiado de trabajo?

—¿No lo sabías? —preguntó su madre—. Pidió el traslado y se ha marchado a...

Eva intervino rápida.

—A otra ciudad. Ya no está en Granada.

—¿Y eso? —se escuchó preguntar con voz extraña y un nudo de culpabilidad en la garganta—. Creía que toda su vida había deseado vivir contigo aquí.

Eva se encogió de hombros.

—En el trabajo le estaban amargando la vida todos aquellos cabrones intentando meterle mano... Así que cuando surgió un puesto vacante, en otro sitio, lo aprovechó. Y ahora está de puta madre. La valoran y aprecian su capacidad. Su jefe es un tío joven y está encantado con ella. Le da trabajos de responsabilidad y está haciéndole recobrar la confianza en sí misma que todos en Granada intentaban tirarle por tierra.

—No sabía que la acosaban habitualmente. Creía que aquel día había sido un hecho aislado y que ella había logrado pararle los pies al capullo. Nunca me habló de ello.

—No es algo que se le cuente a un compañero de piso. Solo a los amigos íntimos —dijo Eva mordaz, y cambió de conversación—. ¿Cómo va tu casa?

—Prácticamente terminada. Solo me quedan algunos detalles que no corren ninguna prisa. ¿Cuándo vas a ir a verla?

—Cuando tú me invites. No se me ocurriría presentarme de improviso, con lo celoso que eres de tu intimidad y tu soledad.

—Por Dios, Eva, puedes ir a mi casa cuando quieras. Siempre serás bienvenida.

—Sí, supongo que ahora sí. Quiero decir, ahora que ya está terminada.

Durante el resto de la comida se habló de la casa de Oliver y de otras trivialidades, pero él no había dado el asunto por zanjado; quería saber más de la partida de Leticia. Tenía que hablar con su hermana y, a diferencia de lo que siempre hacía, no se marchó después de comer. No tenía ninguna prisa, ahora que sabía que Leticia no iba a aparecer de un momento a otro. Cuando Eva se levantó para marcharse, se ofreció a llevarla a casa. Nada más entrar en el coche y como Eva esperaba, le preguntó:

—¿Por qué no me habías dicho que Leticia se ha marchado?

—Porque no pensé que te interesara.

—Claro que me interesa. Yo...

—Quieres estar seguro de que no te la vas a encontrar en ningún sitio. Pues bien,

ya lo sabes. Puedes ir a todas las discotecas que quieras y con quien quieras, que no te la vas a volver a encontrar. Se ha largado y no quiere ni volver a oír tu nombre. Incluso se ha cambiado el número del móvil y no ha incluido el tuyo en la nueva agenda. Así que puedes estar tranquilo, ni vas a volver a verla, ni te va a llamar, ni te causará ninguna preocupación en el futuro. Y ya me encargaré de decirle a mamá que no vuelva a mencionar su nombre en las comidas de los domingos.

—Se ha ido por mi culpa, ¿verdad?

—Se ha ido porque la estaba puteando todo bicho viviente, incluido tú. ¡Y ahora está del carajo! Y ya que me has acompañado a casa y has preguntado por ella, tengo una cosa para ti.

—¿Algo que me dejé olvidado, quizás?

—No, algo que me dio Leticia antes de irse. Dijo que dejaba a mi criterio si te lo daba o no, pero ahora que has preguntado, creo que debes tenerla.

—¿Una carta?

—Sí, si sabes leerla.

Intrigado, Oliver aparcó la furgoneta y siguió a su hermana hasta su casa. No había estado allí desde que se mudó y los recuerdos le asaltaron con fuerza. Aún le parecía ver a Leticia arrastrándose por el pasillo con el perchero colgado del brazo o el olor de las tartas de manzana recién hechas con que ella solía sorprenderlo. Sintió un nudo en la garganta y su voluntad flaqueó. Temía lo que Leticia pudiera haberle escrito, temía sus palabras y sus reproches. Pero Eva entró en su habitación y regresó no con un papel sino con una prenda arrugada en la mano. Una prenda que él reconoció al instante y que le dolió mucho más que un montón de reproches.

Eva le tendió la camiseta que Leticia se había llevado de su habitación muchos años atrás.

—Toma, dijo que te la devolviera o que la quemara, pero que ella no quería llevarla más.

Oliver la cogió con ambas manos y no pudo evitar acariciar la tela suave, como la había acariciado cuando Leticia la llevaba puesta, y casi le pareció sentir sus pechos bajo los dedos. Miró la prenda desolado, sintiendo lo definitivo de la situación.

—No la mires como si fuera el fin del mundo; eres tú quien lo ha querido así.

—Yo... preferiría que la tuviera ella. ¿No podrías pedirle que se la quede?

—No, Oliver. El hecho de que se haya desprendido de ella significa lo firme de su decisión de olvidarse de ti y de sacarte de su vida. Y cuando Leticia toma una decisión, la cumple aunque se deje la piel a tiras.

Eva clavó la vista en la camiseta que Oliver estrujaba con manos temblorosas.

—No tienes ni idea de cómo Leticia quería esa camiseta, de lo que significaba para ella. La cuidaba, la mimaba como si fueras tú. La lavaba a mano, la estiraba para no tener que plancharla y que se estropease y que yo sepa nunca, ni una sola noche durmió sin ella. En invierno, en las noches frías se la ponía debajo del pijama. Decía que era como si durmiera contigo, que la camiseta le daba lo que no le dabas tú.

Oliver hizo un esfuerzo por no derrumbarse.

—Piensas que soy un cabrón, ¿verdad? —preguntó con voz apagada.

—En su momento lo pensé, pero ahora ya no. Ahora pienso que eres un tonto y que te vas a arrepentir toda tu vida de haberla dejado marchar. Ninguna otra que conozcas en el futuro va a quererte como ella. Pero es tu vida y no soy yo quien tiene que decirte cómo vivirla, ni con quién. Lo que sí voy a decirte, a pesar de que le prometí a Leticia que no te diría una palabra, es que fue una cabronada por tu parte obligarla a ver cómo te liabas con otra. ¿Era eso necesario? ¿No te bastaba con haberle dicho que no querías volver a verla, obligarla a recluirse en uno o dos locales para que no se cruzara contigo? ¿Quitarle que comiera en casa de mamá los domingos? ¿No era suficiente putada decirle que no querías a alguien como ella en tu vida? ¡Como si tú fueras perfecto! ¡Como si resultara agradable vivir contigo, siempre gruñendo, siempre protestando por todo! ¿Tenías que ir a un sitio donde se suponía que no debías estar, con otra tía y además besarla delante de ella? ¿No podías esperar hasta estar en otro lugar? No puedes imaginar cómo llegó a casa, fue un milagro que no le hubiera ocurrido algo por el camino. Yo la conozco desde hace quince años y jamás la había visto así, y te aseguro que la vida y la gente le ha hecho cosas a Leti, ¿eh? Cosas que no se merece, joder. Porque no conozco a nadie más bueno ni más noble que ella. Siempre disculpando a todos los que le hacen la vida imposible, siempre echándose ella la culpa de todo. Todo el tiempo haciendo cosas por los demás, para hacernos la vida más cómoda y más fácil sin pedir nada a cambio. Y el resto del mundo, tú también, capullo, solo ve sus torpezas y sus despistes. ¿A que te acuerdas de la noche que se emborrachó y tiró el perchero? ¿Y de cuando tiró el televisor? Que por cierto luego compró otro mucho más bueno y más caro. Pero no veías cómo te planchaba las camisas...

—Claro que lo veía, ¿crees que soy ciego? Estaban planchadas y no lo hacía yo. No creo en los duendes.

—Sí, pero ¿a que no sabías que a veces te volvía a lavar la ropa porque tú le dejabas la mitad de las manchas? ¿Te dabas cuenta de que se dejaba las manos restregando los bajos de tus pantalones para quitarles el barro seco de las obras? ¿Te dabas cuenta alguna vez de que volvía a hacer tu cama, que te limitabas a estirar por encima? ¿No te dabas cuenta de que últimamente nunca se te salían los pies por debajo de las sábanas?

Él sacudió la cabeza.

—No, la verdad es que no.

—Pues todo eso hacía Leti, y muchas cosas más de las que no me acuerdo. Ella iba detrás de ti todo el tiempo, llenando tu vida de pequeños detalles, que tú ni siquiera veías, y si los veías ni siquiera los mencionabas, capullo. Solo lo malo, solo las torpezas.

Oliver no respondió, agachó la cabeza avergonzado y solo dijo:

—Cuando hables con ella, ¿querrías pedirle perdón en mi nombre?

—No, no voy a pedirle que te perdone porque es tan imbécil que lo hará, y yo lo que quiero es que siga enfadada contigo y te olvide de una vez. Porque tú no estás dispuesto a dejar que forme parte de tu vida, ¿verdad?

Oliver sacudió la cabeza.

—Yo no quiero una pareja, una mujer en mi vida. Ninguna mujer.

—Eso es una chorrada. Algún día te sentirás solo y llegará una arpía que se colará en tu vida y te hará recordar con nostalgia a la dulce Leti. Pero en fin, allá tú. Si no estás dispuesto a cambiar de opinión, deja las cosas como están y permítele que te olvide. Lo conseguiré, aunque le lleve otros siete años; jamás he visto a nadie más tenaz cuando se propone algo. Ojalá encuentre a alguien allí donde está que la sepa apreciar y la haga feliz, aunque nunca vuelva a Granada y yo no la vea más que de visita.

—De acuerdo, no le digas nada —dijo Oliver con voz triste—, pero me gustaría que me cuentes cómo le va. Quiero saber que está bien.

—Cuando quieras saber de ella, pregunta y yo te responderé. Pero no voy a ir contándote su vida. Solo te hablaré de su salud.

—De acuerdo.

—Y lamento haberte echado este sermón, pero si no te lo digo, reviento.

—Yo no quería hacerle daño, pero se lo he hecho, ¿verdad?

—Sí, Oli, se lo has hecho.

—Espero que algún día me perdone. Ve a verla con frecuencia, Eva, y asegúrate de que está bien. Si no tienes dinero yo te pagaré los viajes. Es tan vulnerable...

—¿Por qué no usas la palabra que has usado siempre?: torpe.

—No me refiero a sus torpezas sino a otra cosa. Me refiero a que cualquiera puede hacerle daño.

—Leti es más fuerte de lo que parece, y en contra de lo que tú puedes pensar, sabe cuidarse. Y si no, ya es hora de que aprenda. ¿Qué vas a hacer con la camiseta? —preguntó viendo cómo Oliver la retorció entre las manos—. ¿La quieres o la quemamos?

—No, no la quemamos, yo me la llevo. Y ahora, tengo que irme.

—Adiós. Y perdona el tirón de orejas, pero te lo mereces.

—Sí que me lo merezco, sí.

Se agachó a besar a su hermana y luego se marchó. Había quedado con Félix, pero se marchó a su casa y lo llamó para anular la cita. No tenía ánimos para salir, se sentía como un montón de mierda, ni siquiera tenía ganas de aguantarse a sí mismo.

Llegó a su casa y la incomodidad volvió a apoderarse de él, pero en esta ocasión sabía que salir a la calle no iba a hacerle sentir mejor. Esta noche nada podía hacerle sentir mejor. De hecho, nunca se había sentido tan mal en toda su vida. Tenía lo que quería. Leticia había desaparecido de su vida para siempre, ya no corría el riesgo de encontrarse con ella una noche, ya no tenía que temer perder el control y volver a hacerle el amor con el consiguiente riesgo para su estabilidad emocional; ya no tenía

nada que temer de ella, ni siquiera tenía que tomar la decisión de mantenerse lejos y apartado.

Ella se lo había puesto fácil una vez más. No sabía dónde estaba, ni cómo localizarla y aunque se lo preguntara a Eva, esta no se lo diría. Sí, Leticia le había ayudado también en esto. ¿Por qué entonces esa angustia tan fuerte que le oprimía el pecho y hacía que le costara respirar?

Fue al mueble y sacó una botella de JB que aún no había abierto y cogió un vaso. Regresó al sofá y se sirvió una copa, tratando de ensanchar sus pulmones, y luego otra, y otra, y otra...

No se levantó para meterse en la cama, ni escuchó el despertador cuando sonó por la mañana, ni tampoco el móvil cuando Félix lo llamó preocupado porque no había ido al trabajo.

Cuando este, después de llamarle muchas veces sin resultado se presentó en casa de su amigo, tampoco escuchó el timbre de la puerta. Realmente alarmado, después de comprobar que el coche estaba aparcado en la puerta, abrió con la llave de repuesto que Oliver le había dado para emergencias, y le encontró tirado en el sofá, con una botella de *whisky* vacía sobre la mesa, un vaso en el que aún quedaba un par de centímetros de líquido, y una camiseta vieja y arrugada, abrazada como si fuera alguien muy querido.

Capítulo 21

Durante cinco meses, tanto Leticia como Oliver intentaron olvidarse el uno al otro sin conseguirlo. Ella se acopló en el equipo de trabajo como nunca lo había hecho antes, en ningún otro sitio. Emilio, su jefe, un hombre agradable, había congeniado inmediatamente con ella y le estaba haciendo la vida muy fácil en su departamento. Acostumbrada como estaba a encajar todos los marrones, y al acoso, a Leticia le resultaba muy relajante trabajar en un ambiente distendido y sentir que su trabajo y su esfuerzo eran apreciados, además de contar con la ayuda de todos sus compañeros para integrarse. Y quizás un poquito favorecida por su superior.

Arropada por el entorno, había cometido muy pocos errores y estaba segura de que nadie la consideraba torpe. De hecho, Emilio había descubierto su increíble capacidad para los números y el cálculo y le encargaba trabajos de mucha responsabilidad. A menudo realizaba trabajos especiales para él por las tardes, porque tenía muchas horas libres y el dinero nunca venía mal. Y mantener el tiempo ocupado, tampoco.

Se había acostumbrado a la fea habitación de la pensión y una vez que se había hecho amiga de la monja que la regentaba, esta le había permitido que hiciera algunos cambios en la decoración para adaptarla a su gusto. La fealdad inicial había dado paso a una agradable y cómoda estancia. Allí no se sentía sola. Milagros, la monja, siempre estaba dispuesta a charlar un rato cuando a Leticia la abrumaba la soledad y la nostalgia, y ambas habían compartido algunas veladas charlando amigablemente en la sala de estar de la pensión, o viendo alguna película. También respetaba la intimidad de Leticia, cuando esta no deseaba compañía. Todas las tardes a última hora se conectaba al chat con un ordenador portátil que había comprado, desde una red cercana y desprotegida y charlaba con Eva durante un rato.

Otra cosa agradable en su vida era Emilio. Se habían hecho amigos, aunque ella sospechaba que él buscaba algo más; pero Leticia aún no estaba preparada para cambiar a Oliver por otro hombre. De hecho, aunque nunca lo mencionaba ni le preguntaba a Eva por él cuando se hablaban o chateaban o cuando esta se daba una vuelta por Córdoba algún fin de semana, no pasaba un día sin que lo recordara y se preguntara cómo estaría, qué estaría haciendo... y con quién. Pero cuando esto sucedía, trataba de apartarlo de su mente y no se permitía recrearse en recuerdos ni nostalgias. No quería pensar en él en brazos de otras mujeres, aunque sabía que debía haberlas. Oliver era muy atractivo y las féminas revoloteaban a su alrededor a pesar de su carácter hosco. Cuando su cabeza la traicionaba recordando y preguntando lo que no debía, buscaba a Milagros o a Emilio y ocupaba su mente en otras cosas. Se había propuesto olvidarle, y lo conseguiría, no importaba cuánto tiempo le llevase.

Y tenía que reconocer que Emilio estaba ayudando mucho. Habían comenzado

por almorzar juntos los días que trabajaban en la contabilidad adicional y también compartían el café de media tarde. De ahí habían pasado a quedar algún viernes o sábado por la noche, cuando Leticia no tenía ningún plan, lo cual era muy a menudo. Emilio se había propuesto que se sintiera integrada y que no echara de menos a sus amigos de Granada, y lo estaba consiguiendo en gran parte. Salvo en lo tocante a Eva y Oliver. Ella era insustituible para Leticia, y él también, de momento. Emilio se estaba convirtiendo en una presencia constante en su vida y aunque no se estaba enamorando de él, su compañía le impedía pensar en Oliver a todas horas. Leticia no permitía que el recuerdo del chico se interpusiera y le impidiera disfrutar de la agradable compañía de su jefe.

Cuando le hablaba a Eva de Emilio, esta se sentía muy satisfecha y parecía dar por sentado que él acabaría por hacerle olvidar a su hermano.

Oliver, en cambio, no conseguía reanudar su vida como quería. Por mucho que lo intentaba, no podía sentirse a gusto en su casa ni tampoco cuando salía por las noches. No conseguía encontrar una mujer que lo atrajera lo suficiente como para enrollarse con ella y quitarse a Leticia de la cabeza. Cuando veía a alguna en una discoteca que inicialmente le gustaba, y la chica parecía responder a sus intentos de ir más allá que tomar una copa juntos, daba marcha atrás diciéndose a sí mismo que no tenía ganas de complicarse la vida. Y luego a solas se decía que si no podía sentir por una mujer el deseo y la pasión que había sentido por Leticia, ni siquiera merecía la pena intentarlo.

Últimamente solo se encontraba a gusto en compañía de Eva. Por primera vez desde que se independizó era un asiduo en casa de su hermana; cada dos o tres tardes pasaba por allí, unas veces a tomar un café, otras se quedaba a cenar. En otras ocasiones la invitaba a ella a su piso. E invariablemente, Leticia salía a relucir en la conversación. Unas veces, le preguntaba abiertamente por ella; otras, esperaba a que Eva la mencionara. Pero nunca le sacaba demasiada información, solo le mencionaba que estaba bien y muy satisfecha con su nuevo trabajo y su nueva vida, cambiando de conversación en cuanto podía. Otras veces ignoraba abiertamente los intentos de su hermano de escarbar en la vida de su amiga más profundamente, y este acababa por desistir.

Aquella noche, estaban cenando en casa de Oliver. Él había esperado durante toda la cena que Eva mencionara a Leticia aunque fuera de pasada, para ahorrarse el bochorno de tener que preguntarle por ella abiertamente. Cuando lo hacía, los ojos escrutadores de su hermana se clavaban en él y parecían decirle lo que ambos sabían.

Aquella noche, después de darle mil giros a la conversación sin conseguir su propósito, se sentaron en el sofá a tomar un café.

—Eva, tú que eres mujer. ¿Podrías decirme qué le falta a mi casa, que no consigo sentirme a gusto en ella?

—¿Y qué tiene que ver que sea mujer con eso?

—Es que Leticia y tú conseguisteis crear en vuestra casa una atmósfera tan acogedora... y yo no consigo hacerlo aquí. ¿Es el color de las paredes, los muebles, las cortinas...? Nunca me he sentido aquí tan cómodo como estaba en vuestro piso.

Eva sacudió la cabeza y susurró:

—Sabes perfectamente qué le falta y no tiene nada que ver con los muebles ni las cortinas, Oli. Le falta calor y vida. Este es el piso de alguien que viene solo a dormir en él.

—Porque no consigo sentirme a gusto. De no ser así, pasaría aquí mucho más tiempo. Tengo una habitación estupenda para poder trabajar desde casa, pero no puedo concentrarme. Y jamás he conseguido terminar de ver una película en este sofá, con lo cómodo que es.

—Ver películas solo no es divertido. Yo lo he comprobado cuando Leticia se fue. Era estupenda viendo películas, se las tomaba tan en serio... como si fuera ella la que estaba dentro de la pantalla. Lloraba, reía con los protagonistas, e incluso me pellizcaba si estaban persiguiendo a alguien. Yo apenas pongo la tele últimamente. En vez de eso, me conecto al chat y hablo con ella o con Jaime.

Oliver no estaba dispuesto a permitir que Eva metiera en la conversación a su novio y le hiciera desaprovechar la oportunidad que llevaba esperando toda la noche.

—Hablando de Leticia —dijo como de pasada—. ¿Qué tal está?

—Bien.

Él levantó la cabeza con brusquedad.

—Ese bien no ha sonado como otras veces. ¿Qué le pasa?

—Supongo que nada.

—¿Solo lo supones? ¿No lo sabes?

—Bueno, estamos a miércoles, ¿no? Desde el domingo no sé nada de ella.

—¿Y eso es habitual?

—No demasiado. No siempre se conecta al chat, tiene Internet por la red desprotegida de un vecino, pero si lleva un par de días sin hacerlo suele llamar por teléfono, o al menos ponerme un mensajito.

—¿Y no lo ha hecho?

—No.

—¿Y tú? ¿No la has llamado?

—Sí que la he llamado, pero tiene el móvil sin batería o fuera de cobertura. O apagado.

—¿Qué te dijo la última vez que hablaste con ella?

—Que estaba muy ocupada con un trabajo de la inmobiliaria, de hecho me llamó desde ella.

—¿Qué inmobiliaria?

—Una que tiene la hermana de su jefe. Trabaja allí por las tardes.

—¿También los domingos?

—Me extrañó un poco, pero esta Leti es tan trabajadora, o tan tonta, que basta que alguien le pida un favor para que lo haga sin tener nada en cuenta. Supongo que tiene mucho trabajo y no ha tenido tiempo ni de cargar el móvil. O a lo mejor simplemente está con Emilio y ni se ha dado cuenta de que se ha quedado sin batería.

Oliver saltó como un resorte.

—¿Quién es Emilio?

—Es su jefe. Bueno, en realidad es más que su jefe. Creo que ya te he hablado de él alguna vez, ¿no?

—No, no lo has hecho. Lo único que sé de su jefe es que su hermana tiene una inmobiliaria y que Leticia trabaja allí por las tardes; y me lo acabas de decir. ¿Qué quiere decir que es más que su jefe?

—Son amigos.

—¿Solo amigos? —preguntó Oliver con el ceño fruncido.

—De momento solo amigos, al menos eso es lo que dice Leti; aunque yo creo que a él le gusta mucho y ella habla continuamente de él. Pero la amistad ha podido dar paso a otra cosa, y a lo mejor por eso no se conecta al chat.

—¿Quieres decir que se ha podido liar con él? —preguntó sintiendo el escozor de los celos.

Eva se encogió de hombros.

—Podría ser. Tal como estaban las cosas creo que era solo cuestión de tiempo.

Oliver saltó del sofá y se puso a pasear por el salón como una fiera enjaulada. Con ojos furiosos se enfrentó a su hermana.

—¿Por qué no me has dicho que estaba saliendo con otro?

—Porque no estaba saliendo con otro, y porque si así fuera, a ti eso no te importa. ¿O sí?

—Claro que me importa. ¡Han pasado solo unos meses, joder! ¿Cómo alguien que ha estado enamorada en la distancia durante siete años, puede olvidarlo todo y cambiar de tío en tres o cuatro meses?

Eva soltó una risita, mientras miraba a su hermano fijamente. Si hubiera sabido su reacción, le habría hablado de Emilio antes.

—Caray, Oli... —dijo son sorna—, pareces un marido celoso.

—¡Estoy celoso, joder, claro que lo estoy! Yo no he podido irme con ninguna mujer después de Leticia. A mí me está costando la vida pasar página. ¿Cómo es que ella...?

—Cálmate, hermano. Yo no estoy diciendo con seguridad que se haya liado con Emilio, a lo mejor ha tenido otros motivos para no ponerse en contacto conmigo.

Oliver se pasó las manos por el pelo con desesperación.

—¡Joder! Leticia es tan ingenua que cualquiera puede llevársela a la cama con unas cuantas frases bonitas y unos halagos.

Eva soltó una carcajada.

—No te engañes, Oliver. Leti no va a irse a la cama con alguien que ella no

quiera, ni se deja seducir fácilmente. Si lo hizo contigo fue porque quiso hacerlo. Se ha mantenido célibe hasta los veinte años, y con el cuerpazo que tiene te aseguro que hombres con los que irse a la cama no le han faltado.

—No se ha mantenido célibe, cariño. Leticia no era virgen cuando me acosté con ella la primera vez. Y era bastante experta, te lo aseguro.

Eva sonrió.

—El tema de la virginidad de Leticia y su experiencia no es algo que esté autorizada a contarte, pero te aseguro que aunque no fuera virgen se reservó para ti durante toda su vida.

—No lo entiendo.

—Cosas de Leti, pero no era en absoluto la chica liberada que fingía ser. Durante muchos años tú has sido el único.

—¿Y a pesar de eso tú crees que ahora ella y ese Emilio...?

—No lo sé, Oliver; no seas pesado. Te estoy contando lo que ella me ha dicho.

—¿Qué te dijo exactamente la última noche que hablaste con ella? ¿Algo que te indujera a pensar que estaba a punto de irse a la cama con él?

—No, creo que se refería más bien a algo de trabajo, pero no recuerdo exactamente. Sí me pareció que había algo de reserva en su voz, como si no me lo estuviera contando todo.

—¿Y por qué no le preguntaste, joder?

—¡Pues porque no tiene que contármelo todo, joder! Ella y yo somos amigas y nos contamos muchas cosas, pero ambas tenemos nuestra pequeña parcela que no compartimos con la otra. Y las dos la respetamos.

—Bueno, aunque no le preguntaras. ¿Te dio la impresión de que tenía algún problema? ¿O de que estaba a punto de empezar una aventura amorosa? Debe de haber una diferencia en la actitud, digo yo.

—Por Dios, Oliver, en aquel momento no se me ocurrió que pudiera haber ninguna de las dos cosas, es solo que...

—¿Qué?

—¡No lo sé!

—Llámala.

—¿Qué?

—Que la llames. Ahora. Quiero estar seguro de que está bien.

—Pensaba volver a intentarlo luego, cuando llegue a casa.

—No vas a salir de aquí hasta que los dos nos aseguremos de que no le ha pasado nada. ¿O no la conoces? Sabes perfectamente que puede estar en un hospital, o haberse emborrachado y caer en manos de algún desaprensivo, incluido ese jefe suyo. ¿Qué sabemos de él? Dios, no quiero pensar en la infinidad de cosas que pueden haberle ocurrido para que lleve tres días sin ponerse en contacto contigo.

—Oli, te estás poniendo un poco paranoico.

—De acuerdo, estoy paranoico; pero llámala. No le digas que yo estoy aquí, no

me menciones si no quieres, pero llámala.

Resignada, Eva cogió el móvil y marcó el número de Leticia. Al otro lado de la línea, la operadora le comunicó una vez más que el número marcado estaba fuera de servicio.

—Nada.

—¡Dios!

Oliver comenzó a dar zancadas cada vez más grandes por el salón.

—Probablemente se ha quedado sin batería y no ha podido cargarlo.

—Conéctate al chat a ver si está —dijo cogiendo el portátil y colocándolo delante de Eva.

Esta suspiró. La actitud de Oliver estaba consiguiendo preocuparla. Inició sesión en el chat, pero Leticia aparecía como no conectada.

—No hay suerte. Me iré a casa y volveré a intentarlo más tarde. En realidad es temprano —dijo para darle ánimos a su hermano y a sí misma—. Seguro que hay una buena explicación para todo esto. Y por mucho que te moleste, lo más probable es que esté en la cama con Emilio y haya apagado el móvil para que nadie les incordie. Deja de poner esa cara de vinagre, si es así, tú te lo has buscado.

—De acuerdo, si es así yo me lo he buscado, pero no dejes de llamar hasta que logres hablar con ella, ¿me oyes? Nada de recados de otra gente. Con ella. Y luego me llamas para decírmelo. Si está en la cama con ese Emilio, ya rumiaré mis celos como pueda. Pero ahora más que celoso estoy terriblemente preocupado.

—Ya verás como no es nada. Seguro que mañana sabremos de ella.

Oliver acompañó a su hermana a su casa y luego aguardó impaciente a que Eva le llamase para confirmarle que había hablado con Leticia, pero no fue así.

No pudo pegar ojo en toda la noche. La imaginó herida, enferma o en problemas y se preocupó hasta rozar la histeria. También la imaginó en brazos de ese tal Emilio y sufrió el tormento de los celos. Y en todos los casos se maldijo por haber hecho que se marchara. ¿Cómo se le había ocurrido que podría olvidarse de ella por el simple hecho de no verla? ¿Por qué se había empeñado de esa forma tan obstinada en que no quería una mujer en su vida, si sabía que después de Leticia ya nada podría ser como antes? Si por mucho que preguntara sabía que lo que le faltaba a su casa era ella, su risa, sus canturreos, que su sola presencia podía hacer de ese piso frío y solitario un hogar. Su hogar.

Se prometió a sí mismo que si tenía otra oportunidad, si ella estaba bien y si no lo había sustituido en su corazón por el maldito Emilio, no iba a dejarla ir de nuevo. No importaba lo que tuviera que hacer para que lo perdonase.

Después de una terrible noche de insomnio, se dio una ducha para despejarse y antes de que su hermana entrara en clase, la llamó.

—¿Has tenido alguna noticia?

—No, ninguna. La llamé varias veces y he dejado el chat conectado, pero nada. He pensado llamarla al trabajo a la hora del descanso, a media mañana.

—Hazlo, por favor. Y no admitas recados, haz que te pongan con ella.

—Lo haré.

A esas alturas Oliver había conseguido contagiarle su preocupación.

Oliver se fue a la oficina y aguardó allí noticias de Eva, temeroso de que si aparecía por la obra, el ruido podía hacer que no oyese el móvil. Tal como esta había prometido, a las doce menos cuarto, lo llamó.

—¿La has localizado? —preguntó sin darle tiempo siquiera a identificarse.

—No. Me han dicho que ha pedido unos días libres y se ha ido fuera de la ciudad. A ver a su familia.

—¿Y tú qué piensas?

—No me lo creo, Oli. Sigue sin hablarse con su padre, y cuando queda con su madre va y viene a Madrid en el día. Se tienen que ver en una cafetería. Su padre le tiene prohibido pisar su casa y Leti es muy orgullosa. No ha vuelto a poner los pies en ella ni siquiera cuando él no está.

—¿Y no existe la posibilidad de que se haya reconciliado con su padre?

—Creo que me lo habría dicho. De todas formas llamaré a su madre para preguntarle.

—¿Tienes ahí el teléfono?

—No, en casa. La llamaré cuando llegue a mediodía, aunque corro el riesgo de que su padre ya haya llegado y no quisiera tener que darle explicaciones.

—Dame el nombre de su padre. Probablemente el teléfono esté a su nombre.

—Eso seguro. El capitán Martín no va a permitir que nada en su casa esté a nombre de su mujer. Se llama Eduardo Martín y la dirección es Gran Vía 29; no sé el piso.

—No te preocupes, lo encontraré.

—Te llamo a mediodía. Oli, por favor, sé discreto; si está con Emilio, lo último que Leti necesita es que su padre se entere.

Desde la oficina, Oliver llamó a información de Madrid y en unos pocos minutos tenía el número de los padres de Leticia. Impaciente, marcó. Una voz cálida de mujer, cuyo eco le recordó por un momento a Leticia, contestó:

—¿Diga?

—Por favor, ¿es el domicilio de Leticia Martín?

—Leticia es mi hija, pero ella no vive aquí. Está trabajando en Córdoba.

«De modo que en Córdoba», pensó. A dos pasos, apenas a 80 kilómetros de él. Menos de una hora en coche.

—Sí, lo sé —improvisó—, soy su novio. Supongo que le ha hablado de mí.

—Leticia es muy reservada. No me ha dicho nada de ningún novio.

—Bueno, no llevamos mucho tiempo. Lo cierto es que nos hemos peleado hace un par de días y no me coge el teléfono. En el trabajo me han dicho que ha cogido

unos días libres para ver a su familia y he pensado que quizás estuviera ahí.

—No, no está aquí. Y si tiene días libres lo más probable es que esté en casa de su amiga Eva, en Granada. Conoces a Eva, ¿no?

—Sí, la conozco.

—Pues búscala allí.

—Gracias. Señora, si se pone en contacto con usted dígale que me llame, por favor. A Oliver.

—De acuerdo, Oliver, se lo diré si me llama.

Colgó.

—¡Por Dios, Leticia! ¿Dónde estás metida?

A mediodía, cuando Eva salió del colegio, Oliver la estaba esperando en la puerta. En el maletero de la furgoneta tenía una bolsa de viaje con lo imprescindible para un par de días. Eva subió al coche.

—¿Hablaste con su madre?

—Sí, y tampoco sabe nada de ella. Me ha aconsejado que la busque en tu casa.

—Pues estamos como al principio.

—Bueno, supongo que ya has comprendido que se acabaron los secretos. Cuéntamelo todo sobre la vida de Leticia en Córdoba.

—¿Cómo sabes...?

—Su madre me lo ha dicho.

—Está bien. Trabaja en el Ayuntamiento de Córdoba y por la tarde en una inmobiliaria propiedad de su jefe, Emilio Román creo que se llama. Aunque la empresa está a nombre de la hermana de este. No sé su nombre.

—¿Y la inmobiliaria, sabes cómo se llama?

—Fincórdoba, creo.

—Yo tengo clientes en Córdoba y nunca he oído hablar de ella. ¿Y tú con quien hablaste esta mañana?

—Con una compañera. Me dijo que se había pedido unos días libres, y como imaginé que podía estar con Emilio tirándose unas pequeñas vacaciones, se me ocurrió preguntar por él y me pusieron de inmediato.

—Entonces esa posibilidad está descartada.

—Parece que se la ha tragado la tierra, Oli.

—No te preocupes, yo la encontraré. Ten mi móvil, y llama a Félix.

Eva obedeció y luego le pasó la llamada con el manos libres conectado.

—Félix —dijo este con la vista clavada en el tráfico—, averíguame todo lo que puedas sobre una inmobiliaria llamada Fincórdoba. Es propiedad de una tal Román, no sé el nombre de pila. Es urgente.

—¿Algún problema? No son clientes nuestros.

—No estoy seguro. Ya te lo explicaré, no puedo hablarlo por teléfono. Y quiero

pedirte un favor. ¿Podrías hacerte cargo de todo por unos días? Tengo que salir de viaje ahora mismo.

—¿Dónde vas?

—A Córdoba.

—¿A hacer negocios con Fincórdoba?

—No, es un asunto personal. Y por favor, llámame en cuanto sepas algo.

Cortó la comunicación y Eva lo miró fijamente.

—¿Vas a ir a Córdoba?

—Por supuesto.

—Oli, Leticia ya no es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío. Si está en Córdoba es por mi culpa... y si le ha pasado algo por mi culpa...

Detuvo el coche en la puerta de Eva y esta se bajó.

—Tranquila, cariño, la encontraré. Tú sigue intentándolo con el teléfono y el primero que sepa algo, que llame al otro. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Oli. Yo no puedo dejar el trabajo ahora, es época de exámenes.

Eva se quedó en su casa y Oliver puso rumbo a Córdoba, pisando el acelerador a fondo a más de ciento sesenta por hora, arriesgándose a una multa o a perder puntos en el carné. E incluso a algo más grave, pero nada le importaba. Sentía que cada minuto era importante, que debía llegar a Córdoba cuanto antes. Por lo menos antes de que cerrara el ayuntamiento a mediodía.

Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar, Félix le llamó para decirle que la inmobiliaria en cuestión no existía. Y en el sector no conocían a nadie con el apellido Román como propietarios de una inmobiliaria. Oliver suspiró.

—Dios mío. ¿En qué estará metida esta criatura? Leticia, no puedo dejarte sola.

Lleno de aprensión entró en Córdoba y se dirigió derecho al Ayuntamiento. Una vez allí preguntó al ujier por Leticia Martín.

—¿En qué departamento está?

—No lo sé.

—No puedo dejarlo pasar si ella no lo autoriza.

—Sé que trabaja con Emilio Román.

—Ah, bien. Primera planta, tercera puerta a la derecha.

Oliver subió las escaleras de dos en dos, ignorando los ascensores que se abrían frente a él. Localizó la puerta y entró, acercándose a una mesa en la que una chica rubia mantenía la vista clavada en la pantalla de un ordenador.

—Buenos días. Estoy buscando a Leticia Martín. Me han dicho que trabaja aquí.

—Si, en efecto; pero no se encuentra aquí ahora.

—¿Ha salido? Puedo esperarla.

—No, está de vacaciones. Si quiere esperarla, tendrá que hacerlo unos días.

Oliver decidió guardar su malhumor y sacar a relucir su faceta de chico

encantador.

—Me temo que no puedo esperar tanto —dijo—. Soy su primo y necesito localizarla pronto. Una emergencia familiar.

—Yo no puedo decirle dónde está, lo único que sé es que cogió unos días a cuenta de las vacaciones y se marchó.

—¿Tú le tramitaste el permiso?

La chica sonrió.

—Normalmente me suelo encargar de eso, pero en esta ocasión no fui yo, sino Emilio, nuestro jefe. Él lo gestionó personalmente.

Oliver decidió tirarle de la lengua un poco más.

—¿Y eso es normal, que el jefe en persona se encargue de tramitar vacaciones?

—No, pero Emilio y Leticia...

—¿Qué? —preguntó fingiendo querer enterarse simplemente de un cotilleo.

—No, nada... solo que ellos son muy amigos, y claro... Si Leticia necesita unos días libres, lo más normal es que se lo haya pedido a Emilio y él se lo haya gestionado. Probablemente ni siquiera se los descontarán de las vacaciones.

—Vaya, de modo que así están las cosas.

—Oye, yo no te he dicho nada, ¿eh? Solo son suposiciones mías.

—Por supuesto. Oye, ¿y podría hablar yo con Emilio? A lo mejor él sabe qué planes tenía Leticia.

—No, creo que ya se ha marchado —dijo la chica con evidentes signos de que mentía.

—¿Dónde podría localizarlo? Creo que Leticia dijo algo de una inmobiliaria.

—La hermana de Emilio tiene una, y Leticia trabaja allí por las tardes.

—Por favor, preciosa, necesito hablarle. Creo que él es el único que me puede decir dónde está mi prima... Es muy importante que la localice, se trata de una cuestión familiar muy urgente.

La chica lanzó un suspiro.

—De acuerdo, intentaré localizarlo.

Oliver se fijó en que marcaba un número interior, por suerte el teléfono era igual a uno que él había tenido antes en la oficina, y mantuvo una breve conversación en la que repitió todo lo que Oliver le había dicho. Después colgó.

—Emilio no sabe nada de Leticia, dice que solamente le tramitó los días que ella le pedía y que no le preguntó para qué los necesitaba.

Oliver observó que en la pared de detrás de la chica había un despacho con una ventana, y que un dedo se deslizó por la persiana y un ojo atisbó desde el interior.

—¿Ese es el despacho de Emilio? —preguntó.

—Sí, pero él no está en este momento. Ya se ha marchado.

—¡Y un cuerno! —dijo pasando por detrás de la mesa de un salto y plantándose en la puerta del despacho antes de que nadie pudiera detenerlo. Abrió con brusquedad.

Dentro y sentado tras una mesa, un hombre de unos treinta años, ligeramente rollizo y rubicundo, lo miró.

—¿Es usted Emilio Román?

—Sí. ¿Y usted es...?

—El primo de Leticia. ¡Y quiero que me diga dónde está!

El hombre se puso serio.

—Yo no sé dónde está su prima. Cogió vacaciones.

—Estoy seguro de que sí sabes dónde está, imbécil, porque te la estás tirando.

—¿Que yo qué? ¿Está usted loco? ¿Leticia le ha dicho que hay algo entre ella y yo?

—No claramente, pero todo el mundo lo da por sentado, así que no me vengas con historias —dijo pasando al tuteo—. Tanto almuerzo juntos y tanta cena... Leticia es muy guapa... y está muy sola. Seguro que no te ha resultado difícil aprovecharte de eso. Y quizás la cosa se te ha ido de las manos... Es fácil que todo se te vaya de las manos con ella... y...

—¡Oiga, basta ya de decir sandeces! Creo que ofende a su prima con sus palabras, y a mí no le digo. Haga el favor de salir de mi despacho o me veré obligado a llamar a seguridad.

—¿A seguridad? Tú vas a responder ante la policía por su desaparición.

También Emilio comenzó a perder las formas.

—¿Pero de qué está hablando? ¡Está loco!

—Tú le ofreciste trabajo en una inmobiliaria que no existe, y a saber qué más le has hecho, pero a mí me lo vas a decir. ¡Vaya si me lo vas a decir!

El hombre cogió el teléfono, pero Oliver, más rápido, le cogió la mano y lo hizo colgar de golpe.

—¡Quieto, cabrón! Aquí no va a entrar nadie hasta que me digas qué pasa con Leticia.

—¡Que no lo sé!

Realmente exasperado, Oliver se inclinó sobre Emilio y lo agarró por la pechera de la camisa levantándolo en vilo. La tela se rasgó ligeramente con un crujido seco.

—¡Si le has hecho algo... Si le has hecho algo, hijo de puta, te arrancaré la piel a tiras!

—¡Suéltame!

Los gritos de ambos salían del ámbito del despacho y Oliver comprendió que la chica de fuera debía ya de haber avisado a seguridad. En un momento de lucidez comprendió que si le detenían poco podría hacer por Leticia, así que arrojó a Emilio con todas sus fuerzas contra la mesa y le gritó cuando vio que volvía a alargar a mano hacia el teléfono.

—No llates a nadie; ya me voy. Pero que quede claro que te mataré si le has tocado un solo pelo —dijo encaminándose hacia la puerta, y a continuación salió tan deprisa como había entrado, dejando a la chica de la antesala totalmente estupefacta.

A grandes zancadas salió del ayuntamiento, antes de que Emilio Román tuviera tiempo de reaccionar y lanzar a los de seguridad tras él.

Una vez en la calle, respiró hondo y se preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué? Estoy como antes. ¿Por dónde empiezo a buscarla?

Entró en el coche y llamó a Eva para contarle lo ocurrido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Supongo que ir a su casa. A lo mejor alguien sabe algo, un vecino o una compañera de piso.

—No vive en un piso, sino en una pensión.

—¿Qué pensión?

—No lo sé, yo nunca he estado allí. Cuando iba a verla, siempre pasábamos el día fuera, y volvía a casa por la noche. Lo único que sé es que está cerca del Alcázar Cristiano. Según Leti, se ve desde su ventana.

—Según lo que recuerdo, por la zona hay varias. Probaré en todas, a ver si hay suerte.

—De acuerdo. Y Oli... no le pegues a nadie más, ¿vale? No quisiera tener que ir a Córdoba a sacarte a ti también de algún lío.

—Debería haberlo destripado allí mismo. El cabrón sabe dónde está, lo vi en su cara. Y si no llega a ser porque estaba seguro de que los *seguratas* llegarían en cualquier momento, se lo habría sacado a hostias.

—Tranquilízate, por favor. Así no vamos a ninguna parte. Si Leti está en algún lío, necesita que conserves la cabeza fría. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Cogió el coche y deambuló buscando el Alcázar Cristiano. Aparcó lo más cerca que pudo y se dedicó a recorrer la zona entrando en todas las pensiones empezando por las más cercanas, abriendo el radio cada vez más.

En la quinta, al fin, tuvo suerte. Ya pasaban las seis de la tarde. Una mujer de mediana edad, situada detrás de una pequeña mesa le recibió.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Estoy buscando a una chica. Se llama Leticia Martín, y me dijo que se hospedaba aquí —mintió.

—Sí, en efecto.

Oliver miró a su alrededor sin acabar de creer que realmente Leticia viviese allí. Pero la señora de mediana edad y vestida con lo que parecía el uniforme de una celadora de prisiones no parecía de las que gastaban bromas. Y tampoco de las que mentían.

—Yo... soy su primo —improvisó de nuevo—. ¿Puede decirme a qué hora podría encontrarla aquí?

—Está arriba. ¿Quiere que la avise?

—¿Leticia está aquí? ¿Ahora?

—Sí, ya sé que es hora de trabajo, pero creo que está de baja o algo así. ¿Quiere

que la llame o no?

—Sí, por supuesto... —dijo sin terminar de creerse que fuera a ser tan fácil.

—Espere aquí, por favor —dijo señalándole unos sillones que había junto a la puerta. Oliver pensó que no le gustaría ver a Leticia, después de tanto tiempo, delante de extraños y mucho menos en la recepción de una pensión.

—No hace falta que se moleste. Si me dice el número de su habitación, yo la encontraré.

—No puedo hacerlo sin que ella le autorice a subir. Son normas de la casa.

—Bien, en ese caso pregúntele si puedo subir. Lo que tengo que hablarle es delicado, y no quisiera hacerlo aquí. Dígale..., dígale que vengo a devolverle una camiseta, ella sabrá quién soy.

La mujer desapareció para regresar minutos después.

—Lo recibirá en la sala de estar. Venga.

La siguió por una escalera antigua hasta la que parecía una sala de estar de cualquier casa, amueblada con un televisor, una mesa baja, un sofá y un par de cómodos sillones.

Permaneció allí solo durante unos minutos, hasta que escuchó pasos y se preparó para cualquier cosa. Desde que la chica en cuestión no fuera Leticia, hasta verla herida, magullada o enferma. Pero en la puerta de la habitación apareció Leticia, su Leticia, al parecer perfectamente sana; quizás un poco más delgada y ligeramente ojerosa, como si no hubiera dormido bien durante unos días, pero nada más. Su cara no podía ocultar la sorpresa.

—¿Oliver? —preguntó como si no creyera en lo que estaba viendo—. ¿Eres tú?

Pero él no respondió a su pregunta, sino que se abalanzó sobre ella y agarrándola por los hombros la zarandeó ligeramente.

—¿Estás bien?

Ella parpadeó asombrada.

—Sí, claro... ¿Por qué no iba a estarlo?

—¿De verdad? ¿No me engañas?

—¿Por qué iba a engañarte?

Oliver relajó la fuerza de los dedos y dejando caer las manos, hizo intención de abrazarla, pero Leticia se retiró poniendo al menos un metro de distancia entre los dos.

—El que parece no estar muy bien eres tú. Y la verdad es que eres la última persona a la que esperaba ver. Cuando Milagros me ha dicho que abajo había un primo mío que me quería devolver una camiseta, me costó asimilar que se trataba de ti.

Él sonrió.

—¿Vas dejando atrás muchas camisetas en tu vida?

—No, pero... —De pronto su cara se endureció—. ¿Se puede saber a qué has venido? No le ha pasado nada a Eva o a tu madre, ¿verdad?

—No, ellas están bien. He venido porque estábamos muy preocupados por ti.

—¿Por mí?

—¡Sí, joder, por ti! —dijo alzando la voz—. Llevas varios días sin conectarte al chat, tienes el teléfono desconectado y has dejado el trabajo...

—¡Ah, eso...!

—¡Sí, eso! ¿Se puede saber qué pasa? Mi hermana estaba realmente histérica y...

—¿Eva? Oliver, Eva no se pone histérica por ese tipo de cosas. Más bien el histérico parece ser tú.

—Sí, bueno, quizás lo estoy un poco, pero reconoce que es para estarlo.

—¿Porque no me he conectado al chat en tres días? He estado ocupada.

—¿En la cama de ese capullo de tu jefe?

—Eso no es asunto tuyo.

Oliver se abalanzó de nuevo sobre ella y agarrándola con fuerza por los brazos, la sacudió con brusquedad.

—¿Que no es asunto mío?! ¿Que no es asunto mío? He venido a toda leche, a más de ciento ochenta, saltándome todos los límites de velocidad y de prudencia establecidos. Probablemente me habrán fotografiado todos los controles de la autovía y me retirarán el carné de por vida por venir a buscarte. He entrado a saco en el ayuntamiento y le he pegado dos leches al pendejo de tu jefe para que me dijera dónde estabas y he tenido que salir por patas antes de que los de seguridad se me lanzaran encima. ¿Y me dices que no es asunto mío? ¿Dónde has estado estos cuatro días?

—¿Le has pegado a Emilio? ¿Por qué?

—Porque pensaba que te había hecho algo. Que te tenía secuestrada o yo que sé.

—¿Secuestrada? Oliver, por Dios, tú has visto muchas películas. ¿No se te ha ocurrido pensar que tenía cosas que hacer... o como has dicho antes, que podía estar en la cama con Emilio y no quería ser molestada?

—La primera noche sí, lo pensamos. Pero luego Eva te llamó por teléfono varias veces y no respondías.

Una mujer se asomó a la puerta al escuchar las voces de Oliver y preguntó:

—¿Va todo bien, Leticia?

—Sí, Milagros; no pasa nada. Oliver habla un poco alto, eso es todo.

Él dejó caer las manos con que seguía sujetándole los brazos y murmuró:

—¿No hay un sitio donde podamos hablar más tranquilos, sin que nos interrumpa nadie?

Ella dijo resignada:

—Está bien, ven a mi habitación.

La siguió por el pasillo y entró tras ella. Asombrado miró a su alrededor.

—¡Joder! ¿De verdad vives aquí? Esto es mucho peor que mi casa.

—Sí, vivo aquí.

—¿Tan mal estás de dinero?

—No es cuestión de dinero. Y tampoco asunto tuyo.

—Deja de decir que no es asunto mío, ¿quieres? Creo que al menos me merezco una explicación. Reconoce que no es lógico ni normal que no te hayas puesto en contacto con mi hermana durante cuatro días, ni que durante ese tiempo tengas el teléfono apagado, ni que nadie sepa dónde estás, ni en tu trabajo, ni tu madre...

Leticia levantó una ceja.

—¿Has llamado a mi madre? ¿Para decirle que estoy desaparecida? ¿Pero eres gilipollas o qué?

—No, claro que no le he dicho que estabas desaparecida, me inventé una trola.

—¿Qué trola?

—Le dije que era tu novio, que habíamos discutido, y que no me cogías el teléfono.

—¡Cojonudo! Ahora tengo un novio. ¿Y qué más has hecho, si se puede saber? ¿Has puesto un anuncio en los periódicos diciendo que he desaparecido? ¡No habrás llamado a la policía!

—No; fui a buscarte al trabajo.

—Y le pegaste a mi jefe.

—Solo lo zarandé un poco. Sabía que la chica de fuera llamaría a seguridad y me largué antes de que me sacaran a rastras.

—¿La chica que está fuera se ha enterado de que he desaparecido?

—Sí, supongo...

—¡Joder! ¿Y me acusas a mí de ser torpe y cagarla siempre? ¡No tienes ni idea de la que has liado!

—¡Cuéntamelo!

—No puedo. O mejor dicho, no debo.

—Hazlo, o iré a sacárselo a ese tío a hostias. Porque él sabe lo que está pasando, ¿verdad? Estoy seguro de que él sabía dónde estabas.

—Sí que lo sabe, pero Oliver, no me tiene secuestrada ni tampoco atada con cadenas a la pata de su cama.

—Pues en ese caso todo esto me resulta más extraño aún —insistió él.

Leticia suspiró. Lo conocía lo suficiente para saber que no se iba a dar por vencido.

—De acuerdo, te lo contaré. Pero prométeme por lo que más quieras que no le dirás una palabra a nadie. Me meterás en un lío si lo haces.

—Lo prometo. Soy todo oídos —dijo sentándose en la cama dispuesto a escuchar y haciéndole un gesto con la mano para que se acomodara a su lado. Leticia lo ignoró, se sentó en la butaca y comenzó su relato.

—Cuando llegué al Ayuntamiento lo hice para sustituir a una chica embarazada que debía guardar reposo desde los primeros meses. Emilio es el jefe de ese departamento y desde el principio congeniamos bastante. Él se tomó mucho interés en que yo aprendiera mi cometido porque el trabajo consiste en llevar una

contabilidad complicada y específica, y en que me integrase en el equipo. Yo le había explicado que el motivo de mi petición de traslado se debía a problemas con el personal de mi antiguo departamento en Granada, aunque sin especificar cuáles eran esos problemas. Pero él se tomó muy a pecho que me sintiera a gusto aquí.

—¿Tan a pecho que se enrolló contigo?

Leticia hizo como si no hubiera oído la pregunta y continuó con el relato.

—Al principio revisaba personalmente mi trabajo por las tardes para asegurarse de que lo hacía correctamente, mi puesto es muy delicado porque coordina todas las contabilidades de los distintos departamentos. Eso hizo que pasáramos algún tiempo juntos, y empezó a surgir una buena amistad.

Oliver levantó una ceja escéptico.

—¿Amistad?

Leticia volvió a ignorar el comentario.

—Por eso cuando me encontré con lo que parecía un desfase económico muy bien disimulado se lo comenté. Juntos nos quedamos a trabajar una tarde y lo revisamos minuciosamente y descubrimos que no era el único, que en los últimos meses había varios descuadres en los presupuestos, no muy grandes individualmente, pero si considerables si los uníamos. Emilio entonces me pidió que guardara silencio y revisara a fondo la contabilidad hacia atrás, para averiguar desde cuando se estaban produciendo los fraudes y la cantidad total desviada. Para que no levantara sospechas el hecho de que yo fuera a trabajar por las tardes y tampoco nuestras reuniones en el despacho, que se hicieron mucho más frecuentes, hizo correr por el departamento el rumor de que me contrataba para llevar la contabilidad de una inmobiliaria ficticia que creó en ese momento y que aparentemente estaba a nombre de su hermana. Me hizo crear en su ordenador personal una carpeta con el nombre de Fincórdoba, en la que yo iba volcando bajo múltiples contraseñas y hábilmente camuflada, toda la información que iba sacando de las cuentas del ayuntamiento. Para todo el mundo que, con su consentimiento, dedicaba horas de trabajo a la empresa privada del jefe. Pasé a ser la niña mimada de Emilio y empezó a correr el rumor de que teníamos una relación.

—¿Y no la tenéis? —preguntó con un nudo en la garganta. Leticia le miró a los ojos. Ya no parecía enfadado, solo serio y pensativo.

—Quizás debería decirte que sí, porque me parece que eso te molestaría bastante, pero no soy una mentirosa. No, no tengo una relación con Emilio. Solo somos buenos amigos. No sé si para él hay algo más, pero por mi parte no... al menos de momento. No sé más adelante, es un gran tipo.

Él la miró con ojos suaves.

—¿Todavía te siguen atrayendo los cabrones egoístas?

—No quiero hablar de eso. Te estaba contando lo del descuadre económico. Comencé a investigar en la contabilidad de años anteriores y salió mucha mierda. Más de lo que Emilio y yo pensábamos en un principio. Durante un par de meses

reunimos datos y pruebas y hace unos días lo hemos enviado todo a una sección especial que tenemos, algo así como asuntos internos. Pero Emilio estaba preocupado por mí, no quería que yo estuviera aquí cuando todo salga a la luz, lo que debe ocurrir de un día a otro. Por eso me arregló un permiso y decidimos de mutuo acuerdo que yo me quedaría totalmente incomunicada, como si estuviera fuera del país. Ni teléfono, ni chat, ni tarjetas de crédito ni nada que pudiera servir para seguir mi pista. Y por supuesto no debía decir a nadie dónde estaba.

—¿Y te has quedado en tu domicilio habitual?

—Nadie sabe que vivo aquí. Tengo que confesar que me da vergüenza que se sepa.

Oliver lanzó una mirada a su alrededor.

—Sí, la verdad es que es deprimente.

—La habitación no es bonita, aunque cuando me mudé era mucho peor. He hecho algunos cambios y ha mejorado un poco. Pero la cama es buena y es un sitio tranquilo, está cerca de mi trabajo y de la zona de diversión. Hay varias redes de Internet desprotegidas, lo que me permite trabajar sin que nadie lo sepa y sin coste de ningún tipo. Emilio y yo decidimos que no me mudaría hasta que terminase la investigación, este sitio es una tapadera perfecta; nadie iba a buscarme aquí. Y además te confieso que a pesar de la fealdad de la habitación estoy a gusto. Se parece lo bastante a un piso, tiene sala de estar, comedor y cocina, pero da más independencia y privacidad que estos. Solo cuando quiero compañía, la tengo, y si no, nadie me molesta. Yo no sirvo para vivir sola, pero después de Eva, no me considero capaz de compartir piso con nadie. Este arreglo es perfecto. Y he llegado a apreciar a Milagros, la monja seglar que regenta la pensión.

—Era monja... Ya decía yo que tenía algo raro.

—Pero es estupenda. Le dije que me filtrara todas las visitas menos las de Emilio y la verdad es que lo ha hecho. Contigo me ha avisado porque dijiste que eras mi primo, y ella sabe que tengo problemas con mi padre. Quizás pensó que me traías una bandera blanca.

—Lamento que no haya sido así.

—No importa.

—Has dicho antes que te filtra todas las visitas menos las de Emilio. ¿Él viene a verte?

—No desde que estoy de «vacaciones». Solo lo llamo desde un teléfono que no es el mío todas las noches, para que no me puedan localizar. Suelo usar una cabina telefónica que hay a la vuelta de la calle, y salgo tarde y medio camuflada. Solo hablamos unos minutos para que sepa que estoy bien y para que me informe de cómo van las cosas por el departamento.

—¿Y cuánto tiempo más deberás estar aquí escondida?

—Unos días. Hasta que todo salga a la luz y nos aseguremos de que no me involucran en el tema. Emilio ha intentado hacer la denuncia de forma indirecta, para

que nadie sospeche de que he sido yo quien lo ha descubierto, pero siempre puede haber alguien que ate cabos y me haga la vida imposible en el trabajo. Entonces tendría que irme otra vez. Solo hemos averiguado un par de nombres de personas implicadas, pero creemos que debe haber más. Mi nombre no debe ser relacionado con esto.

Oliver no había pasado por alto que las palabras de Leticia siempre iban pronunciadas en plural. Creemos, pensamos, decidimos. A pesar de que ella le había asegurado que no tenía una relación con Emilio, los celos lo atormentaban igualmente.

—Confías ciegamente en ese hombre... y creo que no deberías fiarte de nadie. Quizás él podría estar también involucrado en los descuadres y quiere mantenerte aquí para que no sepas cómo maneja el asunto.

—Sí que confío. Emilio no está metido en esto, te lo aseguro. Se me ocurrió la posibilidad en un principio y antes de decirle nada me aseguré a conciencia de que no fuera así. No, Oliver, Emilio está tan limpio como yo. Y ha luchado tanto como yo para que esto salga a la luz. Solo está tratando de protegerme. Lo que él quiere es que no tenga que marcharme de Córdoba, quiere que siga trabajando para él.

Estuvo a punto de decir que Emilio la quería en su vida, en su entorno, pero se lo pensó mejor. No quería introducir ningún elemento en la conversación que pudiera llevarla a un terreno personal, y tampoco quería que Oliver creyera que le estaba haciendo ningún reproche. Su aparición tan repentina la había pillado por sorpresa y no le había dado tiempo a prepararse mentalmente. La única forma que tenía de protegerse de sus sentimientos era mantener la conversación fuera del terreno personal... y mantener su cuerpo lo más lejos de él posible. No le gustaba nada la mirada cálida y acariciadora de sus ojos verdes, que había ido pasando del enfado y la sorpresa iniciales a algo que ella conocía muy bien. Y no estaba dispuesta a volver a permitirlo.

—¿Y crees que mi entrada a saco en el Ayuntamiento y toda la bulla que he armado te puede perjudicar? —preguntó Oliver.

—Es posible; no lo sé.

—Lo siento. Lo único que puedo decirte es que estaba muy preocupado. La sola idea de que te hubiera pasado algo, me aterraba. No era Eva, ¿sabes?, sino yo el que estaba histérico y angustiado.

Leticia no quiso que continuara hablando de temas personales y cambió de conversación.

—¿Puedes dejarme tu móvil? Me gustaría llamar a Emilio para averiguar cómo están las cosas por allí.

Oliver rebuscó en el bolsillo del pantalón y le tendió el teléfono sin decir nada más. Leticia marcó y se acercó a la ventana con la excusa de buscar más cobertura y también para poner un poco más de distancia entre ambos. Oliver se quedó donde estaba, con la vista clavada en su perfil.

—Emilio... soy yo.

—Menos mal que llamas, estoy un poco preocupado. Este mediodía se ha colado aquí un chico buscándote.

—Sí, lo sé. Ha venido aquí.

—Dijo que era pariente tuyo. ¿Lo es?

—No, es el hermano de mi amiga Eva.

—Pues para ser solo el hermano de una amiga, estaba muy alterado.

—En tiempos tonteamos un poco... Supongo que se siente algo responsable de mí todavía.

—Comprendo.

—¿Cómo están las cosas por ahí?

—Todavía no se sabe nada. Soraya, después del follón que ha montado tu amigo, me preguntó qué pasaba contigo y yo le dije lo que a todos, que no sabía nada, que estabas de vacaciones. No pude inventarme nada sobre la marcha. No sé si se lo ha creído o no.

—La llamaré.

—No con tu móvil, ya sabes que no debes usarlo.

—No, no te preocupes. Bueno, te llamo mañana. Y disculpa si Oliver ha estado desagradable contigo.

—Si estaba preocupado por ti, puedo comprenderlo.

—Gracias. Hasta mañana.

—Hasta mañana; cuídate.

Desde la cama Oliver seguía mirándola fijamente.

—¿Lo he estropeado todo?

—No lo sé. Mi compañera Soraya, la chica con la que hablaste, ha estado haciéndole preguntas a Emilio después de que te fueras. Voy a llamarla y trataré de tranquilizarla. ¿Te importa? —preguntó señalando el móvil que aún tenía en la mano —. No puedo utilizar el mío.

—Úsalo cuanto quieras.

—Gracias.

Volvió a marcar.

—Soraya, soy Leticia. ¿Cómo va todo por ahí? —preguntó como si no supiera absolutamente nada de lo que había pasado.

—¿Dónde estás? Esta mañana ha venido un chaval preguntando por ti y no veas la que ha liado.

—¿Un chaval preguntando por mí? ¿Quién?

—Dijo que era primo tuyo, que tenía que localizarte por un asunto familiar.

—¿Mi primo? ¿Rubio, con los ojos verdes y muy guapo?

—Sí, el mismo.

—Sí, es él. Le llamaré a ver qué ocurre. Espero que no sea nada grave.

—Oye... ¿No te ibas a ver a tu familia?

Leticia lanzó una risita.

—¿Puedes guardarme un secreto? No quiero que en el trabajo se enteren, y mi familia tampoco. La verdad es que estoy con un hombre. Me he tomado unos días para hacer una escapadita juntos. Él tenía que hacer un viaje de trabajo al extranjero y me he venido con él. Pero mi familia no lo entendería, ¿sabes? Está casado, no se ha divorciado aún... Ya sabes lo que son estas cosas. De momento prefiero que no lo sepa nadie.

—¿Y Emilio? ¿Lo sabe él?

—No, tampoco. Y no quisiera que se enterase. ¿Entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo. No te preocupes, te guardaré el secreto. ¿Y si vuelve ese chico por aquí qué le digo?

—No creo que vuelva, yo lo llamaré ahora. Pero si lo hiciera no le digas nada de esto. Si lo sabe él, lo sabrán también mis padres.

—De acuerdo. No te preocupes, te cubriré las espaldas.

—Gracias, Soraya. Te debo una. Volveré a llamarte en cuanto pueda.

Cortó la comunicación.

—De modo que soy un chivato.

—No te enfades, he tenido que improvisar. Y si Soraya piensa que hay un secreto en todo esto, mejor que crea que es de tipo amoroso. Las mujeres siempre estamos dispuestas a prestar complicidad en esos casos —dijo tendiéndole el móvil—. Toma, Deberías llamar a Eva; si dices que está tan preocupada...

—Llámalas tú. Se quedará más tranquila si habla contigo.

Leticia buscó en la agenda. Hubiera preferido que llamara Oliver, para que dejara de mirarla de aquella forma. La manera en que la estaba observando la ponía muy nerviosa. Conocía de sobra aquella mirada y no deseaba volver a sentirla sobre ella otra vez. No estaba preparada para volver a verle, estaba convencida de que nunca más iba a cruzarse en su vida porque había puesto la suficiente distancia entre ellos, y lo último que podía imaginar era que él iría a buscarla.

Volvió a darse la vuelta y a mirar por la ventana mientras marcaba. No quería verle, ni tampoco que él pudiera ver su cara mientras hablaba con Eva.

—Hola, Eva.

—¿Leti? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—Creí que era Oliver por el número. Veo que te ha localizado.

—Sí, me ha encontrado. Y no estoy desaparecida, ni secuestrada ni nada parecido.

—Entonces yo tenía razón y estabas con Emilio.

—No, tampoco. Estoy oficialmente de vacaciones y un poco quitada de en medio en realidad por un asunto de trabajo. Ya te lo contaré con más detalles dentro de unos días, es un poco complicado para hacerlo por teléfono.

—¿Por qué no vienes a casa unos días si tienes vacaciones? De todas formas a Oliver ya lo has visto.

—Sí, lo he visto.

—Estaba acojonado, ¿sabes? Incluso logró contagiarme a mí.

—Ya, hasta le ha pegado a Emilio...

—Lo sé, me lo ha contado. Y no me extraña. Se le cambió la cara cuando le dije que lo más probable era que estuvieras en la cama con él, cuando no te pusiste en contacto conmigo. Reconoció que se moría de celos y...

—Eva, cállate. No me interesa, ¿entiendes?

—De acuerdo. Lo siento, Leti.

—Bueno, si ya estás más tranquila te dejo. Hablamos en otro momento, ¿vale?

—Vale. ¿Está ahí?

—Sí. Hasta mañana.

Cortó la llamada y cuando se volvía para devolverle el teléfono a Oliver tropezó con él que se había situado justo a su espalda. Él cogió el aparato y lo depositó sobre la mesa camilla. Después le agarró ambos brazos y los acarició con suavidad. Leticia se removió para librarse de la caricia. No quería tenerlo cerca, y mucho menos sentir sus manos sobre ella, pero Oliver no le permitió zafarse, se acercó más y la acorraló contra la ventana, entre la mesa camilla y la butaca. No tenía espacio para moverse, la única vía de escape la obstruía él.

—Lo siento... —susurró junto a su oído—. ¿Podrás perdonarme?

—Por supuesto —dijo ladeando la cabeza para separarse un poco, tratando de que su voz sonara indiferente—. Si te ha perdonado Emilio, que no te conoce, yo con más motivo. Agradezco tu preocupación.

—Deja de hablar de Emilio de una vez... Te estoy hablando de nosotros.

—No hay un nosotros del que hablar, Oliver. Pudo haberlo, pero tú no quisiste.

—También te pido perdón por eso.

—No tengo nada que perdonarte. No se puede mandar en los sentimientos. Además, todo eso pertenece al pasado.

Él agachó la cabeza y le rozó el cuello con los labios.

—Oliver, no...

Leticia consiguió girarse y darle la espalda, lo que no le sirvió de nada porque Oliver siguió acariciándola y hablando a la vez.

—Nunca quise hacerte daño.

—Yo tuve mi parte de culpa. Siempre supe que no querías una mujer en tu vida y sin embargo hice cosas que no están bien para conseguirte.

—¿Qué cosas? —preguntó entre beso y beso, lo que estaba acabando con el escaso dominio de Leticia.

—Te perseguí por los locales de moda. Averigüé dónde solías ir y me presentaba allí de vez en cuando para coincidir contigo. Le pedí a Eva que te permitiera vivir con nosotras mientras te entregaban tu piso, esperando que al pasar más tiempo juntos te fijaras en mí. Hasta traté de conquistarte por el estómago. Oliver, por favor, para... No quiero que hagas eso.

—No puedo, tu cuello es irresistible... Dime... ¿Qué más cosas hiciste para conquistarme?

—Me ponía ropa *sexy* para provocarte... escotes que en realidad no suelo usar, y no paré hasta que te llevé a mi cama.

—Eso no estuvo bien.

—Ya lo sé. Yo también te pido perdón por ello. Pero estate quieto, por favor.

—Perdonada —dijo apartándole el pelo y mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Que los dos nos hayamos perdonado no quiere decir que quiera pasar por todo aquello de nuevo.

Las manos de él se deslizaron hacia delante, abrazándola por la cintura y subiendo poco a poco hasta los pechos, Leticia susurró, ya desesperada:

—Por favor... por favor, no... otra vez no.

Oliver la hizo girar y la abrazó con fuerza. Después, buscó su boca para acallar la protesta que Leticia seguía formulando. Ella le rodeó el cuello con los brazos y respondió al beso, abandonando al fin todos sus firmes propósitos. Las manos de él se deslizaron bajo la camiseta y se dejó caer sobre la cama, arrastrando a Leticia con él. Giró sobre sí mismo y se colocó encima. Dejó de besarla por un momento para apartarle un mechón de pelo de la cara.

—Dios... —jadeó ella—. Me prometí a mí misma que no volvería a permitir que me tocaras, pero mi voluntad desaparece cuando estás cerca.

—Sé de lo que hablas. Y es inútil que luches contra ello; no tiene remedio —dijo besándola de nuevo.

A pesar del fuerte deseo que ambos sentían, se tomaron su tiempo para acariciarse, para besarse, para disfrutar de lo que durante meses no habían tenido.

Después de que Oliver la besara, a Leticia ya no le importó ni su firme decisión de olvidarle, ni su orgullo pisoteado. Solo le importaba que él estaba allí de nuevo, y que al menos por unas horas iba a ser suyo otra vez. Y alargó el tiempo todo lo que pudo, consciente de que cuando acabara él saltaría de la cama como alma que lleva el diablo.

Cuando al fin Oliver se dejó caer sobre ella, sudoroso y agotado, Leticia lo apartó suavemente y se deslizó de costado para quitárselo de encima, firmemente decidida a ser ella esta vez la que marcara la distancia. Él se dejó caer a su lado y durante unos minutos, ambos recuperaron en aliento en silencio. Cuando pudo controlar el tono de voz, Leticia le dijo de la forma más fría e impersonal que pudo, mientras clavaba la vista en la ventana, que de pronto había perdido todo rastro de luz:

—Ahora, será mejor que te vayas.

Oliver frunció el ceño y se giró, incorporándose sobre un codo, para mirarla entre las sombras que empezaban a poblar la habitación.

—No puedo —susurró—. No tengo dónde ir. Cuando llegué fui directamente al Ayuntamiento, y después me dediqué a buscarte. No se me ocurrió buscar alojamiento... Ni siquiera he comido. Es tarde y no creo que a estas horas en ningún

hotel me den una habitación. Tampoco puedo volver a Granada, no he dormido en toda la noche... sería peligroso conducir en este estado. ¿Vas a arrojarme solo y hambriento a la calle para que duerma en la furgoneta?

Leticia parpadeó.

—No, claro que no. Te prepararé algo de comer y le pediré a Milagros que te dé una habitación por esta noche. Siempre hay algunas libres, aunque sea de las que no tienen baño.

Él deslizó el dorso de los dedos por la mejilla de Leticia, que sintió de nuevo flaquear su voluntad.

—Preferiría quedarme aquí —dijo.

—No creo que sea buena idea.

—Yo sí.

—Oliver, no quiero volver a pasar otra vez por lo mismo. Esto no ha debido pasar, pero bueno, ha pasado. Hay que reconocer que nos sentimos atraídos el uno por el otro y no hemos podido evitarlo. Pero ahora tenemos la cabeza fría y...

—La tendrás tú —dijo Oliver inclinándose y besándole la comisura de los labios. Ella desvió la cabeza, temerosa de dejarse llevar de nuevo. No quería pasar toda la noche con él. Eso era más de lo que podría soportar. Pero Oliver alargó los brazos y la atrajo suavemente.

—No quiero irme, Leticia. Quiero quedarme toda la noche contigo, hacerte el amor hasta que se me acaben las fuerzas y luego dormir abrazado a ti. Nada de lo que digas va a hacerme salir de esta cama, porque yo sé que lo deseas tanto como yo. Para echarme de aquí tendrás que salir y llamar a tu monja, para que me saque a rastras... Y estoy desnudo; no creo que eso le guste mucho.

Leticia suspiró.

—De acuerdo, puedes quedarte. ¡Dios, me arrepentiré de esto, lo sé! —dijo intentando soltarse de sus brazos y levantarse de la cama.

—No, no... Si yo no me muevo de aquí, tú tampoco.

—Solo iba a prepararte algo de cena. No se puede tener a un hombre haciendo el amor toda la noche sin darle de comer.

Él no cedió en su abrazo.

—Más tarde. Aún no tengo hambre.

—Pero has dicho que estabas hambriento.

—De ti. Deja de protestar y déjame besarte, he echado mucho de menos tus besos.

Se rindió y lo dejó besarla una y otra vez. Después, recostó la cabeza sobre su hombro, mientras Oliver deslizaba un dedo por su estómago realizando un dibujo imaginario sobre la piel.

—Hay muchas posibilidades de que yo haya jodido la investigación y no puedas seguir trabajando en Córdoba, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer en ese caso?

—Supongo que Emilio podría buscarme un puesto en la administración, en cualquier otra ciudad de Andalucía.

—¿Puede hacerlo? ¿Es tan influyente?

—Es un jefe gordo, sí.

—Supongo que le debo una disculpa. ¿Crees que la aceptará o me la devolverá a hostias?

—Si no te devolvió las hostias en el primer momento, aceptará las disculpas.

—¿Te resultaría muy duro dejar tu trabajo aquí?

—Siempre quise echar raíces en algún sitio, pero está claro que mi destino es ir siempre de un lado a otro. Estoy acostumbrada. Aunque este sitio me gusta, y me siento bien trabajando aquí, marcharme no sería el fin del mundo.

—¿No querrías volver a Granada? A Eva le encantaría tenerte allí de nuevo.

—También a mí me gustaría, pero las cosas no son tan fáciles.

—No se volvería a repetir lo de aquella noche con Pilar, te lo juro.

Leticia se removió inquieta, pero Oliver la abrazó con más fuerza.

—No quiero hablar de eso.

—No me fui con ella —dijo él en un susurro—. No ha habido ninguna otra en todo este tiempo. Pusiste el listón demasiado alto.

Leticia volvió la cara para mirarle. Oliver estaba muy serio, podía percibirlo, más que verlo, en la oscuridad. Solo veía los ojos verdes brillando con intensidad, como los de un gato.

—También tú.

—¿Emilio no significa nada para ti?

—Ya te he dicho que no. Es un buen amigo. Él... me ha ayudado a no sentirme sola... eso es todo.

Oliver apretó aún más el brazo que rodeaba los hombros de Leticia.

—Ha sido terrible, ¿verdad? Me refiero a marcharte de Granada sola y alejarte de Eva, y de toda la gente que te quiere.

—No me quiere tanta gente. Es lo bueno que tiene el no echar raíces en ningún sitio. No dejas mucho detrás cuando te marchas. Eva es diferente, por supuesto, pero ella y yo llevamos tanto tiempo siendo amigas en la distancia, que nunca estamos realmente lejos la una de la otra.

—Pero vuestros planes eran de vivir juntas. Si te tienes que ir de Córdoba, vuelve a Granada, Leticia.

—No sé, Oliver. A Eva le va muy bien con Jaime y solo es cuestión de tiempo que uno de los dos pida el traslado y se vayan a vivir juntos. Si yo estoy allí, ella se lo pensará dos veces antes de dejarme tirada. Creo que será mejor empezar de nuevo en otro sitio.

—Sola.

—¿Por qué no? Estoy acostumbrada.

—¿Siempre piensas en los demás antes que en ti?

—No siempre, solo lo hago con la gente que me importa. Y Eva me importa.

—Tienes más cojones que la mayoría de los hombres que conozco.

—¿Debo tomarme eso como un cumplido?

—Es un cumplido. El más grande y más sincero que he hecho nunca.

—Bien, gracias. Y ahora si te parece, creo que ya es hora de comer algo —dijo intentando levantarse de nuevo. Pero una vez más el brazo fuerte de Oliver se lo impidió.

—¿Por qué tienes tantas ganas de levantarte de la cama?

«Porque me estás destrozando la coraza con que he envuelto mi corazón en estos meses y vas a volver a hacerme daño», quiso decir. Pero no lo hizo. En su lugar se limitó a murmurar.

—Tengo hambre.

—De acuerdo, enseguida te dejo que prepares algo de comer, pero antes... quisiera decirte una cosa. ¿Podrías quedarte quieta un momento y escucharme sin que tenga que estar tirando de ti todo el tiempo?

—¿Es muy largo? —preguntó para romper el tono íntimo que él había dado a sus palabras.

—No, no es muy largo. Me gustaría que volvieras a Granada, aunque Eva se vaya a vivir con Jaime. No te quedarás en la calle. ¿Conoces mi piso?

—No, nunca me invitaste a ir allí.

—Pues es muy bonito. No muy grande, pero muy bonito. Tiene mucha luz, un salón grande y un par de habitaciones decentes.

Leticia frunció el ceño.

—¿Estás tratando de venderme un piso?

—No. Te estoy ofreciendo el mío. Le he puesto una chimenea, tú dijiste que a las mujeres os encanta hacer el amor delante de una chimenea, y una ducha de esas de masaje, cojonuda. Da gusto ducharse allí. También puse un horno que se limpia solo, que nunca he usado, y un centro de planchado que ni siquiera he sacado de la caja. Tengo un perchero de seis brazos que está pidiendo a gritos que lo arranquen, y un televisor de plasma que pesa poco y es muy fácil de tirar. Pero a mí todo eso no se me da demasiado bien. ¿Querrías ocuparte?

—¿De hacer funcionar el horno y el centro de planchado de tu casa?

—Y de tirar el perchero y el televisor, y hasta las paredes si quieres... Pero vuelve conmigo a Granada. Ese piso se ha convertido en una tumba para mí, allí solo. Siempre pensé que le faltaba algo porque no conseguía sentirme cómodo en él y esta tarde, cuando te he visto entrar en esta habitación horrible y llenarla de alegría y vida con tu sola presencia, he comprendido lo que le falta a mi casa. Tú.

—¿Como un adorno para hacerla cómoda y bonita? ¿O una chacha que cocine y planche?

—No, joder, no. Deja de tergiversar mis palabras. No se me da bien esto, ¿sabes?

Es la primera vez que lo hago; podrías ayudarme un poco.

—¿Ayudarte a qué, Oliver?

—A declararme... ¿O es que me lo quieres poner difícil?

—No te lo quiero poner difícil —dijo sintiendo que le faltaba la respiración—, es que no sabía por dónde me ibas a salir. Contigo nunca se sabe. ¿De verdad te estás declarando?

—Sí, de verdad.

—¿Y qué hay de aquello de que no querías una mujer en tu vida?

—Sigo sin quererla, pero yo no voy a tener una mujer en mi vida, voy a tener una serpiente peluda, que es mucho más divertido. Y ahora, si me dices que sí de una vez, te dejo que prepares algo de comer.

—No puedo, me temo que no te estás declarando bien —dijo con un ligero mohín.

Oliver suspiró y preguntó:

—Pues dime tú cómo se hace.

—Tienes que ponerte de rodillas y suplicar.

Él pareció pensárselo unos segundos. Luego dijo:

—De rodillas y suplicar. Vale. ¿Alguna palabra en especial?

—Lo dejo a tu elección. Mejor si es algo romántico.

—Romántico. Lo intentaré.

Se incorporó en la cama y alzándose sobre ella se irguió colocando una rodilla a cada lado de las caderas de Leticia. Ella se quedó atrapada entre las piernas de él, mirándolo desnudo y arrodillado, mientras colocaba las manos unidas a la altura del pecho en actitud suplicante. Los ojos verdes lanzaban chispas divertidas cuando comenzó a decir:

—Estoy loco por ti..., ¿voy bien?

—Hujum...

—Mi vida se ha convertido en una puta mierda desde que te fuiste, te llevaste mi paz y mi alegría y... ¡me cargaré a cualquier otro tío que te toque! Vuelve conmigo a Granada, por favor, por favor, por favor...

Separó las manos, se inclinó un poco sobre ella y le rozó la línea de la mejilla con el pulgar, la miró con intensidad y añadió con voz entrecortada:

—Por favor... Te necesito.

Leticia sintió que los últimos resquicios de dudas se desmoronaban y se arrojó sobre él, haciéndolo caer y abrazándole con fuerza.

—De acuerdo... tú ganas. Arrancaré tus percheros, destrozaré tu casa y pondré una serpiente peluda en tu vida. Tú lo has querido, luego no te quejes.

—No lo haré, porque tú te vas a llevar la peor parte.

—¿Qué peor parte? ¿Hay letra pequeña?

—Por supuesto. No se trata de ningún chollo. A ti te va a tocar cargar con un dragón que echa fuego por la boca cuando se enfada.

—Sí, tienes razón. Supongo que eso compensa.

—Y te advierto que los dragones nos enfadamos mucho cuando tenemos hambre.

Leticia soltó una carcajada.

—He pillado la indirecta... enseguida preparo algo de comer. ¿Puedo levantarme ya?

—Sí, ahora sí.

—¿Qué te apetece? —dijo saltando de la cama y empezando a vestirse.

—Cualquier cosa, no te compliques. No me dejes mucho tiempo solo, que me da miedo la monja.

—Son más inofensivas que las serpientes.

—Es posible, pero a mí estas me molan más.

Se vistió de prisa ante la mirada de él.

—No tardo —dijo tirándole un beso desde la puerta de la habitación y saliendo en dirección a la cocina.

Epilogo

Leticia rebuscó en el pequeño bolso a tientas y logró encontrar el paquete de *kleenex*. Las lágrimas le empañaban la vista.

Consiguió sacar uno y limpiarse los ojos; después se sonó ruidosamente la nariz, sonido que le deparó no pocas miradas ceñudas de la gente que estaba a su lado, y que retumbó en la gran sala del Ayuntamiento como si aquella hubiera estado vacía. Pero no lo estaba. De hecho estaba muy llena.

Cuando pudo enfocar la vista, los cuatro personajes situados ante la gran mesa que presidía el teniente de alcalde, se dibujaron nítidos de nuevo.

Eva, rubia y menuda, parecía una muñeca al lado de Jaime, y su voz cantarina no podía disimular los nervios mientras formulaba los votos matrimoniales.

La mirada de Leticia se desplazó a la derecha de Jaime, hacia Oliver, imponente en su traje oscuro de padrino. A Eva y a ella les había costado un trabajo increíble conseguir que se lo pusiera. Insistía en que prefería no ser el padrino de la boda con tal de no vestirse de mamarracho, según palabras textuales. Pero las dos habían hecho frente común y no le habían dejado ninguna opción.

Leticia se recreó en él. Incluso de espaldas estaba guapo. En los tres años y medio que llevaban juntos, Oliver se había puesto incluso más guapo y atractivo que antes, si eso era posible. Había aprendido a gruñir un poco menos, aunque no era una costumbre que hubiera erradicado del todo; pero ella había aprendido a no darle demasiada importancia. Sabía que el fuego que echan los dragones por la boca es limitado y no quema a nadie. También había aprendido a calmarlo con mimos y caricias. Ante sus caricias, el fiero dragón se volvía un simple gatito con apenas uñas para arañar.

Cuando Leticia había dejado Córdoba para volver a Granada, no quiso irse a vivir con Oliver inmediatamente, a pesar de su propuesta. Volvió al piso que había compartido con Eva y su traslado a casa de Oliver había sido gradual. Al principio, los fines de semana, que poco a poco se habían ido alargando hasta que ya no iba a su casa más que a recoger ropa. Y entonces se había mudado definitivamente.

En ese punto, Jaime se trasladó a Granada y ocupó el lugar que Leticia había dejado en la casa, mientras Eva y él preparaban la boda. Eva siempre había querido una boda tradicional, aunque no religiosa, y prepararla había llevado mucho tiempo. Pero al fin había llegado.

Esperanza sorbió ruidosamente a su lado, y Leticia le dedicó una sonrisa a la que siempre había considerado su segunda madre. Luego volvió a mirar a Oliver. Tenía que aprovechar la oportunidad, porque sabía que no tendría otra de verle con un traje.

Se había burlado de él a conciencia, mientras los dos se vestían para la ceremonia en casa de Esperanza. Incluso le había apretado la corbata un poco más de la cuenta

para escucharle gruñir. Luego, para calmarlo, le había dicho que estaba guapísimo y le había dado un beso.

Las lágrimas volvieron a empañarle la vista. ¡Dios! ¿Por qué era tan sentimental? Había estado mentalizándose durante semanas para no llorar en la boda de Eva, pero no había servido de nada. Desde el mismo momento en que ella había bajado del coche con Oliver del brazo, las lágrimas habían empezado a aparecer y no conseguía controlarlas.

Finalmente la ceremonia terminó, y después de firmar, los novios y los padrinos empezaron a salir.

Leticia se apresuró y se apostó en la puerta del Ayuntamiento con un puñado de arroz en la mano.

La música anunció a la pareja y cuando esta apareció en la puerta, lo lanzó con todas sus fuerzas, y se abalanzó sobre su amiga dispuesta a ser la primera en felicitarla.

Las dos se abrazaron con fuerza, y de nuevo las lágrimas le nublaron la vista.

—¡Felicidades, cariño! ¡Dios mío, Eva, eres toda una señora casada!

—¡Te voy a tirar el ramo, Leti!

—Ni se te ocurra, o tu hermano te despellejará viva. Con la corbata ha sido suficiente.

Después abrazó a Jaime.

—¡Cuídala o te la tendrás que ver conmigo!

—No me asustes... —dijo este devolviéndole el abrazo.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y levantó la vista hacia Oliver, que estaba detrás de su hermana. De pronto sintió que necesitaba abrazarle y se dirigió hacia él.

Pero cuando fue a dar el primer paso, el arroz la hizo resbalar, el tacón de aguja de su zapato se enredó en la cola de Eva y perdió el equilibrio viendo cómo su cara se acercaba peligrosamente al suelo, amenazando con arrastrar a la novia consigo.

Escuchó un ruido de tela rasgada en el momento en que unos brazos la alzaban justo antes de que su cara diera con el bordillo de un escalón. Se sintió alzada en vilo y apoyada contra una chaqueta oscura.

—¡Dios santo, Leticia! ¿Estás bien? —le preguntó Oliver en su oído, entre aliviado e irritado, mientras la sostenía con fuerza.

—Creo que sí... al menos no me duele nada. Pero Eva... el vestido... —dijo mirando a su amiga, que recogía un jirón arrancado a la cola—. ¡Ay, Oliver, nunca me perdonará esto!

—Te ha perdonado cosas peores. ¿Dónde ibas tan deprisa?

—A buscarte... Necesitaba darte un abrazo, porque acabo de perder a mi amiga.

Él sonrió indulgente.

—Bien, pues ya estoy aquí.

Leticia le abrazó con fuerza por la cintura.

—Ay, Oliver, ahora Eva es oficialmente de Jaime.

—Bueno, vamos a dejarlo en que Jaime es oficialmente de Eva. Por si no lo sabes sois las mujeres las dueñas del cotarro.

—Eso no es verdad —dijo apoyando el pie, un poco dolorido, en el suelo. Pero solo encontró vacío. Se tambaleó ligeramente. Oliver volvió a sostenerla.

—¿Qué ocurre?

—Algo le pasa al zapato —dijo levantándolo para comprobar que el altísimo tacón estaba torcido y medio colgando.

—Vaya por Dios, mi zapato. ¿Crees que se podrá pegar?

Oliver la soltó, se agachó y le quitó el zapato.

—No sé... déjame el otro a ver cómo está puesto.

Leticia levantó con cuidado el otro pie y sintió cómo Oliver le quitaba el zapato. Agarró el tacón y de un brusco tirón lo arrancó de cuajo, haciendo lo mismo con el que estaba colgando.

—¡¿Pero qué haces?! Te he preguntado si se podía arreglar el roto, no que arrancaras el que está bien.

Oliver le puso ambos zapatos con el tacón arrancado y se levantó mirándola ceñudo, mientras le colocaba los trozos arrancados en las manos.

—Quiero disfrutar del almuerzo de boda de mi hermana, no pasármelo en Urgencias, ¿entendido?

—Pero ha sido culpa del arroz... Y mira, ahora me arrastra el vestido y no podré andar bien...

—Así te quedas quietecita el resto de la boda. Sentadita y sin peligro. Podemos esperar aquí a que se vaya todo el mundo y luego voy por el coche y te recojo —dijo él retrocediendo y entrando dentro del Ayuntamiento. Se quedaron detrás de las grandes puertas, medio ocultos de la vista de todos.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Esperaremos a que todo el mundo se vaya para salir con un poco de dignidad.

—Mientras aprovecharé para arrancarte una promesa —dijo Oliver. Ella levantó la cara y lo miró.

—¿Qué clase de promesa?

—Una solemne. Lo que se promete en el Ayuntamiento es como lo que se promete en las iglesias, ¿sabes? Por eso se usa para las bodas.

—Me estás asustando.

—Tú me asustas a mí todos los días.

—No voy a prometer nada que no esté dispuesta a cumplir, ¿eh? Aunque me tenga que quedar aquí hasta mañana.

—Esto no será difícil. Solo quiero que me prometas que en nuestra boda usarás zapatos planos.

—¿En nuestra boda? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Sí, en nuestra boda. Más tarde o más temprano tendrás que hacer de mí un

hombre decente. No me mires tan espantada, ni que estuviera diciendo una barbaridad.

—Es que nunca hemos hablado de matrimonio, ni siquiera con todo este lío de Eva. ¡Y has gruñido tanto por ponerte el traje y todo eso...!

—Bueno, cuando he estado ahí delante del alcalde me he dado cuenta de que no es tan terrible. Aparte del traje, claro. Pero ya que me he gastado una pasta en uno, podíamos aprovecharlo, antes de que engorde con tantas tartas de manzana y no me quede bien. ¿No te parece?

Leticia levantó los ojos y le miró.

—Dios mío, Oliver. ¿Eres consciente de que me estás pidiendo que me case contigo escondidos detrás de las puertas del Ayuntamiento y de que ni siquiera puedo darte un abrazo porque tengo las manos ocupadas sosteniendo dos tacones rotos? El romanticismo no es lo tuyo.

Él suspiró.

—Bien; si me prometes que en nuestra boda te pondrás zapatos planos, yo te prometo que esta noche te lo pediré como Dios manda... de rodillas y suplicando.

—Y desnudo.

—Y desnudo.

—Bien, si lo haces así yo te prometo decirte que sí.

—¿Y qué hay de los tacones?

—Oliver, será nuestra boda... ¿Cómo voy a ir sin tacones?

Él levantó una ceja.

—Sin esa promesa solemne no hay trato; ni boda.

—De acuerdo; iré sin tacones.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Sin tacones, sin velo que se pueda enganchar, sin cola que se pueda enredar... Si quieres me caso en bañador.

—No, porque en ese caso sería yo el que correría peligro de partirle la cara a todo el que te mire más de dos segundos. Sin tacones, velo, ni cola está bien —dijo abriéndole las manos, y cogiendo los tacones rotos los guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego la abrazó y la besó para sellar el pacto. Y mientras le besaba, a la mente de Leticia acudió una frase que había dicho hacía mucho tiempo, en un atardecer triste y sombrío: «Nunca te podrás librar de mí, ¿y sabes por qué? Porque voy a casarme con tu hermano». Entonces, había formulado la frase como una promesa; y Leticia Martín siempre cumplía sus promesas.

Nota de autora

Cuando escribí esta novela conocía Granada, una ciudad preciosa en la que no me importaría vivir de no hacerlo en la mía, pero no lo suficiente como para describir con rigor la vida nocturna de la misma. Por lo tanto usé el nombre de algunos de los locales que podrían adaptarse a la historia, pero me inventé la descripción interna de los mismos. Todo ello es fruto de mi imaginación, así como las alusiones que se hacen al trabajo en la Diputación y también en el Ayuntamiento de Córdoba.



ANA ÁLVAREZ (Sevilla, España, el 2 de abril de 1959).

Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó durante un tiempo además de ama de casa.

Escribe desde los veinte años novela romántica contemporánea, aunque que por timidez inicialmente solo eran leídos por su hija. Ella fue quién la animó a publicar en internet, y tras comprobar que era leída por numerosas lectoras y gracias a sus comentarios, decidió autopublicar y enviar los primeros capítulos de dos novelas a la Selección RNR (una de ellas, la ya publicada con este sello *Miscelánea*).